

CAPITULO XXI

No Matarás

En el párrafo que comprende los versículos 21-26 tenemos el primero de una serie de seis ejemplos que nuestro Señor propuso de su interpretación de la ley de Dios en contraposición a la de los escribas y fariseos. Les quiero recordar que así vamos a interpretar el resto de este capítulo, más aún todo lo que queda del Sermón del Monte. Todo él es, en un sentido, exposición de esa afirmación sorprendente: 'Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.' Se contrastan, pues, no la ley que se dio por medio de Moisés y la enseñanza del Señor Jesucristo, sino la falsa interpretación de la ley de Moisés, y la genuina presentación de la misma por parte de nuestro Señor mismo. Esta distinción la hace el apóstol Pablo en Romanos 7, donde dice que en otro tiempo pensó que cumplía la ley a la perfección. Luego vino a comprender que la ley decía 'No codiciarás,' y que esto lo condenaba. Tero venido el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí.' No se había dado cuenta de que lo que importaba era el espíritu de la ley, y que codiciar es tan reprehensible bajo la ley como la acción misma. Esto es lo que está implícito como principio en toda la exposición de la ley que nuestro Señor hace en este pasaje.

Una vez definida su actitud respecto a la ley y proclamado que había venido a cumplirla, y después de haber dicho a sus oyentes que debían comprender bien lo que decía, nuestro Señor pasa a dar estos ejemplos prácticos. Nos ofrece seis contraposiciones, cada una de las cuales se introduce con la fórmula: 'Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo.' Examinemos ahora el primer ejemplo.

Los escribas y fariseos eran culpables de restringir el significado e incluso las exigencias de la ley, y aquí tenemos una ilustración perfecta de ello. Dijo Jesucristo: 'Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.' Es importante que entendamos bien esto. 'No matarás' está en los Diez Mandamientos, y si los fariseos enseñaban 'no matarás,' sin duda que enseñaban la ley. ¿En qué se puede criticar a los escribas y fariseos a este respecto? Esto tenemos la tentación de decir y preguntar. La respuesta es que le habían agregado algo a esto: 'No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.' Pero, alguien puede seguir arguyendo, ¿acaso la ley no dice precisamente esto, 'cualquiera que matare será culpable de juicio'? La respuesta es que sí, que la ley decía esto, como se puede ver en Números 35:30,31. ¿Dónde está pues el error? Está en que los fariseos, al yuxtaponer estas dos cosas, habían reducido el contenido de este mandamiento 'No matarás' a una cuestión de cometer verdadero homicidio. Al agregar lo segundo a lo primero habían debilitado el mandamiento.

Lo segundo que hicieron fue reducir y confinar las sanciones que acompañaban a este mandamiento a un simple castigo de manos de magistrados civiles. 'Cualquiera que matare será culpable de juicio.' 'Juicio' en este caso significa corte local de justicia. La consecuencia es que enseñaban simplemente, 'No debes matar porque si lo haces corres peligro de que el magistrado civil te condene.' Esta era su interpretación total y completa del gran mandamiento que dice: No matarás. En otras palabras, habían vaciado el mandamiento de su gran contenido y lo habían reducido a una simple cuestión de homicidio. Además, no mencionaban para nada el juicio de Dios. Parece que sólo importaba el juicio de la corte local. Lo habían convertido en algo puramente legal, de sólo la letra de la ley que decía: 'Si cometes homicidio, se seguirán ciertas consecuencias.' La consecuencia de esto era que los fariseos y escribas se sentían muy bien con la ley interpretada así; sólo importaba no ser reo de homicidio. Que alguien cometiera homicidio era, desde luego, algo terrible, y si sucedía lo acusaban ante la corte para que se le impusiera el

castigo correspondiente. Pero, mientras no se cometieran homicidios de hecho, todo iba bien, y el mandamiento 'No matarás' quedaba cumplido, y podía decirse a sí mismo, 'He observado y cumplido la ley.'

'No, no,' dice el Señor Jesucristo. En esto se ve precisamente cómo el concepto general de justicia y ley propio de la enseñanza de estos escribas y fariseos se ha convertido en una farsa completa. Han restringido de tal modo la ley, la han limitado tanto, que de hecho ya no es la ley de Dios. No transmite la exigencia que Dios tuvo en mente cuando la promulgó. La han colocado simplemente, y por conveniencia, entre límites y medidas que les permiten sentirse muy contentos de sí mismos. Por esto dicen que han cumplido por completo la ley.

Hemos visto antes que tenemos aquí uno de los principios rectores que nos permite entender esta interpretación falsa de la ley de la que eran culpables los escribas y fariseos. Tratamos de indicar también que estamos frente a algo en lo que nosotros solemos caer. Nos es posible situarnos frente a la ley de Dios tal como se halla en la Biblia, pero interpretarla y definirla de tal modo que la convirtamos en algo que podemos observar muy fácilmente porque lo hacemos en una forma negativa. Por esto podemos llegar a persuadirnos de que todo anda bien. El apóstol Pablo, como hemos visto, como consecuencia de ese mismo proceso, pensaba antes de convertirse que había cumplido perfectamente la ley. Pensaba así porque se le había enseñado en esta forma y creía en la misma falsa interpretación. Y mientras ustedes y yo aceptemos la letra y olvidemos el espíritu, el contenido y el significado, podemos llegar a persuadirnos de que somos justos frente a la ley.

Veamos, sin embargo, cómo nuestro Señor pone al descubierto esa falacia y nos muestra que si la consideramos así entendemos mal el significado de la santa ley de Dios. Presenta su idea y exposición en tres principios que pasamos a analizar.

El primer principio es que lo que importa no es la letra sino el espíritu. La ley dice: 'No matarás'; pero esto no significa tan sólo: 'No cometerás homicidio.' Interpretarla así es definir la ley en una forma que nos permite pensar que podemos cumplirla. Con todo podemos muy bien ser culpables de violar esta misma ley en una forma sumamente grave. Nuestro Señor pasa a explicarlo. Este mandamiento, dice, incluye no sólo el acto físico de matar, sino también la ira contra un hermano. La verdadera forma de entender el 'No matarás' es ésta: 'Cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio.' 'No escuchéis,' dice de hecho, 'a estos escribas y fariseos que dicen que sólo corréis peligro de juicio si matáis de hecho a alguien; yo os digo que si os enojáis contra un hermano sin razón os exponéis precisamente a la misma exigencia y al mismo castigo de la ley.' Ahora comenzamos a ver algo del verdadero contenido espiritual de la ley. Ahora debemos también ver, sin duda, el significado de sus palabras cuando dice que hay que 'cumplir' la ley. En esa antigua ley dada por medio de Moisés estaba todo ese contenido espiritual. La tragedia de Israel fue que no acertaron a verlo. No imaginemos, por tanto, que como cristianos ya no tenemos nada que ver con la ley de Moisés. No, la antigua ley exige al hombre que no se enoje sin causa contra su hermano. Como cristianos, albergar enemistad en el corazón es, según nuestro Señor Jesucristo, ser culpable de algo que, delante de Dios, es homicidio. Odiar, enojarse, albergar ese sentimiento desagradable y odioso de resentimiento hacia una persona es homicidio. No hay que enojarse con el hermano. Albergar ira en el corazón contra cualquier persona, y sobre todo hacia los que pertenecen a la fe, es, según nuestro Señor, algo tan reprensible delante de Dios como el homicidio.

Pero esto no es todo. No sólo no debemos enojarnos; nunca debemos ni siquiera mostrar desprecio. 'Cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio.' Indica una actitud de desprecio, esa tendencia que, por desgracia, todos estamos conscientes de ello, anida

en nuestro corazón. Despreciar a un hermano llamándolo 'necio' es, según nuestro Señor, algo que, delante de Dios, es terrible. Y desde luego que lo es. Nuestro Señor a menudo repitió esto. ¿Se han fijado en algunas de esas listas de pecados que utiliza? 'Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios,' y así sucesivamente. Démonos cuenta de que nos parecemos mucho a estos escribas y fariseos en la forma en que hablamos de homicidios, robos, embriaguez y ciertos otros pecados. Pero nuestro Señor siempre incluye a los malos pensamientos con los homicidios, y cosas como peleas, enemistades, engaños y muchas otras que no consideramos como tan malas. Y desde luego que, en cuanto nos detenemos a pensar en ello y a analizar la situación, vemos cuan verdad es. Desprecio, sentimientos de burla y mofa, nacen del espíritu que en última instancia conduce al homicidio. Por varias razones quizá no dejemos que se exprese en verdadero homicidio. Pero, por desgracia, a menudo nos hemos matado unos a otros en el pensamiento y el corazón, ¿no es cierto? Hemos fomentado pensamientos contra personas, y esos pensamientos son tan malos como el homicidio. Ha habido esta clase de perturbación en el espíritu y nos hemos dicho unos a otros, 'necio.' Oh, sí, hay muchas formas de destruirse sin llegar al homicidio. Podemos destruir la reputación de alguien, podemos quebrantar la confianza de alguien en sí mismo por medio de críticas o de averiguar faltas ocultas. Esto indica nuestro Señor en este pasaje, y el propósito que lo guía es mostrar que todo esto va incluido en el mandamiento, 'No matarás.' Matar no significa solamente destruir la vida físicamente, significa todavía más tratar de destruir el espíritu y el alma, destruir a la persona en la forma que sea.

Nuestro Señor pasa luego al tercer punto: 'Cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.' Esto significa expresión ofensiva, difamación. Significa el odio y enemistad de corazón que se manifiestan de palabra. Creo que, a medida que avanzamos en este estudio, podemos ver, como indiqué en el capítulo uno, que es un error terrible y peligroso de los cristianos pensar que, por ser cristianos, el Sermón del Monte no es para nosotros, o sentir que es algo que no sirve para los cristianos de hoy. Nos habla a nosotros, hoy; penetra en lo más profundo de nuestro ser. Se nos presenta no sólo el homicidio de hecho, sino todo lo que se alberga en el corazón, sentimientos y sensibilidades, y en último término en el espíritu, como equivalente a homicidio para Dios.

Estamos, sin duda, frente a una afirmación muy importante. '¿Quiere decir,' pregunta alguien, 'que la ira es mala siempre? ¿que siempre está prohibida?' '¿Acaso no hay ejemplos,' pregunta otro, 'en el mismo Nuevo Testamento en los que nuestro Señor habló de esos fariseos en términos fuertes; cuando, por ejemplo, se refirió a ellos como a "ciegos" e "hipócritas", o cuando se volvió a la gente para decirles, "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer", e "insensatos y ciegos"? ¿Cómo puede prohibir eso y luego emplear él mismo esos términos? ¿Cómo reconciliar esta enseñanza con Mateo 23 donde maldice a los fariseos? Estas preguntas no son difíciles de contestar.

Cuando nuestro Señor lanzó las maldiciones, lo hizo con carácter judicial. Lo hizo como quien ha recibido autoridad de Dios. Nuestro Señor pronuncia sentencia final sobre los fariseos y escribas. Como Mesías, tiene autoridad para hacerlo. Les había ofrecido el evangelio; se les había brindado todas las oportunidades. Pero ellos las habían rechazado. No sólo esto, debemos recordar que nuestro Señor siempre dice tales cosas contra la religión falsa y la hipocresía. Lo que en realidad censura es la justicia propia que repudia la gracia de Dios e incluso se justificaría a sí misma delante de Dios y lo rechazaría. Es judicial, y si ustedes y yo en alguna ocasión podemos decir que empleamos tales expresiones en ese sentido, entonces no caemos en ese pecado.

Lo mismo ocurre con los Salmos imprecatorios, que turban a tanta gente. El Salmista, bajo inspiración del Espíritu Santo, pronuncia sentencia no sólo contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de Dios y contra aquellos que ultrajan a la Iglesia y al Reino de Dios tal como aparecen en él y en la nación. En otras palabras, nuestra ira debe dirigirse sólo contra el pecado; nunca debemos enojarnos con el pecador, sino sólo sentir pesar y compasión. 'Los que amáis a Jehová, aborreced el mal,' dice el Salmista. Ante el pecado, la hipocresía, la injusticia, y todo lo malo deberíamos sentir ira. Así se cumple, desde luego, la exhortación del apóstol Pablo a los efesios: 'Airaos, pero no pequéis.' Las dos cosas no son incompatibles. La ira de nuestro Señor fue siempre una indignación justa, ira santa, expresión de la ira de Dios mismo. Recordemos que 'La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad' (Ro. 1:18). 'Nuestro Dios,' contra el pecado, 'es fuego consumidor.' No cabe duda de ello. Dios odia el mal. La ira de Dios se desencadena contra él y se derrama sobre él. Esto es parte esencial de la enseñanza bíblica.

Cuanto más santo nos hacemos, tanta más ira sentimos contra el pecado. Pero nunca debemos, repito, airarnos contra el pecador. Nunca debemos airarnos con una persona como tal; debemos distinguir entre la persona y lo que hace. Nunca debemos ser culpables de sentir desprecio ni de ofender. Así, creo, se puede distinguir entre ambas cosas. 'No imaginéis que entendéis bien este mandato,' dice de hecho Cristo, 'sólo porque no habéis cometido homicidio.' ¿En qué estado está vuestro corazón? ¿Cómo reaccionáis ante lo que sucede? ¿Sentís el corazón lleno de furia cuando alguien os hace algo? ¿U os airáis contra alguien que en realidad no os ha hecho nada? Esto es lo que importa. Esto quiere decir Dios cuando afirma, 'No matarás.' 'Jehová mira el corazón,' y no le preocupa sólo la acción externa. Dios no permita que creemos una especie de auto justicia convirtiendo la ley de Dios en algo que sabemos que ya hemos cumplido, o que estamos seguros no es probable que violemos. Que cada uno se examine.

Pasemos ahora a la segunda afirmación. **'Nuestra actitud no ha de ser negativa, sino positiva.** Nuestro Señor lo dice así. Después de haber subrayado el aspecto negativo pasa a formularlo de manera positiva así: 'Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.' Estamos frente a algo muy importante y significativo. No solo no hay que anidar pensamientos malos y homicidas en el corazón contra otro; el mandamiento de no matar significa realmente que deberíamos tomar medidas para reconciliarnos con nuestro hermano. El peligro es que nos detengamos en lo negativo, y creamos que, como no hemos cometido homicidio, ya todo está bien. Pero hay un segundo paso que hemos olvidado. 'Muy bien,' decimos, 'no debo cometer homicidio ni debo decir cosas desagradables contra la gente. Debo vigilar las palabras; aunque tenga ganas de decir algo, no debo hacerlo.' Y tendemos a detenernos ahí y decir: 'Mientras no diga cosas así todo va bien.' Pero nuestro Señor nos dice que no debemos detenernos ni siquiera ahí, es decir, en el no anidar pensamientos y sentimientos en el corazón. Ahí se detienen muchos. En cuanto esos pensamientos feos e indignos quieren salir a flote, tratan de pensar en cosas agradables y positivas. Está muy bien esto, con tal de no detenerse ahí. No sólo debemos reprimir estos pensamientos indignos y ofensivos, dice Cristo; tenemos que hacer más que esto. De hecho debemos eliminar la causa del problema; debemos aspirar a algo positivo. Debemos llegar a tal punto que no haya ningún malentendido ni siquiera en espíritu entre nuestro hermano y nosotros. Nuestro Señor sustancia esto recordándonos en los versículos 23 y 24 un peligro muy sutil en la vida espiritual, el terrible peligro de tratar de expiar por los fracasos morales tratando de compensar el mal con el bien. Me parece que sabemos algo de esto; todos debemos reconocernos

culpables de ello. Se trata del peligro de ofrecer ciertos sacrificios rituales para cubrir los fracasos morales. Los fariseos eran expertos en esto. Iban al templo con regularidad; eran siempre meticulosos en estas materias de detalles y minucias de la ley. Pero juzgaban y condenaban constantemente a los demás con desprecio. Evitaban que la conciencia los acusara diciendo, 'Después de todo doy culto a Dios; llevo mi ofrenda al altar.' Me parece que puedo repetir que todos sabemos algo de esta tendencia a no enfrentarnos directamente con la acusación que el Espíritu Santo hace que sintamos en el corazón y a decirnos: 'Bien, a fin de cuentas hago esto y aquello; hago muchos sacrificios; ayudo en eso; dedico tiempo a esa actividad cristiana.' Mientras tanto no nos enfrentamos con la envidia que sentimos hacia otro cristiano, o con algo en nuestra vida personal, privada. Compensamos una cosa con otra, pensando que este bien compensa aquel mal. No, no, dice nuestro Señor. Dios no es así: 'Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación' (Le. 16:15). Esto, nos dice, es tan importante, que, incluso si me encontrara frente al altar con una ofrenda para Dios, y de repente recordara algo que he dicho o hecho, algo que hace que otra persona tropiece o yerre; si descubriera que en mi corazón anidan pensamientos ofensivos e indignos contra él o que le crean obstáculos, entonces nuestro Señor nos dice (y lo quiero decir con toda reverencia), que deberíamos, en cierto sentido, incluso dejar esperando a Dios en lugar de seguir ahí. Debemos reconciliarnos con el hermano y luego volver a hacer la ofrenda. Delante de Dios de nada vale el acto de culto si aceptamos un pecado conocido.

El Salmista lo dice así, 'Si veo iniquidad en mi corazón, el Señor no me oirá.' Si, en la presencia de Dios, y cuando trato de darle culto, sé que hay pecado en mi corazón y que no lo he confesado, mi culto de nada vale. Si uno está en enemistad consciente con alguien, si uno no le habla a otra persona, o si uno anida pensamientos desagradables que le crean obstáculos a esa otra persona, la Palabra de Dios asegura que para nada sirve el culto que pretendemos darle. De nada valdrá, el Señor no oirá. O tomemos lo que dice 1 Juan 3:20: 'Si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.' De nada sirve orar a Dios si se sabe que se está en enemistad con un hermano. Dios no puede querer saber nada del pecado y la iniquidad. Es tan puro, que ni siquiera lo puede mirar. Según nuestro Señor el asunto es tan vital que incluso hay que interrumpir la oración, se debe, por así decirlo, dejar esperando a Dios. Vayamos a reconciliarnos, dice; no se puede estar en paz con Dios hasta que se esté en paz con los hombres.

Permítanme sintetizar lo dicho con el gran ejemplo que se encuentra en el Antiguo Testamento en 1 Samuel 15. Dios ha dado los Mandamientos y quiere que se observen. Recuerdan que en una ocasión Dios le dijo a Saúl que destruyera completamente a los amalecitas. Pero Saúl pensó para sí que no tenía por qué ir tan lejos y dijo, 'Voy a perdonar a algunas personas y a reservar lo mejor del ganado para sacrificárselo a Dios.' Pensó que estaba bien, y comenzó a adorar y alabar a Dios. Pero llegó el profeta Samuel y le preguntó: '¿Qué has hecho?' Saúl le respondió: 'He cumplido con lo que Dios me ha mandado.' 'Si has cumplido lo que Dios te ha mandado, dijo Samuel, '¿qué significa el balido de ovejas y el bramido de vacas que oigo? ¿Qué has hecho?' 'Decidí reservar algunos animales,' dijo Saúl. Entonces Samuel pronunció estas palabras terribles e importantes: '¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.' Le tengo lástima al rey Saúl porque me parece entenderlo muy bien. No hacemos lo que Dios nos dice; y cuando le ponemos límites a lo que nos manda, nos parece de alguna manera que realizar un acto de culto

lo compensará, y que todo quedará bien, pensando que el Señor se complace tanto en holocaustos y sacrificios como en que se obedezca su voz. Desde luego que no. 'Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios.' Dejen la ofrenda; vayan a reconciliarse con el hermano; eliminen el obstáculo. Luego regresen; y entonces, y sólo entonces, tendrá valor. 'Obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.'

Unas palabras tan sólo acerca del último principio. Permítanme insistir en el apremio de todo esto dada nuestra relación con Dios. 'Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.' Sí, dice Cristo, así es de apremiante y urgente. Se debe hacer de inmediato; no te demores para nada, porque ésta es tu situación. Es su manera de decir que debemos siempre recordar nuestra relación con Dios. No sólo tenemos que pensar en función de nuestro hermano al que hemos agraviado, o por el que sentimos enemistad, debemos siempre pensar en nosotros frente a Dios. Dios es el Juez, Dios es el Justificador. Siempre nos exige estas cosas, y tiene poder sobre todos los tribunales del cielo y de la tierra. Es el Juez, y sus leyes son absolutas. Tiene derecho a exigir hasta el último cuadrante. ¿Qué debemos hacer, pues? Llegar lo más pronto posible a un acuerdo con Dios. Cristo dice aquí que estamos 'en el camino.' Estamos en este mundo, en la vida, caminando, por así decirlo, por la senda. Pero de repente llega nuestro adversario y nos dice: '¿Qué pasa con lo que me debes?' Bien, dice Cristo, ponte de inmediato de acuerdo con él o se pondrá en marcha el proceso legal, y se os exigirá hasta el último cuadrante. Esto no es más que un símbolo. Ustedes y yo estamos de viaje por este mundo, y ahí está la ley con sus exigencias. Es la ley de Dios. Dice: '¿Qué ocurre con tu relación con el hermano, qué ocurre con eso que hay en tu corazón? No les has prestado atención. Arréglalo de inmediato, dice Cristo. Quizá no estés aquí mañana y vas a ir a la eternidad como estás. 'Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino.'

¿Cómo se sienten ante todo esto? Al ver la exposición que nuestro Señor hace de esta santa ley, ¿sentimos las exigencias de la ley? ¿Estamos conscientes de la condenación? ¿Qué piensan de lo que han dicho y pensado, de lo que han hecho? ¿Estamos conscientes de todo esto, de la condenación absoluta de todo ello? Es Dios quien exige por medio de la ley. Doy gracias a Dios por el mandato que nos dice que actuemos cuanto antes mientras estamos de camino. Doy gracias a Dios porque no pide mucho. Sólo pide esto, que reconozca este pecado y lo confiese, que deje de utilizar la autodefensa y auto justificación, aunque esa otra persona me provocó. Debo limitarme a confesarlo y a admitirlo delante de Dios sin reservas. Si puedo de hecho hacer algo en la práctica respecto a ello, debo hacerlo de inmediato. Debo humillarme, ponerme en ridículo por así decirlo, y permitir que la otra persona se regocije en mi mal si es necesario, con tal de que haga todo lo que pueda para eliminar la barrera y el obstáculo. Luego El me dirá que todo está bien. Dirá, 'te lo perdonaré todo porque, aunque eres un pecador terrible, y lo que me debes nunca lo podrás pagar, he enviado a mi Hijo a tu mundo para que pague por tí. El lo ha borrado todo. No lo hizo porque tú eres bueno, amable y agradable, no lo hizo por tí porque tú no has hecho nada contra mí. Lo hizo mientras tú eras enemigo, odioso, con odio hacia mí y hacia otros. A pesar de tu indignidad e inmundicia lo envié. Y vino voluntariamente y se entregó a la muerte. Por todo esto te perdono por completo.' Demos gracias a Dios por ello, por tanta bondad para con nosotros, pecadores inmundos. Sólo pide esto, confesión y arrepentimiento total, hacer lo que pueda en cuanto a restitución, y reconocer que recibo el perdón sólo como resultado de la gracia de Dios manifestada perfectamente en el sacrificio amoroso y desinteresado del Hijo de Dios en la cruz. Reconciliémonos cuanto antes. No nos demoremos. Sea de lo que fuere de lo

que en estos momentos seamos culpables, dejemos la ofrenda, y salgamos a reconciliarnos. 'Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino.'

CAPITULO XXII

Lo Pecaminosidad Extraordinaria del Pecado

Pasamos ahora a los versículos 27-30, segunda ilustración que ofrece nuestro Señor de su enseñanza respecto a la ley. 'Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.' Los escribas y fariseos habían reducido el mandamiento que prohíbe el adulterio al simple acto físico de adulterar; y habían pensado que, siempre que no cometieran el acto mismo, el mandamiento no se les aplicaba, quedaba perfectamente cumplido. Estamos frente a lo mismo otra vez. Una vez más habían tomado la letra de la ley y la habían reducido a un punto concreto, con lo que la habían destruido. En concreto, habían olvidado todo el espíritu de la ley. Como hemos visto, esto es algo muy vital para una verdadera comprensión del evangelio del Nuevo Testamento: 'la letra mata, pero el espíritu vivifica.'

Hay una forma muy sencilla de considerar esto. El problema de los escribas y fariseos era que ni siquiera habían leído bien los Diez Mandamientos. Si los hubieran examinado y estudiado, habrían visto que no se pueden tomar por separado. Por ejemplo, el décimo dice que no hay que desear la mujer del prójimo, y esto, obviamente, debería tomarse en relación con este mandamiento de no cometer adulterio. El apóstol Pablo, en esa afirmación vigorosa de Romanos 7, confiesa que él mismo había caído en ese error. Dice que fue cuando se dio cuenta de que la ley decía 'No codiciarás' que comenzó a entender el significado de la concupiscencia. Antes de eso había pensado en la ley en función de actos solamente; pero la ley de Dios no se limita a las acciones, dice 'No codiciarás.' La ley siempre había insistido en la importancia del corazón, y esa gente, con sus ideas ritualistas del culto a Dios y su concepto puramente mecánico de la obediencia, lo había olvidado por completo. Nuestro Señor, por tanto, quiere subrayar esa importante verdad para dejarla bien grabada en sus seguidores. Los que piensen que pueden adorar a Dios y conseguir la salvación con sus propias acciones son reos de tal error. Por esto nunca entienden el camino cristiano de la salvación. Nunca han llegado a ver que en última instancia es una cuestión del corazón, sino que piensan que, mientras no hagan ciertas cosas y traten de hacer ciertas buenas obras, quedan justificados ante Dios. A esto, como hemos visto antes, nuestro Señor siempre responde, 'Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.' Nuestro Señor quiere poner una vez más de relieve ese principio. Esas personas decían, 'Con tal de que uno no cometa adulterio ya se ha cumplido esta ley.' Jesucristo dice, 'Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.'

Volvemos a encontrar, pues, la enseñanza de nuestro Señor respecto a la naturaleza del pecado. Todo el propósito de la ley, como Pablo nos recuerda, era mostrar la malicia extraordinaria del pecado. Pero al interpretarlo mal de esta forma los fariseos lo habían

debilitado. Quizá en ninguna otra parte tenemos una acusación tan terrible del pecado tal como realmente es que en las palabras de nuestro Señor en este caso.

Claro que sé que la doctrina del pecado no goza de buena reputación hoy día. A la gente no le gusta la idea, y trata de explicarla en forma psicológica, en función de desarrollo y temperamento. El hombre procede por evolución de seres inferiores, dicen, y poco a poco se va sacudiendo de encima de estas reliquias de su pasado y naturaleza inferiores. De este modo se niega por completo la doctrina del pecado. Pero, claro está que si así pensamos, las Escrituras nos resultan sin significado, porque en el Nuevo Testamento, y también en el Antiguo, esas ideas son básicas. Por esto, debemos analizarlas, porque en los tiempos actuales nada hay tan apremiante y necesario como entender bien la doctrina bíblica acerca del pecado. Creo que la mayor parte de los fracasos y problemas de la Iglesia, y también del mundo, se deben al hecho de que no hemos entendido bien esta doctrina. Todos estamos bajo la influencia del idealismo que ha predominado en los últimos cien años, esa idea de que el hombre va perfeccionándose, y de que la educación y la cultura van a mejorar a la humanidad. Por ello, nunca hemos tomado en serio esta enseñanza tan tremenda que se encuentra en la Biblia, desde el principio hasta el fin; y la mayor parte de nuestros problemas proceden de ahí.

Permítanme ilustrar esta idea. Me parece que a no ser que tengamos una idea clara de la doctrina del pecado nunca entenderemos bien el camino de salvación que enseña el Nuevo Testamento. Tomemos, por ejemplo, la muerte de nuestro Señor en la cruz. ¡Cuántos malos entendidos hay en cuanto a esto! La pregunta básica que hay que contestar es, ¿Por qué murió en la cruz? ¿Por qué quiso proseguir hasta Jerusalén y no permitió que sus seguidores lo defendieran? ¿Por qué dijo que, de haberlo querido, hubiera podido ordenar a doce legiones de ángeles que lo protegieran, pero que en este caso no hubiera podido satisfacer la justicia? ¿Qué significado tiene la muerte en la cruz? Creo que si no entendemos bien la doctrina del pecado, nunca podremos contestar estas preguntas. La cruz sólo se explica por el pecado. Es más, la encarnación no hubiera sido necesaria de no haber sido por el pecado. Tan profundo es el problema del pecado No basta decirle al género humano lo que tiene que hacer. Dios lo había hecho en la ley dada por medio de Moisés, pero no la observaron. 'No hay justo, ni aun uno.' Todas las exhortaciones que se han hecho a los hombres para que vivan mejor han fracasado antes de la venida de Cristo. Los filósofos griegos habían vivido y enseñado antes de su nacimiento. Saber y estar informado y todo lo demás no basta. ¿Por qué? Debido al pecado que hay en el corazón humano. Así pues la única manera de entender la doctrina de la salvación del Nuevo Testamento es comenzar con la doctrina de] pecado. Aparte de lo que el pecado pueda ser, es por lo menos algo que sólo se podía resolver con la venida del Hijo eterno de Dios desde el cielo a este mundo y con su muerte en la cruz. Así tenía que ser; no había otra salida. Dios, y lo digo con toda reverencia, nunca hubiera permitido que su amado Hijo unigénito sufriera como sufrió de no haber sido absolutamente esencial: y fue esencial debido al pecado.

Lo mismo es cierto de la doctrina de la regeneración en el Nuevo Testamento. Pensemos en toda la enseñanza acerca del nacer de nuevo, de la nueva creación, que se encuentra en los Evangelios y las Cartas. No tiene significado a no ser que se entienda la doctrina del pecado del Nuevo Testamento. Pero si se entiende, entonces se puede ver con mucha claridad que a no ser que el hombre nazca de nuevo, y reciba una naturaleza y corazón nuevos, no puede salvarse. Pero la regeneración no tiene sentido para los que tienen una idea negativa del pecado y no se dan cuenta de su hondura. Por ahí, pues, debemos empezar. De modo que si a uno no le gusta la doctrina del pecado del Nuevo Testamento, quiere decir que no es cristiano. Porque no se puede serlo sin creer que hay que nacer de nuevo y sin darse cuenta de que nada, si no es la muerte de

Cristo en la cruz, lo salva a uno y lo reconcilia con Dios. Todos los que confían en sus propios esfuerzos niegan el evangelio, y la explicación de ello está en que nunca se han visto a sí mismos como pecadores ni han entendido la doctrina del pecado que presenta el Nuevo Testamento. Es un asunto crucial.

Esta doctrina, por tanto, es absolutamente vital para formar un concepto adecuado del evangelismo. No hay evangelismo verdadero sin la doctrina del pecado, y sin entender qué es el pecado. No quiero ser injusto, pero les digo que un evangelio que se limita a decir 'Venid a Jesús/ y lo presenta como amigo, y ofrece una vida nueva maravillosa, sin convencer de pecado, no es evangelismo bíblico. La esencia del evangelismo es comenzar con la predicación de la ley; y como no se ha predicado la ley tenemos tanto evangelismo superficial. Pasemos revista al ministerio de nuestro Señor mismo, y no se puede sino, sacar la impresión de que a veces, lejos de incitar al pueblo a que lo siguiera y a que lo aceptara, les ponía muchos obstáculos. Venía a decirles de hecho, '¿Os dais cuenta de lo que hacéis? ¿Habéis pensado en el costo? ¿Os dais cuenta de a dónde os puede conducir? ¿Sabéis que significa negarse, tomar la cruz y seguirme?' El verdadero evangelismo, debido a la doctrina del pecado, siempre debe comenzar con la predicación de la ley. Esto quiere decir que debemos explicar que el género humano está frente a la santidad de Dios, a sus exigencias, y también a las consecuencias del pecado. El Hijo de Dios mismo es quien habla de ser arrojado al infierno. Si no nos gusta la doctrina del infierno estamos en desacuerdo con Jesucristo. El, el Hijo de Dios, creía en el infierno; y cuando habla de la naturaleza del pecado enseña que el pecado conduce en última instancia al infierno. Por tanto, el evangelismo debe comenzar por la santidad de Dios, la condición pecadora del hombre, las exigencias de la ley, el castigo que la ley conlleva y las consecuencias eternas del mal y del obrar mal. Sólo el hombre que llega a ver su maldad y culpa de esta forma acude a Cristo para hallar liberación y redención. La fe en el Señor Jesucristo que no se basa, en eso no es fe genuina. Se puede tener incluso fe psicológica en el Señor Jesucristo; pero la fe genuina ve en El al que nos libera de la maldición de la ley. El verdadero evangelismo comienza así, y es obviamente un llamamiento al arrepentimiento, arrepentimiento ante Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo.

Del mismo modo la doctrina del pecado también es vital para una idea acertada de la santidad; también en esto se puede ver la importancia que tiene para estos tiempos. No sólo nuestro evangelismo ha sido superficial, sino también nuestra idea de la santidad. Demasiado a menudo ha habido quienes han vivido satisfechos de sí mismos porque no se han visto culpables de ciertas cosas —adulterio, por ejemplo— y por ello han creído que todo iba bien. Pero nunca se han examinado el corazón. La satisfacción en sí mismo, la complacencia y la presunción son la antítesis misma de la doctrina de la santidad que presenta el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento presenta la santidad como algo del corazón, y no simplemente de conducta; no sólo cuentan las acciones del hombre sino también sus deseos; no sólo no debemos hacer sino tampoco codiciar. Penetra en lo más hondo, y por esto este concepto de la santidad conduce a una vigilancia y auto examen constante. 'Examinaos a vosotros mismos,' escribe Pablo a los corintios, 'si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.' Examinar el corazón para descubrir si hay mal en él. Esta es la santidad del Nuevo Testamento. Turba mucho más que ese concepto superficial de la santidad que sólo piensa en acciones.

Sobre todo, esta doctrina del pecado nos hace ver la necesidad absoluta de un poder mayor que nosotros mismos para liberarnos. Es una doctrina que hace que el hombre vaya a Cristo y confíe en El; le hace caer en la cuenta que sin El nada puede. Por esto repetiría que la forma en que el Nuevo Testamento presenta la santidad no consiste en sólo decir, '¿Quieres vivir la vida con V mayúscula? ¿Quieres ser siempre feliz?' No, consiste en predicar esta doctrina de

pecado, es hacer que el hombre se descubra como es a fin de que, como consecuencia, se aborrezca, se vuelva pobre en espíritu y manso, llore, tenga hambre y sed de justicia, acuda a Cristo y more en El. No es una experiencia que se recibe sino una vida que hay que vivir y un Cristo al que hay que seguir.

Finalmente, sólo una idea genuina de la doctrina del pecado que presenta el Nuevo Testamento nos permite comprender la grandeza del amor de Dios por nosotros. ¿Sienten que el amor que le tienen a Dios es flojo y débil y que no lo aman tanto como deberían? Permítanme volver a recordarles que ésta es la prueba definitiva de nuestra profesión. Tenemos que amar a Dios y no sólo creer ciertas cosas acerca de El. Estos hombres del Nuevo Testamento lo amaban, y amaban al Señor Jesucristo. Lean las biografías de los santos y verán que tenían un amor a Dios que iba siempre en aumento. ¿Por qué no amamos a Dios como deberíamos? Porque nunca nos damos cuenta de lo que ha hecho por nosotros en Cristo, y esto a su vez ocurre porque no hemos caído en la cuenta de la naturaleza y problema del pecado. Sólo cuando vemos qué es realmente el pecado delante de Dios, y caemos en la cuenta, sin embargo, de que no escatimó a su propio Hijo, comenzamos a entender y a medir su amor. Por esto, si quieren amar más a Dios, traten de entender esta doctrina del pecado, y cuando vean lo que significó para El, y lo que hizo, verán que su amor es realmente sorprendente, maravilloso.

Estas son las razones para estudiar esta doctrina del pecado. Pero veamos ahora qué dice en realidad nuestro Señor acerca de ello. No se puede entender de verdad el evangelio de la salvación, no hay verdadero evangelismo ni verdadera santidad ni verdadero conocimiento del amor de Dios a no ser que comprendamos qué es el pecado. ¿Qué es, pues? Tratemos primero de ver brevemente qué dice nuestro Señor acerca de esto, y luego podremos pasar a examinar qué dice en estos mismos versículos acerca de cómo podemos liberarnos de él. De nada sirve hablar de la liberación del pecado a no ser que sepamos qué es el pecado. Primero tiene que haber un diagnóstico completo para poder hablar de tratamiento. Este es el diagnóstico.

Lo primero que subraya nuestro Señor es lo que podríamos llamar **la hondura o poder del pecado**. 'No cometerás adulterio.' No dice, 'con tal de que no cometas el acto todo va bien;' sino 'yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.' El pecado no es sólo cuestión de acciones y de obras; es algo dentro del corazón que conduce a la acción. En otras palabras, lo que aquí se enseña es lo que aparece a lo largo de la Biblia acerca de este tema, a saber, que no hay que ocuparse tanto de los pecados como del pecado. Los pecados no son sino síntomas de una enfermedad llamada pecado y no son los síntomas lo que importan sino la enfermedad, porque lo que mata es la enfermedad y no los síntomas. Los síntomas pueden ser muy variados. Puedo ver a una persona postrada en cama, con respiración jadeante y muy inquieta; y digo que esa persona está muy enferma de pulmonía o de algo parecido. Pero puedo ver a otra persona también en cama, sin muestras de dolor ni síntomas agudos, tranquila, con buena respiración, al parecer cómoda. Pero quizá tenga una enfermedad traidora, que está debilitando su constitución y que la matará con tanta certeza como la otra. No es la forma sino el hecho de la muerte lo que importa. No son los síntomas los que en último término cuentan, sino la enfermedad.

Esta es la verdad que nuestro Señor nos inculca. El hecho de que no hayamos cometido el acto de adulterio no quiere decir que seamos inocentes. ¿Qué hay en el corazón? ¿Hay enfermedad en él? Lo que enseña es que lo que importa es ese poder viciado y corrupto que hay en la naturaleza humana como consecuencia del pecado y de la caída. El hombre no siempre fue así, porque Dios lo hizo perfecto. Si creen en la doctrina de la evolución, tienen que decir en realidad que Dios nunca hizo al hombre perfecto, sino que lo está perfeccionando. Por tanto no

hay verdadero pecado. Pero la enseñanza bíblica es que el hombre fue hecho perfecto y cayó de esa perfección, con la consecuencia de este poder, este cáncer ha entrado en la naturaleza humana Y permanece en ella como fuerza mala. La consecuencia es que el hombre desea y codicia. Aparte de lo que sucede alrededor de él, eso está dentro de él. Vuelvo a citar, como otras veces en relación con esto, lo que nuestro Señor dice, que 'del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios...' Así hay que entender el pecado, como un terrible poder. No es tanto que yo haga algo, es lo que me hace hacerlo, lo que me impulsa a hacerlo, lo que importa. En todos nosotros está —y debemos reconocerlo— la hondura y el poder del pecado.

Pero permítanme decir una palabra acerca de **la astucia del pecado**. El pecado es ese algo terrible que nos engaña hasta hacernos sentir felices y contentos, con tal de que no hayamos cometido la acción. 'Sí', digo, 'tuve la tentación pero, gracias a Dios, no caí.' Está muy bien esto hasta cierto punto, siempre y cuando no me contente con esto. Si simplemente me siento satisfecho por no haber hecho la acción, estoy completamente equivocado. Tendría que preguntarme además, 'Tero ¿quise hacerlo?, ¿por qué?' Ahí entra la astucia del pecado. Afecta la constitución toda del hombre. No es algo que está tan sólo en la parte animal de nuestra naturaleza; está en la mente, en la perspectiva, y nos hace pensar en forma corrompida. Luego pensemos en la forma hábil en que se introduce en la mente, y en la forma terrible en que somos culpables de pecar mentalmente. Hay personas muy respetables que jamás pensarían en cometer un acto adúltero, pero fijémonos en la forma en que pecan con la mente y la imaginación. Estamos hablando de algo muy práctico, de la vida como es. Lo que quiero decir es esto. ¿No han caído nunca en adulterio? Muy bien. Contéstenme, entonces, esta pregunta por favor. ¿Por qué leen todos los detalles de los casos de divorcio que traen los periódicos? ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué tienen que leer esos reportajes sin perderse palabra? ¿A qué viene ese interés? ¿No es interés legal, verdad? Si no lo es, ¿qué es?, ¿interés social? ¿Qué es finalmente? Hay una sola respuesta: porque les gusta. No soñarían en hacer una cosa semejante, pero la hacen por poder. Pecan con el corazón, la mente, la imaginación, y en consecuencia son reos de adulterio. Esto dice Cristo. ¡Qué sutil es esta cosa tan terrible! Cuan a menudo pecan los hombres leyendo novelas y biografías. Leen la crítica de libros y descubren que hay uno que contiene algo acerca de desviaciones y mala conducta, y lo compran. Pretendemos tener un interés filosófico general por la vida, y que somos sociólogos que leemos por interés puro. No, no; es porque nos gusta; nos agrada. Es pecado que hay en el corazón, en la mente.

Otra ilustración de este estado de pecado se encuentra en la forma en que siempre tratamos de excusar nuestros fallos en este terreno echando la culpa a los ojos o las manos. Decimos: 'He nacido así. Miren esa persona; ella no es así.' No conocemos a los demás; y en todo caso la astucia del pecado es la que haría que uno se excuse en función de la naturaleza que uno tiene — las manos, los pies, los ojos o alguna otra cosa. No, el problema radica en el corazón. Lo demás no es sino su expresión. Lo que importa es lo que conduce al pecado.

Luego está la naturaleza y **efecto pervertidores del pecado**. El pecado pervierte. Por tanto, dice nuestro Señor, 'si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti.' Cuan cierto es que el pecado hace esto. Es algo tan pervertidor y devastador que convierte los instrumentos mismos que Dios me ha dado, y que son para mi bien, en enemigos míos. Los instintos de la naturaleza humana no son malos. Dios los ha dado; son excelentes. Pero estos mismos instintos, a causa del pecado, se han convertido en nuestros enemigos. Lo que Dios puso en el hombre para hacerlo hombre, y para capacitarlo para vivir, se ha convertido en causa de caída. ¿Por qué? Porque el pecado todo lo enreda, de modo que dones preciosos como las manos

o los ojos se pueden convertir en inconvenientes para mí, y tengo que, metafóricamente, cortarlas o sacarlos. Tengo que librarme de ello. El pecado ha pervertido al hombre, convirtiendo lo bueno en malo. Vuelvan a leer la forma en que Pablo explicó esto. Esto, dice, ha hecho el pecado en el hombre; ha convertido la ley de Dios, que es santa, justa y buena, en algo que de hecho conduce al nombre a pecar (Ro. 7). El hecho mismo de que la ley me dice que no haga tal cosa me hace pensar en ella. Esto hace que me la imagine y que acabe por hacerla. Pero si la ley no me hubiera prohibido hacerla, no me habría ocurrido eso. 'Todas las cosas son puras para los puros.' Sí, pero si no somos puros, algunas cosas que son puras en sí mismas pueden resultar dañinas. Por esto, nunca he creído en la educación sexual dada en la escuela. Es preparar a la gente para el pecado. Se les habla a los niños de algo que no sabían, y ellos no son 'puros'. Por tanto no se puede presumir que tal enseñanza conducirá al bien. Ahí está la tragedia de la educación moderna; se basa totalmente en una teoría psicológica que no acepta el pecado, ni la enseñanza del Nuevo Testamento. Dentro de nosotros hay eso que nos conduce al pecado. La ley es buena y justa y pura. El problema está en nosotros y en nuestra naturaleza perversa.

Finalmente, el pecado es destructor. 'Si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti.' ¿Por qué? 'Mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.' El pecado destruye al hombre; introdujo la muerte en la vida del hombre y en el mundo.

Siempre conduce a la muerte, y finalmente al infierno, al sufrimiento y castigo. Resulta odioso para Dios, le repugna. Y digo con toda reverencia que porque Dios es Dios el pecado debe conducir al infierno. 'La paga del pecado es muerte.' Dios y el pecado son completamente incompatibles, y por tanto el pecado, por necesidad, conduce al infierno. La pureza de Dios es tan grande que ni siquiera puede mirar el pecado — le resulta absolutamente odioso.

Esta es la doctrina de la Biblia, del Nuevo Testamento, acerca del pecado. 'No cometerás adulterio.' ¡Desde luego que no! Pero, ¿lo tenemos en el corazón? ¿Está en la imaginación? ¿Nos gusta? Dios no quiere que ninguno de nosotros considere esta ley santa de Dios y se sienta satisfecho. Si en este momento no nos sentimos manchados, que Dios tenga piedad de nosotros. Si nos sentimos satisfechos de nuestra vida porque no hemos cometido acción adúltera ni homicidio ni nada de eso, afirmo que no nos conocemos, que no conocemos la negrura y suciedad de nuestro corazón. Debemos escuchar la enseñanza del bendito Hijo de Dios y examinarnos, examinar nuestros pensamientos, deseos, imaginación. Y a no ser que sintamos que somos viles y sucios, y que necesitamos que se nos purifique y limpie, a no ser que nos sintamos impotentes con una total pobreza en espíritu, y a no ser que sintamos hambre y sed de justicia, les digo que ojala Dios tenga misericordia de nosotros.

Doy gracias a Dios por tener el evangelio que me dice que Otro que es inmaculado, puro y completamente santo ha tomado sobre sí mi pecado y mi culpa. He sido lavado en su preciosa sangre, y me ha dado su propia naturaleza. Cuando me di cuenta de que necesitaba un corazón nuevo, hallé que, gracias a Dios, El había venido para dármele, que me lo ha dado.

CAPITULO XXIII

Mortificar el Pecado

Ya hemos estudiado los versículos 27-30 en conjunto, para poder entender la enseñanza de Nuestro Señor acerca del pecado en contraposición a la de los escribas y fariseos. Ahora vamos a analizar los versículos 29 y 30 en especial. Nuestro Señor se ocupó de la naturaleza del pecado en general, aunque no se quedó ahí. Lo describió de tal manera que, en cierto sentido, nos indicó implícitamente cómo debemos enfrentarlo. Quiere que veamos la índole del pecado en tal forma que lo aborrezcamos y desechemos. Lo que ahora vamos a considerar es este segundo aspecto del problema.

Debemos comenzar por la interpretación de los versículos. ¿Qué significan exactamente las palabras: 'Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno'? Hay muchos que piensan que estas afirmaciones sorprendentes y extraordinarias habría que interpretarlas así. Nuestro Señor, dicen, ha venido insistiendo en la importancia de tener el corazón limpio; dice que no basta con no cometer el acto de adulterio — es el corazón lo que importa. Imaginen que a estas alturas surgió una especie de objeción, sea que fuera expresada, sea que nuestro Señor la percibiera. O quizá previo una objeción más o menos así: 'Estamos hechos de tal modo que nuestras mismas facultades nos conducen inevitablemente al pecado. Tenemos ojos que ven, y mientras los tengamos de nada sirve que se nos diga que debemos tener el corazón limpio. Si veo que esto conduce a ciertas consecuencias, ¿de qué sirve que se me diga que lo purifique? Es imposible. El problema, en realidad, es el hecho de tener ojos y manos.' Interpretan, pues, la afirmación de nuestro Señor como respuesta a dicha objeción: 'Bien, si me decís que lo que conduce al pecado es vuestro ojo derecho, sacadlo, y si decís que es la mano derecha, cortadla.' En otras palabras, afirman, se enfrenta a los objetores a su mismo nivel. 'Los fariseos', dicen, tratan de eludir el punto diciendo que el problema no es tanto el corazón y los deseos, como el hecho mismo de poder ver. Esto conduce inevitablemente a la tentación, y la tentación lleva al pecado. Es un nuevo intento de eludir la enseñanza de Cristo. Por esto El, por así decirlo, se vuelve y les dice: 'Muy bien, si decís que el problema se debe a los ojos o a las manos, eliminadlos.'

Además, querrían que entendiéramos que al decir esto, desde luego, nuestro Señor ridiculiza la argumentación porque menciona sólo el ojo y la mano derechos. Si uno se saca el ojo derecho* todavía le queda el izquierdo, y ve lo mismo con el izquierdo que con el derecho; y si se corta la mano derecha no ha resuelto el problema porque conserva la izquierda. 'Así pues,' dicen, 'nuestro Señor ridiculiza este concepto de la santidad y de la vida santa que la hace depender de nuestro ser físico, y muestra que si el hombre ha de tener el corazón limpio y puro en ese sentido, bien, para decirlo bien claramente, debe sacarse ambos ojos, cortar ambas manos y ambos pies. Se debe mutilar de tal modo que ya no se pueda llamar hombre.'

No quisiera rechazar esta exposición por completo. Contiene sin duda ciertas verdades. Pero de lo que no estoy tan seguro es de que constituya una explicación exacta de lo que nuestro Señor dice. Me parece que una explicación mejor de esta afirmación es que nuestro Señor quiso enseñar al mismo tiempo la naturaleza verdadera y horrible del pecado, el peligro terrible que el pecado supone para nosotros, y la importancia de hacerle frente y de repudiarlo. Por ello la expresa deliberadamente de esta manera. Habla de miembros valiosísimos, el ojo y la mano, y especifica el ojo derecho y la mano derecha. ¿Por qué? En ese tiempo la gente creía que el ojo y la mano derechos eran más importantes que los izquierdos. No es difícil ver por qué era así. Todos conocemos la importancia de la mano derecha y también la importancia relativa del ojo derecho. Nuestro Señor acepta esa creencia común, popular, y lo que dice de hecho es esto: 'Si lo

más precioso que tenéis, en un sentido, es causa de pecado, liberos de ello/ Tan importante es el pecado en la vida; y esa importancia se puede expresar así. Me parece que esta interpretación de la afirmación de .nuestro Señor es mucho más natural que la otra. Dice que, por valiosa que nos resulte una cosa, si va a hacernos tropezar, apartémosla de nosotros. De este modo pone de relieve la importancia de la santidad, y el peligro terrible que corremos como resultado del pecado.

¿Cómo enfrentarnos, pues, con este problema del pecado? Quisiera volver a recordarles que no se trata simplemente de no cometer ciertos actos; se trata de enfrentarse a la contaminación del pecado en el corazón, esta fuerza que está dentro de nosotros, esas fuerzas que hay en nuestra misma naturaleza como consecuencia del pecado. Este es el problema. Y ocuparse del mismo en una forma simplemente negativa no basta. Nos preocupa el estado del corazón. ¿Cómo debemos resolver este problema? Nuestro Señor señala en este pasaje una serie de puntos que debemos observar y asimilar.

El primero, obviamente, es que debemos caer en la cuenta de la naturaleza del pecado, y también de sus consecuencias. Ya hemos estudiado esto y nuestro Señor mismo vuelve a comenzar por ahí. No cabe la menor duda que un concepto inadecuado del pecado es la causa principal de la falta de santidad y santificación, y de hecho de la mayoría de las enseñanzas erróneas en cuanto a la santificación. Todos los antinomianismos a lo largo de los siglos, todas las tragedias que han seguido siempre a los movimientos perfeccionistas, han surgido en realidad debido a ideas falsas respecto al pecado, y a no saber ver que no sólo el pecado es una fuerza, un poder que conduce a la culpabilidad, sino que existe también la contaminación del pecado. Aunque uno no haga nada malo sigue siendo pecador. Su naturaleza es pecadora. Debemos captar la idea de 'pecado' como algo distinto de los 'pecados.' Debemos verlo como algo que conduce a acciones y que existe aparte de ellas.

Quizá la mejor manera de expresarlo es recordar el domingo de ramos, ese día que nos hace repasar todos los detalles de la vida terrenal del Hijo de Dios. Se dirige a Jerusalén por última vez. ¿Qué significa esto? ¿Por qué va hacia la cruz y la muerte? Hay una sola respuesta para esa pregunta. El pecado es la causa; y el pecado es algo que sólo se puede resolver de esta manera; no hay otra. El pecado es algo, y lo digo con toda reverencia, que ha creado problemas incluso en los cielos. Tan profundo es el problema, y debemos comenzar por caer en la cuenta de ello. El pecado en ustedes y en mí es algo que hizo que el Hijo de Dios sudara sangre en el Huerto de Getsemaní. Le hizo soportar todas las agonías y los sufrimientos que se le infligieron.

Y por fin lo hizo morir en la cruz. Eso es el pecado. Nunca lo recordaremos lo suficiente. ¿No es acaso peligroso —creo que todos debemos admitirlo— pensar en el pecado sólo en función de ideas morales, de catálogos de pecados graves y leves, o sea cual fuere la clasificación? En cierto sentido, no cabe duda de que estas ideas son acertadas; pero en otro sentido son completamente erróneas y de hecho peligrosas. Porque el pecado es pecado, y siempre pecado; esto subraya nuestro Señor. No es, por ejemplo, sólo el acto de adulterio; es el pensamiento, y el deseo también los que son pecaminosos.

En esto debemos fijarnos. Debemos caer en la cuenta de lo terrible que es el pecado. Dejemos, pues, de interesarnos tanto por clasificaciones morales, dejemos incluso de pensar en acciones en función de catálogos morales. Pensemos siempre en función del Hijo de Dios y de lo que significó para El, y a qué lo condujo en su vida y ministerio. Así hay que pensar en el pecado. Claro que si sólo pensamos en términos de moralidad podemos sentirnos satisfechos por no haber hecho ciertas cosas. Pero esta idea es del todo falsa, y en lo que tenemos que caer en la cuenta es que, por ser lo que somos, el Hijo de Dios tuvo que venir de los cielos para pasar por

todo eso, e incluso para morir esa muerte cruel en la cruz Ustedes y yo somos de tal modo que todo eso fue necesario. Tan grande es la contaminación del pecado que hay en nosotros. Nunca podremos considerar bastante la naturaleza del pecado y sus consecuencias. Una de las sendas más directas a la santidad es pensar en los sufrimientos y agonía de nuestro Señor. En ninguna otra parte se manifiesta la naturaleza del pecado con colores más terribles y horrorosos que en la muerte del Hijo de Dios.

Lo segundo que debemos tener en cuenta es la importancia del alma y de su destino. 'Mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.' Adviertan cómo nuestro Señor lo repite dos veces para ponerlo bien de relieve. El alma, dice, es tan importante que si el ojo derecho es causa de caídas en el pecado, es mejor sacarlo, librarse de él. No, como voy a demostrarles, en un sentido físico. Hay muchas cosas en la vida y en el mundo que, en sí mismas, son muy buenas, provechosas. Pero nuestro Señor nos dice aquí que si incluso esas cosas nos hacen tropezar debemos repudiarlas. Lo dice todavía con más vigor en una ocasión cuando afirma, 'Si alguno... no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.' (Lc. 15:26). Ésto significa que no importa quién ni qué se interpone entre nosotros y nuestro Señor; si es dañino para el alma, hay que odiarlo y repudiarlo. No quiere decir que el cristiano haya de odiar necesariamente a sus seres queridos. Está claro que no, porque nuestro Señor nos dijo que amáramos a nuestros enemigos. Significa simplemente que todo lo que vaya en contra del alma y de su salvación es enemigo nuestro, y hay que tratarlo como tal. Lo malo es el mal uso que hacemos de las cosas, el colocarlas en una situación equivocada; y esto es lo que El subraya aquí. Si mis facultades, tendencias y habilidades me conducen al pecado, entonces debo repudiarlas. Incluso eso hay que repudiar. Si uno examina su propia vida, creo que ve de inmediato qué significa esto. El problema es que a causa del pecado tenemos la tendencia a pervertirlo todo. 'Todas las cosas son puras para los puros.' Sí; pero, como dijimos antes, nosotros no somos puros; y la consecuencia es que incluso cosas puras a veces se vuelven impuras. Nuestro Señor nos muestra en este pasaje que la importancia del alma y de su destino es tal que todo ha de estarle subordinado. Todo lo demás es secundario cuando ella está en juego, y hemos de examinar nuestra vida para procurar que esté siempre en el centro de nuestro interés. Este es su mensaje, y lo presenta en esa forma tan llamativa y enfática. Lo más importante que tenemos — incluso el ojo derecho—, si es ocasión de tropiezo, debe arrancarse. No hay que permitir que nada se interponga entre nosotros y el destino eterno de nuestra alma.

Este, pues, es el segundo principio. Me pregunto si ocupa siempre el centro de nuestro interés. ¿Nos damos todos cuenta de que lo más importante que tenemos que hacer en este mundo es prepararnos para la eternidad? De esto no cabe la menor duda. Esto no desvirtúa en modo alguno la importancia de la vida en este mundo. Es importante. Es el mundo de Dios, y tenemos que vivir en él una vida plena. Sí; pero sólo como quienes se preparan para la eternidad y para la gloria que nos espera.' 'Mejor te es que se pierda uno de tus miembros,' que quedemos, por así decirlo, tullidos mientras estamos aquí, a fin de asegurarnos de que nos va a aceptar con gozo a su presencia. ¡Qué tristemente descuidados somos en el cultivo del alma, qué negligentes de nuestro destino eterno! Nos preocupamos mucho por esta vida. Pero ¿nos preocupamos tanto por el alma y el espíritu, y por nuestro eterno destino? Esto es lo que nos pregunta nuestro Señor. Es lamentable que seamos tan negligentes en cuanto a lo eterno y tan cuidadosos de lo que inevitablemente ha de terminar. Es mejor ser tullido en esta vida, dice nuestro Señor, que perderlo todo en la otra. Pongan el alma y su destino eterno antes de todo. Quizá signifique que no lo asciendan a uno en el trabajo o que no vaya uno a estar tan bien como otros. Bien, '¿qué

aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?' Así hay que pensar y calcular. 'Mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.' 'No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno' (Mt. 10:28).

El tercer principio es que debemos odiar el pecado, y hacer todo lo que podamos para destruirlo a costa de lo que sea dentro de nosotros. Recuerden cómo lo expresa el Salmista, 'Los que amáis a Jehová, aborreced el mal.' Debemos esforzarnos en odiar el pecado. En otras palabras, debemos estudiarlo y entender cómo funciona. Me parece que hemos sido muy negligentes en este sentido; y en esto estamos en contraposición sorprendente y patética a esos grandes hombres que llamamos Puritanos. Solían analizar el pecado y denunciarlo, con la consecuencia de que la gente se reía de ellos y los llamaban especialistas en pecados. Que se ría el mundo si quiere; pero esta es la forma de santificarse. Estudiémoslo; leamos lo que la Biblia dice de él; analicémoslo; y cuanto más lo hagamos más lo odiamos y haremos todo lo que podamos por librarnos de él a costa de lo que sea, y por eliminarlo de nuestra vida.

El siguiente principio es que debemos caer en la cuenta de que el ideal en esto es tener un corazón puro y limpio, un corazón libre de codicia, concupiscencias. La idea no es simplemente que estemos libres de ciertas acciones, sino que nuestro corazón se purifique. Volvemos, pues, a las Bienaventuranzas: 'Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.' Nuestra pauta ha de ser siempre positiva. Nunca debemos pensar en la santidad sólo en función de no hacer algo. Los que esto enseñan, los que nos dicen que no tenemos que hacer ciertas cosas durante cierto período del año, están equivocados. La verdadera enseñanza es siempre positiva. Desde luego que no debemos hacer ciertas cosas. Pero los fariseos eran expertos en cuanto a esto, y se detenían ahí. No, dice nuestro Señor; deben aspirar a tener un corazón puro y limpio. En otras palabras, nuestra ambición debería ser tener un corazón que no conozca asperezas, envidias, celos, odios o desprecios, sino que esté siempre lleno de amor. Esta es la pauta; y repito que creo que es obvio que fallamos muy a menudo en esto. Tenemos un concepto puramente negativo de la santidad, y por ello nos sentimos autosatisfechos. Si examináramos nuestro corazón, si llegáramos a conocer lo que los puritanos siempre llamaban 'la pestilencia de nuestro corazón,' nos ayudaría a la santidad. Pero no nos gusta examinarnos el corazón. Demasiado a menudo los que nos enorgullecemos del nombre de 'evangélicos' nos sentimos muy felices porque somos ortodoxos y porque no somos como los liberales o modernistas y otros grupos de la Iglesia, que están obviamente equivocados. Nos sentamos, pues, complacidos, satisfechos, con la sensación que ya hemos llegado, y que sólo tenemos que mantenernos donde estamos. Pero esto significa que no conocemos nuestro corazón, y nuestro Señor exige un corazón limpio. Se puede cometer el pecado en el corazón, dice, sin que nadie lo vea; y se puede seguir pareciendo respetable, y nadie adivinaría lo que pasa por la imaginación. Pero Dios lo ve, y delante de Dios es horrible, repugnante, feo, sucio. ¡Pecado de corazón!

El último principio es la importancia de la mortificación del pecado. 'Si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de tí.' Mortificación es un gran tema. Si les interesa deberían leer un libro, La Mortificación del Pecado, del gran puritano, Dr. John Owen. ¿Qué significa ese término? Hay dos opiniones acerca de este tema. Hay un concepto falso de la mortificación que dice que debemos cortar realmente la mano y arrojarla lejos. Es el modo de pensar que considera que el pecado radica en el cuerpo físico, y por lo tanto trata con rigor al cuerpo. En los primeros tiempos del cristianismo hubo muchos que se cortaron literalmente las manos, y pensaron que con esto cumplían los mandatos del Sermón del Monte. Interpretaban estas palabras de nuestro Señor como otros, que estudiaremos luego, que han tomado la enseñanza

del 'volver la otra mejilla' en esa forma literal, torpe. Dicen: 'Es la Palabra; ahí está, y hay que cumplirla.' Pero les quedaba todavía el ojo izquierdo y la mano izquierda, y seguían pecando. Del mismo modo consideran que el celibato es esencial para la santificación y la santidad; ambas cosas pertenecen a la misma categoría. Cualquier enseñanza que nos haga vivir una vida antinatural no enseña la santidad como el Nuevo Testamento. Pensar así es tener un concepto negativo de la mortificación, el cual es falso.

¿Cuál es el concepto genuino? Se encuentra en muchos pasajes del Nuevo Testamento. Tomemos, por ejemplo, Romanos 8:13, donde Pablo dice: 'Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.' Y en 1 Corintios 9:27 lo expresa así: 'Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.' ¿Qué quiere decir? Bien, esto es lo que nos dicen los expertos en griego. Golpea el cuerpo y lo apalea hasta que queda amoratado a fin de domeñarlo. Esta es la mortificación del cuerpo. En Romanos 13:14, dice: 'No proveáis para los deseos de la carne.' Esto es lo que tenemos que hacer. En lugar de un, 'Dejad que Dios actúe,' o, 'Aceptad esta maravillosa experiencia y esto basta,' se nos dice, 'Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros.' Esta es la enseñanza del apóstol. Mortificar por medio del Espíritu las obras del cuerpo. Someter el cuerpo. Y nuestro Señor dice, 'Si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtala y échala de ti.' Siempre es el mismo principio.

Hay cosas que tenemos que hacer. ¿Qué quiere decir? También en esto voy a limitarme a presentar los principios. Primero, nunca debemos 'proveer para los deseos de la carne.' Esto dice Pablo. Dentro de vosotros hay un fuego; nunca le acerquéis aceite, porque de lo contrario se prenderá la llama, y vendrán los problemas. No lo alimentéis demasiado; lo cual se puede interpretar así: nunca lean nada que sepan los puede perjudicar. Me referí antes a esto y lo vuelvo a repetir, porque se trata de cosas muy prácticas. No lean esas informaciones de los periódicos que resultan sugerentes e insinuantes y que saben que siempre les harán daño. No las lean; 'sáquense el ojo.' No son buenas para nadie; pero por desgracia, ahí están en los periódicos y se atraen el interés público. Estas cosas gustan a la mayoría de la gente, y a ustedes y a mí por naturaleza nos gustan. Bueno, pues; no lo lean, 'sáquense el ojo.' Lo mismo se ha de decir de los libros, sobre todo novelas, de la radio, de la televisión y también del cine. Debemos descender a estos detalles. Estas cosas suelen ser fuente de tentación, y cuando se les dedica tiempo y atención estamos proveyendo para los deseos de la carne, estamos alimentando la llama, fomentamos lo que sabemos es malo. Y no debemos hacerlo así. 'Pero,' dicen, 'es educativo. Algunos de estos libros son de gente maravillosa, y si no estoy al corriente de lo que dicen, me tendrán por ignorante.' La respuesta de nuestro Señor es que, por el bien del alma, es mejor ser ignorante, si uno sabe que perjudica saber estas cosas. Incluso lo más valioso hay que sacrificarlo.

También significa evitar las conversaciones necias y las chanzas — historias y chistes que se consideran agudos pero que son insinuantes y sucios. A menudo oye uno de labios de personas muy inteligentes esa clase de cosas llenas de sutileza, chispa y agudeza. El hombre natural lo admira; pero deja un sabor amargo en la boca. Rechacémoslo; digamos que no queremos oírlo, que no nos interesa. Quizá la gente se sienta ofendida si se les dice esto. Bien, ofendámoslos si es esa su mentalidad y moralidad. Debemos tener cuidado de quien nos rodeamos. En otras palabras, tenemos que evitar todo lo que tienda a mancillar e impedir la santidad. Hay que abstenerse incluso de la apariencia de mal, es decir, de cualquier forma de pecado. No importa que forma asuma. Todo lo que sé que me perjudica, todo lo que me perturba y trastorna

o excita, sea lo que sea, debo evitarlo. Debo poner mi 'cuerpo en servidumbre,' debo 'hacer morir lo terrenal en mí.' Esto significa; y debemos ser honestos con nosotros mismos.

Pero alguien podría preguntar: '¿No está acaso enseñando una especie de escrúpulos morbosos? ¿No se va a volver la vida atormentada y triste?' Bien, hay personas que se vuelven morbosas. Pero si quieren saber la diferencia entre esas personas y lo que yo enseño, véanlo así. Los escrúpulos morbosos se centran siempre en la persona; en lo que uno consigue, en el estado en que uno está. La verdadera santidad, por otra parte, se preocupa siempre por agradar a Dios, por glorificarlo, por fomentar la gloria de Jesucristo. Si ustedes y yo tenemos siempre esto en primer plano en la mente no hay por qué preocuparse de la posibilidad de volverse morbosos. Se evitará de inmediato si lo hacemos todo por amor a Dios, en lugar de pasar el tiempo en tomarnos el pulso espiritual y en ponernos el termómetro espiritual.

El siguiente principio es este, que debemos frenar deliberadamente la carne, y hacer frente a todas las insinuaciones del mal. En otras palabras, debemos 'vigilar y orar.' Debemos preocuparnos por lo que dice el apóstol Pablo, 'pongo mi cuerpo en servidumbre.' Si Pablo necesitaba hacerlo, cuánto más lo necesitaremos nosotros.

Estas son cosas que ustedes y yo tenemos que hacer nosotros mismos. Nadie las hará por nosotros. No me importa qué experiencias han tenido ni hasta qué punto están llenos del Espíritu, si leen cosas sugerentes en el periódico, probablemente se harán reos de pecado, pecarán en el corazón. No somos máquinas; se nos dice que debemos poner estas cosas en práctica. Esto me lleva al último principio, que formularía así: Debemos caer en la cuenta una vez más del precio que tuvo que pagarse por librarnos del pecado.

Para el verdadero cristiano no hay estímulo ni incentivo mayores en la lucha por 'hacer morir las obras de la carne' que esto. Con qué frecuencia se nos recuerda que el objetivo de nuestro Señor al venir a este mundo y soportar toda la vergüenza y sufrimientos de la muerte en la cruz fue 'para librarnos del presente siglo malo,' 'para redimirnos de toda iniquidad,' y para escogerse 'para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.' El propósito de todo fue que 'fuésemos santos y sin mancha delante de él.' 'Si su amor y sufrimientos significan algo para nosotros, nos conducirán inevitablemente a estar de acuerdo en que ese amor exige a cambio toda mi alma, mi vida y mí todo.

Finalmente, estas reflexiones deben habernos conducido a ver la necesidad absoluta que tenemos del Espíritu Santo. Ustedes y yo tenemos que hacer estas cosas. Sí, pero necesitamos el poder y la ayuda que sólo el Espíritu Santo nos puede dar. Pablo lo expresa así: 'si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne.' El poder del Espíritu Santo nos será dado. Lo ha recibido si es cristiano. Está en usted, produce en usted 'así el querer como el hacer, por su buena voluntad.' Si nos damos cuenta de la tarea que tenemos que realizar, y deseamos realizarla, y nos preocupamos por esta purificación; si comenzamos con este proceso de mortificación, nos dará poder. Esta es la promesa. Por tanto no debemos hacer lo que sabemos es malo; actuamos con el poder de El. Aquí lo tenemos todo en una sola frase: 'Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.' Ambas cosas son absolutamente esenciales. Si sólo tratamos de mortificar la carne, con nuestras propias fuerzas, produciremos una clase completamente falsa de santificación que no lo es para nada. Pero si nos damos cuenta del poder y de la verdadera naturaleza del pecado; si comprendemos cuánto nos tiene asidos, y el efecto contaminador que produce; entonces caeremos en la cuenta de que somos pobres en espíritu y absolutamente débiles, y pediremos constantemente que se nos dé el poder que sólo el Espíritu Santo puede comunicarnos. Y con este poder pasaremos a 'sacarnos el ojo' y a 'cortar la mano,' a mortificar la carne, y así

resolveremos el problema. Entre tanto El sigue actuando en nosotros y así proseguiremos hasta que por fin lo veamos cara a cara, y estemos en su presencia sin tacha ni mancha, irrepreensibles.

CAPITULO XXIV **Enseñanza de Cristo Acerca del Divorcio**

Pasamos ahora a estudiar lo que nuestro Señor dice en los versículos 31 a 32 respecto al divorcio. Comenzaré por señalar que, cuando llegamos a un tema y pasaje como éste, vemos el valor del estudio sistemático de la enseñanza bíblica. ¿Cuan a menudo oímos hablar en público acerca de un texto como éste? ¿No es cierto que este es una clase de tema que los predicadores tienden a eludir? Y por esto mismo, desde luego, somos culpables de pecado. No hay que estudiar algunas partes de la Palabra de Dios y hacer caso omiso de otras. No hay por qué eludir las dificultades. Estos versículos que vamos a analizar son tan parte de la Palabra de Dios como cualesquiera otros que se hallen en la Escritura. Pero por no exponer la Biblia en forma sistemática, debido a nuestra tendencia a tomar textos fuera de su contexto y a escoger lo que nos interesa y agrada, y a hacer caso omiso del resto, nos hacemos culpables de una vida cristiana desequilibrada. Esto a su vez nos conduce, desde luego, a fracasos prácticos. Es muy bueno, por tanto, que estudiemos el Sermón del Monte de este modo sistemático, y por ello nos encontramos frente a esta afirmación.

Por una razón u otra muchos comentaristas, aunque se han propuesto escribir un comentario del Sermón del Monte, pasan por alto este pasaje y no lo comentan. Se puede entender fácilmente por qué la gente tiende a eludir un tema como éste; pero esto no los excusa. El evangelio de Jesucristo afecta todos los aspectos de nuestra vida, y no tenemos derecho de decir que ninguna parte de nuestra vida está fuera de su alcance. Todo lo que necesitamos se nos enseña y con ello poseemos instrucciones acerca de todos los aspectos de nuestra vida. Pero al mismo tiempo, quienquiera que se haya tomado la molestia de leer acerca de este tema y las varias interpretaciones que se le dan se dará cuenta de que está lleno de dificultades. Muchas de estas dificultades, sin embargo, las han creado los hombres, y se deben en último término a la enseñanza de la Iglesia Católica acerca del matrimonio como sacramento. Partiendo de esta posición, manipula las afirmaciones de la Escritura para que encaje con su teoría. Deberíamos dar gracias a Dios, sin embargo, de que no tenemos solamente nuestras ideas, sino que poseemos esta instrucción y enseñanza bien claras. Responsabilidad nuestra es examinarlo honradamente.

Frente a estos versículos, recordemos una vez más los antecedentes o contexto de los mismos. Esta afirmación es una de las seis que nuestro Señor hizo y que introdujo con la fórmula 'Oísteis... pero yo os digo.' Forma parte de la sección del Sermón del Monte en la que nuestro Señor muestra la relación entre su Reino y la enseñanza de la ley de Dios que fue dada a los hijos de Israel por medio de Moisés. Comenzó diciendo que no había venido a destruir la ley sino a cumplirla; es más, dice, hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido. Luego viene lo siguiente: 'De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será lla-

mado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.' Luego pasa a ofrecer su enseñanza a la luz de este contexto.

Con esto presente, recordemos también que en estos seis contrastes que nuestro Señor presenta, compara no la ley de Moisés, como tal, con su propia enseñanza, sino la interpretación falsa de esta ley por parte de los escribas y fariseos. Nuestro Señor desde luego que no dice que había venido a corregir la ley de Moisés, porque era la ley de Dios, que Dios mismo había dado a Moisés. No; el propósito de nuestro Señor era corregir la corrupción, la falsa interpretación de la ley que los escribas y fariseos enseñaban. Por lo tanto, honra la ley de Moisés y la explica en toda su plenitud y gloria. Esto, desde luego, es precisamente lo que hace respecto a la cuestión del divorcio. Quiere sobre todo denunciar públicamente la enseñanza falsa de los escribas y fariseos respecto a este importante asunto.

La mejor forma de estudiar este tema es examinarlo bajo tres aspectos. Ante todo debemos tener una idea clara en cuanto a lo que la ley de Moisés enseñaba realmente acerca de este asunto. Luego debemos saber qué enseñaban los escribas y fariseos. Finalmente debemos examinar lo que nuestro Señor mismo enseña.

Primero, pues, ¿qué enseñaba realmente la ley de Moisés respecto a este problema? La respuesta se encuentra en Deuteronomio 24, sobre todo en los versículos 1-4. En Mateo 19 nuestro Señor vuelve a referirse a esa enseñanza y en un sentido nos da un resumen perfecto de la misma, pero conviene que consideremos la afirmación original. Suele haber mucha confusión en cuanto a esto. Lo primero que hay que advertir es que en la antigua dispensación mosaica no se menciona la palabra adulterio en relación con el divorcio, ya que en la ley de Moisés el castigo del adulterio era la muerte. Quienquiera que bajo esa ley antigua era considerado culpable de adulterio era lapidado hasta que muriera, de modo que no era necesario mencionarlo. El matrimonio había terminado, pero no por divorcio sino por castigo de muerte. Este principio es muy importante y conviene que lo recordemos.

¿Cuál era, pues, el propósito de la legislación mosaica respecto al divorcio? Se encuentra de inmediato la respuesta, no sólo cuando se lee Deuteronomio 24, sino sobre todo al leer lo que dice nuestro Señor acerca de esa legislación. El objetivo único de la ley mosaica respecto a esto era simplemente controlar los divorcios. La situación había llegado a ser casi completamente caótica. Sucedió lo siguiente. En ese tiempo, como recordarán, los hombres tenían una idea muy baja de la mujer, y habían llegado a creer que tenían derecho a divorciarse de su mujer por cualquier razón, incluso baladí. Si un hombre, por la razón que fuera, quería librarse de su esposa, lo hacía. Presentaba cualquier pretexto falso y, basado en él, se divorciaba. Desde luego que la razón básica de ello no era más que la pasión y lujuria. Es interesante observar cómo, en este Sermón del Monte, nuestro Señor habla de este tema en conexión inmediata con el tema que lo precede, a saber, el problema de la concupiscencia. En algunas versiones de la Biblia ambos temas están bajo un sólo encabezamiento. Quizá no esté bien esto, pero sí nos recuerda la conexión íntima entre ambas. La legislación mosaica, por tanto, se introdujo para regular y controlar una situación que no sólo se había convertido en caótica, sino que era injusta para la mujer, y que, además, conducía a sufrimientos inimaginables e inacabables tanto en las mujeres como en los niños.

Establecía principalmente tres grandes principios. El primero era que limitaba el divorcio a ciertas causas. En adelante sólo había de permitirse cuando se descubría en la mujer algún defecto físico o moral, natural. Se prohibían todas las excusas que los hombres habían utilizado hasta entonces. Antes de obtener el divorcio el hombre tenía que demostrar que había una causa

muy especial, incluida bajo el título de impureza. No sólo tenía que demostrar esto, sino que tenía que hacerlo frente a dos testigos. Por tanto la legislación mosaica, lejos de justificar el divorcio, lo limitaba. Descartaba todas las razones baladíes, superficiales e injustas, restringiéndolas a una sola.

Lo segundo que establecía era que, el hombre que se divorciaba de este modo de su mujer tenía que darle carta de divorcio. Antes de la ley mosaica, el hombre podía decir que ya no deseaba a su mujer, y arrojarla de la casa; y ahí quedaba, a merced del mundo. Se la podía acusar de infidelidad o adulterio y por ello podía lapidársela hasta morir. Por tanto, a fin de proteger a la mujer, esta legislación exigía que se le diera carta de divorcio en la que se dijera que había sido repudiada, no por infidelidad, sino por una de las razones admisibles y que había sido descubierta. Era para protegerla, y la carta de divorcio se le entregaba en presencia de dos testigos a los que siempre podía recurrir en caso de necesidad. El divorcio fue formalizado, con la idea de fijar en la mente de la gente que era un paso solemne y no algo que había que hacer a la ligera en un momento de pasión cuando el hombre descubría de repente que no le gustaba su esposa y quería librarse de ella. De este modo se ponía de relieve lo serio del matrimonio.

El tercer principio de la ley mosaica fue significativo, a saber, que el hombre que se divorciaba de su mujer y le daba carta de divorcio no podía volver a casarse con ella. La situación era la siguiente. Un hombre se ha divorciado de su mujer y le ha dado carta de divorcio. En este caso la mujer puede volver a casarse con otro hombre. Ahora bien, el segundo esposo también puede darle carta de divorcio. Sí, dice la ley de Moisés, pero si esto sucede y puede volver a casarse, no debe casarse con el primer esposo. La intención de esta norma es la misma; hacer que la gente comprenda que el matrimonio no es algo que se puede contraer y disolver a la ligera. Le dice al primer esposo que, si le da a la esposa carta de divorcio, va a ser algo definitivo.

Cuando lo vemos así, podemos darnos cuenta de inmediato que la antigua legislación mosaica está muy lejos de ser lo que pensábamos, y sobre todo de lo que los escribas y fariseos enseñaban que era. Su objetivo era introducir cierto orden en una situación que se había vuelto del todo caótica. Esta fue la característica de todos los detalles de la legislación mosaica. Tomemos por ejemplo la cuestión del 'ojo por ojo, y diente por diente.' La legislación mosaica lo estableció. Sí, pero ¿cuál fue el propósito? No fue decir a la gente que si uno le sacaba un ojo a otro, la víctima podía hacerle lo mismo. No; el propósito fue decirles: No pueden matar a alguien por esa ofensa; es sólo un ojo por un ojo, y si alguien le hace saltar un diente a otro, la víctima sólo puede hacerle saltar un diente a aquél. Es poner orden en medio del caos, limitar las consecuencias y legislar para una situación especial. La ley respecto al divorcio tuvo exactamente el mismo propósito.

Luego debemos examinar la enseñanza de los escribas y fariseos porque, como hemos visto, nuestro Señor se refirió sobre todo a ella. Decían que la ley de Moisés mandaba, es más apremiada, al hombre que se divorciara de su mujer en ciertas circunstancias. Claro que nunca dijo cosa semejante. La ley de Moisés nunca mandó a nadie que se divorciara de su mujer; lo que hizo fue decir al hombre: si quieres divorciarte de tu mujer puedes hacerlo sólo bajo estas condiciones. Pero los escribas y fariseos, como nuestro Señor dice bien claramente en Mateo 24 cuando habla del mismo tema, enseñaban que Moisés mandó el divorcio. Y, desde luego, el paso siguiente era que exigían el divorcio e insistían en el derecho de hacerlo, por toda clase de razones inadecuadas. Tomaban esa antigua legislación mosaica respecto a esta cuestión de impureza y tenían su propia interpretación en cuanto a lo que significaba. De hecho enseñaban que, si un hombre ya no quería a su mujer, o por cualquier razón ya no le satisfacía, eso, en un

sentido, era 'impureza.' ¡Cuan típico es esto de la enseñanza de los escribas y fariseos y de su método de interpretar la ley! Pero en realidad eludían la ley tanto en principio como en la letra. La consecuencia fue que en tiempo de nuestro Señor se volvían a cometer terribles injusticias con las mujeres que eran repudiadas por las razones más indignas y baladíes. Sólo un factor les interesaba a esos hombres, y era el legal, de dar carta de divorcio. Eran muy meticulosos en eso, como en todos los detalles legales. No decían, sin embargo, que se divorciaban de la mujer. Esto no tenía importancia. ¡Lo que importaba sobre todo era que se le diera carta de divorcio! Nuestro Señor lo expresa así: 'También fue dicho' — esto es lo que habían estado diciendo los escribas y fariseos. ¿Qué es lo importante para 'cualquiera que repudie a su mujer'? 'Déle carta de divorcio.' Bien, desde luego que eso es importante, y la ley de Moisés lo exigía. Pero no es esto lo importante, ni lo que hay que poner de relieve. Sin embargo, para los escribas y fariseos era lo básico y, con ello, no habían visto el verdadero significado del matrimonio. No habían acertado a examinar todo el problema del divorcio y la razón para el mismo en una forma genuina, justa y adecuada. Hasta tal punto los escribas y fariseos habían llegado a pervertir la enseñanza mosaica. La eludían con interpretaciones hábiles y con tradiciones que le habían agregado. El resultado fue que se había ocultado y debilitado por completo el objetivo final de la legislación mosaica.

Esto nos conduce al tercer y último paso (que es el más importante. ¿Qué dice nuestro Señor acerca de ello? Tero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.' La afirmación de Mateo 19:3-9 es muy importante y útil en la interpretación de esta enseñanza, porque es una explicación más completa de lo que dice nuestro Señor en el Sermón del Monte en una forma más concisa. Los escribas y fariseos le dijeron —con la intención de confundirlo— '¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?' De hecho al preguntar esto se ponían al descubierto porque ellos mismos lo autorizaban. Esta es la respuesta de nuestro Señor. Lo primero que subraya es la santidad del matrimonio. 'El que repudie a su mujer, a no ser por causa de fornicación.' Adviertan que va más allá que la ley de Moisés para remontarse a la ley que Dios había promulgado al comienzo. Cuando Dios creó a la mujer para que fuera ayuda para el hombre así lo dijo. Afirmó: 'Serán una sola carne.' 'Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.' El matrimonio no es un contrato civil, ni un sacramento; el matrimonio es algo dentro de lo cual estas dos personas se convierten en una sola carne. Hay algo indisoluble en él, y nuestro Señor se remonta a ese principio. Cuando Dios hizo a la mujer para el hombre esa fue su intención, eso fue lo que indicó, y esto fue lo que ordenó. La ley que Dios estableció fue que el hombre dejara a su padre y a su madre y se uniera a su esposa para convertirse en una sola carne. Ha ocurrido algo nuevo y distinto, ciertos vínculos se han roto y se ha formado ese vínculo nuevo. Este aspecto de 'una carne' es muy importante. Verán que es un tema que siempre aparece cuantas veces la Escritura trata de este asunto. Se encuentra en 1 Corintios 6, donde Pablo dice que lo terrible en la fornicación es que el hombre se hace una so'a carne con una prostituta — enseñanza importante y solemne. Nuestro Señor parte de esta base. Se remonta al comienzo, a la idea original de Dios acerca del matrimonio.

'Si esto es así,' preguntará alguien, '¿cómo se explica la ley de Moisés? Si así concibe Dios el matrimonio, ¿por qué permitió el divorcio en las circunstancias que hemos visto?' Nuestro Señor respondió a esta pregunta diciendo que, debido a la dureza de corazón de esas gentes, Dios hizo una concesión, por así decirlo. No abrogó su primera ley respecto al matrimonio. No, introdujo una legislación provisional debido a las circunstancias prevalentes. Dios quiso controlar la situación. Es lo mismo que vimos ocurrió respecto al 'ojo por ojo y diente por diente.' Fue una innovación tremenda en ese tiempo; pero en realidad por medio de ello Dios

iba conduciendo otra vez a su pueblo en la dirección de su mandato original. 'Por la dureza de vuestro corazón,' dice nuestro Señor, 'Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres. No fue que Dios quisiera el divorcio ni mandara que nadie se divorciara de su mujer; fue Dios que quería convertir el caos en orden, que devolvía la normalidad a lo que era completamente irregular. Debemos tener muy presente en estos asuntos el objetivo y la intención originales de Dios respecto al estado matrimonial: una carne, indisolubilidad, y la unión que ello representa.

El primer principio nos conduce al segundo, que es que Dios nunca en ninguna parte mandó a nadie que se divorciara. Los escribas y fariseos daban a entender que esto indicaba la ley de Moisés. Sí; ciertamente que les mandó que dieran carta de divorcio si se divorciaban. Pero esto no es mandar que se divorcien. La idea que enseña la Palabra de Dios es no sólo la de la indisolubilidad del matrimonio, sino la del amor y perdón. Debemos descartar este enfoque legalista que le hace decir al hombre, 'Ha arruinado mi vida, debo divorciarme de ella.' Como pecadores indignos todos hemos recibido perdón de Dios, y esto debe dirigir nuestra idea de todo lo que nos sucede respecto a otras personas, y sobre todo en la relación matrimonial.

El siguiente principio es de suma importancia. Hay una sola causa y razón legítimas para el divorcio — lo que se llama 'fornicación'. No necesito subrayar la importancia de esta enseñanza y lo pertinente que es. Vivimos en un país en el que en ese asunto del divorcio hay una confusión caótica, y todavía se están promulgando leyes que lo hacen más fácil y, en consecuencia, van a agravar la situación. Esta es la enseñanza de nuestro Señor respecto a este tema. Hay una sola causa legítima de divorcio. Hay una y sólo una. Y es la infidelidad de uno de los cónyuges. Este término 'fornicación' es genérico, y en realidad significa infidelidad de uno de los cónyuges al matrimonio 'El repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere.' Debemos comprender la importancia de este principio. Tuvo gran importancia en los primeros tiempos de la iglesia. Si leen 1Corintios 7 volverán a encontrar este problema. En esos tiempos el problema se les presentaba a los cristianos en esta forma. Imaginemos a un esposo y esposa. El esposo se convierte, la esposa no. Ahí tenemos a un hombre que se ha convertido en nueva criatura en Cristo Jesús, pero su esposa sigue siendo pagana. A esas gentes se les había enseñado la doctrina de la separación del mundo y del pecado. En consecuencia habían sacado la conclusión siguiente, 'Me es imposible seguir viviendo con una mujer así, pagana. Si quiero vivir una vida cristiana, me debo divorciar de ella porque ella no es cristiana.' Y muchas esposas que se habían convertido y cuyos maridos no se habían convertido, decían lo mismo. Pero el apóstol Pablo les enseñó que el esposo no debía dejar a la esposa porque él se había convertido y ella no. Ni siquiera esto es motivo de divorcio. Tomemos todo eso que se dice hoy día acerca de la incompatibilidad de caracteres. ¿Quieren algo más incompatible que un cristiano y un no cristiano? Según las ideas modernas, de haber una causa de divorcio sería esta. Pero la enseñanza bien clara de la Biblia es que ni siquiera esto es motivo de divorcio. No hay que dejar al inconverso, dice Pablo. La esposa que se ha convertido y tiene un esposo inconverso santifica al esposo. No hay que preocuparse por los hijos; si uno de los cónyuges es cristiano, tienen el privilegio de la educación cristiana dentro de la vida de la Iglesia.

Esta argumentación es sumamente vital e importante. Es la forma de dejarnos grabado este gran principio que nuestro Señor mismo establece. Nada justifica el divorcio a excepción de la fornicación. No importan las dificultades, no importa la tensión o la presión, p lo que sea que se dice que sucede en el caso de incompatibilidad de caracteres. Nada ha de disolver ese vínculo indisoluble salvo esa única cosa. Pero vuelvo a repetir que esa cosa sí lo disuelve. Nuestro Señor dice que esa sí es causa de divorcio, y legítima. Dice que Moisés hizo ciertas concesiones 'por la dureza de vuestro corazón.' Pero ahora esto se propone como principio, no como concesión a

debilidades. El Señor mismo nos dice que la infidelidad es causa de divorcio y la razón es muy obvia. Vuelve a ser cuestión de la 'una carne'; la persona culpable de adulterio ha roto el vínculo y se ha unido a otra persona. El lazo se ha roto, ya no se sostiene lo de la carne una, y por tanto el divorcio es legítimo. Permítanme volver a insistir en ello, no es un mandato. Pero sí es motivo de divorcio, y el hombre que se halle en tal situación tiene derecho a divorciarse de su esposa, y la esposa tiene derecho a divorciarse del esposo.

El siguiente paso lo aclara todavía más. Nuestro Señor dice que si alguien se divorcia de su esposa por alguna otra razón hace que la esposa cometa adulterio. 'El que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adúltere.' La argumentación es como sigue: Hay una sola cosa que puede romper ese vínculo. Por tanto, si alguien repudia a su mujer por alguna otra causa, la repudia sin romper el vínculo. Así pues, le hace uno romper el vínculo caso de que volviera a casarse; y por consiguiente comete adulterio. Por tanto, el que se divorcia de su mujer por cualquier otra causa que no sea esta la hace adúlterar. El esposo es la causa, y el hombre que se casa con ella también es adúltero. De esta forma positiva y clara vuelve nuestro Señor a poner en vigor este gran principio. Sólo hay una causa para el divorcio, nada más.

¿Cuál es, pues, el efecto de esta enseñanza? Podemos sintetizarlo así. Nuestro Señor se nos muestra aquí como el gran Legislador. Toda la ley procede de El; todo lo de esta vida y de este mundo ha venido a El. _Hubo una legislación pasajera para los hijos de Israel a causa de circunstancias especiales. El castigo mosaico para el adulterio era la muerte por lapidación. Nuestro Señor abrogó esta legislación pasajera. Luego ha establecido como legítimo el divorcio por adulterio; ha establecido la ley de este modo. Estos son los dos resultados principales de su enseñanza. A partir de entonces ya no se da muerte a nadie por adulterio. Pero si uno quiere hacer algo tiene derecho al divorcio. De esto se puede sacar una conclusión muy importante y seria. Podemos decir no sólo que una persona que se ha divorciado de su cónyuge por adulterio tiene derecho a hacerlo. Podemos ir más allá y decir que el divorcio ha anulado el matrimonio, y que esa persona es libre y como libre puede volver a casarse. El divorcio acaba esa relación, dice nuestro Señor. La relación con el cónyuge es la misma como si hubiera muerto; y la parte inocente tiene por tanto derecho a volver a casarse. Incluso más que esto, si es cristiano, tiene derecho a otro matrimonio cristiano. Pero sólo él está en esa situación, no el otro cónyuge.

'¿No va decir nada acerca de los demás?' pregunta alguien. Todo lo que diría acerca de ellos es esto, y lo digo a conciencia, casi con temor de que pueda parecer que digo algo que pueda inducir a alguien a pecar. Pero basado en el evangelio y en interés por la verdad me veo obligado a decir esto: Ni siquiera el adulterio no es un pecado imperdonable. Es un pecado terrible, pero Dios no quiera que alguien crea que se ha puesto definitivamente fuera del amor y del reino de Dios a causa de adulterio. No; si esa persona se arrepiente y cae en la cuenta de la enormidad del pecado cometido y se arroja en brazos del amor, misericordia y gracia inconmensurables de Dios, puede recibir perdón y tener seguridad de que ha sido perdonado. Pero, oigamos las palabras de nuestro Señor: 'Vete, y no peques más.'

Esta es la enseñanza de nuestro Señor respecto a este tema tan importante. Vemos cuál es el estado del mundo y de la sociedad que nos rodea. ¿Es sorprendente que el mundo esté como está si la gente hace caso omiso de la ley de Dios en asunto tan vital? ¿Qué derecho tenemos de esperar que las naciones cumplan sus promesas y sean fieles a las alianzas, si los hombres y mujeres no lo hacen ni siquiera en esta unión del matrimonio, que es la más solemne y sagrada? Debemos comenzar por nosotros mismos; debemos comenzar por el principio, debemos observar la ley de Dios en nuestras vidas personales. Y luego, y sólo luego, tendremos derecho a confiar en las naciones y pueblos, y a esperar un tipo diferente de conducta del mundo en general.

CAPITULO XXV

El Cristiano y Los Juramentos

Estudiamos ahora los versículos 33-37, los cuales contienen el cuarto de los seis ejemplos e ilustraciones que demuestran lo que nuestro Señor quiso decir cuando en los versículos 17-20 de este capítulo definió la relación de su enseñanza y el reino con la ley de Dios. Una vez formulado el principio, pasa luego a demostrarlo e ilustrarlo. Pero desde luego que le preocupa no sólo ilustrar el principio, sino también dar una enseñanza específica y positiva. En otras palabras, todos estos puntos concretos son de gran importancia en la vida cristiana.

Quizá haya quienes pregunten: '¿Nos resulta provechoso, estando como estamos frente a problemas inmensos en este mundo moderno, examinar esta cuestión sencilla de nuestro hablar y de cómo deberíamos hablar unos con otros?' La respuesta, según el Nuevo Testamento, es que todo lo que el cristiano hace es de suma importancia por ser lo que es, y por el efecto que produce en otros. Debemos creer que si todo el mundo fuera cristiano, entonces la mayoría de nuestros problemas simplemente desaparecerían y no habría por qué temer guerras ni horrores semejantes. El problema es, pues, cómo va la gente a hacerse cristiana. Una de las maneras es mediante la observación de personas cristianas. Esta es quizá una de las formas más poderosas de evangelismo en el mundo actual. Nos miran a todos nosotros y por tanto todo lo que hacemos es de gran importancia.

Por esto sucede que en las Cartas que forman parte del Nuevo Testamento (no sólo en las de Pablo sino también en las otras) los autores invariablemente han propuesto su doctrina respecto a los distintos aspectos de la vida. En esa gran Carta a los Efesios, después de que Pablo se ha elevado a las alturas y nos ha dado en los primeros capítulos ese concepto sorprendente del propósito final de Dios para el universo y nos ha conducido a los lugares celestiales, de repente vuelve a tocar con los pies el suelo, nos mira y dice: 'Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo.' En esto no hay contradicción. El evangelio siempre ofrece doctrina, y con todo se preocupa de los detalles más pequeños de la vida y del vivir. Tenemos un ejemplo de ello en las palabras que ahora vamos a estudiar.

Como hemos visto, toda esta sección del Sermón del Monte la usa nuestro Señor para poner de manifiesto la impostura y falsedad de la presentación que los escribas y fariseos hacían de la ley mosaica y para contrastarla con su propia exposición positiva. Esto tenemos aquí. Dice: 'Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.' Estas palabras exactas no se encuentran en el Antiguo Testamento, lo cual es una prueba más de que no trataba de la ley mosaica como tal sino de la perversión farisaica de la misma. Sin embargo, como solía ser verdad de la enseñanza de los escribas y fariseos, dependía indirectamente de algunas afirmaciones del Antiguo Testamento. Por ejemplo, tenían muy bien presentes el tercer mandamiento que dice así: 'No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano;' también Deuteronomio 6:13: 'A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás,' y también Levítico 19:12, el cual dice: 'Y no juréis falsamente por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios. Yo Jehová.' Los escribas y fariseos estaban familiarizados con estos textos y de ellos habían deducido esta enseñanza: 'No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos,' Nuestro Señor quiere corregir esta falsa enseñanza, y no sólo corregirla, sino sustituirla por la verdadera enseñanza. Al hacerlo pone de manifiesto, como de costumbre,

la verdadera intención y objetivo de la ley que Dios dio a Moisés, la ley que es por tanto obligatoria para todos nosotros, cristianos, que vivimos preocupados por el honor y la gloria de Dios.

Una vez más podemos enfocar el tema bajo tres subdivisiones. Consideremos primero la legislación mosaica. ¿Cuál fue el propósito de estas afirmaciones, tales como las que hemos citado, con respecto a este asunto de perjurarse o de hacer juramentos? La respuesta es, sin duda, que la intención básica fue frenar la tendencia, consecuencia del pecado y la caída, a mentir. Uno de los mayores problemas con que se enfrentó Moisés fue la tendencia del pueblo a mentirse unos a otros y a decir expresamente cosas que no eran verdad. La vida se estaba volviendo caótica porque los hombres no podían confiar en las palabras y afirmaciones de otros. Por ello, uno de los propósitos principales de la ley respecto a ello fue controlarlo o, por así decirlo, hacer la vida posible. El mismo principio se aplicó, como vimos, en el caso del mandamiento referente al divorcio, en el cual, además del objetivo específico hubo también otro más general.

Otro objetivo de esta legislación mosaica fue restringir el hacer juramentos a asuntos graves e importantes. Había la tendencia por parte del pueblo a hacer juramentos por las cosas más triviales. Con el más mínimo pretexto juraban en nombre de Dios. El objetivo de la legislación fue, pues, acabar con esos juramentos volubles y hechos a la ligera, y demostrar que el hacer un juramento era algo muy grave, algo que había que reservar sólo para las causas y condiciones que conllevaban algo de gravedad excepcional e importancia especial para el individuo o la nación. En otras palabras, esta ley quería recordarles lo serio de toda su vida; recordar a estos hijos de Israel, sobre todo, su relación con Dios, y subrayar que todo lo que hacían Dios lo veía, que Dios estaba sobre todo, y que todas y cada una de las manifestaciones de su vida debían vivirse como para El.

Este es uno de los grandes principios de la ley que se ilustra en este pasaje. Siempre debemos tener presente, al estudiar estos mandamientos mosaicos, la afirmación: 'Porque yo soy Jehová vuestro Dios... seréis santos, porque yo soy santo.' Este pueblo tenía que recordar que todo lo que hacían era importante. Eran el pueblo de Dios, y se les recordaba que incluso en su hablar y conversación, y sobre todo en los juramentos, todo había que hacerlo de tal forma que reflejara que Dios los miraba. Debían por tanto darse cuenta de la suma gravedad de todos estos aspectos debido a la relación que tenían con Dios.

La enseñanza de los escribas y fariseos, sin embargo, que nuestro Señor quería poner de manifiesto y corregir, decía: 'No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.' En nuestro análisis del principio general vimos que en última instancia el problema de los escribas y fariseos era que tenían una actitud legalista. Se preocupaban más por la letra de la ley que por el espíritu. Mientras pudieran convencerse de que cumplían con la letra de la ley se sentían felices. Por ejemplo, mientras no fueran culpables de adulterio físico todo iba bien. Y lo mismo se aplicaba al divorcio. Otra vez vuelve a aparecer. Habían interpretado de tal modo el significado y transformado de tal modo en una forma legal que les permitía mucha amplitud para hacer muchas cosas que eran completamente contradictorias al espíritu de la ley, y a pesar de ello se sentían bien porque no habían violado de hecho la letra. En otras palabras, habían reducido el propósito de este mandato al solo hecho de no perjurar. Cometer perjurio era para ellos algo muy grave; era un pecado terrible y lo censuraban. Uno podía, sin embargo, hacer toda clase de juramentos, y hacer toda clase de cosas, pero mientras no se cayera en perjurio uno no era culpable delante de la ley.

Se ve de inmediato la importancia de todo esto. El legalismo sigue estando presente entre nosotros; todo eso es muy pertinente para nosotros. No cuesta nada encontrar esta misma actitud

legalista respecto a la religión y a la fe cristiana en mucha gente. Se encuentra en ciertos tipos de religión y es obvia en casi todos los credos. Para ilustrar este caso, permítanme señalar cuan obvio se presenta en la actitud católica respecto a esto. Tomemos lo que dicen del divorcio. Su actitud se formula en sus principios escritos. Pero, de repente se entera uno por el periódico de que un católico prominente ha conseguido divorcio. ¿Cómo así? Es cuestión de interpretación, y se basan en que dicen que están en condiciones de probar que no ha habido verdadero matrimonio. Por medio de sutiles argumentos parecen capaces de probar cualquier cosa. Se encuentra lo mismo en cualquier otra clase de religión, incluso, a veces, entre los evangélicos. Lo que hacemos es tomar por separado algo y decir: 'Hacer esto es pecado, pero mientras no lo hagamos, todo va bien.' Con qué frecuencia hemos indicado que ésta es la tragedia del concepto moderno de la santidad. Tanto la santidad como el espíritu mundano se definen de una forma del todo aparte de la Biblia. Según algunos, ser mundano parece querer decir ir al cine, y esto es la esencia del espíritu mundano. Mientras uno no haga eso no es mundano. Pero se olvidan del orgullo — el orgullo de la vida, la concupiscencia de la carne, la codicia de los ojos; orgullo por los antepasados y cosas así. Uno aísla y limita la definición a un solo punto. Y mientras uno no sea culpable de esto, todo va bien. Este fue el problema de los escribas y fariseos; redujeron todo el problema a la sola cuestión del perjurio. En otras palabras, pensaban que no perjudicaba al hombre jurar cuando quisiera con tal de que no perjurara. Mientras no hiciera esto podía jurar por el cielo, por Jerusalén o casi por cualquier otra cosa. De este modo abrían la puerta para que se jurara mucho en cualquier momento o con respecto a cualquier cosa.

La otra característica de su interpretación falsa era que distinguía entre varios juramentos, diciendo que unos obligaban mientras otros no. Si se juraba por el templo, eso no obligaba; pero si se juraba por el orp del templo, eso sí ataba. Si se juraba por el altar, no era necesario cumplirlo; pero si se juraba por la ofrenda que había sobre el altar entonces había obligación de cumplir. Adviertan cómo nuestro Señor en Mateo 23 ridiculizó no sólo la perversión de la ley que todo esto manifestaba, sino también la deshonestidad que todo ello implicaba. Nos es bueno observar que nuestro Señor hiciera eso. Hay ciertas cosas en relación con la fe cristiana que hay que tratar así. Nos hemos vuelto tan inseguros de los principios en esta era tan disoluta y afeminada, que tenemos miedo de acusaciones como la que leemos en ese pasaje, y estamos casi dispuestos a reprochar a nuestro Señor por haber hablado como lo hizo acerca de los fariseos. ¡Debiéramos avergonzarnos! Esta deshonestidad total y grosera en relación con las cosas de Dios hay que ponerla de manifiesto y denunciarla por lo que es. Los fariseos fueron culpables de esto al distinguir entre juramentos, diciendo que algunos obligaban y otros no, y la consecuencia de toda esta enseñanza suya fue que se utilizaran juramentos solemnes con frecuencia y a la ligera en la conversación y con respecto a casi todo.

Examinemos ahora la enseñanza de nuestro Señor. Otra vez presenta el mismo contraste: '...pero yo os digo.' Aquí tenemos al legislador mismo que habla. Aquí está un Hombre en medio de hombres, pero que habla con la autoridad única de la divinidad. Dice en efecto: 'Yo quien di la antigua ley os digo esto. Digo, no juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.' ¿Qué significa esto?

Lo primero que debemos hacer, quizá, es tratar de la situación que se nos presenta en un caso concreto. Los miembros de la Sociedad de Amigos, llamados comúnmente cuáqueros, siempre han mostrado mucho interés por este párrafo, y basados en él han solido siempre negarse

a prestar juramentos ni siquiera ante un tribunal. Su interpretación es que este texto prohíbe de una manera absoluta hacer juramentos de la clase que sean y bajo ninguna circunstancia. Dicen que nuestro Señor dijo: 'No juréis en ninguna manera,' y que lo que debemos hacer es tomar sus palabras como suenan. Debemos examinar esta posición, pero no porque este texto trate del jurar ante un tribunal. En realidad no estoy muy seguro de que los que interpretan así este pasaje no se hayan colocado sin querer casi en la antigua posición legalista de los escribas y fariseos. Si limitamos el significado de este párrafo al jurar delante de un tribunal, entonces nos hemos concentrado en 'la menta y el eneldo y el comino' y hemos olvidado las cosas importantes de la ley. No me es posible aceptar esta interpretación por las razones siguientes.

La primera es el mandato del Antiguo Testamento en el que Dios estableció la legislación referente a los juramentos, a cuándo y cómo hacerlos. ¿Es concebible que Dios hubiera dado esas normas si hubiese querido que nunca se jurara? Pero no sólo esto; está también la práctica del Antiguo Testamento. Cuando Abraham envió a su siervo para que buscara esposa a Isaac, ante todo le exigió un juramento — él, Abraham, el amigo de Dios. Jacob, el hombre santo, exigió juramento a José, José lo exigió a sus hermanos y Jonatán lo exigió de David. No se puede leer el Antiguo Testamento sin ver que, en ciertas ocasiones especiales, estos hombres santos tenían que jurar en forma solemne. Es más, tenemos una autoridad mayor todavía en el pasaje que describe el juicio de nuestro Señor. En Mateo 26: 63, se nos dice que Jesús 'callaba'. El sumo sacerdote lo estaba juzgando. 'Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.' Nuestro Señor no dijo: 'No tienes que hablar así.' De ningún modo. No condenó que empleara así el nombre de Dios. No lo acusó en esa ocasión, sino que pareció aceptarlo como legítimo. Entonces, y sólo entonces, como respuesta a esta admonición solemne, respondió.

Sin embargo, examinemos la práctica de los apóstoles, quienes habían recibido instrucción directa de nuestro Señor. Verán que con frecuencia juraban. El apóstol Pablo dice en Romanos 9:1: 'Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo', y en 2 Corintios 1:23: 'Mas yo invoco a Dios por testigo sobre mi alma, que por ser indulgente con vosotros no he pasado todavía a Corinto.' Esa era la práctica y costumbre. Pero hay un argumento muy interesante basado en esto en Hebreos 6:16. El autor trata en ese capítulo de consolar y tranquilizar a sus lectores, y su argumentación es que Dios ha jurado en cuanto a ello. 'Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación.' Dios por tanto 'confirmaba la cosa por juramento.' En otras palabras, al referirse a la práctica de los que juraban muestra cómo el juramento es confirmación para el hombre, y acaba con la controversia. No dice que esté mal; lo acepta como algo justo, habitual y enseñado por Dios. Luego pasa a argumentar que incluso Dios mismo ha jurado 'para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de ¡a esperanza puesta delante de nosotros.' A la luz de todo esto parece realmente poco satisfactoria esa opinión que dice que la Escritura ordena no jurar. La conclusión a la que llegamos, basados en la Biblia, es que, si bien hay que restringir el jurar, hay ciertas ocasiones solemnes y vitales cuando es lícito, y no sólo esto, sino que de hecho le añade una solemnidad y una autoridad que ninguna otra cosa le puede dar.

Esta es la idea negativa de la enseñanza de nuestro Señor. Pero ¿qué enseña positivamente?

Está bien claro que lo primero que nuestro Señor quiere hacer es prohibir el uso del nombre sagrado para blasfemar o maldecir. El nombre de Dios y el de Cristo nunca han de usarse

así. Basta ir por las calles de una ciudad o sentarse en trenes o autobuses para oír que se hace eso constantemente. Nuestro Señor lo condena de una manera absoluta y total.

Lo segundo que prohíbe del todo es jurar por alguna criatura, porque todo pertenece a Dios. Nunca debemos jurar por los cielos o la tierra o por Jerusalén; no debemos jurar por nuestra cabeza, ni por ninguna otra cosa más que por el nombre de Dios mismo. De modo que esas distinciones y diferencias que los escribas y fariseos hacían eran completamente ridículas. ¿Qué es Jerusalén? Es la ciudad del gran Rey. ¿Qué es la tierra? Su estrado. Uno ni siquiera puede hacer blanco o negro un cabello. Todas estas cosas están bajo Dios. También el templo es la sede de la presencia de Dios, de modo que no se puede distinguir entre el templo y Dios de esa manera. Estas distinciones eran totalmente falsas.

Además, prohíbe jurar en la conversación ordinaria. No hace falta jurar en una controversia, y no hay que hacerlo. Voy incluso más allá y les recuerdo que dice que nunca son necesarios los juramentos ni admisiones exageradas. Debe ser o sí, sí, o no, no. Pide simple veracidad, decir la verdad siempre en la conversación y comunicación ordinarias. 'Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.'

Estamos frente a algo muy solemne. Podemos ver lo pertinente que es para el mundo de hoy y para nuestra vida. ¿Acaso la mayor parte de los problemas que tenemos no se deben al hecho de que la gente se olvida de estas cosas? ¿Cuál es el principal problema en la esfera internacional? ¿No es acaso que no podemos creer lo que se dice — las mentiras? Hitler basó toda su política en esto, y dijo que era la manera de triunfar en el mundo. Si se quiere que nuestra nación prospere, mintamos. Y cuanto más mintamos tanto más éxito tendremos. ¡Qué situación! Un país no puede creer a otro; los juramentos, las promesas solemnes ya no importan ni cuentan.

Pero esto es así no sólo en el campo internacional; ocurre también en nuestro propio país, y en algunas de las relaciones más sagradas de nuestra vida. Uno de los grandes escándalos de la vida de hoy es el enorme incremento en divorcios e infidelidades. ¿A qué se debe? Es que los hombres han olvidado la enseñanza de Cristo respecto a las promesas y juramentos, a la veracidad, verdad y honestidad en el hablar. Cuan parecidos somos a esos escribas y fariseos. Los que hablan en el campo de la política hablan con elocuencia de la santidad de los contratos internacionales. Pero, mientras dicen esto, no son fieles a sus propias promesas matrimoniales. Cuando Hitler mentía, nos escandalizábamos; pero parece que lo vemos de una manera algo diferente cuando decimos lo que llamamos una 'mentira blanca' a fin de salir de una dificultad. Es terrible, pensamos, mentir en el campo internacional, pero no, al parecer, cuando se trata de las relaciones entre marido y mujer, o padres e hijos. ¿No es esto lo que ocurre?

Es la falacia de siempre. El templo—nada; el oro del templo—todo. El altar—nada; la ofrenda del altar—todo. No, debemos darnos cuenta de que estamos frente a una ley y principio universal que abarca toda nuestra vida. Se aplica también a nuestra vida; el mensaje es para cada uno de nosotros. No debemos mentir. Y todos tendemos a ello, aunque no siempre en forma descubierta. Para nosotros el perjurio es terrible. Nunca pensaríamos en caer en él. Pero decir mentiras es tan malo como perjurar, porque, como cristianos, siempre deberíamos hablar en la presencia de Dios. Somos su pueblo, y una mentira que digamos a otro puede interponerse entre su alma y su salvación en Cristo Jesús. Todo lo que hacemos tiene suma importancia. No debemos exagerar ni permitir que los demás exageren al hablar con nosotros, porque la exageración se convierte en mentira. Produce una impresión falsa en los oyentes. Todo esto va incluido en este texto. Una vez más, examinémonos. Dios tenga misericordia de nosotros por cuanto somos como los escribas y fariseos, tratando de distinguir entre mentiras grandes y

pequeñas, mentiras y cosas que no son propiamente mentiras. Sólo hay una manera de resolver esto. No los estoy exhortando a que sean morbosos ni a que caigan en escrúpulos enfermizos, pero debemos darnos cuenta de que estamos siempre en la presencia de Dios. Decimos que andamos en este mundo en intimidad con El y con su Hijo y que el Espíritu Santo habita en nosotros. Muy bien, 'no contristéis al Espíritu Santo de Dios,' dice Pablo. Lo ve y oye todo — toda exageración, toda mentira insinuada. Lo oye todo y se siente ofendido y afligido. ¿Por qué? Porque es 'Espíritu de verdad,' y cerca de El no puede haber mentira. Escuchemos, pues, el mandamiento de nuestro Rey celestial, quien es también nuestro Señor y Salvador, quien al sufrir, no amenazaba, y de quien leemos, 'ni se halló engaño en su boca.' Sigamos sus pisadas y deseemos ser como El en todo. Recordemos que toda nuestra vida se desarrolla en su presencia, y que puede ser lo que decida qué van a pensar otros de El. 'No juréis en ninguna manera... sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.'

CAPITULO XXVI

Ojo por Ojo y Diente por Diente

En los versículos 38-42 tenemos la quinta ilustración que nuestro Señor ofrece del modo en que su interpretación de la ley mosaica se opone a la perversión de la misma por parte de los escribas y fariseos. Habida cuenta de esto, quizá el procedimiento mejor que se puede adoptar sea también la triple división que hemos utilizado en el examen de algunas de las ilustraciones previas. Lo primero, por tanto, es considerar la intención del estatuto mosaico.

La frase 'ojo por ojo y diente por diente' se encuentra en Éxodo 21:24. La usó Moisés dirigiéndose a los hijos de Israel y lo que importa ahora es determinar por qué lo hizo. Se aplica el mismo principio que en el asunto del adulterio y del divorcio, y del jurar. La intención primordial de la legislación mosaica fue controlar los excesos. En este caso, lo que se quiso controlar fue la ira, la violencia y el deseo de venganza. No hace falta extenderse en esto, porque todos sabemos por desgracia de qué se trata. Todos somos culpables de ello. Si alguien nos perjudica, el instinto natural inmediato es que hay que devolverse, y a^o más. Esto hacían en aquel tiempo, y esto se hace ahora. Una pequeña ofensa, y de inmediato la venganza, incluso el daño corporal, sin excluir el homicidio. Esta tendencia general a la ira y violencia, a la represalia, está en lo más profundo de la naturaleza humana. Veamos, por ejemplo, lo que hacen los niños. Desde la edad más temprana tenemos este deseo de venganza; es una de las consecuencias más odiosas y feas de la caída del hombre y del pecado original.

Esta tendencia se manifestaba también entre los hijos de Israel y hay ejemplos de ello en el Antiguo Testamento. El objetivo, por consiguiente, de la legislación mosaica fue controlar y aminorar esta situación totalmente caótica. Esto, como hemos visto, es un principio fundamental. Dios, Autor de la Salvación, Autor del modo por el que el hombre puede librarse de la esclavitud y tiranía del pecado, también ha ordenado que se haya de controlar el pecado. El Dios de la gracia es también el Dios de la ley, y esta es una de las ilustraciones de la ley. Dios no sólo destruirá por fin el pecado y todas sus obras de una manera total. Mientras tanto también lo controla y lo quiere encadenar. Vemos cómo se realiza esto en el libro de Job, donde ni siquiera el diablo puede hacer ciertas cosas hasta que El no le dé permiso. Está a fin de cuentas bajo el control de Dios, y una de las manifestaciones de ese control es que Dios da leyes. Dio esta ley concreta que insiste en que en esos asuntos prevalezca un cierto principio de igualdad y equidad.

Así pues, si alguien le saca un ojo a otro, no hay que matarlo por eso— 'ojo por ojo.' O si le saca un diente, la víctima sólo tiene derecho a sacarle uno de los suyos. El castigo debe estar de acuerdo con la trasgresión y no excederla.

Este es el propósito de la ley mosaica. El principio de justicia debe estar presente, y la justicia nunca se excede en sus exigencias. Hay correspondencia entre la ofensa y el castigo, entre lo hecho y lo que hay que hacer respecto a ello. El objetivo de esa ley no fue incitar al hombre a que se tomara ojo por ojo y diente por diente, y a que insistiera siempre en ello. Fue simplemente tratar de evitar los excesos, el terrible espíritu de venganza y de exigir compensación, fue controlarlo y limitarlo.

Pero quizá lo más importante es que esta norma no se dio para el individuo, sino más bien a los jueces quienes eran responsables de la ley y el orden entre los individuos. El sistema judicial fue establecido en el pueblo de Israel, y cuando se suscitaban disputas y conflictos entre ellos tenían que presentarlos ante estas autoridades responsables de juzgar. Los jueces tenían que procurar que no excediera el ojo por ojo y diente por diente. La legislación fue dada para ellos, no para los individuos —como la ley de nuestro país en el tiempo presente. La ley la aplica el juez o magistrado, el que ha sido nombrado para hacerlo. Ese era el principio; y es la idea adecuada de la legislación mosaica. Su objetivo principal fue introducir este elemento de justicia en una situación caótica y quitarle al hombre el derecho de que se tomara la justicia por su mano. Respecto a la enseñanza de los escribas y fariseos, su principal problema era que tendían a hacer caso omiso del hecho de que esta enseñanza era sólo para los jueces. La convirtieron en un asunto de aplicación personal. No sólo esto, la consideraban, con su típico estilo legalista, como un asunto de derecho y deber el tomarse 'ojo por ojo y diente por diente.' Para ellos era algo en lo que había que insistir y no algo que había que limitar. Era una idea legalista que pensaba sólo en sus derechos. Eran, pues, culpables de dos errores principales en este asunto. Convertían un mandato negativo en positivo y, además, lo interpretaban y llevaban a cabo ellos mismos, y enseñaban a otros que lo hicieran también, en lugar de ver que era algo que debían aplicar sólo los jueces quienes eran responsables por la ley y el orden. A la luz de estos antecedentes se da la enseñanza de nuestro Señor, Tero yo os digo; no resistáis al que es malo,' junto con las afirmaciones que siguen.

Es evidente que estamos frente a un tema que se ha discutido a menudo, que se ha entendido mal muchas veces, y que ha sido siempre causa de confusión. Es posible que no haya otro pasaje bíblico que haya producido tantas discusiones acaloradas como esta enseñanza que nos dice que no resistamos a los que son malos y que seamos generosos perdonando. El pacifismo es causa de muchas guerras de palabras y a menudo conduce a un espíritu que está lo más lejos que uno pueda imaginar de lo que aquí enseña e inculca nuestro Señor. Es desde luego uno de esos pasajes a los que la gente acude de inmediato en cuanto se menciona el Sermón del Monte. No cabe duda de que mucha gente ha estado esperando que llegáramos a este punto y aquí lo tenemos, aunque nada es más importante que hayamos tardado tanto en llegar a él, porque, como hemos visto en lo expuesto, esta clase de mandato sólo se puede entender de verdad si se interpreta en su contexto y marco.

Vimos al comienzo que hay ciertos principios de interpretación que deben observarse si se quiere saber la verdad respecto a estos asuntos. En estos momentos deberíamos recordar algunos. Primero, nunca debemos considerar el Sermón del Monte como un código ético, o como un conjunto de reglas que abarca nuestra conducta en todos sus detalles. No debemos verlo como una nueva clase de ley que sustituye a la antigua ley mosaica; es más bien cuestión de enfatizar el espíritu de la ley. Por esto no debemos, si tenemos problemas en cuanto a un punto concreto,

acudir al Sermón del Monte y buscar un pasaje concreto. El Nuevo Testamento no ofrece esto. ¿No resulta trágico que los que estamos bajo la gracia parece que deseemos estar bajo la ley? Nos preguntamos unos a otros, '¿Cuál es la enseñanza precisa respecto a esto?' y si no se nos puede dar como respuesta un 'sí' o un 'no', decimos, 'Es todo tan vago e impreciso.'

En segundo lugar, nunca hay que aplicar estas enseñanzas en una forma mecánica, como una especie de norma mecánica. Cuenta el espíritu más que la letra. No que despreciemos la letra, sino que hay que enfatizar el espíritu.

Tercero, si nuestra interpretación hace que la enseñanza parezca ridícula o conduzca a una situación ridícula, es sin duda falsa. Y hay quienes son reos de esto.

El siguiente principio es éste: Si nuestra interpretación hace que la enseñanza resulte imposible también es errónea. Nada de lo que nuestro Señor enseñó es imposible. Hay quienes interpretan ciertos puntos del Sermón del Monte en una forma tal, y esta interpretación es sin duda falsa. La enseñanza del mismo fue para la vida diaria.

Finalmente, debemos recordar que si nuestra interpretación de cualquiera de estas cosas contradice la enseñanza evidente y clara de la Biblia en otro pasaje, es obvio que nuestra interpretación anda errada. La Biblia ha de compararse con la Biblia. No hay contradicción en la enseñanza bíblica.

Teniendo todo esto presente, examinemos lo que nuestro Señor enseña. Dice, 'Tero yo os digo: No resistáis al que es malo.' Ellos decían, 'ojo por ojo y diente por diente.' ¿Qué quiere decir? Debemos comenzar por lo negativo que es que esta afirmación no ha de tomarse literalmente. Siempre hay quienes dicen, 'Lo que digo es esto, que hay que tomar la Escritura tal como está, y la Biblia dice no resistáis al que es malo. Y ahí está; no hay por qué añadir nada.' No podemos ocuparnos de esta actitud general respecto a la interpretación bíblica; pero sería muy fácil demostrar que si se aplicara en forma rigurosa, llegaríamos a interpretaciones no sólo ridículas sino imposibles. Hay, sin embargo, ciertas personas famosas en la historia de la Iglesia y del pensamiento cristiano que insistieron en interpretar este pasaje concreto de este modo. Quizá no hay escritor que haya influido más en el modo de pensar de los hombres a este respecto que el gran León Tolstoy, quien no vaciló en decir que estas palabras de nuestro Señor había que tomarlas por lo que decían. Dijo que tener soldados, policía, e incluso magistrados, es anticristiano. El mal, sostenía, no ha de resistirse; porque la enseñanza de Cristo es no resistir el mal en ningún sentido. Dijo que la afirmación no contiene limitaciones, que no dice que ha de aplicarse sólo bajo circunstancias especiales. Dice, 'no resistáis al que es malo.' Ahora bien, la policía resiste al malo; por tanto hay que abolirla. Lo mismo hay que decir de los soldados, magistrados, jueces y tribunales. No tendría que castigarse el crimen. 'No resistáis al que es malo.'

Hay otros que no van tan lejos como Tolstoy. Dicen que debemos tener magistrados y tribunales y demás; pero no creen en soldados, guerras, pena capital. No creen en matar en ningún sentido, ya sea por juicio o de la forma que sea.

Todos conocemos esas ideas; y forma parte del predicar y el interpretar la Biblia, contestar a los que así objetan con sinceridad y honestidad. Me parece que la respuesta es que debemos recordar una vez más el contexto de estas afirmaciones. Nunca insistiremos lo bastante en esto. El Sermón del Monte ha de tomarse en el orden en que fue pronunciado y en el cual se nos presenta. No comenzamos con este mandato, sino con las Bienaventuranzas. Comenzamos con esas definiciones fundamentales y partimos de ahí. Veremos la importancia que esto tiene más tarde; pero primero hemos de ocuparnos del párrafo en general.

El primer principio básico es que esta enseñanza no es para naciones o para el mundo. Más aún, podemos agregar que esta enseñanza no se aplica para nada al que no es cristiano. En esto vemos la importancia del orden. 'Así es cómo habéis de vivir,' dice nuestro Señor a sus oyentes. ¿A quiénes habla? Son los que ha descrito en las Bienaventuranzas. Lo primero que dijo acerca de ello fue que son 'pobres en espíritu.' En otras palabras, están perfectamente conscientes de su incapacidad total. Están conscientes de que son pecadores, y de que nada pueden delante de Dios. Son los que lloran por sus pecados. Han llegado a comprender el pecado como el principio interno que corrompe toda la vida, y a causa de ello lloran. Son mansos; tienen en ellos un espíritu que es la antítesis misma del mundo. Tienen hambre y sed de justicia, y así sucesivamente. Ahora bien, estos mandatos concretos que estamos estudiando son sólo para tales personas.

No hace falta insistir más en esto. Esta enseñanza es del todo imposible para quien carezca de tales cualidades. Nuestro Señor nunca le pide a un hombre natural, víctima del pecado y de Satanás, y que está bajo el dominio del infierno, que viva una vida como ésta, porque no puede. Debemos ser hombres nuevos y nacer de nuevo antes de poder vivir una vida así. Por consiguiente decir que esta enseñanza ha de ser la política de países o naciones es herejía. Lo es en este sentido: si pedimos a alguien que no ha nacido de nuevo, que no ha recibido al Espíritu Santo, que viva la vida cristiana, estamos diciendo en realidad que alguien se puede justificar a sí mismo por medio de sus obras, lo cual es herejía. Afirmamos que el hombre por sus propios esfuerzos, sí quiere, puede vivir esta vida. Esto es una contradicción absoluta de todo el Nuevo Testamento. Nuestro Señor lo aclaró de una vez por todas en la conversación que tuvo con Nicodemo. Nicodemo evidentemente iba a preguntar, '¿Qué he de hacer para poder ser como tú?' 'Amigo mío', le viene a decir nuestro Señor, 'no pienses en función de lo que puedes hacer; no puedes hacer nada; debes nacer de nuevo.' Por tanto pedir una conducta cristiana de alguien que no ha nacido de nuevo, y menos de una nación o del mundo entero, es imposible y erróneo.

Al mundo, a las naciones, a los no cristianos se sigue aplicando la ley, la cual dice 'ojo por ojo y diente por diente.' Esas personas siguen estando bajo la justicia que restringe y limita al hombre, para preservar la ley y controlar los abusos. En otras palabras, por esto el cristiano debe creer en la ley y el orden, y por esto nunca debe ser negligente en sus deberes de ciudadano de un Estado. Sabe que 'las autoridades superiores... que hay, por Dios han sido establecidas,' que hay que controlar la ilegalidad, que hay que restringir el crimen y el vicio—'ojo por ojo y diente por diente,' justicia y equidad. En otras palabras el Nuevo Testamento enseña que, hasta que alguien no venga a estar bajo la gracia, está bajo la ley. La confusión y embrollo actuales han comenzado ahí. Los no cristianos hablan con vaguedad acerca de la enseñanza de Cristo respecto a la vida, y la interpretan en el sentido de que no hay que castigar al niño que actúa mal, que no hacen falta las leyes, y que debemos amar a todos para que sean buenos. ¡Estamos viendo los resultados de esto! Pero esto es herejía. Es 'ojo por ojo y diente por diente' hasta que el espíritu de Cristo entre en nosotros. Entonces se espera de nosotros algo más elevado, pero no hasta entonces. La ley pone de manifiesto el mal y lo limita y Dios mismo lo ha ordenado, y las autoridades existentes han de imponerla.

Este es nuestro primer principio. No tiene nada que ver con las naciones ni con el llamado pacifismo cristiano, con el socialismo cristiano ni cosas así. No se pueden basar en esta enseñanza; de hecho la niegan. Esta fue la tragedia de Tolstoy, y por desgracia, al final él mismo se volvió trágico cuando tuvo que enfrentarse con la inutilidad completa de ello. Desde el comienzo resultaba inevitable, como lo hubiera visto si hubiese entendido la enseñanza.

En segundo lugar, esta enseñanza, que concierne al cristiano y a nadie más, se le aplica sólo en sus relaciones personales y no en cuanto ciudadano de su país. Esto es lo esencial de la enseñanza. Todos vivimos en diferentes países. Aquí me tienen a mí, ciudadano de Gran Bretaña con mi relación al Estado, con el gobierno e instituciones similares. Sí, pero también hay relaciones más personales, mi relación con mi esposa e hijos, mi relación como individuo con otras personas, mis amistades, mi calidad de miembro de la Iglesia y así sucesivamente. Todo esto no tiene nada que ver con mi relación general con el país al que pertenezco. Pero, lo repito, la enseñanza de nuestro Señor concierne la conducta del cristiano sólo en sus relaciones personales; en realidad, en este pasaje, la relación del cristiano con el Estado ni siquiera se tiene en cuenta ni se menciona. No tenemos más que la reacción del cristiano como individuo frente a lo que se le hace personalmente. Respecto a la relación del cristiano con el Estado y a sus relaciones generales, abundan las enseñanzas en la Biblia. Si a uno le preocupan las relaciones con el Estado y las responsabilidades como ciudadano, no hay que limitarse al Sermón del Monte. Es mejor buscar en otros capítulos que tratan específicamente de este tema, tales como Romanos 13 y 1 Pedro 2. De modo que si yo, como joven, analizo mis deberes para con el Estado en el asunto de ir al servicio militar, no encuentro la respuesta aquí. Debo buscarla en otro lugar. El Sermón del Monte se ocupa sólo de mis relaciones personales. Y con todo, con qué frecuencia, cuando se piensa en los deberes para con el Estado, se cita este pasaje. Creo que no tiene nada que ver con ello.

El tercer principio que regula la interpretación de este tema es, evidentemente, que en esta enseñanza no se tiene en cuenta el problema del matar y quitar la vida, tanto si se considera como pena capital, o matar en la guerra, o cualquier otra forma de homicidio. Nuestro Señor tiene en cuenta esta ley de la reacción personal del cristiano ante cosas que le suceden. En último término, desde luego, abarcará también la cuestión de matar, pero no es este el principio que establece. Por consiguiente, interpretar este párrafo en términos de pacifismo y nada más es reducir esta gran y maravillosa enseñanza cristiana a una simple cuestión legal. Y los que basan su pacifismo en este pasaje —y no digo si el pacifismo es bueno o malo— son culpables de una especie de herejía. Han caído en el legalismo de los escribas y fariseos; y esta interpretación es del todo falsa.

¿Qué se enseña, pues, aquí? Hay un principio en esta enseñanza, y se refiere a la actitud del hombre para consigo mismo. Podríamos hablar del cristiano y el Estado y la guerra, y todo lo demás. Pero eso es mucho más fácil que lo que nuestro Señor nos pide que examinemos. Lo que nos pide que examinemos es nuestro yo, y es mucho más fácil hablar del pacifismo que enfrentarse con su clara enseñanza. ¿Cuál es? Me parece que la clave se encuentra en el versículo 42: 'Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.' Esto es de gran importancia. Al leer este párrafo, lo primero que uno siente cuando se llega al versículo 42 es que no debería estar ahí. 'Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo.' Este es el tema, resistir al malo, y por esto parecen suscitarse esas cuestiones de la guerra, del matar, de la pena capital. Pero luego prosigue y dice, 'antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos.' Luego de repente: 'Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de tí prestado, no se lo rehúses.' Y de inmediato tenemos ganas de preguntar, ¿qué tiene que ver esta cuestión del pedir prestado con la del resistir al malo y de no devolverse, o con el pelear y matar? ¿Por qué aparece? Porque en él se nos da una pista para entender los principios que nuestro Señor inculca en el pasaje. Todo el tiempo piensa en el problema del 'yo' y de nuestra actitud

para con nosotros mismos. Dice en efecto que si queremos ser verdaderamente cristianos debemos morir al yo. No es cuestión de si deberíamos ir a servir en el Ejército o no, ni de ninguna otra cosa; es cuestión de qué pienso de mí mismo, de mi actitud para conmigo mismo.

Es una enseñanza muy espiritual, e implica lo siguiente. Primero, debo tener una actitud adecuada para conmigo mismo y respecto al espíritu de autodefensa que se pone de inmediato en movimiento cuando me hacen algo malo. También debo examinar el deseo de venganza y el espíritu de represalia que es tan propio del yo natural. Luego está la actitud del yo respecto a las injusticias que se le hacen y respecto a las exigencias que la comunidad y el Estado le hacen. Y por fin está la actitud del yo respecto a las posesiones personales. Nuestro Señor pone al descubierto esta cosa horrible que controla al hombre natural — el yo, esa herencia terrible que proviene del hombre caído y que hace que el hombre se glorifique a sí mismo y se tenga por dios. Trata de proteger ese yo siempre y de todas las formas posibles. Pero lo hace no sólo cuando recibe ataques o cuando le quitan algo; lo hace también con la cuestión de sus posesiones. Si alguien le pide prestado, respuesta instintiva es: '¿Por qué debería desprenderme de lo mío?' Siempre es el yo.

En cuanto vemos esto, no hay contradicción entre el versículo 42 y los otros. No sólo está relacionado con ellos, sino que forma parte esencial de ellos. La tragedia de los escribas y fariseos fue que interpretaban 'ojo por ojo y diente por diente' en una forma puramente legal o como algo físico y material. Así siguen actuando los hombres. Reducen esta enseñanza sorprendente a la cuestión de la pena capital, o a si hay que participar o en las guerras. 'No', dice Cristo, 'es una cuestión espiritual, es cuestión de toda tu actitud, sobre todo de tu actitud para contigo mismo; y quisiera que vieras que si quieres ser de verdad discípulo mío debes morir a tí mismo.' Dice, si lo prefieren: 'Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo (y todos los derechos para consigo mismo y todos los derechos del yo), tome su cruz, y sígame.'

CAPITULO XXVII **La Capa y la Segunda Milla**

Ya nos hemos ocupado de los versículos 38-42 en general, y hemos establecido ciertos principios generales que es indispensable tener en cuenta si se pretende entender el significado de este párrafo. Tendemos a menudo a olvidar que el factor más importante respecto a la Biblia, y sobre todo a una afirmación difícil así, es la preparación del espíritu. No basta acercarse a la Biblia con la mente abierta, por muy clara y poderosa que sea. En la comprensión y elucidación de la Biblia, el espíritu es mucho más importante que incluso la mente. Por lo tanto es fatal acercarse a una afirmación como ésta con ánimo polémico. Por esto hemos dedicado cierto tiempo a describir el marco general o, si lo prefieren, a preparar el espíritu y a asegurar que nuestra actitud general sea adecuada para recibir el mensaje.

Pasamos ahora a los detalles. Nuestro Señor no nos da en este pasaje una lista completa de lo que tenemos que hacer en cada circunstancia y situación que se nos pueda presentar en la vida. Nos dice primero que hemos de morir al yo. ¿Qué significa esto? Este párrafo nos enseña cómo hacerlo, nos indica algunas formas en que podemos probarnos para ver si estamos muriendo al yo o no. Toma solamente tres ejemplos, como al azar, por así decirlo, a fin de ilustrar el principio. No es una lista completa. El Nuevo Testamento no nos ofrece instrucciones

detalladas de esa clase. Antes bien, dice: 'Habéis sido llamados; recordad que sois hombres de Dios.

Aquí están los principios; aplicadlos.' Claro que es bueno que discutamos estas cosas juntos. Pero tengamos cuidado de no volver a colocarnos bajo la ley. Hay que subrayar esto porque hay muchos que, si bien objetan al Catolicismo y su casuística, son muy católicos de ideas y doctrina en cuanto a esto. Piensan que es misión de la Iglesia darles una respuesta detallada a cada pregunta que hagan por mínima que sea, y viven siempre preocupados por estas cosas. Debemos dejar ese terreno para adentrarnos en el de los grandes principios.

El primer principio es todo eso a lo que nos solemos referir como 'volver la otra mejilla' 'Pero yo os digo: no resistáis al que es malo; antes a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.' ¿Qué quiere decir esto a la luz de los principios que hemos enunciado antes? Quiere decir que debemos quitarnos el espíritu de represalia, del deseo de defendernos y vengarnos por cualquier agravio que se nos haga. Nuestro Señor comienza en el nivel físico. Imagina a alguien que se acerca y, sin provocación ninguna, nos golpea en la mejilla derecha. El instinto nos impulsa de inmediato a devolverle el golpe, a vengarnos. En cuanto recibo un golpe quiero contestar. De esto trata nuestro Señor, y dice simple y categóricamente que no hemos de actuar así. 'Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.'

Permítanme darles un par de ejemplos de personas que pusieron en práctica esta enseñanza. El primero es acerca del famoso evangelista de Cornwall en el sur de Inglaterra, Billy Bray, quien antes de convertirse había sido pugilista, y muy bueno por cierto. Billy Bray se convirtió; pero un día en el fondo de la mina, un hombre que solía tenerle un miedo paralizador antes de que se convirtiera, al saber que se había convertido, pensó que por fin le había llegado la oportunidad. Sin provocación ninguna golpeó a Billy Bray, quien se hubiera podido vengar muy fácilmente derribándolo de un puñetazo. Pero en vez de eso, Billy Bray lo miró y le dijo, 'Que Dios te perdone, como yo te perdono,' y nada más. El resultado fue que ese hombre pasó unos días de interrogantes e inquietud espiritual que lo condujeron finalmente a la conversión. Sabía lo que Billy Bray hubiera podido hacer, y sabía lo que el hombre natural en Billy Bray quiso hacer. Pero Billy Bray no lo hizo; y así se sirvió Dios de él.

El otro ejemplo es de un hombre muy diferente, Hudson Taylor, junto a la orilla de un río en China un atardecer estaba haciendo señas a un bote para que lo llevara al otro lado del río. Cuando el bote se acercaba, apareció un chino opulento que no reconoció a Hudson como extranjero porque iba vestido con ropa del país. Así pues, cuando el bote atracaba le dio un empujón tal a Hudson Taylor que lo hizo caer en el barro. Hudson Taylor, sin embargo, no dijo nada; pero el barquero se negó a aceptar a bordo al compatriota, diciendo, 'No, ese extranjero me hizo señas, y el bote es para él, él debe ir primero.' El viajero chino quedó sorprendido cuando se dio cuenta de a quien había empujado. Hudson Taylor no se quejó sino que invitó al hombre a que subiera a bordo con él y comenzó a explicarle qué había en él que lo hizo comportarse así. Como extranjero se hubiera podido sentir ofendido por el trato recibido; pero no fue así por la gracia de Dios que había en él. Se siguió una larga conversación que Hudson Taylor tuvo toda la razón en creer que hizo una profunda impresión en ese hombre y en su alma.

Estos no son más que dos ejemplos de hombres que trataron de poner en práctica y, de hecho, consiguieron poner en práctica este mandato concreto. Significa esto: no debemos preocuparnos por las ofensas y agravios personales, ya sean de orden físico o de cualquier otro. Ser golpeado en la cara es humillante y ofensivo. Pero se puede ofender de muchas maneras. Se puede ofender con la lengua o con la mirada. Nuestro Señor desea crear en nosotros un espíritu que no se ofenda fácilmente por esas cosas, que no busque represalias inmediatas. Desea que

lleguemos a un estado en el que nos sintamos indiferentes en cuanto al yo y al aprecio propio. El apóstol Pablo, por ejemplo, lo expresa muy bien en 1 Corintios 4:3. Escribe a los corintios que habían dicho cosas muy poco halagüeñas en cuanto a él. Él había sido el instrumento para el establecimiento de la iglesia, pero dentro de ella habían surgido facciones rivales. Unos se gloriaban de Apolos y de su maravillosa predicación, mientras otros decían que eran seguidores de Cefas. Muchos habían criticado al gran apóstol de la forma más ofensiva. Fíjense en lo que dice: 'Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo.' Quiere decir que se había vuelto indiferente a las críticas personales, a las ofensas y agravios, y a todo lo que los hombres pudieran hacerle.

Este es el principio general que nuestro Señor establece. Pero tengamos cuidado de no violar uno de los principios de interpretación que hemos mencionado antes. Esto no es tanto una salvedad, cuanto una elaboración de la enseñanza. La enseñanza de nuestro Señor en este pasaje no quiere decir que no nos deba preocupar la defensa de la ley y el orden. Volver la otra mejilla no quiere decir que no importe para nada lo que suceda en el ámbito nacional, que haya orden o caos. De ningún modo. Este, como vimos, fue el error de Tolstoy, quien decía que no tenía que haber policía, ni soldados ni magistrados. Esto es una parodia completa de la enseñanza. Lo que nuestro Señor dice es que no he de preocuparme por mí mismo, por mi honor personal, y así sucesivamente. Pero esto es muy diferente del no preocuparse por las leyes y el orden, o por la defensa de los débiles e indefensos. Si bien debo estar dispuesto a sufrir cualquier ofensa personal que me puedan infligir, al mismo tiempo debería creer en las leyes y el orden. Afirmando con autoridad bíblica que 'las autoridades superiores... que hay, por Dios han sido establecidas,' que el magistrado es un poder necesario, que hay que limitar y restringir el mal y el pecado, y que yo, como ciudadano, he de preocuparme por eso. Por tanto no he de entender la enseñanza de nuestro Señor en este pasaje en ese sentido general; es algo que se me dice a mí personalmente. Por ejemplo, ridiculiza la enseñanza de nuestro Señor decir que, si un borracho, o un lunático violento, viene a mí y me golpea en la mejilla derecha, he de presentarle de inmediato la otra. Porque si alguien en esas condiciones de intoxicación, o un lunático, me tratara así, lo que sucede no es que me esté ofendiendo personalmente. Este hombre que no está en plenitud de facultades se comporta como un animal y no sabe lo que hace. Lo que preocupa a nuestro Señor es mi espíritu y mi actitud respecto a un hombre tal. Debido al alcohol, este pobre hombre no está consciente de lo que hace; no quiere ofenderme, se está haciendo daño a sí mismo además de a mí y a otros. Es, por tanto un hombre al que hay que frenar. Y, en cumplimiento del espíritu de este mandato, debería frenarlo. Y si veo que alguien maltrata o molesta a un niño he de hacer lo mismo. La enseñanza se refiere a la preocupación por mí mismo. 'He sido ofendido, me han golpeado; por tanto he de defenderme, he de defender mi honor'. Este es el espíritu que nuestro Señor quiere borrar de nuestra vida.

La segunda ilustración que nuestro Señor utiliza en ese asunto de la túnica y la capa. 'Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa.' ¿Qué significa esto? Se puede formular así a modo de principio. Nuestro Señor se fija en la tendencia en insistir en nuestros derechos, en nuestros derechos legales. Da el ejemplo del hombre que me levanta pleito delante de un tribunal para quedarse con mi túnica. Según la ley judía no se podía levantar pleito a nadie para quitarle la capa, aunque era legal hacerlo para la túnica. Pero nuestro Señor dice, 'al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa'.

También esta es una cuestión difícil, y la única forma de resolver el problema es fijarse bien en el principio, que es esta tendencia de exigir siempre los derechos legales. Vemos esto a menudo en los tiempos actuales. Hay quienes no se cansan de decirnos que el verdadero

problema del mundo de hoy es que todo el mundo habla de sus derechos y no de sus deberes. Nuestro Señor se ocupa de esta tendencia en este pasaje. Los hombres siempre piensan en sus derechos y dicen 'Todo el mundo debe respetarlos.' Este es el espíritu del mundo y del hombre natural que debe conseguir lo suyo, e insiste en ello. Esto, nuestro Señor quiere demostrar, no es el espíritu cristiano. Dice que no debemos insistir en nuestros derechos legales incluso si a veces podemos sufrir injusticias como resultado de ello.

Esta es la formulación escueta del principio, pero una vez más debemos explicarlo. Hay pasajes de la Escritura que son muy importantes a este respecto. En este caso se ve con suma claridad la importancia que tiene examinar la Escritura con la Escritura y nunca interpretar un pasaje de tal modo que contradiga la enseñanza de otro. Nuestro Señor dice aquí, 'al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa.' Pero también dice, 'Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos... Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano' (Mt. 18:15-17). En otras palabras, no parece que nos diga que presentemos la otra mejilla o que demos la capa además de la túnica.

Además en Juan 18:22,23 leemos, 'Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?' Protesta, como ven, contra la acción del alguacil.

Quiero recordarles también lo que nos dice el apóstol Pablo en Hechos 16:37. Pablo y Silas habían sido encarcelados en Filipos y amarrados al cepo. Luego, a la mañana siguiente, después del terremoto y de los demás sucesos de esa noche memorable, los magistrados se dieron cuenta de que se habían equivocado y dieron la orden de poner en libertad a los prisioneros. Pero vean la respuesta que dio Pablo: 'Después de azotarnos públicamente sin sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel, ¿y ahora nos echan encubiertamente? No, por cierto, sino vengan ellos mismos a sacarnos.' Y los magistrados tuvieron que ir a la cárcel para ponerlos en libertad.

¿Cómo se explican estas contradicciones aparentes? Nuestro Señor en el Sermón del Monte parece decirnos que siempre hay que presentar la otra mejilla, y que si alguien nos pone pleito para quitarnos la túnica que debemos darle también la capa. Pero El mismo, cuando lo golpean en la cara, no presenta la otra mejilla, sino que protesta. Y el apóstol Pablo insistió en que el magistrado fuera personalmente a ponerlo en libertad. Si aceptamos el principio original, no es difícil armonizar los dos tipos de afirmaciones. Puede hacerse así. Esos casos no son ejemplos de ya sea nuestro Señor ya sea el apóstol insistiendo en sus derechos personales. Lo que nuestro Señor hizo fue censurar que se violara la ley e hizo la protesta para defender la ley. Dijo a esos hombres, de hecho: 'Sabéis que golpeándome así violáis la ley.' No dijo: '¿Por qué me ofendéis?' No perdió los estribos ni lo consideró como ofensa personal. No se enfadó ni se preocupó por sí mismo. Lo que quiso fue recordar a esos hombres la dignidad y honor de la ley. Y el apóstol Pablo hizo exactamente lo mismo. No protestó porque lo habían encarcelado. Lo que le preocupó fue que los magistrados vieran que al encarcelarlo así habían hecho algo ilegal y habían violado la ley que tenían el deber de aplicar. De modo que les recordó la dignidad y honor de la ley.

Al cristiano no le preocupan las ofensas ni la defensa personales. Pero cuando es cuestión del honor y la justicia, de la verdad, debe preocuparse y protestar. Cuando no se honra la ley, cuando se viola a ojos vistas, no por interés personal, ni para protegerse a sí mismo, actúa como creyente en Dios, como alguien que cree que en última instancia toda ley procede de Dios. Esa fue la trágica herejía de Tolstoy y de otros, aunque no se dieron cuenta de que caían en herejía.

La ley y las leyes en última instancia provienen de Dios. El es quien ha fijado las fronteras de las naciones; El es quien ha puesto reyes y gobiernos y magistrados y los que han de mantener las leyes. El cristiano, por tanto, debe creer en la observancia de la ley. Por ello, si bien está dispuesto a todo lo que pueda pasarle personalmente, debe protestar cuando se cometen injusticias.

Es obvio que estos problemas son todos ellos sumamente importantes y pertinentes para la vida de un gran número de cristianos hoy día en muchos países. Hay muchos cristianos en China y en los países detrás del llamado 'telón de hierro', que se enfrentan con estos problemas. Quizá nosotros mismos tendremos que enfrentarnos con ellos también, de modo que procuremos tener una idea bien clara de estos principios.

El siguiente principio implica la idea de ir la segunda milla. 'A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.' Esto hay que explicarlo así. Este obligar a andar una milla es una alusión a la costumbre muy común en el mundo antiguo, por medio de la cual un gobierno tenía derecho de mandar a un hombre en una cuestión de transporte. Había que transportar una cierta carga, de modo que las autoridades tenían el derecho de mandar a un hombre a cualquier parte y de hacerlo llevar dicha carga desde ese lugar hasta la siguiente etapa. Luego mandaban a otro para que la llevara otra etapa, y así sucesivamente. Este derecho lo ejercía sobre todo un país que había conquistado a otro, y en ese tiempo los romanos habían conquistado Palestina. El ejército romano controlaba la vida de los judíos, y con frecuencia hacían eso. Quizá alguien se hallaba ocupado en algo personal cuando de repente se presentaba un pelotón de soldados y le decían, 'Debes llevar esta carga desde aquí hasta la siguiente etapa. Debes llevarlo una milla.' A esto se refiere nuestro Señor cuando dice: 'Cuando se acerquen a tí y te obliguen a llevar carga por una milla, ve con ellos una segunda milla.' Ve más allá de lo que te piden, 've con él dos.'

Estamos de nuevo frente a algo muy importante y práctico. El principio es que, no sólo hemos de hacer lo que se nos pide, sino ir más allá en el espíritu de la enseñanza de nuestro Señor en este pasaje. Este pasaje se refiere al enojo natural del hombre ante las exigencias que le hace el gobierno. Se refiere al odio que sentimos por las leyes que no nos gustan, a las que nos hemos opuesto. 'Sí', solemos decir, 'han sido aprobadas. Pero ¿por qué tengo que obedecerlas? ¿Cómo puedo eludirlas?' Esta es la actitud que nuestro Señor condena. Seamos perfectamente prácticos. Tomemos la cuestión del pago de impuestos. Quizá no nos gusten y los odiamos, pero el principio que se aplica es exactamente el mismo que en el caso de ir dos millas. Nuestro Señor dice que no sólo no debemos molestarnos por estas cosas, sino que tenemos que hacerlas voluntariamente; y tenemos que estar dispuestos a ir incluso más allá de lo que se nos pide. Nuestro Señor condena todo resentimiento que podamos sentir contra el gobierno legítimo de nuestro país. El gobierno que está en el poder tiene el derecho de hacer estas cosas, y nuestro deber es cumplir la ley. Más aún, debemos hacerlo aunque estemos completamente en desacuerdo con lo que se hace, y aunque lo consideremos injusto. Si tiene autoridad legal y sanción legítima nuestro deber es hacerlo.

Pedro en su carta (1Pedro 2) dice, 'Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos...' y pasa a mostrar el espíritu de la enseñanza de nuestro Señor —'no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar.' A menudo se oye hablar a los cristianos que citan estas palabras respecto a los criados: 'Ah', dicen, 'el problema es que los criados siempre hablan de sus derechos, y nunca de sus deberes. Todos son rebeldes y no hacen las cosas con buen espíritu. Lo hacen todo quejándose y de mala gana. Los hombres ya no creen en el trabajo,' y así sucesivamente. Sí; pero los mismos hablan del gobierno y de las leyes que se

promulgan con el mismo espíritu que condenan en los criados. Su actitud hacia los impuestos o las leyes en ciertas cosas es la misma que condenan. Nunca se les ha ocurrido pensar esto. Pero recordemos, si somos patronos, que lo que Pedro y nuestro Señor dicen del criado se aplica a nosotros. Porque todos somos siervos del Estado. El principio, por tanto, se puede formular así. Si nos acaloramos acerca de esos asuntos, o perdemos la calma, si siempre hablamos acerca de ellos y si se interponen a nuestra lealtad a Cristo y nuestra devoción a El, si estas cosas monopolizan el interés de nuestra vida, vivimos la vida cristiana, para decirlo con indulgencia, en su nivel más bajo. No, dice nuestro Señor, si estás haciendo algo y llega el soldado y te dice que lleses esa carga por una milla, no sólo hazlo con alegría, sino ve una segunda milla. El resultado será que cuando llegues el soldado dirá: '¿Quién es esta persona? ¿Qué hay en él que lo hace actuar así? Lo hace con alegría, y hace más que lo que se le pide.' Y llegará a esta conclusión: 'Este hombre es diferente, no parece preocupado por sus propios intereses.' Como cristianos, nuestro estado mental y espiritual debería ser tal que nada pudiera ofendernos.

Hay miles de cristianos que se encuentran hoy día en esa situación en países ocupados, y no sabemos lo que nos puede suceder a nosotros. Quizá un día estaremos sometidos a un poder tirano que odiamos y que nos obligue a hacer cosas que no nos gustan. Así tenéis que comportaros en tales circunstancias, dice Cristo. No hay que defender los derechos propios; no hay que mostrar la amargura del hombre natural. Tenéis otro espíritu. Debemos llegar a ese estado y situación espirituales en que resultemos invulnerables a estos ataques que se nos hacen de diferentes modos.

Hay que agregar una salvedad. Este mandato no dice que no tengamos derecho a un cambio de gobierno. Pero siempre ha de hacerse por medios legítimos. Cambiemos la ley si podemos, con tal de que lo hagamos en una forma constitucional y legítima. No dice que no debemos interesarnos por la política y por la reforma de la ley. Cierto que si la reforma parece necesaria, tratemos de conseguirla, pero sólo dentro del marco de la ley. Si creemos que una ley es injusta, entonces en nombre de la justicia, no por nuestros sentimientos personales, no por nuestro interés propio, tratemos de cambiar la ley. Asegurémonos, sin embargo, de que el interés que tenemos por el cambio no sea nunca personal ni egoísta, sino que se haga siempre en bien del gobierno, de la justicia y de la verdad.

El último punto, que sólo podemos tocar de paso, es la cuestión del dar y prestar. 'Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de tí prestado, no se lo rehúses.' También esto se podría interpretar en una forma literal y mecánica de modo que lo haga resultar ridículo. Pero lo que quiere decir se puede expresar así. Vuelve a ser la negación del yo. Es la forma que nuestro Señor tiene de decir que el espíritu que dice, 'Retengo lo que poseo; lo que es mío es mío; y no puedo escuchar las peticiones de esa gente porque quizá me llegaría a perjudicar,' es completamente erróneo. Censura el espíritu equivocado de quienes siempre piensan en sí mismos, ya sea que reciban un golpe en la cara, ya sea que les quiten la túnica, ya sea que se vean obligados a cargar con algo o a dar de lo suyo para ayudar a algún necesitado.

Visto cuál es el principio, pasemos de inmediato a la salvedad. Nuestro Señor no quiere decirnos con sus palabras que ayudemos a los que defraudan ni a los mendigos profesionales ni a los borrachos. Lo expresaría así con toda sencillez porque todos pasamos por estas experiencias. El que llega a nosotros después de haber tomado y nos pide dinero, siempre dice que es para pagarse una habitación dónde dormir, aunque sabemos que irá de inmediato a gastárselo en más bebida. Nuestro Señor no nos dice que ayudemos a un hombre así. Ni siquiera piensa en esto. En lo que piensa es en la tendencia de no ayudar a los que realmente lo necesitan, por razón del yo y del espíritu egoísta. Podemos, pues, expresarlo así. Siempre debemos estar dispuestos a escuchar

y a otorgar el beneficio de la duda. No es algo que debemos hacer en una forma mecánica e irreflexiva. Debemos pensar, y decir: 'Si este hombre está necesitado, mi deber es ayudarlo si estoy en condiciones de hacerlo. Quizá me arriesgue, pero si está en necesidad lo ayudaré.' El apóstol Juan nos expone muy bien esto. 'El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad.' (1Jn. 3:17,18). Esta es la forma de proceder. 'El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad.' El hombre que está bajo la influencia de la bebida y que nos pide dinero no está necesitado, como tampoco lo está la persona que es demasiado perezosa para trabajar y vive de pedir. Pablo dice de esos tales: 'Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.' Así que el mendigo profesional no está necesitado y no debo darle. Pero si veo que mi hermano está necesitado y tengo bienes materiales y estoy en condiciones de ayudarlo, no debo cerrar las entrañas de mi compasión, porque, si lo hago, el amor de Dios no está en mí. El amor de Dios es un amor que se da a sí mismo para ayudar a los que están en necesidad.

Finalmente pues, después de haber estudiado estos mandatos uno por uno y paso a paso, y una vez examinada esta enseñanza, deberíamos ver con claridad que hace falta ser un hombre nuevo para vivir esta clase de vida. Esta enseñanza no es para el mundo ni para el no cristiano. Nadie puede esperar vivir así a no ser que haya nacido de nuevo, a no ser que haya recibido el Espíritu Santo. Sólo éstos son cristianos, y sólo a ellos se dirige nuestro Señor con esta enseñanza noble, elevada y divina. No es una enseñanza cómoda de estudiar y les puedo asegurar que no es fácil pasar una semana con un texto como éste. Pero esta es la Palabra de Dios, y esto es lo que Cristo quiere que hagamos. Se trata de nuestra personalidad toda, hasta los detalles más mínimos de la vida. La santidad no es algo que se recibe en una reunión; es una vida que hay que vivir y que hay que vivir en detalle. Quizá nos sintamos muy interesados y conmovidos cuando escuchamos esas palabras acerca del entregarse a sí mismo, y así sucesivamente. Pero no debemos olvidar nuestra actitud respecto a la legislación que no nos gusta, a los impuestos y a las molestias ordinarias de la vida. Todo es cuestión de esta actitud respecto a sí mismo. Dios tenga misericordia de nosotros y nos llene con su Espíritu.

CAPITULO XXVIII

Negarse a Sí Mismo y Seguir a Cristo

En este capítulo quiero volver a examinar los versículos 38-42. Ya los hemos estudiado dos veces. Primero, los examinamos en general, aplicando algunos principios que rigen la interpretación. Luego estudiamos las afirmaciones una por una, y vimos que nuestro Señor se preocupa de que nos libremos de todo deseo de venganza personal. Nada hay más trágico que la forma en que muchos, cuando llegan a este pasaje, se fijan tanto en los detalles, y están tan dispuestos a argumentar sobre si está bien o mal hacer esto o aquello, que pierden por completo de vista el gran principio que el texto contiene, a saber, la actitud del cristiano respecto a sí mismo. Estas ilustraciones las emplea nuestro Señor simplemente para poner de manifiesto su

enseñanza respecto a ese gran principio básico. 'Vosotros', viene a decir, 'debéis tener una idea justa de vosotros mismos. Los problemas que tenéis vienen de que soléis andar equivocados en ese punto concreto.' En otras palabras, la preocupación primaria de nuestro Señor en este pasaje es lo que somos, y no tanto lo que hacemos. Lo que hacemos es importante, porque indica lo que somos. Lo ilustra diciendo: 'Si sois lo que pretendéis ser, debéis comportaros así.' Por tanto debemos concentrarnos no tanto en las acciones cuanto en el espíritu que conduce a la acción. Por esto, repitémoslo una vez más, es esencial que tomemos la enseñanza del Sermón del Monte en el orden en que se nos presenta. No podemos estudiar estos mandatos concretos a no ser que hayamos captado y asimilado la enseñanza de las Bienaventuranzas, y que nos hayamos sometido a las mismas.

En este pasaje se presenta nuestra actitud para con nosotros mismos en una forma negativa; en el pasaje que sigue se presenta en forma positiva. En él nuestro Señor dice: 'Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen.' Pero de momento nos vamos a fijar en lo negativo, y esta enseñanza es de importancia tan básica en el Nuevo Testamento que debemos analizarla una vez más.

Hemos descubierto ya en más de una ocasión que el Sermón del Monte está lleno de doctrina. Nada hay tan patético como la forma en que algunos solían decir hace unos treinta o cuarenta años (y algunos todavía siguen diciéndolo) que la única parte del Nuevo Testamento en que realmente creían y que les gustaba era el Sermón del Monte, y esto porque no contenía teología o doctrina. Era práctico, decían; sólo un manifiesto ético, que no contenía doctrinas ni dogmas. Nada hay más triste que esto, porque este Sermón del Monte está lleno de doctrina. La tenemos en este párrafo. Lo importante no es tanto que vuelva la otra mejilla, como que esté en un estado tal que esté dispuesto a hacerlo. La doctrina incluye toda la idea que tengo de mí mismo.

Nadie puede practicar lo que nuestro Señor ilustra aquí a no ser que haya concluido con el yo, con su derecho respecto a sí mismo, el derecho a decidir qué ha de hacer, y sobre todo debe concluir con lo que solemos llamar los 'derechos del yo.' En otras palabras, no debemos preocuparnos para nada por nosotros mismos. Todo el problema de la vida, como hemos visto, consiste en última instancia en esa preocupación por el yo, y lo que nuestro Señor inculca en este pasaje es que es algo de lo que debemos librarnos por completo. Debemos librarnos de esta tendencia constante de velar por los intereses del yo, de estar al tanto de los agravios y ofensas, siempre a la defensiva. Esto tiene en mente. Todo debe desaparecer, y esto desde luego significa que debemos dejar de ser tan sensibles en cuanto al yo. Esta sensibilidad morbosa, esta situación en que el yo está 'de puntillas', tan en delicado equilibrio que la más mínima perturbación puede alterar ese equilibrio, debe descartarse. La situación que nuestro Señor describe es tal que en ella el hombre no se puede sentir herido. Quizá esta es la forma más radical de presentar esa afirmación. Les recordé en el capítulo anterior lo que el apóstol Pablo dice de sí mismo en 1 Corintios 4:3. Escribe: 'Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, y por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo.' Ha puesto en manos de Dios todo este problema del juzgar, y de este modo ha adquirido un estado, está en una situación en la que no pueden herirlo. Este es el ideal que hay que buscar — esta indiferencia al yo y a sus intereses.

Una afirmación que el gran George Müller hizo en cierta ocasión acerca de sí mismo parece ilustrar esto muy claramente. Escribe así: 'Hubo un día en que morí, morí completamente, morí a George Müller y a sus opiniones, preferencias, gustos y voluntad; morí al mundo, a su

aprobación o crítica; morí a la aprobación o censura de incluso mis hermanos y amigos; y desde entonces he procurado solamente presentarme como aprobado para Dios.' Esta es una afirmación que hay que ponderar a fondo. No puedo imaginar una síntesis más perfecta y adecuada de la enseñanza de nuestro Señor en este pasaje que ésta. Müller pudo morir al mundo y a su aprobación o censura, a morir incluso a la aprobación o censura de sus amigos y compañeros más íntimos. Y deberíamos advertir el orden en que lo expresa. Primero, la aprobación o censura del mundo ; luego la aprobación o censura de sus amigos e íntimos. Pero dijo que había conseguido ambas cosas, y el secreto de ello, según Müller, fue que había muerto a sí mismo, a George Müller. No cabe duda de que hay una secuencia concreta en esto. Lo más remoto es el mundo; luego vienen los amigos y asociados. Pero lo más difícil es morir a sí mismo, a la propia aprobación o censura de sí mismo. Hay muchos grandes artistas que muestran desdén por la opinión del mundo. ¿Que el mundo no aprueba sus obras? 'Peor para el mundo', dice el gran artista. 'La gente es tan ignorante que no entiende'. Se puede uno volver inmune a la opinión de las masas, del mundo. Pero luego está la aprobación o censura de los seres queridos, de los que están asociados íntimamente con uno. Se valora mucho su opinión, y por tanto es uno sensible a ello. Pero el cristiano debe alcanzar la fase en que supera incluso esto y se da cuenta de que no debe dejarse dominar por ello. Y luego pasa a la fase final, es decir, a lo que uno piensa de sí mismo — a la aprobación o censura de sí mismo, a la forma en que uno se juzga a sí mismo. Mientras estemos preocupados por esto no estamos a salvo de las otras dos formas. De modo que la clave de todo, como nos lo recuerda George Müller, es que debemos morir a nosotros mismos. George Müller había muerto a sí mismo, a su opinión, a sus preferencias, a sus gustos, a su voluntad. Su única preocupación, su única idea, fue mostrarse aprobado para Dios.

Ahora bien, esto enseña nuestro Señor aquí, que el cristiano ha de llegar a una situación y estado en que pueda decir esto.

El siguiente punto es obviamente que sólo el cristiano puede hacer esto. Ahí encontramos la doctrina de este pasaje. Nadie puede llegar a esto a no ser el cristiano. Es la antítesis misma de lo que es verdad del hombre natural. Es difícil imaginar algo más alejado de lo que el mundo describe como un caballero. Caballero, según el mundo, es el que lucha por su honor y por su nombre. Aunque ya no desafía a duelo en cuanto es ofendido porque la ley lo prohíbe, esto haría si pudiera. Esta es la idea que tiene el mundo del caballero y del honor; y siempre implica autodefensa. Se aplica no sólo al hombre como individuo sino también a su país y a todo lo que le pertenece. Es cierto que el mundo desprecia al que no actúa así, y admira a la persona agresiva, a la persona que sale por sus derechos y que está siempre dispuesto a defenderse y a defender su honor. Decimos, por tanto, con sencillez y sin pedir excusas, que nadie puede poner en práctica esta enseñanza a excepción del cristiano. El hombre tiene que nacer de nuevo y ser una criatura nueva antes de poder vivir así. Nadie puede morir a sí mismo excepto el que puede decir, 'Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.' Es la doctrina del nuevo nacimiento. En otras palabras, nuestro Señor dice: 'Tenéis que vivir así, pero lo podréis conseguir sólo cuando hayáis recibido al Espíritu Santo y haya una vida nueva en vosotros. Tenéis que llegar a ser completamente diferentes; tenéis que cambiar por completo; tenéis que llegar a ser un ser nuevo.' Al mundo no le gusta esta enseñanza y quisiera que creyéramos que sin ayuda ninguna el hombre puede acercarse a ello. Pero es algo que sólo es posible para el que ha sido regenerado, que ha recibido al Espíritu del Señor Jesucristo.

Una vez establecida la doctrina, debemos ahora hacer una pregunta práctica. ¿Cómo he de vivir así? Alguien quizá diga: 'Nos ha presentado la enseñanza; pero la hallo difícil, suelo fallar en la práctica. ¿Cómo puede uno vivir esa clase de vida?

Ante todo, consideremos el problema en un nivel puramente práctico. Lo primero que debemos hacer es enfocar todo este problema del yo en una forma honesta. Debemos dejar de presentar excusas, dejar de tratar de eludirlo. Ha de ser examinado en una forma honesta y directa. Debemos tener presente toda esta enseñanza y examinarnos a la luz de la misma. Pero no basta que lo hagamos en una forma general; ha de ser también concreta. En cuanto advierta en mí una reacción de autodefensa, o un sentimiento de incomodo y agravio, o de que he sido ofendido y de que me están haciendo injusticia — en cuanto sienta que este mecanismo defensivo se pone en movimiento, debo enfrentarme conmigo mismo y preguntarme lo siguiente. '¿Por qué me molesta esto? ¿Por qué me siento agraviado por ello? ¿Cuál es mi verdadera preocupación respecto a esto? ¿Me preocupa de verdad algún principio general de justicia? ¿Me siento perturbado porque hay una causa muy querida a mi corazón o, debo decirlo honestamente, sólo por mí mismo? ¿Es solamente este egoísmo terrible, esta situación morbosa en la que me encuentro? ¿No es más que un orgullo insano y desagradable?' Este auto examen es esencial si hemos de triunfar en esta materia. Todos lo sabemos por experiencia. Qué fácil es explicarlo en alguna otra forma. Debemos escuchar la voz que habla dentro de nosotros, y que dice: 'Sabes perfectamente bien que es tu yo, ese orgullo horrible, esa preocupación por tí mismo, por tu reputación, por tu grandeza' — si es eso, debemos admitirlo y confesarlo. Será sumamente doloroso, desde luego; y con todo, si queremos elevarnos hasta la enseñanza de nuestro Señor, tenemos que pasar por ese proceso. Es la negación del yo.

Otra cosa de la mayor importancia en el nivel práctico es caer en la cuenta de hasta qué punto el yo controla mi vida. ¿Han tratado alguna vez de hacerlo? Examinen su vida, su trabajo ordinario, las cosas que hacen, los contactos que tienen que establecer con la gente. Piensen por unos momentos hasta qué punto el yo entra en todo esto. Es un descubrimiento sorprendente y terrible ver hasta qué extremo el interés propio y la preocupación por sí mismo están implicados, incluso en la predicación del evangelio. Es un descubrimiento horrible. Queremos hacerlo bien. ¿Por qué? ¿Por la gloria de Dios, o por la gloria propia? Todo lo que decimos y hacemos, la impresión que producimos incluso cuando nos encontramos con gente de paso — ¿qué nos preocupa en realidad? Si analizan toda su vida, no sólo sus acciones y conducta, sino su ropa, su aspecto, todo, se sorprenderá en descubrir hasta qué punto esta actitud insana respecto al yo entra en todo.

Demos un paso más. Me pregunto si alguna vez nos hemos dado cuenta de hasta qué punto la infelicidad, los problemas, los fracasos de nuestra vida se deben a una sola cosa, a saber, el yo. Recordemos lo ocurrido durante la semana pasada, los momentos o períodos tristes, de tensión, la irritabilidad, el mal carácter, las cosas hechas y dichas de las que se avergüenzan, las cosas que los turbaron y que los desequilibraron. Examinenlas una por una, y se sorprenderán de descubrir que casi todas ellas tienen relación con este problema del yo, de la sensibilidad, del buscar siempre el yo. No cabe la menor duda de esto. El yo es la causa principal de infelicidad en la vida. 'Ah', dicen, 'pero no es culpa mía; es lo que otro me ha hecho.' Muy bien; examínense a sí mismos y examinen a las otras personas, y verán cómo la otra persona actuó como lo hizo probablemente debido al yo, y que ustedes sienten como sienten por lo mismo. Si ustedes tuvieran una actitud adecuada respecto a la otra persona, como el Señor nos enseña en el pasaje siguiente, tendrían compasión de ella y orarían por ella. De modo que en último término la culpa es de ustedes. Es muy conveniente en el nivel práctico considerar esto con honestidad y directamente. La mayor parte de la infelicidad y dolor, la mayor parte de nuestros problemas en la vida y en nuestra experiencia, nacen de esta causa y fuente últimas, este yo.

Vayamos a un nivel mas elevado, sin embargo, y examinemos esto bajo el punto de vista doctrinal. Es muy bueno examinar el yo de una forma doctrinal y teológica. Según la enseñanza de la Escritura, el yo fue responsable por la caída. De no haber sido por él, el pecado no hubiera entrado nunca en el mundo. El diablo fue suficientemente astuto para conocer su poder, de modo que tentó atacando por ahí. Dijo: 'Dios no os está tratando bien; tenéis motivos para sentirnos agraviados'. Y el hombre estuvo de acuerdo, y esta fue la causa de la caída. No habría necesidad de Asambleas Internacionales hoy día para tratar de resolver los problemas de las naciones de no haber sido por la caída. Y el problema es precisamente el yo. Esto es considerar el yo doctrinalmente. El yo siempre significa desafiar a Dios; siempre significa ponerme a mí mismo en el pedestal en vez de a Dios, y por ello es siempre algo que me separa de El.

Todos los momentos de infelicidad en la vida se deben en último término a esta separación. Una persona que está en verdadera comunión con Dios y con el Señor Jesucristo es feliz. No importa que esté en una cárcel, que tenga los pies amarrados al cepo, que se esté quemando en una hoguera; es feliz si está en comunión con Dios. ¿No es ésta la experiencia de los santos a lo largo de los siglos? De modo que la causa última de toda aflicción o de la falta de gozo es la separación de Dios, y la única causa de la separación de El es el yo. Cuantas veces nos sentimos infelices, quiere decir que, de una forma u otra nos buscamos a nosotros mismos o pensamos en nosotros mismos, en lugar de buscar la comunión con Dios. El hombre, según la Biblia, fue hecho para vivir por completo para la gloria de Dios. Fue hecho para amar al Señor Dios con todo el corazón, con todo el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas. Todo el ser del hombre fue hecho para glorificar a Dios. Por consiguiente, todo deseo de glorificarse a sí mismo o de proteger los propios intereses es por necesidad pecaminosa, porque me miro a mí mismo en lugar de mirar a Dios y de buscar su honor y gloria. Y es esto mismo lo que Dios ha condenado en el hombre. Esto es lo que está bajo la maldición y la ira de Dios. Y tal como yo entiendo la enseñanza de la Biblia, la santidad, viene a significar esto, liberación de esta vida centrada en el yo. La santidad, en otras palabras, no hay que concebirla primordialmente en función de actos, sino en función de una actitud hacia sí mismo. No quiere decir básicamente que no haga ciertas cosas y trate de hacer otras. Hay personas que nunca hacen ciertas cosas que se consideran pecaminosas; pero están llenas de orgullo. Por esto debemos considerar la santidad en función del yo y de nuestra relación para con nosotros mismos, y debemos caer en la cuenta de que la esencia de la santidad es que podamos decir con George Müller que hemos muerto, muerto completamente, a este yo que ha causado tanta ruina en nuestra vida.

Finalmente, pasemos al nivel más elevado y examinemos el problema del yo a la luz de Cristo. ¿Por qué el Señor Jesucristo el Hijo de Dios vino a este mundo? Vino en última instancia para librar del yo al género humano. Vemos en El tan perfectamente esta vida desinteresada. Consideremos su venida de la gloria del cielo al establo de Belén. ¿Por qué vino? Hay una sola respuesta para esta pregunta. No pensó en sí mismo. Esta es la médula de la afirmación que Pablo hace en Filipenses 2. Era eternamente el Hijo de Dios y era 'igual a Dios' desde la eternidad, pero no pensó en esto; no se aferró a ello y al derecho que tenía de manifestar siempre esa gloria. Se humilló y negó a sí mismo. Nunca hubiera habido la encarnación de no haber sido porque el Hijo de Dios puso el yo, por así decirlo, de lado.

Luego veamos esa vida desinteresada suya en la tierra. A menudo repitió que las palabras que pronunciaba no hablaban de sí mismo, y que las acciones que realizaba no eran suyas, sino que el Padre se las había dado. Así entiendo la enseñanza de Pablo acerca de la humillación voluntaria de la cruz. Significa que, al venir a semejanza de hombre, se hizo voluntariamente dependiente de Dios; no pensó para nada en sí mismo. Dijo: 'He venido a hacer tu voluntad, oh

Dios,' y dependió por completo de Dios en todo, en las palabras que pronunció y en todo lo que hizo. El mismo Hijo de Dios se humilló a sí mismo hasta ese extremo. No vivió para sí ni por sí en lo más mínimo. Y la argumentación del apóstol es, 'Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.'

Lo vemos sobre todo, desde luego, en su muerte en la cruz. Era inocente y sin culpa, nunca había pecado ni hecho daño alguno, y con todo 'cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente' (1 P.2:23). Eso es. La cruz de Cristo es el ejemplo supremo, y la argumentación del Nuevo Testamento es ésta, que si decimos que creemos en Cristo y creemos en que murió por nuestros pecados, significa que nuestro mayor deseo debería ser morir al yo. Este es el propósito último de su muerte, no sólo que pudiéramos recibir perdón, o que pudiéramos ser salvados del infierno. Fue más bien que se pudiera constituir un pueblo nuevo, una nueva humanidad, una nueva creación, y que se constituyera un reino nuevo con gente como El. El es el 'primogénito entre muchos hermanos', es el modelo. Dios nos hizo, dice Pablo a los efesios: 'Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús'. Hemos de ser 'hechos conforme a la imagen de su Hijo'. Así habla la Biblia. De modo que podemos decir que la razón de su muerte en la cruz fue que ustedes y yo pudiéramos ser salvos y librados de la vida del yo. 'Murió por todos', dice otra vez el apóstol en 2 Corintios 5. Creemos que 'si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió'. ¿Por qué? Por esta razón, dice Pablo: 'para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió y resucitó por ellos'. Esta es la vida a la que hemos sido llamados. No la vida de autodefensa o de sensibilidad, sino una vida tal que, incluso si nos ofenden, no tomemos represalias; si recibimos una bofetada en la mejilla derecha estemos dispuestos a presentar la otra también; si alguien nos levanta pleito y nos quita la túnica estemos dispuestos a darle también la capa; si nos obligan a llevar una carga por una milla, vayamos dos; si alguien viene a pedirme algo no diga, 'Esto es mío'; sino más bien, 'Si tiene necesidad y lo puedo ayudar, lo haré.' He acabado con el yo, he muerto a mí mismo, y mi única preocupación es la gloria y honor de Dios.

Esta es la vida a la que nos llama el Señor Jesucristo; murió a fin de que ustedes y yo podamos vivirla. Gracias a Dios que el evangelio nos dice también que resucitó de nuevo y que ha enviado a la Iglesia, y a cada uno de los que creen en él, al Espíritu Santo con todo su poder renovador y fortalecedor. Si tratamos de vivir esta clase de vida por nosotros mismos, estamos condenados al fracaso; lo estamos antes de comenzar. Pero con la promesa bendita del Espíritu Santo de venir a morar y actuar en nosotros, tenemos esperanza. Dios ha hecho posible esta vida. Si George Müller pudo morir a George Müller, por qué no deberíamos cada uno de nosotros que somos cristianos morir del mismo modo al yo que es tan pecador, que conduce a tanta calamidad, desdicha y dolor, y que en último término es una negación tal de la obra bendita del Hijo de Dios en la cruz en la colina del Calvario.

CAPITULO XXIX **Amar a los Enemigos**

Pasamos ahora a los versículos 43-48 en los que tenemos la última de las seis ilustraciones que nuestro Señor utilizó para explicar su enseñanza respecto a la ley de Dios para el hombre, en contraposición con la interpretación pervertida de los escribas y fariseos. También en este caso,

la mejor manera de examinar el pasaje es comenzar con la enseñanza de los escribas y fariseos. Decían: 'Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.' Esto enseñaba. De inmediato se pregunta uno, ¿dónde encontraron esto en el Antiguo Testamento? ¿Hay en él alguna afirmación que diga esto? Y la respuesta es, desde luego, 'no'. Pero eso enseñaban los escribas y fariseos y lo interpretaban así. Decían que el 'prójimo' quería decir solamente un israelita; enseñaban, pues, a los judíos a amar a los judíos, pero les decían también que a los demás tenían que considerarlos no sólo como extraños sino como enemigos. De hecho llegaron incluso a indicar que era asunto suyo, casi su derecho y deber, odiar a toda esa gente. Sabemos por la historia el odio y resentimiento que dividía al mundo antiguo. Los judíos consideraban a todos los demás como perros y muchos gentiles despreciaban a los judíos. Había este terrible 'muro de separación' que dividía al mundo y producía con ello una intensa animosidad. Había, pues, muchos entre los celosos escribas y fariseos que pensaban que honraban a Dios despreciando a todos los que no eran judíos. Pensaban que debían odiar a sus enemigos. Pero esas dos afirmaciones no se hallan juntas en ningún pasaje del Antiguo Testamento.

No obstante esto, algo se puede decir en favor de la enseñanza de los escribas y fariseos. No sorprende, en un sentido, que enseñaran lo que enseñaban y que trataran de justificarlo con la Escritura. Debemos decir esto, no porque queramos excusar los crímenes de los escribas y fariseos, sino porque este punto con frecuencia ha producido, y sigue produciendo, dificultades considerables en la mente de muchos cristianos. En ningún pasaje del Antiguo Testamento, repito, encontramos 'amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo;' pero sí encontramos muchas afirmaciones que pueden haber alentado a la gente a odiar a sus enemigos. Examinemos algunas.

Cuando los judíos entraron en la tierra prometida de Canaán, Dios les ordenó, como recordarán, que exterminaran a los cananeos. Se les dijo literalmente que los exterminaran, y aunque no llegaron a hacerlo, lo hubieran debido hacer. Luego se les dice que los amonitas, los moabitas y los madianitas no habían de ser tratados con amabilidad. Este fue un mandato específico de Dios. Luego leemos que había que borrar por completo la memoria de los amalecitas por ciertas cosas que habían hecho. No sólo eso, era parte de la ley de Dios que si alguien mataba a otro, el pariente del difunto podía matar al homicida" si podía atraparlo antes de que entrara en una de las ciudades de refugio. Eso formaba parte de la ley. Pero quizá la dificultad principal que encuentra la gente frente a este problema es la de los salmos llamados imprecatorios los cuales contienen maldiciones contra ciertas personas. Quizá uno de los ejemplos más famosos es el Salmo 69, en el que el Salmista dice: 'Sean oscurecidos sus ojos para que no vean, y haz temblar continuamente sus lomos. Derrama sobre ellos tu ira, y el furor de tu enojo los alcance. Sea su palacio asolado; en sus tiendas no haya morador,' y así sucesivamente. No se puede discutir que fueron enseñanzas de este tipo en el Antiguo Testamento las que parecieron justificar que los escribas y fariseos mandaran a la gente que, si bien debían amar al prójimo, odiaran al enemigo.

¿Cómo se resuelve esta dificultad? Sólo hay una manera de hacerlo, y es considerar todas estas órdenes, incluyendo los Salmos imprecatorios, como judiciales y nunca como personales. Al escribir los Salmos, el Salmista no escribe tanto acerca de sí mismo cuanto acerca de la Iglesia; y estos Salmos, si se fijan bien, tienen como preocupación exclusiva en todos los casos, en todos los imprecatorios, la gloria de Dios. Al hablar de cosas que le han hecho, hablan de cosas que se hacen al pueblo de Dios y a la Iglesia de Dios. Es el honor de Dios lo que le preocupa, es el celo por la casa de Dios lo que lo impulsa a escribir estas cosas.

Pero quizá se puede expresar mejor así. Si no aceptamos el principio que dice que todas estas imprecaciones tienen siempre carácter judicial, entonces de inmediato se encuentra uno en un problema insoluble respecto al Señor Jesucristo mismo. Nos dice en este pasaje que hemos de amar a los enemigos. ¿Cómo reconciliamos las dos cosas? ¿Cómo se reconcilia la exhortación a amar los enemigos con estas maldiciones que pronunció sobre los fariseos, y con todas las otras cosas que dijo acerca de ellos? O, veámoslo desde este otro ángulo. En este pasaje nuestro Señor nos dice que amemos a nuestros enemigos, porque, dice, esto es lo que hace precisamente Dios: 'para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.' Hay quienes han interpretado esto en el sentido de que el amor de Dios es absolutamente universal, y que no importa que uno peque o no. Todos van a ir al cielo porque Dios es amor; como Dios es amor nunca puede castigar. Pero esto es negar la enseñanza bíblica desde el principio hasta el fin. Dios castigó a Caín, y al mundo antiguo con el diluvio; castigó a las ciudades de Sodoma y Gomorra; y castigó a los hijos de Israel cuando se mostraban recalcitrantes. Luego toda la enseñanza del Nuevo Testamento salida de los labios de Cristo mismo es que va a haber un juicio final, que, finalmente, todos los impenitentes van a ir al fuego eterno, al lugar donde 'el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga'. Si no aceptamos este principio judicial, se debe decir que la enseñanza bíblica se contradice, incluso la enseñanza del Señor Jesucristo; y esta posición es imposible.

La forma de resolver el problema, por tanto, es esta. Debemos reconocer que, en última instancia, existe ese elemento judicial. Mientras estamos en el mundo, Dios sí hace salir el sol para todos, buenos y malos, bendice a los que lo odian, y hace llover sobre los que lo desafían. Sí, Dios sigue actuando así. Pero al mismo tiempo les anuncia que, a no ser que se arrepientan, serán destruidos. Por tanto no hay contradicción. La gente como los moabitas, los amonitas y los madianitas habían repudiado voluntariamente las cosas de Dios, y Dios, como Dios y como juez eterno, los juzga. Es prerrogativa de Dios hacerlo. Pero la dificultad en el caso de los escribas y fariseos fue que no distinguieron. Tomaron este principio -judicial y lo aplicaron a sus asuntos ordinarios y a su vida cotidiana. Lo consideraron como justificación para odiar a sus enemigos, para odiar a todos los que les desagradaban, a todos los que les resultaban molestos. De este modo destruyeron a sabiendas el principio de la ley de Dios, que es este gran principio del amor.

Examinemos ahora esto en una forma positiva, que quizá arroje más luz sobre este asunto. Nuestro Señor, contraponiendo de nuevo su propia enseñanza con la de los escribas y fariseos, dice: Tero yo os digo: Amad a vuestros enemigos'. Luego, como ilustración: 'Benedicid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen'. Una vez más nos hallamos exactamente frente al mismo principio que vimos en los versículos 38-42. Es una definición de cuál ha de ser la actitud del cristiano frente a los demás. En el pasaje anterior lo encontramos en forma negativa, en este lo hallamos en forma positiva. En aquel la situación era que el cristiano podía verse sometido a ofensas. Venían a él y lo golpeaban, o lo injuriaban de otros modos. Y todo lo que nuestro Señor dice en el pasaje anterior es que no debemos devolver las ofensas. 'Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo'. Esto es negativo. Aquí, sin embargo, nuestro Señor pasa al aspecto positivo, que es, desde luego, la culminación de la vida cristiana. En este pasaje nos conduce a lo más glorioso que se puede encontrar incluso en su propia enseñanza. El principio que guía y dirige nuestra exposición, una vez más, es ese sencillo aunque profundo de nuestra actitud respecto a nosotros mismos. Es el principio con el que explicamos el pasaje anterior. Lo único que da fuerza al hombre para no devolverse, para presentar la otra mejilla e ir otra milla, para dar la capa además de la túnica cuando se la exigen por la fuerza, y para ayudar a

los que están en necesidad, lo vital es que el hombre debe morir a sí mismo, morir al interés propio, morir a la preocupación por sí mismo. Pero nuestro Señor va mucho más lejos en este pasaje. Se nos dice en forma positiva que debemos amar a esas personas. Tenemos que amar incluso a nuestros enemigos. No es solamente que no tenemos que tomar represalias, sino que debemos tener una actitud positiva para con ellos. Nuestro Señor se esfuerza en hacernos ver que el 'prójimo' debe por necesidad incluir también a los enemigos.

La mejor manera de comprenderlo es verlo en forma de una serie de principios. Es la enseñanza más elevada que se puede encontrar, porque concluye con esta nota: 'Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto'. Todo se refiere a este asunto del amor. Lo que se nos dice,, por tanto, es que si ustedes y yo en este mundo, frente a tantos problemas y dificultades y personas y muchas cosas que nos agobian, queremos conducirnos como Dios se comporta, tenemos que ser como El. Tenemos que tratar a los demás como El los trata. Haced esto, dice Cristo, 'para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos'. Hay que ser así, dice, y comportarse así.

¿Que quiere decir esto? Lo primero es que la forma de tratar a los demás nunca debe depender de lo que son, o de lo que nos han hecho. Debe estar gobernada por la forma en que los vemos y en que vemos su condición. Este es el principio que enuncia. Hay personas malas, injustas; sin embargo, Dios envía sobre ellas lluvia y hace que el sol salga sobre ellas. Sus cosechas producen fruto como las de los buenos; gozan de ciertos bienes en la vida, y reciben lo que se llama 'gracia común'. Dios bendice no sólo los esfuerzos del agricultor cristiano; no, bendice del mismo modo los esfuerzos del malo, del injusto. Esto dice la experiencia. ¿Cómo así? La respuesta debe ser que Dios no los trata según lo que son y lo que hacen respecto a El. Con suma reverencia se podría preguntar: ¿Qué gobierna la actitud de Dios para con ellos? La respuesta es que lo gobierna el amor suyo, que es completamente desinteresado. En otras palabras, no depende de nada que haya en nosotros; nos ama a pesar de nosotros. 'Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna'. ¿Qué le hizo hacer esto? ¿Fue algo amable, atractivo en nosotros o en el mundo? ¿Fue algo que estimuló su corazón amoroso? Nada en absoluto. Fue total y completamente a pesar de nosotros. Lo que impulsó a Dios fue su amor eterno que nada puede mover sino El mismo. Genera su propio movimiento y actividad — un amor completamente desinteresado.

Este principio es sumamente importante, porque según nuestro Señor esa es la clase de amor que debemos tener, que debemos manifestar respecto a otros. El secreto de vivir esta clase de vida es que el hombre debe ser completamente desprendido. Debe estar desprendido de los demás en el sentido de que su conducta no dependa de lo que ellos hagan. Pero todavía más importante, debe estar desprendido de sí mismo, porque hasta que el hombre no lo esté nunca podrá estar desprendido de lo que los demás hagan. Está en íntimo contacto con ellos. La única forma de estar desprendido de lo que los demás hagan es que ante todo esté uno desprendido de sí mismo. Este es el principio que gobierna no sólo este pasaje sino también el previo, como ya hemos visto. El cristiano es alguien a quien se le separa de este mundo malo. Se le coloca en una posición aparte y vive en un nivel más elevado. Pertenece a un reino diferente. Es un hombre nuevo, una criatura nueva, una creación nueva. Debido a esto, lo ve todo de una manera diferente, y por tanto reacciona de una manera diferente. Ya no es del mundo, sino de fuera de él. Está en una posición de despego. 'He ahí', dice Cristo, 'podéis llegar a ser como Dios a este

respecto, a saber, que no os vais a regir exclusivamente por lo que otros hagan; tendréis algo dentro de vosotros que dirigirá vuestra conducta'.

No debemos demorarnos más en esto; pero creo que, si nos examinamos a nosotros mismos, veremos de inmediato que una de las cosas más trágicas en nuestra vida es que la gobiernan otras personas; y lo que ellos hacen y dicen acerca nuestro. Pensemos en los pensamientos crueles y duros que nos han venido a la cabeza. ¿Qué los produce? ¡Otra persona! Mucho de lo que pensamos y hacemos depende de los demás. Es una de las cosas que hace, que la vida sea, tan infeliz. Vemos a una persona determinada y nos alteramos. Si no la hubiéramos visto no nos habríamos sentido así. Otras personas controlan nuestra vida. 'Ahora bien', nos dice Cristo, 'hay que salir de esta situación. Vuestro amor ha de llegar a ser tal que ya no os gobierne lo que otros dicen. Vuestra vida la debe gobernar un principio nuevo dentro de vosotros, un principio nuevo de amor'.

En cuanto poseemos esto, podemos ver a los demás de un modo diferente. Dios mira el mundo y ve en él tanto pecado y miseria, pero lo ve como algo que proviene de la actividad de Satanás. Pero hay un sentido en que ve al hombre injusto de un modo diferente. Se preocupa por él, por su bienestar, y por esto hace que el sol salga para él y que la lluvia descienda sobre él. Nosotros debemos aprender a hacer esto. Debemos aprender a mirar a los demás y decir: 'Sí, hacen esto, eso y lo otro contra mí' ¿Por qué? Porque son víctimas de Satanás; porque los gobierna el dios de este mundo y son sus víctimas indefensas. No debo enojarme. Los veo como pecadores abocados al infierno. Debo hacer todo lo posible por salvarlos'. Así actúa Dios.

Dios contempló este mundo arrogante y pecador, y envió a su Hijo unigénito para que lo salvara porque vio la condición en que estaba. ¿Cuál es la explicación de esto? Lo hizo por nuestro bien, por nuestro bienestar. Nosotros debemos aprender a hacer esto para otros. Debemos tener una preocupación positiva por su bien. En cuanto comenzamos a pensar así no es difícil hacer lo que Dios nos pide que hagamos. Si tenemos en el corazón algo de esta compasión por los perdidos, por los pecadores y por los que perecen, entonces podremos hacerlo.

¿Por qué tenemos que hacer esto? A menudo se encuentra una gran dosis de sentimentalismo en cuanto a esto. Hay quienes dicen que hay que hacerlo para que se vuelvan amigos nuestros. Esta es a veces la base del pacifismo. Dicen: 'Si uno es amable con la gente se vuelven amables con uno'. Algunos pensaron que esto se podía aplicar incluso en el caso de Hitler. Pensaron que lo único que había que hacer era hablarle a través de una mesa y que a no tardar iba a cambiar de sentimientos si lo tratáramos con amabilidad. Hay quienes siguen pensando así; pero seamos realistas, no sentimentales, porque sabemos que esto no es cierto y que no resulta. No, nuestra acción no tiene como objetivo conseguir que se vuelvan amigos nuestros.

Otros dicen, 'Dios los mira y los trata no tanto por lo que son cuanto por lo que pueden llegar a ser'. Esta es la idea psicológica moderna del problema. Es la base de la forma en que algunos maestros tratan a los alumnos. No deben castigarlos ni imponerles disciplina. No deben tratarlos por lo que son, sino más bien por lo que podrían ser a fin de que puedan llegar a serlo. Algunos quisieran que se utilizara el mismo principio en el trato de los encarcelados. No debemos castigar, sólo debemos ser amables. Debemos ver en ese hombre lo que puede llegar a ser, y debemos conseguir que llegue a serlo. Pero ¿cuáles son los resultados? No; no debemos actuar así porque nuestra forma de actuar vaya a cambiar a esa gente psicológicamente y los vaya a convertir en lo que queremos que sean. Debemos hacerlo por una sola razón, no porque vayamos a poder redimirlos o a hacer algo de ellos, sino porque de este modo podemos manifestarles el amor de Dios. No va a salvarlos el buscar en su corazón esa chispa de divinidad que vamos a

tratar de convertir en llamada. No, los hombres nacen en pecado y en iniquidad, no pueden por sí mismos llegar a ser nada bueno. Pero Dios ha hecho de tal modo las cosas que su maravilloso evangelio de redención a veces ha llegado a las personas de la siguiente manera. Ven a alguien y preguntan: '¿Por qué es diferente esa persona?' y la persona dice: 'Soy lo que soy por la gracia de Dios. No es porque haya nacido diferente, es porque Dios me ha hecho algo. Y lo que el amor de Dios ha hecho por mí, lo puede hacer por ti.'

¿Cómo, pues, podemos manifestar este amor de Dios en los contactos con otras personas? De este modo: 'Benedicid a los que os maldicen,' lo cual, dicho en forma más ordinaria, puede expresarse así: responded con palabras amables a los que os dirigen palabras ofensivas. Cuando oímos palabras duras todos tenemos la tendencia a contestar del mismo modo —'Se lo dije; le contesté; se lo hice ver.' Y con ello nos situamos a su mismo nivel. Pero nuestra norma ha de ser palabras amables en vez de ásperas.

En segundo lugar: 'Haced bien a los que os aborrecen,' lo cual quiere decir actos de benevolencia a cambio de actos malévolos. Cuando alguien se ha mostrado realmente malévolo y cruel con nosotros no debemos contestar con la misma moneda. Antes bien debemos responder con actos benévolos. Aunque ese agricultor odie quizá a Dios, sea injusto y pecador, se haya rebelado contra El, Dios hace que el sol salga también para él y le envía lluvia que hará fructificar su cosecha. Actos benévolos a cambio de actos crueles.

Por fin: 'Orad por los que os ultrajan y os persiguen.' En otras palabras, cuando otra persona nos persigue con saña, debemos orar por ella. Debemos caer de rodillas, y hablar con nosotros mismos antes de hacerlo con Dios. En lugar de mostrarnos amargados y duros, en lugar de reaccionar en función del yo y con el deseo de cobrarnos lo hecho, debemos recordar que en todo lo que hacemos estamos bajo Dios y delante de Dios. Luego debemos decir: 'Bien; ¿por qué esa persona actuó así? ¿cuál es la razón? ¿Hay algo en mí, quizá? ¿Por qué lo hizo? Es por esa naturaleza horrible y pecadora, una naturaleza que los va a conducir al infierno.' Entonces debemos seguir pensando, hasta que los veamos de tal modo que sintamos compasión por ellos, hasta que los veamos camino de la condenación, y por fin sintamos tanta compasión por ellos que no nos quede tiempo para sentir pena por nosotros mismos, hasta que sintamos tanta compasión por ellos, de hecho, que comencemos a orar por ellos.

Esta es la forma en que debemos probarnos. ¿Oramos por los que nos persiguen y nos muestran desprecio? ¿Piden a Dios que tenga misericordia de ellos y que no los castigue? ¿Piden a Dios que salve sus almas y les abra los ojos antes de que sea demasiado tarde? ¿Se sienten realmente preocupados por ellos? Esto fue lo que trajo a Cristo a la tierra y lo envió a la cruz. Se preocupó tanto por nosotros que no pensó en sí mismo. Nosotros hemos de tratar así a las personas.

A fin de que podamos tener una idea bien clara en cuanto a lo que esto significa e implica debemos entender la diferencia entre amar y agradecer. Cristo dijo: 'Amad a vuestros enemigos,' no 'Que vuestros enemigos os agraden.' Agradar es algo mucho más natural que amar. No se nos llama a que todo el mundo nos agrade. No nos es posible. Pero se nos manda amar. Es ridículo mandar a alguien que le agrade otra persona. Depende de la constitución física, del temperamento y de mil y una cosas más. Esto no importa. Lo que importa es que oremos por la persona que no nos agrada. Esto no es agrado sino amor.

La gente tropieza en esto. '¿Quiere Ud. decir que está bien amar aunque no agrade?' preguntan. Así es. Lo que Dios manda es que amemos a la persona y la tratemos como si nos agradara. El amor es más que sentimiento. El amor en el Nuevo Testamento es muy práctico — 'Pues este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos.' El amor es activo. Sí, por

consiguiente, descubrimos que algunas personas no nos agradan, no debemos preocuparnos, en tanto que las tratemos como si nos agradaran. Eso es amar, y esto enseña nuestro Señor a cada paso. El Nuevo Testamento nos ofrece algunos ejemplos maravillosos de esto. Recuerdan la parábola del Buen Samaritano que nuestro Señor explicó en respuesta a la pregunta '¿quién es mi prójimo?' Los judíos odiaban a los samaritanos y los tenían por enemigos. Sin embargo nuestro Señor les dice en la parábola que cuando los ladrones atacaron al judío en el camino entre Jericó y Jerusalén, varios judíos lo vieron y pasaron de largo. Pero el samaritano, el enemigo tradicional, cruzó el camino y se preocupó por él. Esto es amar a nuestro prójimo y a nuestro enemigo. ¿Quién es mi prójimo? Cualquiera que esté en necesidad, cualquiera que esté hundido por el pecado o por cualquier otra cosa. Debemos ayudarlo, ya sea judío o samaritano. Amemos al prójimo, incluso si ello significa amar al enemigo. 'Haced bien a los que os aborrecen.' Y nuestro Señor, desde luego, no sólo lo enseñó, sino que lo hizo. Lo vemos morir en la cruz y ¿qué dice de los que lo condenaron a la muerte y de los que lo perforaron con clavos? Estas son las palabras maravillosas que salen de sus santos labios: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.'

Esta fue también la enseñanza y la práctica de los apóstoles en todo el Nuevo Testamento. Qué necio es decir que el Sermón del Monte no se aplica a los cristianos sino que se refiere al futuro, cuando venga el reino. No, es para nosotros, en este tiempo. Pablo dice: 'Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber.' Es exactamente la misma enseñanza. En todas partes es la misma. Y los apóstoles no sólo lo enseñaron; lo vivieron. Recordemos aquel hombre maravilloso, Esteban, a quien lapidaron hasta darle muerte enemigos crueles y locos. Estas fueron sus últimas palabras: 'Señor, no les tomes en cuenta este pecado.' Había alcanzado el nivel de su Maestro; ama, como Dios en el cielo ama este mundo pecador. Y, gracias a Dios, los santos de todos los siglos han hecho lo mismo. Han manifestado el mismo espíritu glorioso y maravilloso.

¿Somos nosotros así? Esta enseñanza es para nosotros. Debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a los que nos odian y orar por los que nos ultrajan y persiguen; así hemos de ser. Es más; podemos ser así. El Espíritu Santo, el Espíritu de amor y gozo y paz, se nos da, de modo que, si no somos así, no tenemos excusa y deshonramos a nuestro amoroso Señor.

Pero voy a terminar con unas palabras de consuelo. Porque a no ser que esté muy equivocado, cualquiera a quien se le presente esta enseñanza se siente inmediatamente condenado. Dios sabe que yo así me siento; pero tengo unas palabras de consuelo. Creo en un Dios que 'hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.' Pero el Dios que conozco ha hecho más que esto; ha enviado a su Hijo unigénito a la cruz del Calvario para que yo me pudiera salvar. Yo fallo; todos fallamos. Pero, 'si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.' No crean que no sean cristianos si no vive esa clase de vida a la perfección. Pero, sobre todo, habiendo recibido este consuelo, no se confíen en él, sino que sientan antes bien que quiebran todavía más su corazón por no ser como Cristo, por no ser como deberían ser. ¡Si pudiéramos aunque fuera comenzar a amar así, si todo cristiano del mundo amara así! Si así fuéramos, pronto llegaría una renovación espiritual, y quien sabe lo que podría suceder en el mundo entero.

'Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen,' y entonces seremos como nuestro Padre que está en los cielos.

CAPITULO XXX

¿Qué Hacéis de Más?

En el estudio de este pasaje referente a nuestra actitud para con los enemigos, fijémonos de manera exclusiva en la expresión, '¿qué hacéis de más?', que se encuentra en el versículo 47: 'Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?' Después de la exposición detallada que ha ofrecido acerca de cómo su pueblo debía tratar y considerar a los enemigos, nuestro Señor, por así decirlo, conduce toda la sección y toda la enseñanza a una culminación grandiosa. A lo largo de su enseñanza, como hemos visto, no se ha preocupado tanto por los detalles de su conducta cuanto porque entendieran y captaran bien qué eran y cómo debían vivir. Y ahora lo sintetiza todo en esta afirmación sorprendente que aparece al final mismo: 'Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.' Esta es la clase de vida que tenemos que vivir.

No hay otra actitud respecto al Sermón del Monte tan ridícula como la que lo considera como un programa ético, una especie de programa social. Ya hemos estudiado esto, pero debemos volver a analizarlo, porque me parece que este pasaje sólo es suficiente para excluir de una vez por todas cualquier noción falsa respecto a este gran Sermón. Este solo pasaje contiene lo que podríamos llamar la característica más esencial de todo el evangelio del Nuevo Testamento, y que es la paradoja que lo penetra todo. El evangelio de Jesucristo, aunque no me gusta gran parte del uso actual del término, es esencialmente paradójico; hay una contradicción aparente en él desde el principio hasta el fin. La encontramos aquí, en la médula misma de este mensaje.

El carácter paradójico del evangelio lo expresó el anciano Simeón, cuando sostuvo en sus brazos al Niño Jesús. Dijo, 'He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel.' Ahí está la paradoja. Está puesto al mismo tiempo para caída y para levantarse de nuevo. El evangelio siempre hace estas dos cosas, y a no ser que nuestra idea del mismo contenga estos dos elementos, no es verdadera. Aquí tenemos una ilustración perfecta de ello. ¿No hemos sentido esto a medida que hemos ido avanzando en el estudio de este Sermón? ¿Conocemos algo que sea más descorazonador que el Sermón del Monte? Tomemos este pasaje desde el versículo 17 hasta el final del capítulo 5 — estas ilustraciones detalladas que nuestro Señor ofrece en cuanto a cómo hemos de vivir. ¿Hay algo más descorazonador? Nos parece que los Diez Mandamientos, las normas morales ordinarias de decencia, ya son suficientemente difíciles; pero examinemos estas afirmaciones acerca del no mirar con deseo, del ir una segunda milla, del dar la capa además de la túnica, y así sucesivamente. No hay nada más descorazonador que el Sermón del Monte; parece ponernos al descubierto, y condenar todos los esfuerzos antes de comenzarlos. Parece completamente imposible. Pero al mismo tiempo ¿conocemos algo más alentador que el Sermón del Monte? ¿Conocemos algo que nos halague más que este Sermón? El hecho mismo de que se nos mande hacer estas cosas implica que es posible. Esto es lo que se supone que debemos hacer; se sugiere, por tanto, que lo podemos hacer. Es descorazonador y alentador al mismo tiempo; está puesto para caída y levantamiento.

Y nada es más vital que tengamos siempre bien presentes en la mente estos dos aspectos.

El problema de esa idea necia, llamada materialista, del Sermón del Monte, es que no veía ninguno de los dos aspectos del Sermón con claridad. Los limitaba ambos. En primer lugar limitaba las exigencias. Sus seguidores decían: 'El Sermón del Monte es algo práctico, algo que podemos hacer.' Bien, la respuesta a esos tales es que lo que se nos pide que hagamos es, que seamos perfectos como Dios, tan perfectos en eso de amar a los enemigos como lo es El. Y en cuanto nos enfrentamos con las exigencias concretas, vemos que resultan imposibles para el

hombre natural. Pero esas personas no han comprendido esto. Lo que han hecho, desde luego, es aislar ciertas afirmaciones y decir: 'Sólo tenemos que hacer esto.' No creen en pelear bajo ninguna circunstancia. Dicen, 'Tenemos que amar a los enemigos;' y por ello se convierten en pacifistas. Pero el Sermón del Monte no se limita a esto. El Sermón del Monte incluye este mandato: 'Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.' Nunca se han enfrentado con el rigor de esta exigencia.

Al mismo tiempo nunca han visto el otro lado, que es que somos hijos de Dios, insólitos y excepcionales. Nunca han visto la gloria y grandeza y carácter único de la situación cristiana. Siempre han pensado en el cristiano como en alguien que hace un esfuerzo moral mayor que nadie y que se mortifica a sí mismo. En otras palabras, la mayor parte de los problemas que esas personas experimentan respecto a este Sermón del Monte, y en realidad respecto a toda la enseñanza del Nuevo Testamento, es que nunca entienden bien qué significa ser cristiano. Este es el problema fundamental. Los que experimentan dificultades respecto a la salvación en Cristo tienen esa dificultad por que nunca han entendido qué es realmente el cristiano.

En esta expresión tenemos, una vez más, una de esas definiciones perfectas en cuanto a lo que constituye al cristiano. Se presenta el aspecto dual; desaliento y aliento; la caída y el levantamiento. Aquí está: '¿Qué hacéis de más?' La traducción del Dr. Moffatt expresa muy bien la idea, 'Si saludáis sólo a los amigos, ¿qué tiene esto de especial?' Esta es la clave de todo. Encontramos este pensamiento no sólo aquí sino también en el versículo 20. Nuestro Señor comenzó diciendo: 'Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.' Los escribas y fariseos tenían normas elevadas, pero la justicia de la que nuestro Señor habla es más que esa justicia; hay algo especial en ella.

Examinemos este gran principio en la forma de tres principios subsidiarios. El cristiano es en esencia una clase única y especial de persona. Esto es algo que nunca se puede subrayar lo suficiente. No hay nada más trágico que el fracaso de muchos que se llaman cristianos en caer en la cuenta del carácter único y especial del cristiano. Nunca se lo puede explicar en términos naturales. La esencia misma de la posición cristiana es que es un enigma. Hay algo insólito, algo inexplicable, algo elusivo acerca de él desde el punto de vista del hombre natural. Es algo completamente distinto y aparte.

Ahora bien, nuestro Señor nos dice en este pasaje que esta característica especial, este carácter único, es doble. Ante todo es un carácter único que lo separa de todo el que no es cristiano. 'Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?' Ellos pueden hacerlo, pero vosotros sois diferentes. El cristiano, como ven, es diferente de los demás. Hace lo que hacen los demás, es cierto; pero hace algo más. Esto es lo que nuestro Señor ha venido poniendo todo el tiempo de relieve. Cualquiera puede llevar la carga por una milla, pero el cristiano es el que va la segunda. Siempre hace más que los demás. Esto es, sin duda, tremendamente importante. El cristiano al mismo tiempo, y por definición, es alguien que está aparte de la sociedad, y no se lo puede explicar en términos naturales.

Sin embargo, debemos ir más allá. El cristiano, según la definición de nuestro Señor, es no sólo alguien que da más que los demás; hace lo que otros no pueden hacer. Esto no es quitarle nada a la capacidad y habilidad del hombre natural; pero el cristiano es alguien que puede hacer cosas que nadie más puede hacer. Podemos poner esto más de relieve de esta forma. El cristiano es alguien que está por encima, y va más allá, del hombre natural mejor del mundo. Nuestro Señor lo demostró aquí en su actitud respecto a la norma moral y de conducta de los escribas y fariseos. Eran los maestros del pueblo, y exhortaban a los demás. Dice a los que escuchaban: 'Debéis ir más allá.' También nosotros debemos ir más allá. Hay muchas personas en el mundo

que no son cristianos pero que son muy morales y éticos, hombres cuya palabra es sagrada, y que son escrupulosos, honestos, justos. Nunca se los encuentra haciendo nada sospechoso a nadie; pero no son cristianos, y lo dicen. No creen en el Señor Jesucristo y quizá han rechazado toda la enseñanza del Nuevo Testamento con burla. Pero son completamente rectos y honestos. El cristiano, por definición, es alguien que es capaz de hacer algo que el mejor hombre natural no puede hacer. Va más allá y hace más; supera. Está separado de todos los demás, y no sólo de los malos, sino también de los mejores. Se esfuerza en la vida diaria por demostrar esta capacidad del cristiano de amar a sus enemigos y de hacer el bien a los que lo odian, y de orar por aquellos que lo ultrajan y persiguen.

El segundo aspecto de este carácter único del cristiano es que no es como los demás, sino que ha de ser positivamente como Dios y como Cristo. Tara que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.' Esto es estupendo, pero es la definición esencial del cristiano. El cristiano ha de ser como Dios, ha de manifestar en su vida diaria en este mundo cruel algo de las características de Dios mismo. Tiene que vivir como vivió el Señor Jesucristo, seguir sus normas e imitar su ejemplo. No sólo será distinto a los demás. Ha de ser como Cristo. Lo que tenemos que preguntarnos, pues, si queremos saber con certeza si somos o no verdaderos cristianos, es esto: ¿Hay eso en mí que no se puede explicar en términos naturales? ¿Hay algo especial y único en mí y en mi vida que nunca se encontrará en un no cristiano? Hay muchos que piensan en el cristiano como en alguien que cree en Dios, en alguien moralmente bueno, justo, honrado y todo lo demás. Pero esto no hace que uno sea cristiano. Hay quienes niegan a Cristo, los mahometanos, por ejemplo, pero que creen en Dios y que son muy honestos y rectos en su trato. Tienen un código moral y lo observan. Hay muchos en esa situación. Nos dicen que creen en Dios, y son muy éticos y morales; pero no son cristianos, niegan específicamente a Cristo. Hay muchos hombres, como el difunto Ghandi y sus seguidores, quienes sin duda creen en Dios; además, si uno mira sus vidas y acciones, es difícil encontrar algo que criticar; pero no son cristianos.

Decían que no eran cristianos; dicen todavía que no son cristianos. Por tanto deducimos que la característica del cristiano es solamente esta cualidad (la pondré en forma de pregunta). Al examinar mis actividades, y contemplar mi vida en detalle, ¿puedo afirmar que hay algo en ella que no se puede explicar en términos ordinarios y que sólo se puede explicar en función de mi relación con el Señor Jesucristo? ¿Hay algo especial en ella? ¿Hay esa característica única, ese 'más que', ese 'plus'? Este es el problema.

Pasemos ahora al segundo principio, que aclarará el primero. Examinemos algunos de los modos o aspectos en que el cristiano manifiesta este carácter único, esta cualidad especial. Ocurre esto en toda su vida porque, según el Nuevo Testamento, es una nueva creación. 'Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas,' por esto va a ser completamente diferente. Ante todo, el cristiano es diferente del hombre natural en el pensar. Tomemos, por ejemplo, su actitud respecto a la ley, a la moralidad y conducta. El hombre natural quizá observe la ley, pero nunca va más allá. La característica del cristiano es que se preocupa más por el espíritu que por la letra. El hombre moral, ético quiere vivir dentro de la ley, pero no piensa en el espíritu, que es la esencia misma de la ley. O, dicho de otra manera, el hombre natural obedece a regañadientes, mientras el cristiano se deleita 'según el hombre interior... en la ley de Dios.'

O considerémoslo en función de la moralidad. La actitud del hombre natural frente a la moralidad es generalmente negativa. Se preocupa por no hacer ciertas cosas. No quiere ser

deshonesto, injusto ni inmoral. La actitud del cristiano respecto a la moralidad es siempre positiva; tiene hambre y sed de una justicia positiva como la de Dios mismo.

O también, examinémoslo en función del pecado. El hombre natural siempre piensa en el pecado en función de hechos, de cosas que se hacen o no se hacen. El cristiano se interesa por el corazón. ¿No subrayó esto nuestro Señor en este Sermón, cuando dijo, de hecho: Tensáis que todo está muy bien siempre y cuando no hayáis cometido adulterio físico?. Pero ¿qué me decís del corazón? ¿y de los pensamientos?' Así piensa el cristiano. No sólo hechos; llega hasta el corazón.

¿Qué decir de la actitud de estos dos hombres respecto a sí mismos? El hombre natural está dispuesto a admitir que quizá no es enteramente perfecto. Dice: 'Es cierto que no soy del todo santo, que hay ciertos defectos en mi vida.' Pero nunca encontrarán un no cristiano que piense que todo está mal, que es vil. Nunca es 'pobre en espíritu,' nunca 'llora' por sentirse pecador. Nunca dice, 'Si no fuera por la muerte de Cristo en la cruz, no tendría esperanza de ver a Dios.' Nunca dirá con Charles Wesley, 'Soy vil y lleno de pecado.' Considera que esto es una ofensa, porque pretende que siempre ha tratado de llevar una vida buena. Por esto no le gusta esto y no llega nunca a condenarse a sí mismo.

¿Qué decir además de la actitud de estos dos hombres respecto a los demás? El hombre natural quizá mira a los demás con tolerancia; quizá llega a sentir compasión por ellos y se dice que no debe mostrarse demasiado duro con ellos. Peí o el cristiano va más allá. Los ve como pecadores, como víctimas de Satanás, como víctimas del pecado. No sólo los ve como hombres con quienes hay que ser tolerante; los ve como dominados por 'el dios de este mundo' y cautivos de Satanás. Va más allá que el otro.

Lo mismo se puede decir de la idea que tienen de Dios. El hombre natural piensa en Dios, sobre todo como en Alguien al que hay que obedecer y temer. Esta no es la idea esencial del cristiano. El cristiano ama a Dios porque lo ha llegado a conocer como a Padre. No piensa en Dios como en alguien cuya ley es gravosa y dura. Sabe que es un Dios santo y amoroso, y entra en una relación nueva con El. Va más allá que cualquier otro en su relación con Dios, y desea amarlo a El con todo su corazón, mente, alma, y fuerza, y al prójimo como a sí mismo.

Luego en el asunto de la forma de vivir, el cristiano lo hace todo de un modo diferente. El gran motivo para la vida del cristiano es el amor. Pablo lo expresa en una forma notable cuando dice: 'el cumplimiento de la ley es el amor.' La diferencia entre el hombre naturalmente bueno y moral y el cristiano, es, que el cristiano posee un elemento de gracia en sus acciones; es un artista, en tanto que el otro hombre actúa en forma mecánica. ¿Cuál es la diferencia entre el cristiano y el hombre natural en hacer el bien? Bien, el hombre natural a menudo hace mucho bien en este mundo, pero espero no ser injusto con él cuando digo que en general le gusta llevar la cuenta de ello. Es bastante sutil a veces en la forma indirecta que tiene de referirse a ello, pero está siempre consciente de ello, y lleva la cuenta. Una mano siempre sabe lo que hace la otra. No sólo esto, lo que hace siempre tiene límite. Suele dar de lo que le sobra. El cristiano es el que da sin contar el costo, el que da con sacrificio y de una forma tal que una mano no sabe lo que hace la otra.

Pero veamos a esos dos hombres en la forma cómo reaccionan ante lo que les sucede en esta vida. ¿Qué hacen ante las tribulaciones que llegan, como han de llegar, tales como enfermedades y guerras? El hombre bueno, natural, moral, a menudo se enfrenta a esas cosas con gran dignidad. Es siempre un caballero. Sí; con una fuerza de voluntad férrea, se enfrenta a ello con una especie estoica de resignación. No quiero desvirtuar para nada sus cualidades, pero es siempre negativo, simplemente se domina. No se queja, sino que se contiene. ¿Sabe alguna vez

qué es gozarse en la tribulación? El cristiano sí lo sabe. El cristiano se goza en las tribulaciones porque en ellas ve un significado oculto. Sabe que 'a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien,' y que Dios permite que a veces sucedan cosas para perfeccionarlo. Puede nadar en medio de la tempestad, regocijarse en medio de la tribulación. El otro hombre nunca llega a esto. Hay algo especial en el cristiano. El otro sólo mantiene la calma y tranquilidad. ¿Ven la diferencia?

Nuestro Señor lo expresa por fin en función de injurias e injusticias. ¿Cómo se comporta el hombre natural cuando las tiene que sufrir? Quizá con calma y voluntad férrea. Consigue no devolverse ni tomar represalias. Trata de pasarlo por alto, o con cinismo descarta a la persona que no lo entiende. Pero el cristiano toma voluntariamente la cruz, y sigue el mandato que Cristo le hace cuando le dice 'niégate a tí mismo, y toma la cruz.' 'El que quiera seguirme,' dice en efecto Cristo, 'está seguro de ser perseguido y de sufrir injurias. Pero que tome la cruz.' Y en este pasaje nos dice cómo hemos de hacer esto. Dice: 'A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele la otra; y al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar la carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de tí prestado, no se lo rehúses.' Y lo ha de hacer todo con alegría y voluntariamente. Así es el cristiano. Hay algo especial en él, siempre va más lejos que los demás.

Lo mismo se puede decir de nuestra actitud para con el prójimo, incluso si es nuestro enemigo. El hombre natural a veces puede ser pasivo. Decide no devolverse, pero no con facilidad. Una vez más, nunca ha habido un hombre natural que haya sido capaz de amar a su enemigo, de hacer bien a los que lo odian, de bendecir al que lo maldice, de orar por el que lo ultraja o persigue. No quiero ser injusto en lo que digo. He conocido hombres que se llaman pacifistas y que no tomarían represalias ni matarían; pero a veces he conocido amargura en su corazón contra hombres que han estado en las Fuerzas Armadas y contra ciertos Primeros Ministros, lo cual era simplemente terrible. Amar al enemigo no quiere decir solamente que uno no pelea ni mata. Significa que uno ama positivamente a ese enemigo y ora por él y por su salvación. He conocido hombres que no lucharían, pero que no aman ni siquiera a sus hermanos. Sólo el cristiano puede elevarse tanto. La ética y la moralidad naturales lo pueden hacer a uno pacifista; pero el cristiano es alguien que ama positivamente a su enemigo, y se esfuerza por hacer el bien a los que lo odian, y ora por los que lo ultrajan y persiguen.

Finalmente veamos a esos dos hombres al morir. El hombre natural quizá muera con dignidad. Quizá muera en la cama, o en el campo de batalla, sin quejas. Mantiene la misma actitud general ante la muerte que tuvo en la vida, y sale del mundo con calma y resignación estoicas. Esta no es la forma en que el cristiano se enfrenta a la muerte. El cristiano es alguien que debería saber enfrentarse a la muerte como Pablo, y debería poder decir: 'Tara mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia,' y: 'teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.' Entra en su hogar eterno, va a la presencia de Dios. Más aún, el cristiano no sólo muere con gloria y triunfo; hay un sentido de expectación. Hay algo especial en él.

¿Qué hace al cristiano una persona especial? ¿Qué explica su carácter único? ¿Qué le hace hacer más que los demás? Es la idea que tiene del pecado. El cristiano se ha visto completamente sin esperanza y condenado; se ha visto a sí mismo como absolutamente culpable delante de Dios y sin derecho alguno a su amor. Se ha visto a sí mismo como enemigo de Dios y extranjero. Y luego ha visto y entendido algo acerca de la gracia de Dios en Jesucristo. Ha visto a Dios que envió a su Hijo unigénito al mundo, y no sólo eso, sino hasta la muerte en la cruz por él, el rebelde, el pecador vil y culpable. Dios no le volvió la espalda, fue más allá. El cristiano

sabe que todo esto sucedió por él, y ha cambiado toda su actitud respecto a Dios y a los hombres. Ha sido perdonado cuando no lo merecía. ¿Qué derecho tiene, pues, de no perdonar a su enemigo?

No sólo eso, tiene una idea completamente nueva hacia la vida en este mundo. Llega a ver que es sólo la antecámara de la verdadera vida y que él no es sino un peregrino y transeúnte. Como todos los creyentes que se describen en Hebreos 11 busca esa 'ciudad que tiene fundamentos.' Dice: 'Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos lo por venir.' Así ve la vida, lo cual lo cambia todo. Tiene también esperanza de gloria. El cristiano es un hombre que cree que va a ver a Cristo cara a cara. Y cuando llegue el gran día, cuando vea el rostro de Aquel que sufrió la cruel cruz por él a pesar de su vileza, no quiere tener que recordar, al mirar a esos ojos, que se negó a perdonar a alguien aquí en la tierra, o que no amó a esa otra persona, sino que la despreció y odió e hizo todo lo que pudo contra ella. No quiere que se le recuerden cosas así. Por ello, sabiendo todo esto, ama a sus enemigos y hace bien a los que lo odian, porque está consciente de lo que ha sido hecho por él, de lo que le espera, y de la gloria que queda. Toda su perspectiva ha cambiado; y esto ha ocurrido porque él mismo ha sido cambiado.

¿Qué es el cristiano? No es alguien que lee el Sermón del Monte y dice: 'Voy a vivir así, voy a seguir a Cristo y a' emular su ejemplo. Esa es la vida que voy a vivir y lo haré con mi gran fuerza de voluntad.' Nada de eso. Les diré qué es el cristiano. Es alguien que se ha convertido en Hijo de Dios y que posee una relación única con Dios. Esto lo hace 'especial'. '¿Qué hacéis de más?' Debería ser especial, ustedes deberían ser especiales, porque son personas especiales. Dicen que la progenie cuenta. Si es así, ¿cuál es la progenie del cristiano? Es ésta, que ha nacido de nuevo, que ha nacido espiritualmente y es hijo de Dios. ¿Se dan cuenta de la forma en que lo expresa nuestro Señor? 'Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen.' ¿Por qué? '¿Para que seáis como Dios?' No: 'Para que seáis hijos' —no simplemente de Dios— 'seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.' Dios se ha convertido en Padre de los cristianos. No es el Padre del no cristiano; para ellos es Dios y nada más, el gran Legislador. Pero para el cristiano, Dios es Padre. Luego, nuestro Señor tampoco dice, 'Sed perfectos como vuestro Dios es perfecto.' No, gracias a Dios, sino 'Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.' Si Dios es nuestro Padre debemos ser especiales, no podemos evitarlo. Si la naturaleza divina está en nosotros, y ha entrado en nosotros por medio del Espíritu Santo, no se puede ser como cualquier otro; hay que ser diferente. Y esto es lo que se nos dice acerca del cristiano en toda la Biblia, que Cristo mora en su corazón con abundancia por medio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo está en él, lo llena, actúa con su poder en lo más recóndito de su personalidad, enseñándole su voluntad. 'Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer.' Y, sobre todo, el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por medio del Espíritu Santo. Ha de ser especial, debe ser único, no puede evitarlo.

¿Cómo puede un hombre que nunca ha tenido el amor de Dios derramado en su corazón amar a su enemigo y hacer todas esas cosas? Es imposible. No puede hacerlo; y además no lo hace. Nunca ha habido un hombre fuera de Cristo que lo haya podido hacer. El Sermón no es una exigencia exorbitante de esta clase. Cuando se lee por primera vez, lo descorazona y lo desanima a uno. Pero luego recuerda que es hijo del Padre celestial, que no queda uno abandonado a sí mismo sino que Cristo ha venido a morar en uno. No somos sino ramas de la Vid. Ahí están el poder, la vida y el sostén; nosotros no tenemos sino que producir fruto.

Concluyo, pues, con esta penetrante pregunta. Es la pregunta más profunda que un hombre puede tratar de contestar en esta vida. ¿Hay algo especial en mí? No pregunto si vivimos una vida moral, recta, buena. No pregunto si oramos, ni si vamos a la iglesia con regularidad. No pregunto nada de esto. Hay personas que hacen todas estas cosas y con todo no son cristianos. Si esto es todo, ¿qué hacemos más que los otros, qué hay en mí que sea especial? ¿Hay en nosotros algo de esta cualidad especial? ¿Hay algo de nuestro Padre en nosotros?

Es un hecho que los hijos a veces no se parecen mucho a sus padres. La gente los mira y dice: 'Sí, se parece algo a su padre después de todo,' o 'Veo algo de su madre; no mucho, pero algo hay.' ¿Hay sólo eso de nuestro Padre en nosotros? Esta es la piedra de toque. Si Dios es nuestro Padre, de una forma u otra, el parecido familiar estará ahí, las huellas de nuestro parentesco inevitablemente se manifestarán. ¿Qué hay de especial en nosotros? Dios nos conceda que al examinarnos a nosotros mismos, podamos descubrir algo de ese carácter único y de esa separación que no sólo nos divide de los demás, sino que proclama que somos hijos de nuestro Padre que está en los cielos.

CAPÍTULO XXXI

Vivir la Vida Justa

Nuestra exposición de este Sermón del Monte comenzó con un análisis y división del contenido del mismo. Vimos que en este capítulo 6, comienza una parte nueva. La primera sección (vss. 3-12) contiene las Bienaventuranzas, una descripción de cómo es el cristiano. En la sección siguiente (vss. 13-16), encontramos a este hombre cristiano, que ha sido descrito como tal, reaccionando frente al mundo y el mundo reaccionando frente a él. La tercera (vss. 17-48) trata de la relación del cristiano con la ley de Dios. Presenta una exposición positiva de la ley y la contrasta con la enseñanza falsa de los fariseos y escribas. Concluye con la gran exhortación del versículo final: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

Llegamos ahora a una sección completamente nueva, que abarca todo este capítulo sexto. Estamos frente a lo que podríamos llamar la descripción del cristiano que vive su vida en este mundo en la presencia de Dios, en sumisión activa a Dios, y en dependencia total de El. Lean este capítulo sexto y encontrarán que se repite muchas veces la alusión a Dios Padre. Hemos venido examinando al cristiano, al que se le han explicado algunas de sus características, al que se le ha dicho cómo tiene que comportarse en la sociedad, y a quien se le ha recordado lo que Dios espera y exige de él. Ahora estamos frente a una descripción de este cristiano que se pone a vivir esa vida en el mundo. Y lo importante —subrayado a cada momento—, es que lo hace todo en la presencia de Dios. Esto es algo que se le debería recordar constantemente. O, para decirlo con otras palabras, esta sección presenta una descripción de los hijos en relación con su Padre mientras están en ese peregrinar que se llama 'la vida'.

El capítulo pasa revista a nuestra vida como un todo, y la considera bajo dos aspectos principales. Esto es magnífico, porque en último término la vida del cristiano en este mundo tiene dos aspectos, y a ambos se les presta atención aquí. Del primero se ocupan los versículos 1 al 18; del segundo se habla desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. El primero es lo que podríamos llamar nuestra vida religiosa, el cultivo y nutrición del alma, nuestra piedad, nuestro

culto, todo el aspecto religioso de nuestra vida, y todo lo que se refiere a nuestra relación directa con Dios. Pero claro está que éste no es el único elemento de la vida del cristiano en el mundo. Por medio de él se le recuerda que no es de este mundo, que es hijo de Dios y ciudadano de un reino que no se puede ver. No es sino un transeúnte, un viajero por el mundo. No pertenece a este mundo como los demás; se encuentra en esta relación única con Dios. Anda con El. Sin embargo está en este mundo, y aunque ya no pertenece a él, este mundo sigue sirviéndole de mucho; en no pocos aspectos está sujeto al mismo. Y, después de todo, tiene que pasar por él. Por ello, el segundo aspecto es el del cristiano en su relación con la vida en general, no tanto como ser puramente religioso, sino como hombre que está sujeto a los 'azares de la fortuna', como hombre a quien le preocupa el comer y el beber, el vestir y la vivienda, que quizá tenga familia e hijos que educar, y que por tanto está sujeto a lo que la Biblia llama 'los afanes de este mundo'.

Estas son las dos grandes partes del capítulo, la parte directamente religiosa de la vida cristiana, y la parte mundana. De ambos aspectos se ocupa nuestro Señor con mucho detalle. En otras palabras, es vital que el cristiano tenga ideas muy claras acerca de ambos aspectos, y por ello necesita que se le instruya sobre los dos. No hay mayor falacia que imaginar que en el momento en que el hombre se convierte y se vuelve cristiano, todos sus problemas quedan resueltos y todas sus dificultades desaparecen. La vida cristiana está llena de dificultades, llena de trampas e insidias. Por esto necesitamos la Biblia. De no haber sido por eso, hubiera resultado innecesaria. Estas instrucciones detalladas que nuestro Señor da y que también se encuentran en las Cartas, serían innecesarias de no ser por el hecho de que la vida del cristiano en este mundo es una vida llena de problemas, como John Bunyan y otros han tenido mucho cuidado en hacer resaltar en obras cristianas clásicas. Hay peligros latentes en nuestra misma práctica de la vida cristiana, y también en nuestras relaciones con otras personas en este mundo. Al examinar su propia experiencia y, todavía más, al leer las biografías de los siervos de Dios, descubrirán que muchos han pasado por dificultades, y muchos se han encontrado por un tiempo llenos de amargura, y han perdido su experiencia de gozo y felicidad de la vida cristiana, porque se han olvidado de alguno de los dos aspectos. Como veremos, hay personas que están equivocadas en su vida religiosa, y hay otras que parecen andar bien en este sentido, pero que, debido a tentaciones muy sutiles en el aspecto más práctico, tienden a andar mal. Por ello, tenemos que examinar ambos aspectos. Aquí, en la enseñanza de nuestro Señor, se examinan hasta en sus detalles más mínimos.

Conviene advertir desde el comienzo mismo que este capítulo VI es muy penetrante; de hecho, podríamos incluso decir que muy doloroso. A veces me parece que es uno de los capítulos más incómodos de toda la Biblia. Hurga y examina y nos pone un espejo frente a los ojos, y no nos permite escabullimos. No hay otro capítulo que sirva mejor que éste para estimular la humillación propia y la humildad. Pero demos gracias a Dios por ello. El cristiano debería estar siempre deseoso de conocerse a sí mismo. Nadie que no sea cristiano desea verdaderamente conocerse. El hombre natural cree que se conoce, y con ello pone de manifiesto su problema básico. Elude el examinarse a sí mismo porque conocerse a sí mismo es, en último término, el conocimiento más penoso que el hombre pueda adquirir. Y aquí estamos ante un capítulo que nos sitúa frente a frente de nosotros mismos, y nos permite vernos exactamente como somos. Pero repito, gracias a Dios por ello, porque sólo el hombre que se ha visto verdaderamente a sí mismo tal como es, tiene probabilidad de acudir a Cristo, y de buscar la plenitud del Espíritu de Dios, que es el único que puede consumir los vestigios del yo y todo lo que tiende a echar a perder su vivir cristiano.

Al igual que en el capítulo anterior, en éste se enseña, en cierto sentido, por contraste con la enseñanza de los fariseos. Recuérdese que había una especie de introducción general a esto cuando nuestro Señor dijo: "Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Al comentar este pasaje, examinamos y contrastamos la enseñanza de los escribas y fariseos con la enseñanza que debería dirigir la vida del cristiano. Ahora no se enfatiza tanto la enseñanza, sino la vida práctica, incluyendo la piedad, y toda nuestra conducta religiosa.

En esta primera parte vemos que el versículo 1 es la introducción al mensaje de los versículos 2 al 18. Sorprende de verdad caer en la cuenta del orden perfecto de este Sermón. Los que tienen aficiones musicales, y se interesan por el análisis de las sinfonías, verán que aquí hay algo todavía más maravilloso. Se propone el tema, luego viene el análisis, después del cual se vuelven a mencionar los temas y secciones particulares —los varios 'leit motifs', como se les llama— hasta que por fin se resume y sintetiza todo en una afirmación final. Nuestro Señor emplea aquí un método semejante. En el primer versículo propone el principio general que gobierna la vida religiosa del cristiano. Una vez hecho eso, pasa a darnos tres ilustraciones de ese principio, en el campo de la limosna, la oración y el ayuno. A esto se reduce en último término toda la vida y práctica religiosa de uno. Si analizamos la vida religiosa del hombre encontramos que se puede dividir en estas tres secciones, y sólo en estas tres secciones: la forma en que doy limosna, la naturaleza de mi vida de oración y contacto con Dios, y la forma en que mortifico la carne. Se debe señalar de nuevo, sin embargo, que estas tres no son sino ilustraciones. Nuestro Señor ilustra lo que ha afirmado como principio general, en la misma forma en que lo hizo en su exposición de la ley en el capítulo 5.

El principio fundamental se propone en el versículo primero. "Guardaos de hacer vuestra justicia (o, si se prefiere, vuestra piedad) delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" La palabra 'justicia' dirige los tres aspectos de la vida justa. Primero examinamos la piedad misma, luego pasamos a considerar las distintas manifestaciones de la piedad. El principio general de éste: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Examinemos esto en una serie de principios subsidiarios.

El primero de ellos es éste — la índole delicada de la vida cristiana. La vida cristiana es siempre un asunto de equilibrio y serenidad. Es una vida que da la impresión de ser contradictoria, porque parece ocuparse al mismo tiempo de dos cosas que se excluyen mutuamente. Leemos el Sermón del Monte y nos encontramos con esto: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" Luego leemos: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." El que lee esto dice, "Bien, ¿qué he de hacer? Si he de hacerlo todo en secreto, si no he de ser visto de los hombres, si he de orar en mi aposento con la puerta cerrada, si he de lavarme y ungirme el rostro para que nadie se dé cuenta de que estoy ayunando, ¿cómo sabrán los hombres que estoy haciendo estas cosas? ¿Cómo podrán ver la luz que resplandece en mi?"

Estamos, claro está, sólo ante una contradicción superficial. Advirtamos la forma de la primera afirmación: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" En otras palabras, no hay contradicción, sino que se nos invita a hacer ambas cosas al mismo tiempo. El cristiano ha de

vivir de tal forma que cuando los hombres lo miren y vean la clase de vida que lleva, glorifiquen a Dios. Al mismo tiempo debe recordar siempre que no está haciendo estas cosas para atraer la atención sobre sí mismo. No debe desear que los hombres lo miren, nunca ha de ser auto consciente. Claro está que este equilibrio es sutil y delicado; a menudo nos inclinamos hacia un extremo o hacia el otro. Los cristianos tienden, ya hacia la gran ostentación, ya hacia convertirse en monjes y eremitas. Al examinar la larga historia de la iglesia cristiana a través de los siglos, se ve de inmediato la presencia de este gran conflicto. Los cristianos, o bien se han mostrado ostentosos, o bien han tenido tanto temor del yo y de la auto-glorificación que se han apartado del mundo. Pero el pasaje nos invita a evitar ambos extremos. Es una vida delicada, es una vida sensible; pero si la enfocamos en una forma adecuada y bajo la dirección del Espíritu Santo, se puede mantener el equilibrio. Claro que si tomamos sólo estas cosas como reglas que hemos de poner en práctica, algo andará mal, ya hacia un lado, ya hacia otro. Pero si comprendemos que lo que importa es el gran principio, el espíritu de la acción, entonces no caeremos en el error; ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda. Nunca olvidemos que el cristiano ha de atraer la atención hacia sí mismo, y sin embargo a la vez no ha de atraer la atención sobre sí mismo. Esto se verá con más claridad a lo largo de la exposición.

El segundo principio subsidiario es que la elección última es siempre la elección entre agradarse a sí mismo y agradar a Dios. Esto puede sonar como muy elemental, pero parece necesario subrayarlo por la razón siguiente. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos." "Claro, entonces —quizá pensemos— la elección es entre agradar a los hombres y agradar a Dios." Yo sugiero que no es ésta la elección: la elección final es entre agradarse a uno mismo y agradar a Dios, y ahí es donde entra la sutileza del problema. En último término, la única razón que tenemos para agradar a los que nos rodean es que queremos agradarnos a nosotros mismos. Nuestro deseo verdadero no es realmente agradar a los demás; deseamos agradecerles porque sabemos que si lo hacemos, tendrán mejor opinión de nosotros. En otras palabras, nos agradamos a nosotros mismos y lo único que nos preocupa es la complacencia propia. Ahí se ve el carácter insidioso del pecado. Lo que parece ser desinteresado quizá no sea sino una forma muy sutil de egoísmo. Según nuestro Señor, se resume en esto: el hombre por naturaleza desea la alabanza de los demás más que la alabanza de Dios. Al desear la alabanza de los hombres, lo que realmente le preocupa es la opinión buena de sí mismo. En último análisis siempre se reduce a esto, o nos agradamos a nosotros mismos o agradamos a Dios. Es un pensamiento muy solemne, pero cuando comenzamos a examinarnos a nosotros mismos y vemos los motivos de nuestra conducta, es fácil estar de acuerdo en que todo se reduce a esto.

Esto nos conduce al siguiente principio subsidiario que quizá sea el fundamental. Lo más importante para todos nosotros en esta vida, es caer en la cuenta de nuestra relación con Dios. Casi siente uno el deseo de pedir perdón por hacer tal afirmación y, sin embargo, sugiero que la causa mayor de todos nuestros fracasos es que olvidamos olvidamos constantemente nuestra relación con Dios. Nuestro Señor lo dice de la siguiente forma. Deberíamos caer en la cuenta de que el objeto supremo de la vida habría de ser agradar a Dios, agradecerle sólo a El, agradecerle siempre y en todo. Si este es nuestro objetivo, no podemos equivocarnos. Ahí se ve, desde luego, la característica más notoria de la vida de nuestro Señor Jesucristo. ¿Hay algo en su vida que se destaque más claramente que esto? Vivió totalmente para Dios. Incluso dijo que las palabras que pronunciaba no eran suyas y que las obras que hacía eran las obras que el Padre le había encargado que hiciera. Toda su vida se dedicó a glorificar a Dios. Nunca pensó en sí mismo; nada hizo para sí mismo; no se impuso a sí mismo. Lo que se nos dice de él es esto, "La caña

cascada no quebrará, y el pabulo que humea no apagará". No levantó la voz. En cierto sentido parece como si hubiera tratado de no ser visto, de esconderse. Se nos dice de él que no pudo ocultarse, pero pareció estar siempre tratando de hacerlo. Hubo una ausencia total de ostentación. Vivió por completo, siempre y sólo para la gloria de Dios. Lo dijo constantemente de diversas formas: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió!" Y en forma negativa lo dijo así: "¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?" De hecho lo que dice es lo siguiente: "En esto consiste vuestro problema. Estáis demasiado preocupados por el hombre. Si pusierais los ojos sólo en la gloria y honor de Dios, entonces todo iría bien."

La segunda cosa que tenemos que recordar en relación con esto, es que siempre estamos en la presencia de Dios. Siempre estamos ante sus ojos. Ve todas nuestras acciones, incluso nuestros mismos pensamientos. En otras palabras, si alguien cree en poner textos en lugares bien visibles, sobre el escritorio o en la pared de la casa, no hay texto mejor que éste: "Tú, Dios, me ves". Está en todas partes. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres." ¿Por qué? "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Él lo ve todo. Conoce el corazón; las otras personas no lo conocen. Uno puede engañarlas, puede convencerlas de que se es desinteresado; pero Dios conoce el corazón. "Vosotros", dijo nuestro Señor a los fariseos una tarde, "vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación." Ahora bien, es obvio que éste es un principio fundamental para toda nuestra vida. A veces pienso que no hay una forma mejor de vivir, de tratar de vivir, la vida santa, que recordando constantemente esto. Cuando nos levantamos por la mañana deberíamos recordar de inmediato que estamos en presencia de Dios. No estaría mal decirnos a nosotros mismos antes de seguir adelante: "durante todo este día, todo lo que haga, diga, trate, piense e imagine, lo haré bajo la mirada de Dios. Dios estará conmigo; lo ve todo, lo sabe todo. No puedo hacer ni intentar nada sin que Dios esté plenamente consciente de ello. "Tú, Dios, me ves". Si siempre hiciéramos esto, nuestra vida cambiaría por completo.

En cierto sentido, la mayor parte de los libros que se han escrito acerca de la vida devocional se concentran en esto. Si queremos vivir esta vida plenamente, tenemos que aprender que hay que dominarse y hablar consigo mismo. Esto es lo fundamental, lo más importante de todo: que estamos siempre en la presencia de Dios. Él lo ve todo y lo sabe todo, y no podemos eludir su mirada. Los hombres que escribieron los Salmos eran conscientes de ello, y hay ejemplos de exclamaciones desesperadas como éstas: ¿Y a dónde huiré de tu presencia? No puedo escapar de ti. Allí estás tú «si en el Seol hiciere mi estrado... si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar...» No puedo escapar de ti! Si pudiéramos recordar esto, desaparecería la hipocresía, la adulación propia y todas las culpas que tenemos por sentirnos superiores a los otros; todo desaparecería inmediatamente. Es un principio cardinal el aceptar el hecho de que no podemos eludir la mirada de Dios. En este asunto de la elección final entre uno mismo y Dios, debemos recordar siempre que El lo sabe todo acerca de nosotros. "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta." Conoce los pensamientos e intenciones del corazón. Puede llegar hasta la entraña misma y hacer la disección del alma y del espíritu. Nada queda oculto a sus ojos. Hemos de partir de este postulado.

Si todos practicáramos esto, sería revolucionario. Estoy completamente seguro de que empezaría de inmediato un avivamiento espiritual. Sería muy distinta, tanto la vida de la iglesia, como la vida de cada individuo. Pensemos en todas las simulaciones y fingimientos, en todo lo que hay de indigno en nosotros. ¡Si cayéramos en la cuenta de que Dios lo ve todo, está

consciente de todo, lo graba todo! Ésta es la enseñanza de la Biblia, y éste es el método que tiene de predicar la santidad —no ofrecer a la gente experiencias maravillosas que resuelven todos los problemas. Es sólo caer en la cuenta de que siempre estamos en la presencia de Dios. Porque el hombre que parte de esta base muy pronto acudirá a Cristo y su cruz, y pedirá ser lleno del Espíritu Santo.

El siguiente principio subsidiario se refiere a la recompensa. Esta cuestión de la recompensa parece turbar a las personas, y sin embargo nuestro Señor hace constantemente observaciones como las de los versículos 1 y 4. En ellos, indica que está muy bien buscar la recompensa que Dios da. Dice, "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos."

Si hacéis lo justo, entonces "tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" Hacia principios del siglo (ahora ya no se oye tanto) algunos enseñaban que se debería vivir la vida cristiana por sí misma, y no por la recompensa. Es algo tan bueno en sí mismo y por sí mismo que no debería buscarse ningún otro motivo, como el deseo del cielo o el temor del infierno. Deberíamos ser desinteresados y altruistas. A menudo se enseñaba esto en forma de historia e ilustración. Un pobre caminaba un día por un camino llevando en una mano un cubo de agua y en la otra un recipiente lleno de fuego. Alguien le preguntó qué iba a hacer con esas cosas, y contestó que iba a quemar el cielo con el recipiente de fuego y apagar el infierno con el cubo de agua, pues ninguno de los dos le interesaba en absoluto. Pero la enseñanza del Nuevo Testamento no es ésta. El Nuevo Testamento quiere que veamos como algo bueno el deseo de ver a Dios. Eso es el summum bonum. "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." Es un deseo justo y legítimo, es una ambición santa. Se nos dice lo siguiente acerca del Señor mismo: "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (He. 12:2). Y se nos dice de Moisés que hizo lo que hizo porque tenía los ojos puestos 'en el galardón'. Era perspicaz. ¿Por qué las personas de cuyas vidas nos habla Hebreos 11 vivieron la vida que vivieron? La respuesta es ésta —vieron ciertas cosas en la lejanía, buscaban 'la ciudad que tiene fundamentos', tenían puestos los ojos en ese objetivo último.

El deseo de la recompensa es legítimo y el Nuevo Testamento incluso lo estimula. El Nuevo Testamento nos enseña que habrá un 'juicio de recompensa'. Habrá quienes reciban muchos azotes, y quienes reciban pocos. Se juzgarán las acciones de todo hombre para ver si son de madera o heno, plata u oro. Serán juzgadas todas vuestras acciones. "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo!" Deberíamos interesarnos, por tanto, por este asunto de la recompensa. No hay nada malo en ello, con tal que lo que se desee sea la recompensa de la santidad, la recompensa de estar con Dios.

El segundo punto acerca de la recompensa es éste: No reciben recompensa de Dios los que la buscan de los hombres. Este pensamiento es aterrador pero es una afirmación absoluta. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." Si se ha recibido la recompensa de los hombres en cualquier aspecto, no se recibirá nada de Dios. Permítanme plantear este pensamiento en una forma brutal. Si al predicar este evangelio lo que me preocupa es lo que los demás piensen acerca de mi predicación, en este caso lo único que me va a reportar es esto último, y nada de Dios. Es algo absoluto. Si uno busca recompensa de los hombres la obtendrá, pero no obtendrá nada más. Examinemos a la luz de este pensamiento nuestra vida religiosa, pensemos en todo el bien que hemos hecho en el pasado. ¿Cuánto nos queda que vaya a veniros de Dios? Es un pensamiento aterrador.

Esos son los principios respecto a la afirmación general. Examinemos ahora con brevedad lo que nuestro Señor dice acerca de este asunto concreto con respecto al dar limosna. Es consecuencia necesaria de los principios que han quedado establecidos. Dice que no hay una forma buena y una forma equivocada de dar limosna. Dar limosna, desde luego, significa ayudar a las personas, darles una mano en caso de necesidad, dar dinero, tiempo, o cualquier otra cosa que vaya a ayudar a los demás.

La forma equivocada de hacerlo, es anunciarlo. "Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti." Claro que no hacían esto en realidad; nuestro Señor emplea una metáfora. Contrataban un pregonero para que fuera delante de ellos diciendo: "Miren todos lo que este hombre hace." La forma equivocada de hacer estas cosas es proclamarlas, atraer la atención sobre ellas. Podríamos dedicar mucho tiempo a mostrar las formas sutiles en que se puede hacer esto. Permítaseme una ilustración. Recuerdo a una señora que se sintió llamada de Dios para comenzar una cierta obra, y se sintió llamada a hacerlo 'por fe', según se dice. No tenía que haber ni colecta ni petición de fondos. Decidió comenzar esta obra con un servicio de predicación y se me dio a mí el privilegio de predicar en este servicio. A mitad de la reunión, cuando llegaron los anuncios, esta buena señora durante diez minutos le contó a la congregación que iba a realizarse esta obra completamente 'por fe', que no se iba a hacer ninguna colecta, que no creía ni en colectas ni en pedir dinero, y así sucesivamente. ¡Creo que fue la forma más efectiva de pedir fondos que haya oído en mi vida! No quiero decir que fuera deshonesto; estoy seguro de que no lo era, pero sí que era muy aprensiva. Y debido al espíritu de temor, también nosotros podríamos hacer cosas semejantes en forma totalmente inconsciente. Hay una forma de decir que uno no anuncia estas cosas, que significa precisamente que uno las está anunciando. ¡Qué sutil es! Todos conocemos al tipo de hombre que dice: "desde luego no creo en anunciar el número de conversos cuando asumo la responsabilidad de predicar. Pero, después de todo, el Señor debe ser glorificado, y si la gente no se entera de los números, bueno, ¿cómo pueden dar gloria a Dios?" O bien, "No me gustan esos largos informes con ocasión de la fiesta de mi aniversario, pero si Dios debe ser glorificado ¿cómo lo hará la gente si no...?" Se ve fácilmente la sutileza. No es que siempre haya un pregonero obvio. Pero cuando examinamos realmente nuestro corazón vemos que hay formas sutiles de hacer la misma cosa. Bien, esta es la forma equivocada y la consecuencia de ello es: "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." La gente alaba y dice, "Qué maravilloso, qué estupendo; espléndido ¿verdad?" Ya tienen su recompensa, consiguen la alabanza. Su nombre aparece en el periódico; se escriben artículos acerca de ellos; se habla mucho de ellos; la gente escribe sus obituarios; lo consiguen todo. Pobres hombres, eso es todo lo que van a conseguir; de Dios no conseguirán nada. Ya consiguieron la recompensa. Si es eso lo que buscaban, ya lo tienen; y son muy dignos de compasión.

Deberíamos orar mucho por ellos, deberíamos sentir mucho pesar por ellos. ¿Cuál es el modo justo? El modo justo, dice nuestro Señor, es éste. "Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." O sea, no anuncies a otros en ninguna forma lo que haces. Esto es obvio. Pero hay algo menos obvio: no te lo anuncies ni siquiera a ti mismo. Esto es difícil. Para algunas personas no resulta difícil el no anunciárselo a otros. Me parece que cualquier persona con una cantidad mínima de decencia, más bien desprecia al hombre que hace alarde de sí mismo. Lo encuentra patético; es triste ver a los hombres hacer alarde de sí mismos. Sí, pero lo que es muy difícil es no enorgullecerse de uno mismo por no ser así. Uno puede despreciar ese tipo de cosas, uno puede descartarlo. Sí, pero si eso lo conduce a decirse a sí mismo: "Doy gracias a Dios por no ser así", de inmediato se convierte uno en fariseo. Esto es lo

que decía el fariseo, "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ni aun como este publicano." Fijémonos en que nuestro Señor no se contenta con decir que uno no debe llevar un pregonero delante para anunciarlo al mundo; sino que ni siquiera se lo debe decir a sí mismo. Su mano izquierda no debe saber lo que hace su mano derecha. En otras palabras, una vez hecha la cosa en secreto, uno no toma la libreta de notas y escribe: "Bien, he hecho eso. Desde luego que no se lo he dicho a nadie que lo haya hecho!" Pero pone una señal más en la columna especial donde se enumeran los méritos excepcionales. De hecho, nuestro Señor dijo: "No llevéis libros de esta clase; no mantengáis anaqueles espirituales; no llevéis la contabilidad de ganancias y pérdidas en la vida; no escribáis un diario en este sentido; olvidaos de todo. Haced las cosas como vienen, movidos por Dios y guiados por el Espíritu Santo, y luego olvidaos de todo!" ¿Cómo se puede hacer esto? Sólo hay una respuesta, y es que deberíamos tener un amor tal por Dios que no tuviéramos tiempo de pensar en nosotros mismos. Nunca nos liberaremos del yo si nos concentramos en él. La única esperanza es estar tan consumidos por el amor, que no tengamos tiempo de pensar en nosotros mismos. En otras palabras, si deseamos poner en práctica esta enseñanza, debemos contemplar a Cristo muriendo en la cumbre del Calvario, pensar en su vida y en todo lo que sufrió, y al contemplarlo a él, caer en la cuenta de lo que ha hecho por nosotros.

¿Y cuál es la consecuencia de todo esto? Es algo espléndido. Así lo dice nuestro Señor. Afirma: 'No se debe llevar la cuenta, Dios la lleva. El lo ve todo y lo registra todo, y ¿sabéis qué hará? Os recompensará ante los ojos de todos! Somos verdaderamente necios si llevamos cuenta de nuestros actos, sin percibir que si lo hacemos no recibiremos recompensa de Dios. Pero si nos olvidamos de todo y lo hacemos todo para agradarle, al final descubriremos que Dios sí ha llevado la cuenta. Nada de lo que hayamos hecho caerá en el olvido, nuestras acciones más mínimas serán recordadas. ¿Recordamos lo que dijo en Mateo 25? "Tuve sed, y me disteis de beber;... estuve... en la cárcel, y vinisteis a mí!" Y ellos dirán, "Señor, ¿cuándo hicimos todo esto? No recordamos haberlo hecho." "Desde luego que lo habéis hecho", responderá, "está en el Libro". Él lleva los libros. Debemos dejarle las cuentas a Él. Él nos dice, "sé que lo habéis hecho todo en secreto; pero os recompensaré abiertamente". Quizá no os recompense abiertamente en este mundo, pero tan cierto como que tenéis vida, que os recompensaré abiertamente en el gran día cuando los secretos de todos los hombres quedarán de manifiesto, cuando se abrirá el gran Libro, cuando se anunciará ante todo el mundo la sentencia final. Todos los detalles de lo que habéis hecho para la gloria de Dios serán anunciados y proclamados y se os atribuirá el mérito, el honor y la gloria. Os recompensaré abiertamente y os diré, "Bien hecho, siervo fiel y prudente; ... entra en el gozo de tu Señor!"

Mantengamos los ojos puestos en la meta, recordemos que estamos siempre en la presencia de Dios, y vivamos sólo para agradarle.

CAPITULO XXXII Cómo Orar

En los versículos 5-8 nos encontramos con el segundo ejemplo que nuestro Señor emplea para ilustrar su enseñanza referente a la piedad o a la conducta de la vida religiosa. Éste, como hemos

visto, es el tema que examina en los primeros dieciocho versículos de este capítulo. "Guardaos", dice en general, "de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." He aquí la segunda ilustración de este principio. A continuación del tema de dar limosna viene el de orar a Dios, de nuestra comunión e intimidad con Él. También aquí nos encontraremos con la misma característica general que nuestro Señor ha descrito ya, y que vuelve a presentarse con mucho relieve. Este pasaje de la Escritura, pienso a veces, es uno de los más penetrantes de toda la Escritura, de los que más humillación produce. Pero se puede leer estos versículos de forma tal que uno pase por alto el punto central, y ciertamente sin caer bajo la condenación que contienen. Al leer este pasaje existe siempre la tendencia de considerarlo como una denuncia de los fariseos, del auténtico hipócrita. Leemos, y pensamos en la clase de persona ostentosa que en forma obvia trata de atraer la atención sobre sí misma, como lo hicieron los fariseos. En consecuencia lo consideramos solamente como denuncia de esta hipocresía manifiesta sin aplicárnoslo a nosotros mismos. Pero esto es no comprender el verdadero sentido de la enseñanza que estos versículos contienen, la cual es la denuncia devastadora que nuestro Señor hace de los efectos terribles del pecado en el alma humana, y sobre todo del pecado del orgullo. Esa es la enseñanza.

El pecado, según nos muestra aquí, es algo que nos acompaña siempre, incluso cuando estamos en la presencia misma de Dios. El pecado no es algo que suela acometernos y afligirnos cuando estamos separados de Dios, en un país lejano, por así decirlo. El pecado es algo tan terrible, según la denuncia que nuestro Señor hace de él, que no sólo nos sigue hasta las puertas del cielo, sino que —si fuera posible— nos sigue hasta el mismo cielo. De hecho, ¿acaso no es ésta la enseñanza bíblica respecto al origen del pecado? El pecado no es algo que comenzó en la tierra. Antes de que el hombre cayera, ya había habido una Caída previa. Satanás era un ser perfecto, brillante, angélico, que moraba en la gloria; y había caído antes de que el hombre cayera. Esta es la esencia de la enseñanza de nuestro Señor en estos versículos. Es una denuncia terrible de la naturaleza horrorosa del pecado. No hay nada que sea tan falaz como pensar en el pecado sólo en función de actos; y mientras pensemos en el pecado sólo en función de cosas que de hecho se hacen, no llegamos a comprenderlo. La entraña de la enseñanza bíblica acerca del pecado es que es esencialmente una disposición. Es un estado del corazón. Creo que podría sintetizarlo diciendo que el pecado es en último término el adorarse a sí mismo, el adularse a sí mismo; y nuestro Señor muestra (lo cual para mí resulta algo alarmante y terrible) que esta tendencia nuestra a la auto adoración es algo que nos sigue incluso hasta la misma presencia de Dios. A veces produce el resultado de que incluso cuando tratamos de persuadirnos de que estamos adorando a Dios, en realidad nos adoramos a nosotros mismos y nada más.

Ésta es la índole terrible de su enseñanza a este respecto. Eso que ha entrado en nuestra naturaleza y constitución mismas como seres humanos, es algo que contamina tanto todo nuestro ser, que cuando el hombre se dedica a la forma más elevada de actividad, todavía tiene que luchar con ello. Siempre se ha estado de acuerdo, me parece, en que la imagen más elevada que se pueda formar de un hombre es cuando se lo ve de rodillas delante de Dios. Éste es el logro más sublime del hombre, es su actitud más noble. Nunca es mayor el hombre que cuando se halla en comunión y contacto con Dios. Ahora bien, según nuestro Señor, el pecado es algo que nos afecta tan profundamente que incluso cuando nos dedicamos a esa actividad, está con nosotros para tentarnos. En realidad, no nos queda sino estar de acuerdo, basados en la enseñanza del Nuevo Testamento, en que sólo así se puede empezar a entender el pecado.

Propendemos a pensar en el pecado en la forma que lo vemos en las manifestaciones más bajas de la vida. Vemos a un borracho, el pobre, y decimos: he ahí el pecado; esto es pecado.

Pero eso no es la esencia del pecado. Para formarnos una idea exacta del mismo y comprenderlo, debemos ver a algún gran santo, a algún hombre fuera de lo corriente en su devoción y dedicación a Dios. Mirémoslo ahí de rodillas, en la presencia misma de Dios. Incluso en esas circunstancias el 'yo' lo está asediando, y la tentación para él consiste en pensar acerca de sí mismo, pensar en forma placentera acerca de sí mismo, y en realidad adorarse a sí mismo en vez de adorar a Dios. Esa, y no la otra, es la verdadera imagen del pecado. Lo otro es pecado, desde luego, pero no es el pecado en su forma más aguda; no se ve en ello el pecado en su esencia misma. O para decirlo de otra manera, si uno quiere verdaderamente entender algo acerca de la naturaleza de Satanás y de sus actividades, lo que hay que hacer no es moverse en los estratos más bajos de la vida; si uno quiere saber algo acerca de Satanás hay que ir al desierto donde nuestro Señor pasó cuarenta días y cuarenta noches. Esa es la imagen verdadera de Satanás cuando lo vemos tentando al mismo Hijo de Dios.

Todo esto se resume en esta afirmación. El pecado es algo que nos sigue incluso hasta la presencia misma de Dios.

Antes de entrar a analizar esto, quisiera hacer otra observación preliminar que me parece del todo inevitable. Si este cuadro no nos persuade acerca de nuestra condición total de pecadores, de nuestra desesperanza y de nuestra incapacidad, si no nos hace ver la necesidad profunda de la gracia de Dios en cuanto a la salvación, y la necesidad de perdón, del nuevo nacimiento y de la nueva naturaleza, entonces no conozco nada que nos pueda llegar a persuadir de ello. Ahí encontramos un argumento poderoso en favor de la doctrina del Nuevo Testamento acerca de la necesidad absoluta de nacer de nuevo, porque el pecado es asunto de disposición, algo que forma una parte tan profunda y vital de nosotros mismos, que nos acompaña incluso hasta la presencia de Dios. Pero sigamos la argumentación más allá de esta vida y de este mundo, más allá de la muerte y del sepulcro, y contemplémonos en la presencia de Dios, en la eternidad, para siempre. ¿Acaso no es el nuevo nacimiento algo esencial? Aquí, pues, en estas instrucciones acerca de la piedad y de la conducta de la vida religiosa, tenemos en forma implícita, en casi todas las afirmaciones, esta doctrina definitiva de la regeneración y de la naturaleza del hombre nuevo en Cristo Jesús. De hecho, podemos ir más allá y decir que incluso si hemos nacido de nuevo, y hemos recibido una vida nueva y una naturaleza nueva, todavía necesitamos estas enseñanzas. Esto es enseñanza del Señor al pueblo cristiano, no al no cristiano. Es su advertencia a aquellos que han nacido de nuevo. También ellos han de ser cuidadosos, no sea que en sus mismas oraciones y devociones se hagan culpables de esta hipocresía de los fariseos.

Primero, pues, examinemos este tema en general antes de entrar a considerar lo que se suele llamar el Padre Nuestro. Vamos a repasar simplemente lo que se podría llamar la introducción a la oración tal como nuestro Señor la enseña en estos versículos, y creo que también aquí la forma mejor de enfocar el tema es dividiéndolo en dos secciones. Hay una forma equivocada y otra genuina de orar. Nuestro Señor se ocupa de ambas.

El problema de la forma equivocada es que su mismo enfoque es erróneo. El error esencial es que se concentra en sí misma. Es el centrar la atención en el que está orando en vez de centrarla en Aquel a quien se ofrece la oración. Ese es el problema, y nuestro Señor lo muestra en este pasaje en una forma muy gráfica y pertinente. Dice: "Cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres!" Se colocan de pie, en las sinagogas, en una posición prominente, se paran en frente. Recordemos la parábola de nuestro Señor acerca del fariseo y del publicano que fueron al templo a orar. Aquí indica exactamente lo mismo. Nos dice que el fariseo se puso lo más adelante que pudo, en el lugar más prominente, para orar desde allí. El publica-no, por

otro lado, estaba tan avergonzado y lleno de contrición que se quedó lo más lejos que pudo sin levantar la cabeza hacia el cielo, sino tan sólo exclamando "Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador!" También aquí nos dice nuestro Señor que los fariseos se ponen de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, en los lugares más visibles, y oran para que los hombres los vean. "De cierto os digo que ya tienen su recompensa."

Según nuestro Señor, la razón para que oren en las esquinas de las calles es más o menos la siguiente. El hombre que se dirige hacia el templo para orar está deseoso de producir la impresión de que es un alma tan devota que ni siquiera puede esperar hasta llegar al templo. De modo que se detiene a orar en la esquina de la calle. Por esta misma razón, cuando entra al templo pasa hacia adelante al lugar más visible que puede. Ahora bien, lo que nos importa es extraer el principio, por ello, presento esto como el primer cuadro.

El segundo se contiene en las siguientes palabras: "Orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos." Si tomamos estos dos cuadros juntos, veremos que hay dos errores básicos en la raíz de esta forma de orar a Dios. El primero es que mi interés, si soy como el fariseo, está en mí mismo, que soy el que ora. El segundo es que creo que la eficacia de mi oración depende de lo mucho que ore, o de la forma particular en que ore.

Examinemos estos dos puntos por separado. El primer problema, pues, es el peligro de interesarse por uno mismo. Esto se manifiesta de diferentes formas. El problema primero y básico es que esa persona está deseosa de que los demás sepan que ora. Éste es el principio de todo. Está deseosa de disfrutar de una reputación de hombre de oración; está deseosa de esto y lo ambiciona, lo cual, de por sí, ya es malo. Uno no debería estar interesado en sí mismo, como nuestro Señor explica. Así pues, si existe alguna sospecha de interés en uno mismo como persona de oración, ando equivocado, y esa condición viciará todo lo que me proponga hacer.

El siguiente paso en este proceso es que el que otros nos vean en oración, se convierte en deseo positivo y real. Lo anterior, a su vez, conduce a lo siguiente: a hacer cosas que garanticen que los otros nos vean. Esto es algo muy sutil. No siempre es evidente, como lo vimos en el caso del dar limosna. Hay un tipo de persona que se exhibe constantemente y se pone en una posición prominente de forma que siempre atrae la atención sobre sí misma. Pero hay también maneras sutiles de hacer esto mismo. Permítanme ilustrarlo.

A principio de siglo hubo un autor que escribió un libro bastante conocido sobre el Sermón del Monte. Al tratar la presente sección, señala este sutil peligro —la tendencia exhibicionista incluso en el asunto de la oración—, y cómo asedia al hombre sin que se dé cuenta de ello. Es evidente que es el comentario obvio que hay que hacer. Pero recuerdo que al leer la biografía de este comentarista, me encontré con una interesante afirmación. El biógrafo, deseoso a toda costa de mostrar la santidad de esa persona, la ilustra así: "En él nada había tan característico — decía— como la manera en que de repente, se arrodillaba para orar, cuando iba de una habitación a otra. Luego se levantaba y proseguía el camino" Para el biógrafo, ésta era una prueba de la santidad-y devoción de esa persona.

No creo que necesite explicar qué quiero decir. El problema de los fariseos era que trataban de dar la impresión de que no podían ni siquiera esperar para llegar al templo; tenían que detenerse donde estaban, en las esquinas de las calles, para orar de inmediato, en forma pública. Sí, pero ¡si uno cae de rodillas en el corredor de una casa, también es cosa maravillosa! Quiero mostrar, basado en la enseñanza de nuestro Señor, que ese hombre hubiera sido más santo si no se hubiera arrodillado, si hubiera elevado su oración a Dios mientras caminaba por el corredor. Hubiera sido una oración igualmente sincera, y nadie la hubiera advertido. ¡Qué

delicado es esto! El mismo hombre que nos pone sobre aviso en contra de ese pecado es culpable del mismo. Que cada uno se auto examine.

Este pecado toma otra forma muy sutil. Alguien se dice a sí mismo, "Claro que no voy a caer de rodillas en un corredor cuando voy de una habitación a otra; ni tampoco voy a detenerme en las esquinas de las calles; no voy a exhibirme en el templo ni en la sinagoga; siempre voy a orar en secreto. Nuestro Señor dijo: 'Entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora; Mi oración va a ser siempre oración secreta.'" Sí, pero alguien puede orar en secreto de tal forma que todo el mundo sepa que está orando en secreto, porque da la impresión, al dedicar tanto tiempo para orar, que es un gran hombre de oración. No estoy exagerando. Ojala fuera así. ¿Qué les parece esto? Cuando uno se encuentra en su aposento con la puerta cerrada, ¿cuáles son los pensamientos que le vienen a la mente? Son pensamientos acerca de que otras personas saben que uno está ahí, y lo que está haciendo y así sucesivamente. Uno debe descartar para siempre la idea de que estas cosas solamente se aplican al estilo llamativo y palpable de los fariseos, en otros tiempos. Hoy es lo mismo, por muy tenue u oculta que sea la forma.

Claro que no debemos ser excesivamente escrupulosos acerca de estos puntos, pero el peligro es tan sutil que siempre debemos tenerlo presente. Recuerdo haber oído hablar a algunas personas acerca de un hombre que asistía a ciertas reuniones y del que decían con gran admiración que se habían dado cuenta de que después de las reuniones siempre se subía a una colina lejos de todos, y se ponía de rodillas para orar. Bien, ese buen hombre ciertamente hacía eso, y no me corresponde a mí juzgarlo. Pero me pregunto si en ese gran esfuerzo de subir a la colina no había una cierta mezcla de lo mismo que nuestro Señor pone de manifiesto aquí. Todo lo que se sale de lo corriente, en último término, atrae la atención. Si no me detengo en las esquinas de las calles, pero me hago notar al subirme a una colina, estoy llamando la atención hacia mí mismo. Este es el problema; lo negativo se convierte en positivo en una forma casi imperceptible antes de darse uno cuenta de lo que está haciendo.

Pero vayamos un poco más allá. Otra forma que asume esto es el terrible pecado de orar en público para producir algún efecto en las personas presentes y no con el deseo de acercarse a Dios con reverencia y temor religioso. No estoy seguro, porque a menudo me he sentido indeciso en cuanto a ello, y por eso hablo con cierta vacilación, de si todo esto es aplicable o no a las llamadas 'hermosas oraciones' que las personas dicen que ofrecen. Pondría en tela de juicio si las oraciones deben ser alguna vez hermosas. Quiero decir que no me siento satisfecho con alguien que presta atención a la forma de la oración. Admito que es un punto muy debatible. Lo someto a consideración. Hay personas que dicen que cualquier cosa que se ofrezca a Dios debería ser hermosa, y por consiguiente uno debería tener mucho cuidado en cuanto a la construcción de las frases, a la dicción y a la cadencia en el momento de orar. Nada, dicen, puede ser demasiado hermoso para ofrecérselo a Dios. Admito que el argumento tiene cierta fuerza, pero me parece que queda completamente contrarrestado por la consideración de que la oración es, en último término, una charla, una conversación, una comunión con mi Padre; y uno no se dirige a alguien a quien ama en esta forma perfecta y esmerada, prestando atención a las frases, a las palabras y a todo lo demás. La comunión e intimidad genuinas tienen en sí algo esencialmente espontáneo.

Por eso nunca he creído en imprimir las así llamadas oraciones pastorales. Claro que esto abarca temas mucho más amplios en los que no vamos a entrar ahora. Simplemente planteo el problema para que lo examinen. Yo sugeriría, sin embargo, que el principio rector es que todo el ser de la persona que ora debería concentrarse en Dios, debería centrarse en Él, y olvidar todo lo demás. En lugar de desear que la gente nos agradezca las llamadas oraciones hermosas, deberíamos más bien sentirnos inquietos cuando lo hacen. La oración pública debería ser tal que

las personas que están orando en silencio y el que está pronunciando en voz alta las palabras, deberían dejar de estar conscientes el uno del otro, y ser conducidos en alas de la oración hasta la presencia misma de Dios. Creo que si comparásemos y contrastáramos los siglos XVIII y XIX a este respecto, veríamos lo que quiero decir. No tenemos muchas oraciones que nos hayan quedado de los grandes evangelistas del siglo XVIII; pero poseemos muchas de las oraciones populares de los llamados gigantes del pulpito del siglo XIX. No estoy del todo seguro, pero quizá esto indique que se había producido un cambio en la vida de la iglesia cristiana, cambio que ha conducido a la actual falta de espiritualidad y al estado actual de la iglesia cristiana en general. La iglesia se había convertido en una entidad digna, educada, refinada, y los que venían a dar culto en ella inconscientemente se ocupaban de sí mismos olvidando que estaban en comunión con el Dios vivo. Es algo muy sutil.

El segundo problema en relación con este enfoque equivocado, surge cuando tendemos a concentrarnos en la forma de la oración, o en la cantidad de tiempo pasado en oración. "Y orando —dice— no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos!" Todos sabemos lo que quiere decir este término 'vanas repeticiones'. Todavía se practica en muchos países orientales donde tienen ruedas de oración. La misma tendencia se muestra también en el catolicismo, en llevar la cuenta del rosario. Pero también esto nos puede ocurrir a nosotros en una forma mucho más imperceptible. Hay personas que a menudo dan gran importancia a dedicar un tiempo determinado a la oración. En cierto sentido es bueno reservar determinado tiempo para orar; pero si lo que nos preocupa es ante todo orar durante ese tiempo determinado, y no el hecho de orar, más valdría que no lo hiciéramos. Fácilmente podemos caer en el hábito de seguir una rutina y olvidarnos de lo que en realidad estamos haciendo. Como los mahometanos, que a ciertas horas del día se postran de rodillas; también muchas personas que tienen un tiempo determinado para orar, acuden a Dios en ese momento específico, y a menudo se incomodan si alguien trata de impedirselo. Deben ponerse a orar a esa hora tan específica. Mirándolo objetivamente, ¡qué necio es esto! También que cada uno se examine al respecto.

Pero no se trata sólo del tiempo determinado; el peligro se muestra también en otra forma. Por ejemplo, grandes santos han dedicado siempre mucho tiempo a la oración y a estar en la presencia de Dios. Por consiguiente, tendemos a pensar que la forma de ser santos, es dedicar mucho tiempo a la oración y a estar en la presencia de Dios. Pero el punto importante para el gran santo no es que dedicaba mucho tiempo a orar. No se pasaba el tiempo mirando el reloj. Sabía que estaba en la presencia de Dios, había entrado en la eternidad, por así decirlo. La oración era su vida, no podía vivir sin ella. No le preocupaba recordar la duración. Cuando empezamos a hacer esto, se convierte en algo mecánico y echamos todo a perder.

Lo que nuestro Señor dice acerca de esto es: "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." ¿Qué deseaban? Deseaban alabanza de los hombres, y la consiguieron. Y también hoy día se habla de ellos como de grandes hombres de oración, se habla de ellos como de personas que elevan oraciones bellas, maravillosas. Sí, obtienen todo eso. Pero, pobres almas, es todo lo que conseguirán. "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." Al morir se hablará de ellos como gente maravillosa en esto de la oración; no obstante, créanme, la pobre alma humilde que no puede completar una frase, pero que ha clamado a Dios en angustia, lo ha alcanzado de algún modo, y obtendrá recompensa, lo que el otro nunca conseguirá. "Ya tienen su recompensa." Lo que deseaban era la alabanza de los hombres, y eso es lo que obtienen.

Pasemos ahora a la forma correcta. Hay un modo adecuado de orar, y también en esto el secreto radica en el enfoque. Esta es la esencia de la enseñanza de nuestro Señor. "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora a tu padre que está en secreto; y tu

Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis". ¿Qué quiere decir? Si se formula en función del principio esencial significa lo siguiente: lo único importante al orar en cualquier lugar es que debemos caer en la cuenta de que nos estamos acercando a Dios. Esto es lo único que importa. Es simplemente este punto de 'recogimiento', como ha sido llamado. Con tal de que cayéramos en la cuenta de que nos acercamos a Dios, todo lo demás andaría bien.

Pero necesitamos instrucción un poco más detallada, y afortunadamente nuestro Señor nos la da. La divide en la forma siguiente. Primero hay el proceso de exclusión. Para asegurarme de que caigo en la cuenta de que me acerco a Dios, tengo que excluir ciertas cosas. He de entrar en ese aposento retirado. "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto!" ¿Qué significa esto?

Hay algunos que quisieran persuadirse a sí mismos de que estas palabras contienen una prohibición de todas las reuniones de oración. Dicen, "No voy a reuniones de oración, oro en secreto!" Pero aquí no se prohíben las reuniones de oración. No es prohibir la oración en público, porque Dios mismo la enseñó y en la Biblia se recomienda. En ella se mencionan reuniones de oración que pertenecen a la esencia y vida mismas de la iglesia. No es esto lo que prohíbe. El principio es que hay ciertas cosas que debemos excluir, ya sea que oremos en público o en secreto. He aquí una de ellas. Hay que excluir y olvidar a los demás. Entonces uno se excluye y se olvida de sí mismo. Esto es lo que significa entrar en el aposento. Se puede entrar en ese aposento mientras se camina por una calle muy transitada, o mientras uno va de una habitación a otra de la casa. Se entra en ese aposento cuando se está en comunión con Dios y nadie sabe lo que uno está haciendo. Pero se puede hacer lo mismo si se trata de un acto público de oración. Me refiero a mí mismo y a todos los predicadores. Lo que trato de hacer cuando subo al pulpito es olvidarme de la congregación en cierto sentido. No estoy orando para ellos o dirigiéndome a ellos; no estoy hablándoles a ellos. Estoy hablando a Dios, estoy dirigiendo la oración a Dios, de modo que tengo que excluir y olvidarme de los demás. Sí, y una vez hecho esto, me excluyo y me olvido de mí mismo. Eso es lo que nuestro Señor nos dice que hagamos. De nada sirve entrar en el aposento y cerrar la puerta si todo el tiempo estoy lleno de mí mismo y pensando acerca de mí mismo, y me enorgullezco de mi oración. Para eso lo mismo podría estar en la esquina de la calle. No, tengo que excluirme tanto a mí mismo como a los demás; mi corazón ha de estar abierto única y totalmente a Dios. Digo con el salmista: "Afirma mi corazón para que tema tu nombre. Te alabaré, oh Jehová Dios mío, con todo mi corazón!" Esto pertenece a la esencia misma de la oración. Cuando oramos debemos recordar expresamente que vamos a hablar con Dios. Por consiguiente hay que excluir, dejar afuera a los demás y también a uno mismo.

El siguiente paso es comprensión. Después de la exclusión, la comprensión. ¿Comprender qué? Bien, debemos comprender que estamos en la presencia de Dios. ¿Qué significa esto? Significa comprender quién es Dios y qué es Dios. Antes de comenzar a pronunciar palabras deberíamos siempre hacer esto. Deberíamos decirnos a nosotros mismos: "Ahora voy a entrar en la presencia de Dios, el Todopoderoso, el Absoluto, el Eterno y gran Dios con todo su poder y majestad; de ese Dios que es un fuego que consume; de ese Dios que es luz, y en el cual no hay tinieblas; el Dios total y absolutamente santo. Eso es lo que voy a hacer!" Debemos concentrarnos y entender todo esto. Pero sobre todo, nuestro Señor insiste en que deberíamos comprender que, además de eso, El es nuestro Padre. "Y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" La relación es la de

Padre e hijo, "porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis!" ¡Oh si comprendiéramos esto! Si comprendiéramos que este Dios todopoderoso es nuestro Padre por medio del Señor Jesucristo. Si comprendiéramos que somos en realidad hijos suyos y que cuantas veces oramos es como el hijo que acude a su Padre. El lo sabe todo respecto a nosotros; conoce todas nuestras necesidades antes de que se las digamos. Del mismo modo que el padre se preocupa por el hijo y lo cuida, y se adelanta a las necesidades del hijo, así es Dios respecto a todos aquellos que están en Cristo Jesús. Desea bendecirnos muchísimo más de lo que nosotros deseamos ser bendecidos. Tiene un plan y programa para nosotros. Con reverencia lo digo, tiene una ambición para nosotros, que trasciende nuestros pensamientos e imaginaciones más elevadas. Debemos recordar que es nuestro Padre. El Dios grande, santo, todopoderoso, es nuestro Padre. Cuida de nosotros. Ha contado los mismos cabellos de nuestra cabeza. Ha dicho que nada nos puede suceder que El no lo permita.

Luego debemos recordar lo que Pablo dijo tan magníficamente en Efesios 3: El es "poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos!" Esta es la verdadera idea de la oración, dice Cristo. Uno no va simplemente a darle vueltas a una rueda. No se trata de pasar las cuentas de un rosario. Uno no dice: "debo dedicar horas a la oración, así lo he decidido y lo debo hacer!" Uno no debe decir que la forma de conseguir una bendición es pasar noches enteras en oración, y que como la gente no lo hace por eso no se pueden esperar bendiciones. Debemos descartar para siempre esta idea matemática de la oración. Lo que debemos hacer ante todo es comprender quién es Dios, qué es, y nuestra relación con El.

Finalmente debemos tener confianza. Debemos acudir siempre con la confianza del niño. Necesitamos una fe infantil. Necesitamos esta seguridad de que Dios es verdaderamente nuestro Padre, y por consiguiente debemos excluir de verdad toda idea de que es necesario seguir repitiendo nuestras peticiones porque ello va a producir la bendición. Dios gusta que mostremos nuestro deseo, nuestra ansiedad de algo. Nos dice que tengamos 'hambre y sed de justicia' y que la busquemos; nos dice que oremos y no desfallezcamos; se nos dice que oremos 'sin cesar'. Sí; pero esto no quiere decir repeticiones mecánicas; no quiere decir creer que se nos escuchará si hablamos mucho. No quiere decir eso en absoluto. Significa que cuando oro sé que Dios es mi Padre, que se complace en bendecirme, y que está mucho más dispuesto a darme, de lo que yo estoy a recibir; y que siempre se preocupa por mi bienestar. Debo descartar ese pensamiento de que Dios se interpone entre mí mismo y mis deseos y lo que es mejor para mí. Debo ver a Dios como mi Padre, que ha comprado mi bien definitivo en Cristo, y que está esperando bendecirme con su propia plenitud en Cristo Jesús.

Así pues, excluimos, comprendemos, y entonces con confianza, presentamos ante Dios nuestras peticiones, sabiendo que El lo sabe todo antes de que empecemos a hablar. Así como al padre le complace que su hijo acuda a él repetidas veces para pedirle algo, y no que el hijo diga, "mi padre siempre me lo da"; así como al padre le gusta que el hijo siga viniendo porque le agrada el contacto personal; así Dios desea que acudamos a su presencia. Pero no debemos acudir con dudas; debemos saber que Dios está mucho más dispuesto a dar, que nosotros a recibir. La consecuencia será que "tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" ¡Cuántas bendiciones están acumuladas en la diestra de Dios para los hijos de Dios! Deberíamos avergonzarnos de seguir siendo pobres cuando estamos destinados a ser príncipes; deberíamos avergonzarnos por albergar tan a menudo pensamientos equivocados e indignos acerca de Dios a este respecto. Todo se debe al temor, y a la falta de esta sencillez, de esta fe, de esta confianza, de este conocimiento de Dios como Padre nuestro. Con sólo que tuviéramos esto, las bendiciones

de Dios comenzarían a descender sobre nosotros, y quizá llegarían a ser tan abrumadoras que al igual que D.L. Moody sentiríamos que son casi más de lo que nuestro cuerpo puede resistir, y clamaríamos a El diciendo "Basta, Dios!"

El puede hacer por nosotros mucho más de lo que nosotros podemos pedir o pensar. Creamos esto y entonces vayamos a El con confianza sencilla.

CAPITULO XXXIII

Ayuno

Pasamos ahora a examinar la tercera ilustración que nuestro Señor da en cuanto al modo en que debemos conducirnos en esta cuestión de la justicia personal. En los capítulos cuarto y quinto volveremos a estudiar en forma detallada su enseñanza sobre la oración, especialmente en lo que se suele llamar el 'Padre Nuestro'. Pero antes de hacerlo, me parece que deberíamos tener muy presentes y claras estas tres ilustraciones específicas de la justicia personal.

Recordarán que en esta sección del Sermón del Monte, nuestro Señor habla acerca de la justicia personal. Ya ha descrito al cristiano en su actitud general hacia la vida — su vida mental, si lo prefieren—. Aquí, sin embargo, examinamos más la conducta cristiana. La afirmación general de nuestro Señor es ésta: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro padre que está en los cielos." Ya hemos indicado que nuestro Señor muestra que la vida cristiana puede dividirse en tres sectores principales. Está el aspecto o porción de nuestra vida en el que hacemos el bien a otros —la limosna. Luego, el aspecto de nuestra relación personal íntima con Dios —nuestra vida de oración. El tercero es el que vamos a examinar ahora al estudiar los versículos 16-18, —el aspecto de la disciplina personal en la vida espiritual de uno, considerada especialmente en función del ayuno.

Es importante, sin embargo, señalar que lo que nuestro Señor dice aquí acerca del ayuno se puede aplicar igualmente a toda la cuestión de la disciplina en nuestra vida espiritual. Tengo relación con hombres y mujeres; tengo relación con Dios, y tengo relación conmigo mismo. O podríamos expresar esta división triple en función de lo que hago a otros, lo que hago respecto a Dios, y lo que me hago a mí mismo. El último punto es el tema que nuestro Señor contempla en este corto párrafo.

No podemos examinar esta afirmación acerca del ayuno sin hacer algunas observaciones preliminares generales. Creo que a todos nos debe sorprender de inmediato el hecho de que se produzca constantemente la necesidad de variar el énfasis, no sólo en nuestra predicación del evangelio, sino también en todo el enfoque hacia él, y en nuestra forma de pensar acerca del mismo. Aunque la verdad es una y siempre la misma, con todo, como tiene una índole polifacética, y como la naturaleza humana es lo que es como resultado del pecado, hay épocas particulares de la historia de la iglesia que necesitan un énfasis especial en cuanto a aspectos específicos de la verdad. Este principio se encuentra en la Biblia misma. Hay quienes quisieran que creyéramos que hay un gran conflicto en el Antiguo Testamento entre los sacerdotes y los profetas, entre los que hacían énfasis en las obras y los que hacían énfasis en la fe. La verdad es,

desde luego, que no hay tal conflicto, que no hay contradicción. Había quienes subrayaban falsamente aspectos específicos de la verdad, y necesitaban ser corregidos. Lo que quiero destacar es que cuando el énfasis sacerdotal ha estado muy en boga, lo que se necesita sobre todo es el énfasis en el elemento profético. O, en otras épocas, cuando ha llamado la atención excesivamente lo profético, es necesario restablecer el equilibrio, recordar a las personas lo sacerdotal y destacarlo.

Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento. No hay contradicción verdadera entre Santiago y Pablo. Los que dicen que en su enseñanza se contradicen mutuamente, tienen una visión muy superficial del Nuevo Testamento. No se contradicen, sino que cada uno de ellos, debido a ciertas circunstancias, fue inspirado por el Espíritu Santo para enfatizar ciertos aspectos de la verdad. Santiago trata evidentemente con personas que tendían a afirmar que, si alguien dice creer en el Señor Jesucristo, todo lo demás no importa, no hay que preocuparse de nada más. Lo único que se les puede decir a tales personas es: "La fe sin obras está muerta". Pero si uno trata con personas que están constantemente centrando la atención en lo que se hace, con personas que hacen énfasis en las obras, entonces hay que ponerles de relieve este aspecto y elemento tan importante de la fe.

Me acuerdo de todo esto en este contexto, porque sobre todo en el caso de los evangélicos, todo este asunto del ayuno casi ha desaparecido de nuestra vida e incluso del campo mismo de nuestra consideración. ¿Cuán a menudo y hasta qué punto hemos pensado en esto? ¿Qué lugar ocupa en nuestra visión total de la vida cristiana y de la disciplina de la vida cristiana? Me parece que el hecho es que muy pocas veces, y quizá nunca, hemos pensado en ello. Me pregunto si habremos ayunado alguna vez. Me pregunto si ni siquiera se nos ha ocurrido que deberíamos examinar el asunto del ayuno. El hecho es que no, que todo este tema parece haber desaparecido por completo de nuestra vida, de nuestro mismo pensar cristiano.

No es difícil descubrir la causa de ello. Ha sido obviamente la reacción contra la enseñanza católica en todas sus formas. Los católicos, ya sean de la iglesia Anglicana ya de la iglesia Romana, o de cualquier otra entidad, colocan en lugar muy prominente este aspecto del ayuno. Y el evangelicalismo no es sólo algo en sí mismo y por sí mismo; también es siempre, además, una reacción y el peligro de una reacción cualquiera es siempre el llegar demasiado lejos. En este caso concreto, debido a la falsa importancia que los católicos le dan al ayuno, tendemos a ir al otro extremo y olvidarnos por completo del mismo. ¿No es ésta la razón por la cual la gran mayoría de nosotros nunca hemos ni siquiera examinado con seriedad este asunto del ayuno? Pero me he dado cuenta de que es un tema que poco a poco se está volviendo a examinar entre los evangélicos. No puedo decir que lo haya advertido hasta ahora en la literatura evangélica de Gran Bretaña; pero ciertamente toda esta cuestión del ayuno va adquiriendo una mayor importancia en la literatura evangélica que nos viene del otro lado del Atlántico. A medida que las personas comienzan a considerar con una nueva seriedad los días y los tiempos por los que estamos pasando, y a medida que muchos están comenzando a desear el reavivamiento, la cuestión del ayuno se va volviendo más y más importante. Probablemente, el lector descubrirá que se está dedicando cada vez más atención a este tema; es, pues, bueno que lo examinemos juntos. Aparte de eso, sin embargo, aquí lo tenemos en el Sermón del Monte; y no tenemos derecho a ser selectivos con la Biblia. Debemos tomar el Sermón del Monte como es, y he aquí que se nos plantea la cuestión del ayuno. Por ello debemos examinarla.

Nuestro Señor en esta situación concreta estaba preocupado solamente por un aspecto del tema, y era la tendencia a hacer estas cosas para ser vistos por los hombres. Le preocupaba este aspecto exhibicionista, que en consecuencia debemos necesariamente examinar. Pero me parece

que, ante la negligencia del tema por parte nuestra, es adecuado y provechoso también que lo examinemos en una forma más general, antes de llegar al punto específico que enfatiza nuestro Señor.

Examinémonos desde esta perspectiva. ¿Cuál es en realidad el lugar del ayuno en la vida cristiana? ¿En qué punto entra, según la enseñanza de la Biblia? Esta es aproximadamente la respuesta: Es algo que se enseña en el Antiguo Testamento. Bajo la ley de Moisés, los hijos de Israel recibieron el mandato de ayunar una vez al año, y esto obligaba tanto a la nación como al pueblo por siempre. Más adelante leemos que, debido a ciertas emergencias nacionales, la gente misma escogió ciertos días de ayuno adicionales. Pero el único ayuno que Dios mismo mandó en forma directa fue ese gran ayuno anual. Cuando pasamos a la época del Nuevo Testamento, vemos que los fariseos ayunaban dos veces a la semana. Dios nunca les mandó que lo hicieran así, pero así lo hacían, y lo convirtieron en una parte vital de su religión. Siempre existe la tendencia, entre ciertas clases de personas religiosas, de ir más allá de la Biblia, y ésta es la posición que adoptaron los fariseos.

Si examinamos la enseñanza de nuestro Señor, encontramos que, si bien nunca enseñó el ayuno de forma directa, sí lo hizo de forma indirecta. En Mateo 9 nos dice que se le formuló una pregunta específica acerca del ayuno. Le dijeron, "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será quitado y entonces ayunarán!" Me parece que en este pasaje, en forma muy clara, está implícita la enseñanza del ayuno y casi diría la defensa del mismo. Es evidente, de todos modos, que nunca lo prohibió. De hecho, la enseñanza que estamos examinando en este momento obviamente implica la aprobación del mismo. Lo que dice es, "cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro", de manera que, naturalmente, era algo que nuestro Señor consideraba como justo y bueno para los cristianos. Y recordemos que Él mismo ayunó cuarenta días y cuarenta noches cuando estuvo en el desierto sometido a la tentación del diablo.

Luego, pasando de la enseñanza y práctica de nuestro Señor a las de la iglesia primitiva, vemos que fue algo que los apóstoles practicaron. En la iglesia de Antioquia, cuando enviaron a Pablo y a Bernabé a su viaje apostólico, lo hicieron sólo después de haberse dedicado a la oración y al ayuno. De hecho, la iglesia primitiva, ante cualquier ocasión importante o ante la necesidad de tomar una decisión vital, parecía practicar siempre, no sólo la oración, sino también al ayuno. El apóstol Pablo, al referirse a sí mismo y a su vida, habla acerca de haber ayunado a menudo. Fue claramente algo que formó parte regular de su vida. Los que se interesan por la crítica textual, recordarán que en Marcos 9:29, se cita a nuestro Señor diciendo: "Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno!" Es probablemente acertado decir que la palabra 'ayuno' debería eliminarse de acuerdo con los mejores documentos y manuscritos; pero esto no tiene importancia en cuanto al punto en general, porque poseemos todas las otras enseñanzas que muestran muy claramente que el Nuevo Testamento inculca, en forma concreta, el ayuno como algo adecuado y valioso. Y cuando examinamos la historia de la iglesia, encontramos exactamente lo mismo. Los santos de Dios de todas las épocas y en todos los lugares no sólo han creído en el ayuno, sino que lo han practicado. Así fue en el caso de los Reformadores protestantes, así fue en el caso de los Wesleys y Whitefield. He de admitir que lo practicaron más, antes de que se hubieran convertido de verdad; pero siguieron ayunando también después de su conversión. Y quienes conocen la vida de este gran cristiano chino, el pastor Hsi de China, recordarán que cuando se hallaba ante alguna dificultad, o problema nuevo o excepcional,

invariablemente ayunaba además de orar. El pueblo de Dios ha creído que el ayuno no solamente es bueno, sino que es de gran valor e importancia bajo ciertas condiciones.

Si éstos son, pues, los antecedentes históricos, examinemos ahora este asunto de una forma un poco más directa. ¿Qué es exactamente el ayuno? ¿Cuál es su propósito? No cabe duda de que, en último término, es algo que se basa en la comprensión de la relación entre cuerpo y espíritu. El hombre es cuerpo, mente y espíritu, los cuales están íntimamente relacionados entre sí y actúan estrechamente el uno sobre el otro. Los distinguimos porque son diferentes, pero, debido a esa mutua relación e interacción, no debemos separarlos. No hay duda de que los estados y condiciones corporales físicos influyen en la actividad de la mente y del espíritu, de modo que el ayuno debe considerarse dentro de esta relación peculiar de cuerpo, mente y espíritu. Por lo tanto, el ayuno significa abstinencia de comida con fines espirituales. Esta es la noción bíblica del ayuno que debe distinguirse de la puramente física. La noción bíblica del ayuno es que, por ciertas razones y fines espirituales, las personas se deciden a abstenerse de comer, este punto es muy importante, y por ello debemos presentarlo también de una forma negativa. Recientemente leía un artículo acerca de este tema, y el escritor se refería a esa afirmación del apóstol Pablo en 1 Corintios 9:27 donde dice: "Pongo (mi cuerpo) en servidumbre!" El apóstol dice que lo hace a fin de poder trabajar con más dedicación. El autor del artículo afirmaba que ahí teníamos una ilustración del ayuno. Esto no es más que lo que yo llamaría parte de la disciplina general del hombre. En todo momento hay que mantener sometido al cuerpo, pero eso no debe decir que uno siempre debe ayunar. El ayuno es algo excepcional, algo que el hombre hace de vez en cuando con un fin especial; en tanto que la disciplina debe ser constante. Por ello no puedo aceptar textos como esos de: "pongo mi cuerpo en servidumbre", y, "mortificad vuestros miembros, que están en la tierra", como parte de la enseñanza acerca del ayuno. En otras palabras, la moderación en el comer no es ayuno. La moderación en el comer es parte de la disciplina del cuerpo; es una forma muy buena de mantener el cuerpo en servidumbre; pero no es ayuno. Ayunar significa abstenerse de comer por algunos propósitos especiales, tales como la oración, la meditación o la búsqueda de Dios por alguna razón específica o bajo alguna circunstancia excepcional.

Para completar este punto, deberíamos añadir que el ayuno, si lo concebimos adecuadamente, no sólo debe limitarse a la comida y bebida. El ayuno debería realmente incluir también la abstinencia de todo lo que es legítimo en sí mismo y por sí mismo, con el fin de alcanzar alguna meta espiritual especial. Muchas funciones corporales que son buenas y normales y perfectamente legítimas, por razones peculiares, en ciertas circunstancias, deberían someterse a control. Esto es ayunar. Esta sería una definición general de lo que significa ayunar.

Antes de examinar las formas en que ayunamos, veamos cómo debemos considerar y enfocar el problema en general. También en este caso, la división es sencilla, porque, en último término, no tenemos sino la forma equivocada y la forma correcta. Hay ciertas maneras erróneas de ayunar. He aquí una de ellas: Si ayunamos de forma mecánica, o simplemente por ayunar, me parece que estamos violando la enseñanza bíblica respecto a, este asunto. En otras palabras, si uno hace del ayuno un fin en sí mismo, algo de lo cual uno dice, "Bien, como soy cristiano, tengo que ayunar tal día y tal hora del año porque es parte de la religión cristiana", más valdría que no lo hiciera. El elemento esencial del ayuno pierde cuando se hace de esta forma.

Esto no es exclusivo del ayuno. ¿No vimos acaso lo mismo en el asunto de la oración? Es bueno que las personas, si pueden, dediquen ciertos momentos especiales a la oración. Pero si me confecciono mi programa para el día y digo que a tal hora debo orar, y oro sólo por cumplir con el programa, ya no estoy orando. Lo mismo sucede en el caso del ayuno. Hay personas que lo

toman precisamente de esta manera. Se hacen cristianos; pero prefieren estar bajo cierta especie de ley, les gusta estar bajo reglamentos. Les gusta que les digan exactamente lo que deben hacer y lo que no deben hacer. En un día específico de la semana no deben comer carne, y así sucesivamente. Esto no es vida cristiana; sino no comer en un día determinado. Luego cierto período del año uno debe abstenerse de comer, o comer menos, y así por el estilo. Hay un peligro muy sutil en ello, es una violación total de la enseñanza bíblica. Nunca se debe considerar el ayuno como un fin en sí mismo.

Pero a esto hay que agregarle algo que ya he indicado, y que se puede expresar así; jamás se debe considerar el ayuno como parte de nuestra disciplina. Algunos dicen que es muy bueno que un día a la semana no comamos ciertas cosas, o que en cierto período del año nos abstengamos de otras. Dicen que es bueno bajo el punto de vista de la disciplina. Pero la disciplina es algo que debe ser permanente, es algo perpetuo. Siempre debemos disciplinarnos a nosotros mismos. Acerca de esto no puede haber discusión alguna. En todo tiempo debemos mantener al cuerpo sometido, siempre debemos tirar de las riendas de nosotros mismos, siempre debemos mostrarnos disciplinados en todos los aspectos. Por ello, es erróneo reducir el ayuno simplemente a una parte del proceso de disciplina. Antes bien, es algo que hago a fin de alcanzar el ámbito espiritual más elevado de oración a Dios, meditación o intercesión intensa. Y esto lo sitúa en una categoría completamente diferente.

Y esta es otra forma equivocada de considerar el ayuno. Hay algunos que ayunan porque esperan resultados directos e inmediatos de ello. En otras palabras, tienen de él una especie de visión mecánica, lo que a veces he llamado, por falta de una ilustración mejor, la visión 'tragamonedas'. Se pone una moneda en la ranura, se tira de la palanquita, y así se logra el resultado. Esta es la idea que tienen del ayuno. Si se quieren ciertos beneficios, dicen, ayunemos; si se ayuna se obtendrán. Esta actitud no es exclusiva del asunto del ayuno. Vimos antes, al tratar de la oración, que hay muchos que la consideran de esta forma. Leen relatos de cómo algunas personas en un tiempo determinado decidieron pasar la noche entera en oración y, como consecuencia de ello, se produjo un avivamiento. Por eso deciden que también ellos tendrán una reunión de oración toda una noche, y esperan que se dé el avivamiento. "Como oramos, se debe dar el avivamiento!" O se encuentra también en relación con la enseñanza acerca de la santidad. Algunos dicen que si uno obedece ciertas condiciones, obtendrá una bendición, habrá un resultado inmediato y directo. Debo decir que en ninguna parte de la Biblia se encuentra esto, ni en conexión con el ayuno ni con ninguna otra cosa. Nunca se debe ayunar por conseguir resultados directos.

Permítanme decirlo en forma más clara todavía. Hay personas que defienden el ayuno como una de las maneras y métodos mejores para obtener bendiciones de Dios. Algunos de los recientes escritos a los que me he referido, parecen ser, lamento decirlo, culpables de ello. Hay gente que escribe acerca de su propia vida y dice, "Vean, mi vida cristiana parecía desarrollarse siempre en medio de flaquezas y miserias; no me sentía feliz. Mi vida parecía ser una serie de subidas y bajadas. Era cristiano, pero parecía que no poseía lo que poseen otras personas que conozco. Y así fue durante años. Había recorrido casi todas las convenciones, había leído libros que trataban del tema. Pero nunca parecía conseguir la bendición. Entonces cayó en mis manos la enseñanza que subraya la importancia del ayuno; ayuné y recibí la bendición!" Luego sigue la exhortación: "Si desea esa bendición, ayune!" A mí me parece que esta doctrina es muy peligrosa. Nunca se debe hablar así acerca de nada en la vida espiritual. Estas bendiciones nunca son automáticas. En el momento en que comenzamos a decir, "como hago esto, obtendré eso", significa que nosotros somos los que controlamos la bendición. Esto es ofender a Dios y violar la

gran doctrina de su soberanía final y última. No, nunca debemos defender el ayuno como medio de bendición.

Examinemos otro ejemplo. Tomemos el asunto de los diezmos. He aquí otro tema que ha sido puesto nuevamente de relieve. Hay, desde luego, una base bíblica muy buena en favor del diezmar; pero hay muchos que enseñan la cuestión del diezmar en forma equivocada. Alguien escribe un relato de su vida. Dice también que su vida cristiana no era satisfactoria. Las cosas no le salían bien; incluso tenía problemas financieros en el negocio. Entonces cayó en la cuenta de la enseñanza acerca del diezmar y empezó a hacerlo. De inmediato su vida se vio inundada de gozo. No sólo esto, si no que su negocio también comenzó a prosperar. He leído libros que de hecho llegan hasta a decir lo siguiente: "si realmente desea prosperar, diezme!" En otras palabras, "Usted diezma, y el resultado se sigue necesariamente; si desea la bendición - diezme!" Es lo mismo que en el caso del ayuno. Toda esta enseñanza no tiene nada de bíblica. De hecho, es peor que eso; va en detrimento de la gloria y majestad de Dios mismo. Por consiguiente, nunca deberíamos defender el ayuno, dedicarnos a él o practicarlo, como método o medio de obtener una bendición directa. El valor del ayuno es indirecto, no directo.

Lo último que nos queda por examinar es que obviamente debemos tener mucho cuidado en no confundir lo físico con lo espiritual. No podemos ver esto en forma exhaustiva ahora, pero, después de haber leído relatos acerca de personas que han practicado el ayuno, sí siento que cruzan la frontera entre lo físico y lo espiritual. Describen cómo, después de las dificultades físicas preliminares de los tres o cuatro días primeros, y sobre todo después del quinto día, suele llegarles un período de claridad mental excepcional; y a veces algunos de estos amigos lo describen como si fuera puramente espiritual. Claro que no puedo probar que no sea espiritual; pero sí podría afirmar que hombres que no son cristianos y que se someten a un período de ayuno, invariablemente dicen lo mismo. No puede haber la menor duda de que el ayuno puramente en el ámbito físico y corporal, es bueno para el organismo si se hace adecuadamente; y no cabe duda de que tras él vendrán la claridad de mente, cerebro y comprensión. Pero debemos siempre tener mucho cuidado en no atribuir a lo espiritual lo que se puede explicar adecuadamente por lo físico. Volvemos a encontrarnos con un gran principio general. Es lo que algunos de nosotros diríamos a aquellos que atribuyen ciertos efectos especiales a la fe y a la santidad, y también a aquellos que están siempre dispuestos a llamar milagroso a algo que cierta e indiscutiblemente, no es tal. Perjudicamos la causa de Cristo si pretendemos que es milagroso algo que se puede explicar fácilmente en un nivel natural, este mismo peligro —la confusión entre lo físico y lo espiritual— está presente en el asunto del ayuno.

Así pues, una vez examinados algunos de los aspectos falsos en este tema del ayuno, veamos ahora cuál es la forma correcta y adecuada. Ya la he sugerido. Se ha de considerar siempre como el medio para un fin, y no como un fin en sí mismo. Es algo que se debe hacer solamente si uno se siente impelido o guiado a ello por razones espirituales. No ha de hacerse porque un cierto grupo de la iglesia obligue a ayunar el viernes, o durante el período de cuaresma, o en cualquier otro tiempo. Esas cosas no hay que hacerlas mecánicamente. Hay que disciplinar nuestra vida, pero hay que hacerlo durante todo el año, y no tan sólo en ciertos días establecidos. Debo disciplinarme a mí mismo siempre, y debo ayunar solamente cuando el Espíritu de Dios me guíe a hacerlo, cuando me halle empeñado en algún propósito espiritual importante, no según reglas, sino porque siento que existe una necesidad especial de concentrarme enteramente, con todo mi ser, en Dios y en mi adoración a Él. Este es el momento de ayunar, y ésta es la forma de enfocar este asunto.

Pero veamos el otro aspecto. Después de haberlo examinado en general, veamos la forma en que ha de hacerse. El modo equivocado es llamar la atención hacia el hecho de que lo estamos haciendo. "Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan!" Es evidente que al hacerlo de esta forma, la gente se daba cuenta de que se dedicaban al ayuno. No se lavaban la cara ni ungián la cabeza. Algunos de ellos incluso iban más allá; se desfiguraban la cara y se ponían ceniza sobre la cabeza. Deseaban llamar la atención hacia el hecho de que estaban ayunando, y por ello tenían el aspecto triste, infeliz, y todo el mundo los miraba y decía, "Ah, se está dedicando al ayuno. Es una persona muy espiritual. Mírenlo; miren lo que se está sacrificando y sufriendo por su devoción a Dios!" Nuestro Señor condena esa actitud y sus consecuencias. Para Él, cualquier forma de anunciar el hecho de lo que estamos haciendo, o llamar la atención acerca de ello, es completamente reprehensible, como en el caso de la oración y de la limosna. El principio es exactamente el mismo. No hay que ir tocando la trompeta para proclamar lo que uno hace. No hay que detenerse en las esquinas de las calles ni en lugares prominentes en la sinagoga cuando se ora. Y del mismo modo no hay que llamar la atención hacia el hecho de que está uno ayunando.

Pero estamos no sólo ante el problema del ayuno. Me parece que este principio abarca toda la vida cristiana. Condena igualmente el tratar de aparentar piedad, o la adopción de actitudes piadosas. A veces resulta patético observar la forma en que la gente hace esto, incluso al cantar himnos —la cabeza levantada en ciertos momentos y el ponerse de puntillas. Esto son artificiosidades, y cuando lo son, resultan muy tristes.

¿Podría hacer una pregunta para que la examinemos? ¿Hasta qué punto el asunto del vestir entra en todo lo señalado anteriormente? Para mí, éste resulta ser uno de los puntos más difíciles y llenos de perplejidad en relación con nuestra vida cristiana, y me siento indeciso entre dos opiniones. Comprendo bastante bien, e incluso me inclino en favor de la práctica de los cuáqueros que solían vestirse en forma distinta de la otra gente. La razón era que querían mostrar la diferencia entre el cristiano y no cristiano, entre la iglesia y el mundo. Decían que no debemos asemejarnos al mundo; debemos aparecer diferentes. Todo cristiano debe decir 'amén' a eso, hasta cierto punto. No puedo entender al cristiano que desea presentarse como la persona mundana, típica del mundo, ya sea en el vestir, ya sea en cualquier otro aspecto —la vulgaridad, el estrépito y la sensualidad de las cosas del mundo. Ningún cristiano debería querer presentarse así. De modo que hay algo muy natural en cuanto a esta reacción en contra de ello y a ese deseo de ser diferente.

Pero, por desgracia, ese no es el único aspecto que tiene el tema. El otro aspecto es que no es necesariamente cierto que por el vestido se conozca a la persona. Sí indica hasta cierto punto lo que la persona es, pero no del todo. Los fariseos llevaban ropa especial y 'ensanchaban sus filacterias', pero eso no garantizaba que fueran verdaderamente justos. De hecho, la Biblia enseña que a fin de cuentas no es eso lo que distingue al cristiano del no cristiano. Lo que constituye la diferencia es lo que soy. Si soy justo, todo lo demás seguirá espontáneamente. Por ello no doy a entender que soy cristiano vistiéndome de una forma particular, sino siendo lo que soy. Pero reflexionemos acerca de ello. Es un tema interesante y fascinador. Creo que lo más probable es que ambas afirmaciones sean ciertas. Como cristianos deberíamos desear todos no ser como los mundanos, y sin embargo al mismo tiempo nunca debemos llegar hasta el punto de decir que lo que realmente indica lo que somos es nuestra vestimenta. Esa sería la forma equivocada de hacerlo; y la recompensa sería la misma que en el caso de todos esos métodos falsos —'De cierto os digo que ya tienen su recompensa'. La gente considera que los que ayunan

de esa forma son muy espirituales y que son gente excepcionalmente santa. Obtendrán la alabanza de los hombres, pero ésa es toda la recompensa que recibirán; porque Dios ve en lo secreto, ve el corazón y "lo que los hombre tienen por sublime, delante de Dios es abominación!" ¿Cuál es, pues, la forma adecuada? Digámoslo primero en forma negativa. Lo primero es que no significa hacer todo el esfuerzo posible para no ser como los fariseos. Muchos piensan esto, porque nuestro Señor dice, "Pero tú, cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto!" Dicen que no sólo no debemos desfigurar el rostro, sino que debemos hacer todo el esfuerzo posible para esconder el hecho de que estamos ayunando, e incluso tratar de dar la impresión opuesta. Pero eso es un malentendido total. No había nada excepcional en el hecho de lavarse el rostro y ungiarse la cabeza. Eso era el procedimiento normal, corriente. Lo que nuestro Señor dice aquí es, "cuando ayunes sé natural!"

Podemos aplicar esto en la forma siguiente. Hay algunos que tienen tanto temor de que se piense de ellos que son unos pobres porque son cristianos, o tienen tanto miedo de que se les llame necios porque son cristianos, que propenden a llegar al otro extremo. Dicen que debemos dar la impresión de que ser cristiano es ser brillante y feliz, y por ello, en vez de vestir en forma desaliñada, debemos ir al extremo opuesto. En consecuencia, hacen todo el esfuerzo posible para no parecer descuidados, y el resultado es que son tan malos como los que son culpables de desaliño. El principio de nuestro Señor es siempre éste: "olvidense de los demás siempre!" A fin de no parecer tristes, no hay que ir con sonrisas estereotipadas, hay que olvidarse del rostro; hay que olvidarse de uno mismo; hay que olvidarse por completo de los demás. Lo equivocado es ese interés por las opiniones ajenas. No hay que preocuparse de la impresión que causa; hay que olvidarse y entregarse totalmente a Dios. Hay que ocuparse sólo de Dios y de agradarle. Es necesario preocuparse sólo de su gloria y honor.

Si nuestra preocupación mayor es agradar a Dios y glorificar su nombre, no tendremos dificultad ninguna en todas estas cosas. Si alguien vive por completo para la gloria de Dios, no hace falta indicarle cuándo ha de ayunar, ni la clase de ropa que ha de ponerse ni ninguna otra cosa. Si se ha olvidado de sí mismo y se ha entregado completamente a Dios, el Nuevo Testamento dice que el hombre sabrá cómo comer, beber y vestir porque lo hará todo para la Gloria del Padre. Gracias a Dios, la recompensa del que es así, es segura, cierta, y garantizada, y es también grande —"Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público". Lo único que importa es que seamos justos delante de Dios y nos esforcemos en agradarle. Si esta es nuestra preocupación, podemos dejar en sus manos lo demás. Quizá no nos recompense durante años: no importa. La recompensa llegará. Sus promesas nunca fallan. Aunque el mundo quizá no sepa nunca lo que somos, Dios lo sabe, y en el gran día se anunciará ante el mundo entero. "Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!"

"Los hombres ni te oyen, ni te aman, ni te alaban: El Maestro encomia: ¿qué son los hombres?"

CAPITULO XXXIV

Cuando ores

Volvemos ahora al examen de la enseñanza de nuestro Señor respecto a la oración. Mateo 6, como recordarán, contiene lo que nuestro Señor dice de la cuestión general de la vida cristiana.

Divide el tema en tres secciones que en realidad vienen a cubrir la totalidad de nuestra justicia o vida religiosa. Primero está el aspecto de la limosna — nuestra relación hacia otros, luego la cuestión de la oración y de nuestra relación con Dios, y por fin el asunto de la disciplina personal, que nos presenta bajo el título general del ayuno. Ya hemos examinado por separado estos tres aspectos de la vida religiosa o vida de piedad; y al considerar el tema de la oración, dijimos que estudiaríamos más tarde lo que se suele llamar el Padre Nuestro. Porque nuestro Señor vio claramente la necesidad, no sólo de poner sobre aviso a sus seguidores en contra de ciertos peligros referentes a la oración, sino también de darles instrucción positiva.

El Señor ha advertido, como se recordará, que no hay que ser como los hipócritas, que oran de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para que los hombres los vean. Ha dicho que las repeticiones vanas de nada valen en sí mismas y por sí mismas, y que la simple cantidad en la oración no produce beneficios especiales. También ha dicho que hay que orar en secreto, y que nunca hay que preocuparse acerca de los hombres ni acerca de lo que los hombres podrían pensar, sino que lo que es vital y esencial en esto de la oración es no sólo que hay que dejar aparte a los demás, sino encerrarse con Dios, y concentrarse en Él y en su relación con Él. Pero, como hemos dicho, el Señor ve claramente que una advertencia general de esta índole no es suficiente, y que sus discípulos necesitan instrucción más detallada. Por ello agrega. "Vosotros, pues, orareis así", y pasa a darles esta instrucción respecto al método de oración.

Nos encontramos aquí ante uno de los temas más vitales en relación con nuestra vida cristiana. La oración es, sin lugar a dudas, la actividad más elevada del alma humana. El hombre nunca es más grande que cuando, de rodillas, se halla frente a frente con Dios. No es que queramos perder el tiempo en comparaciones vanas. La limosna es excelente, es una actividad noble, y el hombre que se siente guiado a ayudar a los demás en este mundo, y que responde a esta dirección, es un hombre bueno. También el ayuno en sus varias formas es una actividad elevada y noble. El hombre del mundo desconoce esto, desconoce la autodisciplina. Se entrega a todos los impulsos, al placer y a la pasión, y vive más o menos como un animal, con respuestas simplemente mecánicas de los instintos que hay en él. Nada sabe de la disciplina. El hombre que se disciplina a sí mismo sobresale y posee la señal de la grandeza; es algo muy importante que el hombre discipline su vida en todo tiempo; y en ocasiones especiales, que adopte medidas excepcionales para su bien espiritual.

Estas cosas, sin embargo, palidecen en su significado cuando uno contempla al hombre en oración. Cuando el hombre habla a Dios está en la cima. Es la actividad más elevada del alma humana, y en consecuencia, es también la piedra de toque final de la condición espiritual genuina del hombre. Nada hay que nos revele mejor la verdad sobre nosotros, en cuanto personas cristianas, que la vida de oración. Todo lo que hagamos en la vida cristiana es más fácil que orar. No es tan difícil dar limosna —el hombre natural también hace eso, y uno puede poseer un verdadero espíritu de filantropía sin ser cristiano—. Algunos parecen haber nacido con una naturaleza y espíritu generosos; para ellos el dar limosna no ofrece ninguna dificultad. Lo mismo se aplica a la cuestión de la autodisciplina —al abstenerse de ciertas cosas y asumir ciertos deberes y tareas—. Dios sabe que es mucho más fácil predicar desde un pulpito que orar. La oración es, sin duda alguna, la piedra de toque final, porque el hombre puede hablar a los demás con mayor facilidad de lo que puede hablar con Dios. En último término, por consiguiente, el hombre descubre la verdadera condición de su vida espiritual cuando se examina a sí mismo en privado, cuando está a solas con Dios. Vimos en el capítulo segundo, que el verdadero peligro para el hombre que dirige a una congregación en un acto público de oración, es que quizá se esté dirigiendo a la congregación en vez de dirigirse a Dios. Pero cuando estamos solos en la

presencia de Dios, esto ya no es posible. ¿No hemos descubierto que, en cierto modo, tenemos menos que decirle a Dios cuando estamos solos que cuando estamos en presencia de otros? No debería ser así, pero a menudo lo es. De modo que nuestra posición verdadera en el sentido espiritual, la descubrimos cuando hemos abandonado el campo de actividades y procederes externos relacionados con otras personas, y nos hallamos a solas con Dios. No sólo es la actividad más elevada del alma, es también la piedra de toque final de nuestra verdadera condición espiritual.

Hay otra forma de decir lo mismo. Se puede decir que la característica más destacada de todas las personas santas que el mundo ha conocido ha sido que no sólo han dedicado mucho tiempo a la oración en privado, sino que han hallado una gran satisfacción en ello. No se lee la vida de ningún santo sin encontrar que así haya sucedido. Cuanto más santa es la persona, más tiempo dedica a la conversación con Dios. Así pues, es un asunto de importancia vital y absoluta. Y no cabe duda de que hace más falta la instrucción sobre este tema que sobre cualquier otro.

Así ha ocurrido en la experiencia del pueblo de Dios a lo largo de los siglos. Se refiere en los Evangelios, que Juan el Bautista había estado enseñando a sus discípulos a orar. Es evidente que se habían dado cuenta de la necesidad de recibir instrucción, y le habían pedido que les enseñara. Y Juan les había enseñado a orar. Los discípulos de nuestro Señor sintieron exactamente la misma necesidad. Acudieron a Él una tarde y le dijeron, de hecho, "Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos." No cabe duda de que nació en su corazón este deseo porque eran conscientes de esta clase de dificultad natural, instintiva, inicial, que todos experimentamos; pero sin duda alguna también éste deseo se incrementó al ver la vida de oración del Señor. Lo veían levantarse mucho antes del amanecer para ir a orar a las montañas, y dedicar noches enteras a la oración. Y a veces, no lo dudo, se decían entre sí: "¿De qué habla? ¿Qué hace?!" Quizá también pensarían, "a los pocos minutos de estar en oración ya me faltan las palabras. ¿Qué hace posible que Él se dedique tanto a la oración? ¿Qué lo conduce a este abandono y facilidad?". "Señor, enséñanos a orar", decían. Con esto expresaban que les gustaría poder orar como él lo hacía. "¡Ojalá conociéramos a Dios como tú lo conoces. Enséñanos a orar!" ¿Hemos experimentado esto alguna vez? ¿Nos hemos sentido alguna vez insatisfechos con nuestra vida de oración y deseando saber más lo que en realidad es orar? Si lo hemos sentido, es una señal alentadora.

No cabe duda de que ésta es nuestra necesidad mayor. Perdemos las bendiciones más importantes de la vida cristiana porque no sabemos orar bien. Necesitamos instrucción en todos los sentidos sobre esta cuestión. Necesitamos que se nos enseñe cómo orar, y para qué orar. Precisamente debemos dedicar algún tiempo a estudiar lo que se ha llegado a conocer entre nosotros como 'el Padre nuestro' porque abarca estas dos cosas de una forma sorprendente y maravillosa. Es una sinopsis perfecta de la instrucción que nuestro Señor ofrece acerca de cómo orar, y para qué orar.

Debemos dejar bien sentado ahora que esto es lo único que me propongo hacer. El tema de la oración es muy amplio y podríamos dedicarle mucho tiempo; sin embargo no podemos hacerlo porque en realidad lo que queremos es ir siguiendo punto por punto el Sermón del Monte, y por consiguiente sería erróneo dedicar demasiado tiempo a este aspecto particular. Lo único que pienso hacer es explicar la enseñanza de nuestro Señor en esta oración, e incluso no lo voy a hacer con mucho detalle. Simplemente tengo la intención de subrayar y poner de relieve los que creo son los grandes principios centrales que nuestro Señor indudablemente estaba ansioso de inculcar.

Hay ciertos aspectos generales referentes a esta oración que sin duda necesitan una palabra o dos de comentario. 'El Padre nuestro', como la llamamos, ha sido a menudo tema de gran controversia. Hay muchos que, por varias razones se niegan a recitarla en un acto de culto público. Hay quienes objetan en su contra por razones doctrinales, y otros que sienten que pertenece más bien al ámbito de la ley que al de la gracia, y que por tanto, no es algo adecuado para el pueblo cristiano. Tropiezan con la petición respecto al perdón de pecados. Examinaremos esto en detalle cuando lleguemos a ese punto; ahora no hago sino mencionar algunas de las dificultades preliminares que experimentan algunos amigos. Dicen que en ese pasaje parece que el perdón está condicionado por nuestro perdón, y esto, es ley y no gracia, y así sucesivamente. Es necesario, por tanto, hacer una serie de observaciones preliminares.

La primera es que esta oración es indudablemente una oración modelo. La misma forma que emplea nuestro Señor para presentarla lo indica así. "Vosotros, pues, oraréis así!" Bien, dice de hecho nuestro Señor, cuando acudáis a Dios a orar, ésta es la forma en que tenéis que hacerlo. Y lo sorprendente y extraordinario acerca de ello es que en realidad lo abarca en principio todo. En cierto sentido uno no puede agregarle nada al Padrenuestro; no deja nada por decir. Esto no significa, desde luego, que al orar simplemente debemos recurrir al Padrenuestro y nada más; ni el mismo Señor lo hizo. Como ya hemos dicho, dedicaba noches enteras a la oración; en muchas ocasiones se levantaba antes del alba y oraba durante horas seguidas. Siempre se observa en la vida de los santos que oraban horas y horas. John Wesley solía decir que le merecía una opinión muy pobre el cristiano que no orara por lo menos cuatro horas al día.

Al afirmar que esta oración lo abarca todo, y que es un sumario completo, se quiere decir simplemente que en realidad contiene todos los principios. Podríamos decir que tenemos, en el Padrenuestro, una especie de esqueleto. Tomemos, por ejemplo, este acto de predicar. Tengo ante mis ojos algunas notas; no cuento con el sermón completo. Simplemente poseo encabezamientos —los principios que hay que enfatizar. Pero yo no me contento con una simple enunciación de los principios; los explico y elaboro. Así habría que considerar el Padrenuestro. En él se contienen todos los principios y nada se puede agregar en este sentido. Uno puede tomar la oración más larga que cualquier santo haya elevado en su vida, y encontrará que toda ella se puede reducir a estos principios. No habrá ninguno adicional. Tomemos esa gran oración de nuestro Señor que aparece en Juan 17 —la oración sacerdotal del Señor—. Si se analiza en términos de principios, se verá que se puede reducir a los de esta oración modelo.

El Padrenuestro lo abarca todo; y todo lo que hacemos es tomar estos principios y utilizarlos y expandirlos y basar cada petición nuestra en ellos. Así es como hay que enfocarla. Y si se hace así, creo que estarán de acuerdo con San Agustín y Martín Lutero y muchos otros santos que han dicho que nada hay más maravilloso en toda la Biblia, que el Padrenuestro. La sobriedad, la forma en que lo sintetiza todo y en que ha reducido todo a unas pocas frases, es algo que, sin lugar a dudas, proclama el hecho de que su enunciador no es otro que el mismo Hijo de Dios.

Pasemos ahora a otra observación, la cual he venido subrayando a lo largo de este examen del sermón. Y es que esta oración, obviamente, les fue presentada no sólo a los discípulos sino a todos los cristianos de todos los lugares y de todos los tiempos. Al tratar de las bienaventuranzas, repetimos constantemente que son aplicables a todo cristiano. El Sermón del Monte no se dirigió sólo a los discípulos de ese tiempo y a los judíos de una era venidera del reino; es para el pueblo cristiano de ahora y de todos los tiempos, y siempre ha sido aplicable al mismo. De igual forma que tenemos que considerar la relación del cristiano con la ley, en el capítulo quinto, así también nos hallamos frente a esta oración, y a lo que nuestro Señor dice

respecto a la oración en general: "Vosotros, pues, oraréis así!" Nos habla a nosotros, hoy, de la misma forma en que habló al pueblo que lo rodeaba en su tiempo. En realidad, como ya hemos visto, a no ser que nuestra oración se ajuste a esta pauta y forma específicas, no es verdadera oración.

Quizá subsistan en la mente de muchos, ciertos interrogantes respecto al recitar el Padrenuestro como acto de adoración pública. Es legítimo debatir esto, y es legítimo diferir de opinión. Me parece, sin embargo, que nunca podemos recordar con demasiada frecuencia esta forma particular de orar; y en cuanto a mí, siempre me ha confortado el pensamiento de que a pesar de que haya olvidado muchas cosas en mis propias oraciones privadas, si he dicho el Padrenuestro, de alguna forma he abarcado todos los principios. Con la condición, desde luego, de que no repita de forma simplemente mecánica las palabras, sino que las diga de corazón, con la mente y con todo mi ser.

El punto siguiente es que hay algunos que tienen problema en cuanto al Padrenuestro porque no dice "en nombre de Cristo", o porque no se ofrece de forma específica en el nombre de Cristo. Dicen que no puede ser oración para el pueblo cristiano porque los cristianos siempre deben orar en el nombre de Cristo. La respuesta a esto es, desde luego, que nuestro Señor, como hemos visto, simplemente quiso dejar establecidos los principios que deben siempre gobernar la relación del hombre con Dios. No quiso decir en ese instante todo lo que se podía decir acerca de esa relación. Lo que quería subrayar era que el que se pone en presencia de Dios debe siempre considerar esas cosas. Más adelante, en su vida y su ejemplo les enseñará de forma explícita a orar en su nombre. Pero es claro que incluso en el Padrenuestro, está implícito el orar en el nombre de Cristo. Nadie puede verdaderamente decir "Padre Nuestro que estás en los cielos", a no ser que conozca al Señor Jesucristo y esté en Cristo. De manera que esa cuestión está contemplada ya desde el comienzo mismo. De todos modos, esto no afecta los principios que nuestro Señor enseña aquí en forma tan clara.

En relación con la dificultad específica respecto al perdón, nos ocuparemos de ella en detalle cuando en nuestra exposición de la oración lleguemos a esa petición.

Resumamos las observaciones generales hechas repitiendo que nada hay más sublime y más elevado que la maravillosa oración que el Señor Jesucristo enseñó a su pueblo. Recordemos también que la enseñó, no para que la repitieran mecánicamente por el resto de la vida, sino más bien para que se dijeran a sí mismos, "hay ciertas cosas que siempre debo recordar al orar. No debo orar a la ligera; no debo comenzar a hablar de inmediato sin pensar en lo que estoy haciendo. No me deben guiar los impulsos y sentimientos. Hay ciertas cosas que siempre debo recordar. He aquí los puntos generales de mi oración; he aquí el esqueleto que tengo que revestir; estas son las pautas según las cuales debo proceder!" Confío, por tanto, en que ninguno de los lectores pensará que la señal distintiva del evangelicalismo genuino es hablar con cierto desdoro del Padrenuestro. Confío también en que ninguno de nosotros se hará reo de ese orgullo espiritual, por no decir arrogancia, que se niega a recitar el Padrenuestro con otros. Caigamos en la cuenta más bien de que nuestro Señor les decía a esa gente cómo oraba él mismo, que ese era su propio método, que esas eran las cosas que siempre tenía presentes, y que por consiguiente nada podemos hacer más elevado e importante que orar siguiendo las pautas del Padrenuestro. Nunca superaremos esta oración si oramos verdaderamente, por lo cual nunca debemos descartarla como legalismo, e imaginar que porque nos encontramos en la dispensación de la gracia ya la hemos superado. Al analizar la oración, descubriremos que está llena de gracia. De hecho, la ley de Dios estaba llena de gracia, como ya hemos visto. Nuestro Señor ha venido explicando la ley de Moisés y ha mostrado que, cuando se entiende de forma espiritual, está llena

de la gracia de Dios, y que nadie la puede entender de verdad, a no ser que posea tal gracia en su corazón.

Examinemos ahora brevemente este tema de cómo orar y para qué orar. Respecto a lo primero, recordemos de nuevo la importancia vital del enfoque justo, porque esta es la clave para entender la oración fructuosa. La gente dice a menudo, "Sabe Ud., oré mucho pero no sucedió nada. No pude encontrar la paz. No encontré ninguna satisfacción en ello". Casi todo el problema radica en que se han acercado a la oración de forma equivocada, en que no han caído en la cuenta de lo que estaban haciendo. Al orar tendemos a estar tan centrados en nosotros mismos, que cuando nos arrodillamos ante Dios, pensamos sólo en nosotros, nuestros problemas y perplejidades. Comenzamos a hablar sobre ellos de inmediato, y, claro está, no sucede nada. Según la enseñanza de nuestro Señor, no deberíamos esperar nada. Esta no es la forma de acercarse a Dios. Antes de hablar en oración debemos hacer una pausa.

Los grandes maestros de la vida espiritual, a lo largo de los siglos, tanto católicos como protestantes, han estado de acuerdo en cuanto a esto, que el primer paso en la oración ha sido siempre lo que han llamado 'recogimiento'. En cierto sentido, todo hombre, al comenzar a orar a Dios, debería ponerse la mano en la boca. Este fue el problema de Job. En medio de sus desgracias había estado hablando mucho. Sentía que Dios no lo había tratado bien, y él, Job, había expresado libremente su sentir. Pero cuando, hacia el final del libro, Dios comenzó a tratar con él de forma íntima, cuando comenzó a revelársele y manifestársele, ¿qué hizo Job? Sólo una cosa podía hacer. Dijo, "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca!" Por extraña que parezca, se comienza a orar no diciendo nada; uno se recoge para pensar en lo que va a hacer.

Sé lo difícil que es esto. No somos más que humanos, y vivimos bajo la presión de la situación en que nos encontramos, de los cuidados, ansiedades, problemas, angustias mentales, heridas emocionales, lo que sea. Estamos tan llenos de todo esto que, como niños, comenzamos a hablar de inmediato. Pero si uno quiere establecer contacto con Dios y sentir sus brazos alrededor, hay que ponerse la mano sobre la boca por unos instantes. ¡Recogimiento! Detenerse por un momento para recordar lo que uno va a hacer. Se puede hacer con una sola frase. ¿Sabemos que la esencia de la verdadera oración se encuentra en las dos palabras del versículo 9. 'Padre Nuestro'? Me parece que si uno puede decir de corazón, cualquiera que sea la condición en que se encuentre, 'Padre mío', en un cierto sentido la oración ya ha sido contestada. Lo que tristemente nos falta es precisamente tener conciencia de nuestra relación con Dios.

Quizá lo podríamos decir de otra forma. Hay quienes creen que es bueno orar porque siempre nos hace bien. Aducen varias razones psicológicas. Claro que esto no es la oración como la Biblia la entiende. La oración significa hablar a Dios, olvidarnos de nosotros mismos y darnos cuenta de su presencia. Hay otras personas también, y a veces creo que atribuirían a sí mismas un grado poco frecuente de espiritualidad, las cuales más bien creen que el distintivo de la verdadera vida de oración, de la facilidad en la oración, es que la oración debería ser muy breve y concreta. Que habría que hacer simplemente una petición específica. Pero esto no es lo que enseña la Biblia respecto a la oración. Tomemos cualquiera de las grandes oraciones que se encuentran en el Antiguo Testamento o en el Nuevo. Ninguna de ellas es lo que podríamos llamar esta clase de oración práctica que simplemente da a conocer a Dios una petición y ahí termina. Todas las oraciones que se mencionan en la Biblia, comienzan por una invocación. No importa lo desesperada que sea la circunstancia; no importa el problema específico en el que se encuentren los que oran. De forma variable comienzan con esta adoración, con esta invocación.

Un ejemplo maravilloso de esto se encuentra en el capítulo 9 de Daniel. El profeta, lleno de una angustia terrible, ora a Dios. Pero no comienza de inmediato con su petición; comienza alabando a Dios. Jeremías, también perplejo, hace lo mismo. Ante la orden de que compre un pedazo de tierra en un país al parecer condenado, Jeremías se quedó sin entenderlo; le parecía totalmente equivocado. Pero no se precipita a la presencia de Dios sólo para decirle esto; comienza adorando a Dios. Y lo mismo se encuentra en todas las oraciones de la Biblia. De hecho, incluso se ve en la gran oración sacerdotal de nuestro Señor mismo, recogida en Juan 17. También se recordará lo que Pablo escribió a los filipenses. Dice, "por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6). Éste es el orden: siempre hay que empezar con una invocación aun antes de pensar en la petición; y en esta oración modelo se nos expone, de una vez por todas, dicha enseñanza.

Tomaría demasiado tiempo explicar cómo me gustaría que se entendiera el significado de esta afirmación. 'Padre Nuestro'. Permítaseme decirlo de una forma que podría parecer dogmática: sólo los que son verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo pueden decir, 'Padre Nuestro'. Sólo aquellos a quienes se aplican las Bienaventuranzas pueden decir con confianza, 'Padre Nuestro'. Yo sé que hoy día esta doctrina no es popular, pero es la doctrina de la Biblia. El mundo de hoy cree en la paternidad universal de Dios y en la hermandad universal de los hombres. Esto no se encuentra en la Biblia. Fue nuestro Señor quien dijo a ciertos judíos religiosos que eran de su 'padre el diablo', y no hijos de Abraham, hijos de Dios. Sólo a 'los que le recibieron' les da el derecho (la autoridad) 'de ser hechos hijos de Dios'.

"Pero —dirá alguno— ¿qué quiere decir Pablo cuando afirmó, 'linaje suyo somos'? ¿Acaso no significa esto que todos nosotros somos hijos suyos y que E 1 es el Padre Universal?" Bien, si se analiza este pasaje, se verá que Pablo habla de Dios como Creador de todas las cosas y de todas las personas, que Dios, en ese sentido, ha dado vida y ser a todo lo existente (Hch. 17). Pero ese no es el significado de Dios como Padre en el sentido en el que Pablo lo emplea en otros pasajes, aplicado a los creyentes, ni tampoco en el sentido en el que, como hemos visto, lo utiliza nuestro Señor mismo. La Biblia distingue claramente entre los que pertenecen a Dios y los que no le pertenecen. Se puede ver en la Oración Sacerdotal del Señor en Juan 17:9; "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son!" Es una distinción absoluta, total; sólo aquellos que están en el Señor Jesucristo son verdaderamente los hijos de Dios. Pasamos a ser hijos de Dios sólo por adopción. Nacemos 'hijos de ira', 'hijos del diablo', 'hijos de este mundo'; y hemos de ser sacados de ese reino y transferidos a otro reino antes de poder llegar a ser hijos de Dios. Pero si creemos verdaderamente en el Señor Jesucristo, somos adoptados en la familia de Dios, y recibimos "el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!".

Al hombre del mundo no le gusta esta doctrina. Dice que todos somos hijos de Dios; y sin embargo, en su corazón se alberga odio hacia Dios, y cuando, desesperado, ora a Dios no tiene confianza de que está hablando con su Padre. Siente que Dios es alguien que está en contra de él. Habla acerca de la paternidad de Dios, pero no ha recibido el Espíritu de adopción. Sólo el que está en Cristo conoce esto.

Así pues, cuando nuestro Señor dice, 'Padre Nuestro', obviamente piensa en el pueblo cristiano, y por eso digo que esta oración es una oración cristiana. Cualquiera puede decir, 'Padre Nuestro', pero la cuestión es, ¿está consciente de ello, lo cree y lo experimenta? La piedra de toque final de la profesión que cualquier hombre haga es que pueda decir con confianza y seguridad, 'Padre Mío', 'Dios Mío'. ¿Es Dios su Dios? ¿Lo conocen realmente como Padre suyo?

Y cuando acuden a Él en oración, ¿sienten realmente que acuden a su Padre? Esta es la forma de comenzar a darse cuenta, dice nuestro Señor, de que se ha pasado a ser hijo de Dios: por lo que Él ha hecho por uno a través del Señor Jesucristo. Esto se halla implícito en esta enseñanza de Cristo. Sugiere y esboza todo lo que iba a hacer por nosotros, todo lo que iba a hacer posible para los suyos, aunque en aquel momento no lo entendieran. Sin embargo, dice, esta es la forma de orar, así hay que orar, \ vais a orar así.

Fijémonos, sin embargo, que de inmediato agrega, 'Que estás en los cielos'. Esto es algo maravilloso —Padre nuestro que estás en los cielos'. Estas dos frases deben tomarse siempre juntas. Nuestras ideas acerca de la paternidad a menudo se han deteriorado y, en consecuencia, siempre necesitan correctivos. ¿Hemos advertido con qué frecuencia el apóstol Pablo utiliza en sus cartas una frase sumamente sorprendente? Habla acerca de 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Esto es sumamente significativo. No es más que llamar la atención acerca de lo que nuestro Señor dice en este pasaje. 'Padre Nuestro'. Sí; pero debido a nuestro pobre concepto de la paternidad, se apresura a decir, 'Padre nuestro que estás en los cielos', el 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Ésta es la clase de padre que tenemos.

Pero lamentablemente hay muchas personas en este mundo para quienes la idea de paternidad no es sinónima de amor. Imagínese al niño que es hijo de un borracho, que golpea a su esposa, y que no es más que una bestia cruel. Este niño no conoce nada en la vida sino golpes constantes e inmerecidos. Ve a su padre que se gasta todo el dinero en sí mismo y en sus placeres en tanto que en casa pasan hambre. Ésta es la idea que tiene de paternidad. Si uno le dice que Dios es su Padre, y no agrega nada más, de poco sirve, y es muy poco agradable. El pobre niño tiene necesariamente una idea equivocada acerca de la paternidad. Su noción de padre es la de un hombre cruel. Por ello nuestras ideas humanas y pecadoras de la paternidad necesitan corregirse constantemente.

Nuestro Señor dice, 'Padre nuestro que estás en los cielos'; y Pablo: 'el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Cualquiera que sea como Cristo, dice Pablo, debe tener un Padre maravilloso, y, gracias a Dios, Dios es esa clase de Padre, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es vital que cuando oremos a Dios y lo llamemos nuestro Padre, recordemos que es 'Nuestro Padre que está en los cielos', con toda su majestad, grandeza y poder absoluto. Cuando llenos de debilidad y de humildad caemos de rodillas delante de Dios, en medio de tormentas mentales y afectivas, recordemos que Él lo sabe todo sobre nosotros. La Biblia dice, "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos a Aquel a quien tenemos que dar cuenta!" Recordemos también que si a veces acudimos a la presencia de Dios y deseamos algo para nosotros mismos, o pedimos perdón por un pecado cometido, Dios ya lo ha visto todo y lo sabe todo. No sorprende que, cuando escribió el salmo 51, David dijera en medio de la angustia del corazón: "Tú amas la verdad en lo íntimo". Si uno quiere las bendiciones de Dios, se debe ser completamente honesto; debemos tener presente que Él lo sabe todo, y que nada hay que se oculte a sus ojos. Recordemos también que tiene todo el poder para castigar, y todo el poder para bendecir. Puede salvar y puede destruir. En realidad, como lo escribió el sabio autor de Eclesiastés, es imprescindible que cuando oremos a Dios no olvidemos que 'Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra'.

Recordemos siempre su santidad y justicia, su justicia absoluta y total. Dice el autor de la Carta a los Hebreos, que siempre que nos acerquemos a Él debemos hacerlo "con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor;"

Para orar, dice Cristo, hay que tomar estas dos cosas juntas, nunca separar estas dos verdades. Recordemos que nos acercamos a Dios todopoderoso, eterno, y santo; pero también que ese Dios, en Cristo, es nuestro Padre, quien conoce todo lo que respecta a nosotros porque es

omnisciente y también porque un padre lo sabe todo acerca de su hijo. Sabe lo que es bueno para el hijo. Juntemos estas dos cosas. Dios en su omnipotencia nos mira con amor santo y conoce todas nuestras necesidades. Oye todos nuestros suspiros y nos ama con amor imperecedero. Nada desea tanto como nuestra felicidad, gozo y prosperidad. Luego recordemos esto, que él es "poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Como 'Padre nuestro, que está en los cielos', está mucho más ansioso de bendecirnos de lo que nosotros lo estamos de ser bendecidos. Tampoco su omnipotencia tiene límites. Nos puede bendecir con todas las bendiciones de los cielos. Las ha puesto todas en Cristo, y nos ha puesto a nosotros en Cristo. Por ello nuestra vida se puede ver enriquecida con toda la gloria y las riquezas de la gracia de Dios mismo.

Ésta es la forma de orar. Antes de comenzar a formular cualquier petición, antes de comenzar a pedir, incluso el pan de cada día, antes de empezar a pedir cualquier cosa, debemos ser conscientes de que nosotros, tal como somos, estamos en la presencia de un Ser así, de nuestro Padre que está en los cielos, del Padre de nuestro Señor Jesucristo. 'Dios mío'. 'Padre mío'.

CAPÍTULO XXXV

Oración: Adoración

Llegamos ahora a la sección siguiente del Padrenuestro; la que se ocupa de nuestras peticiones. 'Padre nuestro que estás en los cielos': ésta es la invocación. A continuación vienen las peticiones: 'santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal! Se ha debatido mucho en cuanto a si las peticiones son seis o siete. La respuesta depende de si se considera la última afirmación 'Líbranos del mal' como petición separada, o si hay que tomarla como parte de la petición anterior y leerlo así: 'no nos metas en tentación mas líbranos del mal'. Es uno de esos puntos (al igual que otros en la fe cristiana), que no se pueden decidir, y acerca de los cuales no se puede ser dogmático. Afortunadamente para nosotros, no es un punto vital, y Dios no quiera que uno de nosotros llegara a absorberse tanto en la parte mecánica de la Biblia, y le dedicara tanto tiempo, que no alcanzara a ver el espíritu y lo que es importante. Lo vital no es decidir si hay seis o siete peticiones en el Padrenuestro, sino más bien percibir el orden en el cual se presentan. Las tres primeras —Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra— se refieren a Dios y a su gloria; las otras se refieren a nosotros mismos. Es de notar que las tres primeras peticiones contienen el posesivo 'tu', y se refieren a Dios. Sólo después de esto se introduce la palabra 'nosotros': 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal! Este es el punto neurálgico —el orden de las peticiones, no el número. Las tres primeras se refieren sólo a Dios y a su gloria.

Pero observemos otra cosa que es de importancia vital, la proporción de las peticiones. No sólo nuestros deseos y peticiones respecto a Dios deben ocupar el primer lugar, sino que hay que advertir también que la mitad de las peticiones se refieren a Dios y a su gloria y sólo el resto

se ocupa de nuestras necesidades y problemas particulares. Claro que si nos interesamos por los números bíblicos — interés que quizá no habría que suprimir por completo, si bien puede convertirse en peligroso cuando deja demasiado paso a la fantasía— veremos, además, que las tres primeras peticiones se refieren a Dios, y que tres es siempre el número de la divinidad de Dios, sugiriendo las tres benditas Personas de la Trinidad. De la misma forma, cuatro es siempre el número de la tierra y se refiere a todo lo que es humano. Hay cuatro bestias en los cielos en el libro de Apocalipsis, y así sucesivamente. Siete, que es el resultado de tres más cuatro, equivale siempre al número perfecto cuando vemos a Dios en su relación a la tierra, y Dios en su relación con los hombres. Así podría ser en esta oración; nuestro Señor quizá la elaboró específicamente para hacer resaltar esos aspectos maravillosos. No podemos demostrarlo. Pero de todos modos el concepto básico que hay que captar es éste: no importan las circunstancias y las condiciones en que nos encontremos; la clase de deseos que surjan en nosotros; nunca debemos comenzar por nosotros mismos, nunca debemos comenzar por nuestras propias peticiones.

Este principio tiene vigencia incluso cuando nuestras peticiones alcanzan su nivel más elevado. Incluso la preocupación que tengamos por la salvación de las almas, incluso la preocupación que tengamos para que Dios bendiga la predicación de la Palabra, incluso la preocupación que tengamos para que aquellos que nos son más queridos sean verdaderos cristianos. Ni siquiera estas cosas deben ocupar el primer lugar. Y mucho menos debemos comenzar con nuestras propias circunstancias y condiciones.

No importa lo desesperados que estemos, no importa lo aguda que sea la tensión, no importa que sea enfermedad física, guerra, calamidades o algún problema terrible que se nos presenta de repente: sea lo que fuere, nunca debemos dejar de observar el orden que se nos enseña aquí de labios de nuestro bendito Señor y Salvador. Antes de comenzar a pensar en nosotros mismos y nuestras necesidades, incluso antes de la preocupación que tengamos por otros, debemos comenzar con esta gran preocupación acerca de Dios, de su honor y gloria. No hay ningún otro principio en relación con la vida cristiana que tenga más importancia que éste. Muy a menudo erramos en el campo de los principios. Tenemos la tendencia a dar por supuesto que nuestros principios son muy sanos y claros, y que lo único que necesitamos es instrucción acerca de los detalles. Claro está que la verdad, de hecho, es exactamente lo opuesto. Si comenzáramos siempre la oración con este sentido genuino de la invocación; si nos recogiéramos para pensar que estamos en la presencia de Dios, y que el Dios eterno y todopoderoso está ahí, mirándonos como nuestro Padre, mucho más dispuesto a bendecirnos y a rodearnos de su amor que nosotros lo estamos a recibir su bendición, conseguiríamos más en ese momento de recogimiento que lo que todas nuestras oraciones juntas vayan a poder alcanzar sin esta toma de conciencia. ¡Si todos tuviéramos esta preocupación por Dios y por su honor y gloria!

Afortunadamente, nuestro Señor conoce la debilidad nuestra, se da cuenta de la necesidad que tenemos de instrucción, y por eso nos la ha subdividido. No sólo ha anunciado el principio; nos lo ha dividido en estas tres secciones que vamos a examinar. Veamos ahora la primera petición: 'Santificado sea tu nombre'.

Nos damos cuenta ahora de que estamos en la presencia de Dios, y que Él es nuestro Padre. En consecuencia, dice Cristo, éste debería ser nuestro primer deseo, nuestra primera petición: 'Santificado sea tu nombre'. ¿Qué significa esto? Examinemos brevemente las palabras que contiene. La palabra 'santificar' significa reverenciar, hacer santo, mantener santo. ¿Pero por qué dice 'Santificado sea tu nombre'? ¿A qué equivale este término 'nombre'? Sabemos que esta era la forma que los judíos solían emplear en aquel tiempo para referirse a Dios mismo. Dígase

lo que se diga acerca de los judíos del tiempo del Antiguo Testamento, y por grandes que fueran sus defectos, en un aspecto siempre fueron muy dignos de encomio. Me refiero al sentido que poseían de la grandeza, majestad y santidad de Dios. Los lectores recordarán que tenían tal respeto que nunca utilizaban el nombre 'Jehová'. Sentían como si el nombre mismo, las letras mismas, por así decirlo, eran tan santas y sagradas, y ellos tan pequeños e indignos, que no se atrevían a mencionarlo. Se referían a Dios como 'El Nombre', a fin de evitar el empleo del término Jehová. Así pues, 'Nombre', en este caso significa Dios mismo, y vemos que el propósito de la petición es expresar el deseo de que Dios mismo sea reverenciado, sea santificado, que el nombre mismo de Dios y todo lo que denota y representa, sea honrado entre los hombres, sea tenido por santo en todo el mundo. Pero quizá, a la luz de la enseñanza del Antiguo Testamento, sería bueno que ampliáramos esto un poco. El 'nombre', en otras palabras, significa todo lo que es cierto acerca de Dios, todo lo que ha sido revelado acerca de Él. Significa Dios en todos sus atributos, Dios en todo lo que es en sí mismo y por sí mismo, Dios en todo lo que ha hecho y lo que está haciendo.

Recordarán que Dios se había revelado a los hijos de Israel bajo nombres distintos. Había empleado un término respecto a sí mismo (El o Elohim) que significa su 'fortaleza' y su 'poder'; y cuando empleaba este nombre específico, transmitía al pueblo un sentido de su poder, su dominio, su fortaleza. Luego se reveló con ese nombre grande y maravilloso de Jehová que significa en realidad 'el que existe por sí mismo', 'Yo soy el que soy', el que existe eternamente por sí mismo. Pero Dios se describió a sí mismo también con otros nombres: 'el Señor proveerá' {Jehovah-jireh}, 'el Señor que cura' (Jehovah-raphá), 'el Señor nuestro Estandarte' (Jehovah-nissi), 'el Señor nuestra paz' (Jehovah-Shalom), 'el Señor nuestro pastor' (Jehovah-ra-ah), 'el Señor nuestra Justicia' {Jehovah-tsidkenú}, y otro término que significa, 'el Señor está presente' (Jehovah-shammah). Al leer el Antiguo Testamento se encuentran a menudo estos términos; y al darse estos nombres distintos a sí mismo, Dios revelaba a la humanidad algo de su naturaleza y ser, de su índole y atributos. En un sentido, 'tu nombre' equivale a todo esto. Nuestro Señor nos enseña a orar para que todo el mundo llegue a conocer a Dios de esta forma, para que todo el mundo llegue a honrar a Dios así. Es la expresión de un deseo ardiente y profundo por el honor y la gloria de Dios.

No se pueden leer los cuatro Evangelios sin ver muy claramente que esa fue la pasión consumidora del Señor Jesucristo mismo, pasión que se encuentra perfectamente re sumida en esa gran oración sacerdotal en Juan 17 cuando dice, "Yo te he glorificado en la tierra" y "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste". Siempre estuvo preocupado por la gloria de su Padre. Dijo: "No he venido a buscar mi gloria sino la gloria de aquél que me envió!" No se puede entender verdaderamente la vida terrenal de Jesús, a no ser en estos términos. Conocía esa gloria que desde siempre pertenece al Padre, aquella "gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese!" Había visto esa gloria y la había compartido. Estaba lleno de este sentido de la gloria de Dios y su único deseo era que el género humano llegara a conocerla.

¡Qué ideas tan indignas tiene este mundo de Dios! Si uno somete a prueba las ideas que tiene acerca de Dios, comparándolas con la enseñanza de la Biblia, se verá a simple vista lo que quiero decir. Incluso carecemos del debido sentir de la grandeza, poder y majestad de Dios. Escucha uno a los hombres discutir acerca de Dios y advierte de inmediato la forma voluble en que usan el término. No es que yo quisiera volver a la práctica de los antiguos judíos; creo que llegaron demasiado lejos, pero lo que sí resulta casi alarmante, es observar la forma en que todos tendemos a usar el nombre de Dios. Obviamente no caemos en la cuenta de que estamos hablando acerca del Dios eterno, absoluto y todopoderoso. En un cierto sentido, deberíamos

quitarnos el calzado cuantas veces usamos su nombre. Y cuan poco valoramos la bondad de Dios, su amabilidad y providencia. Cómo se deleitaba el salmista en alabar a Dios como roca nuestra, como paz, como pastor que nos guía, como justicia nuestra, como el omnipresente que nunca nos dejará ni abandonará.

Esta petición significa precisamente esto. Todos deberíamos estar poseídos de una pasión consumidora de que todo el mundo llegara a conocer a Dios así. En el Antiguo Testamento se emplea una expresión interesante respecto a esto que quizá nos haya sorprendido a veces. El salmista, en el salmo 34, invita a que todos se unan a él para 'engrandecer' al Señor. ¡Qué idea tan extraña! Dice el salmista, "engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre". A primera vista, esto parecería bastante ridículo. Dios es el Eterno, el que existe por sí mismo, absoluto y perfecto en todas sus cualidades. ¿Cómo puede un hombre débil engrandecer a un Ser tal? ¿Cómo podemos nosotros hacer a Dios más grande (y eso es lo que significa engrandecer)? ¿Cómo podemos exaltar el nombre que está por encima de todo? Parece descabellado y ridículo. Y sin embargo, con sólo que examinemos la forma en que el salmista lo emplea, veremos exactamente qué quiere decir. No quiere decir que de hecho podamos añadir algo a la grandeza de Dios, porque eso es imposible; lo que sí quiere decir es que anhela que esta grandeza de Dios se vea con más intensidad entre los hombres. Por ello es posible que podamos engrandecer el nombre de Dios en este mundo. Lo podemos hacer de palabra, con nuestra vida, siendo reflejos de la grandeza y gloria de Dios y de sus maravillosos atributos.

Éste es el significado de la petición. Es un deseo ardiente de que todo el mundo se incline ante Dios en adoración, en reverencia, en alabanza, en honor y en acción de gracias. ¿Es éste nuestro deseo supremo? ¿Es esto lo que predomina siempre en nuestra mente cuantas veces adoramos a Dios? Quisiera recordar de nuevo que así debería ser, no importan las circunstancias en que estemos. Cuando así consideramos la oración, vemos el poco valor que tienen la mayor parte de ellas. Cuando uno acude a Dios, dice nuestro Señor, aunque las circunstancias y condiciones sean desesperadas, aunque se tengan la mente y el corazón hondamente preocupados, incluso entonces, dice, hay que detenerse un momento para recogerse y caer en la cuenta de que el deseo más hondo de todos debería ser que este Dios maravilloso, que se ha convertido en Nuestro Padre en mí y por mí, sea honrado, sea adorado, sea engrandecido entre la gente. 'Santificado sea tu nombre! Como hemos visto, así ha ocurrido en la oración de todos los verdaderos santos de Dios que han vivido sobre la faz de la tierra.

Por consiguiente, si queremos de veras conocer la bendición de Dios y estamos preocupados de que nuestras oraciones sean eficaces y valiosas, debemos seguir este orden. Todo esto se halla contenido en una frase que se repite muchas veces en el Antiguo Testamento: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová". Ésta es la conclusión a la que llega el salmista. Ésta es también la conclusión del sabio en sus Proverbios. Si uno desea saber, dice, lo que es la verdadera sabiduría, si uno desea bendición y prosperidad, si uno desea paz y gozo, si uno desea poder vivir y morir de una forma digna, si uno desea sabiduría con respecto a la vida en este mundo, ahí está, 'el temor de Jehová'. No es miedo, sino temor reverencial. Por consiguiente, si deseamos conocer a Dios y recibir la bendición de Dios, debemos comenzar con la adoración. Debemos decir, 'Santificado sea tu nombre', y decirle que, antes de mencionar cualquier problema personal, nuestro único deseo es que sea conocido. Acerquémonos a Dios "con reverencia y temor: porque nuestro Dios es fuego consumidor". Ésta es la primera petición.

La segunda es 'Venga tu reino'. Se percibe que hay un orden lógico en estas peticiones. Se siguen la una a la otra con una especie de necesidad inevitable, divina. Comenzamos pidiendo que el nombre de Dios sea santificado entre los hombres. Pero en el momento en que decimos

esta oración, se nos recuerda el hecho que su nombre no es santificado así. De inmediato surge la pregunta, ¿Por qué no se inclinan todos los hombres ante el sagrado nombre? ¿Por qué no se preocupan todos los hombres por humillarse ahora en la presencia de Dios, en adorarlo y en utilizar todos los momentos para dar a conocer su nombre? ¿Por qué no? La respuesta es, desde luego, que se debe al pecado, a que hay otro reino, el reino de Satanás, el reino de las tinieblas. Y con esto se nos recuerda de inmediato la esencia misma de los problemas humanos y de la condición humana. Nuestro deseo como pueblo cristiano es que el nombre de Dios sea glorificado. Pero en cuanto comenzamos con esto, caemos en la cuenta de que existe esta oposición, y se nos recuerda toda la enseñanza bíblica acerca del mal. Hay alguien que es 'el dios de este mundo'; hay un reino de oscuridad, un reino del mal, que está opuesto a Dios, a su gloria y honor. Pero Dios se ha complacido benignamente en revelar desde los comienzos mismos de la historia que Él establecerá su reino en este mundo temporal; que si bien Satanás ha entrado en este mundo y lo ha conquistado de momento, poniendo a todo el género humano bajo su dominio, Él volverá a prevalecer y convertir a este mundo y todos sus reinos en su reino glorioso. En otras palabras, a lo largo del Antiguo Testamento, se encuentran las promesas y las profecías referentes al advenimiento del reino de Dios o del reino de los cielos. Y, desde luego, este punto específico y crucial de la historia del mundo estaba muy presente en la mente de todos cuando nuestro Señor mismo estaba en la tierra. Juan el Bautista había predicado su mensaje: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado". Invitaba a la gente a que se preparara. Y cuando nuestro Señor comenzó a predicar, dijo exactamente lo mismo: "Arrepentíos: porque el reino de los cielos se ha acercado!". En esta petición obviamente tiene presente esta idea al enseñar a sus discípulos que oren de un modo específico. En ese momento histórico inmediato, enseñaba a sus discípulos a orar para que el reino de Dios llegara pronto, pero la oración es igualmente adecuada para nosotros como pueblo cristiano de todas las edades hasta que llegue el fin.

Podemos resumir la enseñanza referente al reino. El reino de Dios significa realmente el reinado de Dios; significa la ley y el gobierno de Dios. Si lo vemos así comprenderemos que el reino puede considerarse de tres formas. En un sentido, el reino ya ha llegado. Llegó cuando el Señor Jesucristo estuvo aquí. Él dijo: "Si por el dedo de Dios echo yo fuera a los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros"; en otras palabras: "el reino de Dios ya está aquí; ejerzo este poder, esta soberanía, esta majestad, este dominio; éste es el reino de Dios". En cierto sentido pues, el reino de Dios había llegado ya. El reino de Dios también está aquí en este momento en los corazones y vidas de todos los que se someten a Él, de todos los que creen en Él. El reino de Dios está presente en la iglesia, en el corazón de todos los que son verdaderos cristianos. Cristo reina en los tales. Pero todavía ha de llegar el día en que su reino quede establecido en la tierra. Aun ha de llegar el día en que 'Doquier alumbre el astro sol Ha de reinar el rey Jesús.'

Ese día se está acercando. Todo el mensaje de la Biblia lo anuncia. Cristo descendió de los cielos para fundar, establecer y crear ese reino. Todavía sigue ocupado en esta obra y lo estará hasta el fin, cuando quede concluida. Entonces, según Pablo, lo entregará de nuevo a Dios Padre, a fin de que "Dios sea todo en todos".

Nuestra petición, pues, equivale a esto. Deberíamos tener un anhelo y deseo grandes de que el reino de Dios y de Cristo entre en los corazones de los hombres. Debería ser nuestro deseo que este reino se ahonde en nuestro propio corazón; porque en la medida en que le adoremos, le entreguemos nuestra vida, y nos dejemos guiar por Él, su reino viene a nuestro corazón. También deberíamos estar ansiosos de ver que este reino se extienda en la vida y corazón de otros

hombres y mujeres. Por esto cuando oramos, 'Venga tu reino', pedimos el éxito del evangelio, su predominio y poder; pedimos la conversión de hombres y mujeres; pedimos que el reino de Dios llegue hoy a América, Europa, Australia, a todas partes. 'Venga tu reino' es una oración misionera que lo abarca todo.

Pero más allá todavía. Es una oración que indica que estamos "Esperando y apresurándonos para la venida del Día de Dios" (2P. 3:12). Quiere decir que deberíamos esperar con anhelo el día en que el pecado, el mal, la injusticia y todo lo que se opone a Dios sea definitivamente erradicado. Significa que deberíamos desear de todo corazón que llegue el momento del retorno del Señor, y el día en que todos sus enemigos serán arrojados en el lago de fuego, y los reinos de este mundo se conviertan en reinos de nuestro Dios y de su Cristo.

'Venga tu reino, oh Dios; TU gobierno comience, oh Cristo; TU cetro de hierro quebrante la esclavitud del pecado.

Ésta es la petición. Por cierto que su significado se expresa perfectamente al final del Apocalipsis: "Ven Señor Jesús!" "El Espíritu y la esposa dicen: Ven!" Nuestro Señor está subrayando aquí que antes de que empecemos a pensar en nuestras necesidades y deseos personales, deberíamos tener dentro de nosotros este deseo ardiente de la venida de su reino, y anhelar que el nombre de Dios sea glorificado y engrandecido sobre todas las cosas.

La tercera petición, 'Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra' no necesita explicación. Es una especie de consecuencia y conclusión lógica de la segunda, al igual que ésta era conclusión lógica de la primera. El resultado de la venida del reino de Dios entre los hombres, será que la voluntad de Dios se hará entre los hombres. En los cielos la voluntad de Dios siempre se cumple perfectamente. En la Biblia sólo tenemos algunas metáforas tenues acerca de ello, pero son suficientes para saber que lo que es característico del cielo es que todos y todo giran alrededor de Dios y están ansiosos de glorificar engrandecer su nombre. Los ángeles, por así decirlo, están siempre prestos a volar en cuanto El lo diga. El deseo supremo de todos, en el cielo, es hacer la voluntad de Dios. y con ello alabarlo y adorarlo. Y debería ser el deseo de todo cristiano genuino, dice nuestro Señor en este pasaje, que todo en la tierra fuera así. También aquí estamos mirando hacia la venida del reino, porque esta petición nunca se cumplirá ni será concebida hasta que el reino de Dios se establezca de hecho en la tierra, entre los hombres. Entonces la voluntad de Dios será hecha en la tierra como lo es en el cielo. Habrá "cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia". Los cielos y la tierra serán una sola cosa, el mundo se transformará, el mal quedará excluido y la gloria de Dios brillará sobre todas las cosas.

Con estas palabras, pues, se nos enseña cómo empezar a orar. Éstas son las peticiones con las que siempre se debe comenzar. Podemos sintetizarlas de nuevo. Nuestro deseo más íntimo e intenso debería ser el anhelo por la gloria y honor de Dios. Aun a riesgo de que se me entienda mal, diría que nuestro deseo de esto debería ser mayor que nuestro anhelo por la salvación de las almas. Aun antes de comenzar a pedir por las almas, aun antes de comenzar a pedir por la extensión y difusión del reino de Dios, debería existir el deseo supremo de la manifestación de su gloria y de que todo se humille en su presencia. Podemos decirlo así: ¿Qué preocupa y angustia nuestra mente? ¿Es la manifestación del pecado que vemos en el mundo, o es el hecho de que los hombres no adoren y glorifiquen a Dios como deberían? Nuestro Señor lo sintió tanto que lo dijo así en Juan 17:25: "Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos (refiriéndose a los discípulos) han conocido que tú me enviaste!" "Padre justo", dijo pues, "esta es la tragedia, esto es lo que me tiene perplejo, y me entristece, que el mundo no te ha conocido. Piensa en ti como en un tirano, piensa en ti como en un legislador duro, piensa en ti como en alguien que es enemigo del mundo y que trata siempre de abusar de él. Padre santo, el mundo no

te ha conocido. Si te hubiera conocido, no tendría tales ideas sobre ti! Y éste debería ser nuestro deseo y anhelo ardientes. Deberíamos conocer a Dios de tal forma que nuestro único deseo y anhelo fuera que todo el mundo llegara a conocerlo también.

¡Qué oración tan maravillosa es ésta! ¡Qué necios son los que dicen que esta oración no es propia del cristiano, que sólo era para los discípulos de entonces y para los judíos de una época venidera! ¿No nos hace sentir, en un cierto sentido, que nunca hemos orado bien? Esto es oración, 'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre'. ¿Hemos llegado ya a ello, me pregunto? ¿Hemos en realidad orado así, con esta petición, 'santificado sea tu nombre'? Si así lo hacemos, lo demás seguirá. 'Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra'. No necesitamos decirle, "Señor, enséñanos a orar". Ya lo ha hecho. No tenemos más que poner en práctica los principios que nos ha enseñado tan claramente en esta oración modelo.

CAPÍTULO XXXVI **Oración: Petición**

Quienquiera que trate de predicar en torno al Padrenuestro, se encuentra con grandes dificultades. En cierto sentido resulta hasta presuntuoso pensar en predicar sobre él. Uno debería, simplemente, repetir estas frases, meditarlas y examinarlas de todo corazón. Porque por sí mismas lo dicen todo, y cuanto más se estudie esta oración tanto menos habría que decir, si uno usara cualquiera de estas frases tal como nuestro Señor quiso que se usaran. Pero por otra parte, todos somos frágiles y falibles, somos criaturas pecadoras, y en consecuencia, necesitamos que se nos analicen estas cosas y se insista en ellas.

Eso es precisamente lo que hemos tratado de hacer y llegamos ahora a la última sección (versículos 11-15). Ya hemos examinado si aquí hay tres peticiones o cuatro. Básicamente, y a pesar de la interesante consecuencia, desde el punto de vista de la ciencia bíblica numérica de que fueran cuatro, diría que son tres, y estas tres últimas peticiones se refieren a nosotros mismos y a nuestras necesidades y deseos. Me parece que las palabras que nuestro Señor emplea en el versículo 13 lo indican: 'Y' —esta es la palabra que introduce cada petición nueva— 'Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal'. El uso del adversativo 'mas' parece indicar que se trata de una petición que se ofrece desde dos ángulos o aspectos diferentes.

Antes de comentar estas tres peticiones por separado, hay que hacer dos o tres consideraciones generales. La primera se refiere al carácter totalmente comprensivo de ellas. En las tres peticiones se encuentran sintetizadas todas nuestras grandes necesidades. 'El pan de nuestro de cada día, dánoslo hoy'. 'Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores'. 'Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal'. Toda nuestra vida se halla en estas tres peticiones, y eso es lo que hace esta oración tan extraordinariamente sorprendente. Con tan pocas palabras nuestro Señor ha abarcado la vida del creyente en todos sus aspectos. Nuestras necesidades físicas, nuestras necesidades mentales y, desde luego, nuestras necesidades espirituales; todas ellas están incluidas. Se recuerda el cuerpo, se recuerda el alma, se recuerda el espíritu.

Y esto comprende el hombre entero, cuerpo, alma y espíritu. Pensemos en todas las actividades que en este momento se están desarrollando en el mundo, el organizar, el planificar, el legislar y todas las demás cosas; la mayor parte de ellas no se ocupan sino del cuerpo del

hombre, de su vida y existencia en este mundo temporal. Ésa es la tragedia de la perspectiva mundana, porque hay otro reino, el ámbito de las relaciones —el alma—, aquello por medio de lo cual el hombre establece contacto con los demás hombres, los medios de comunicación entre unos \ otros y toda la vida y actividad social. Aquí se halla todo.

Y principalmente, tenemos lo espiritual, aquello que une al hombre con Dios, y le recuerda que es algo más que polvo, y que, como dice Longfellow, "Polvo eres, en polvo te convertirás, no se dijo del alma". Así ha sido hecho el hombre; no podemos eludirlo, y nuestro Señor se ha ocupado de ello. No dejaremos de quedar impresionados ante el carácter universalmente comprensivo de estas peticiones. Esto no quiere decir que no debamos entrar nunca en detalles; debemos hacerlo, así se nos enseña. Se nos enseña a poner ante Dios en oración los detalles de nuestra vida; pero aquí tenemos sólo los grandes titulares. Nuestro Señor no-da esos epígrafes y nosotros añadimos los detalles, peí o es importante asegurarnos de que todas nuestras peticiones correspondan a uno u otro de ellos.

La segunda observación general se refiere al orden maravilloso en que se presentan estas peticiones. ¿Cuántas veces, al pensar en esta oración y meditar en ella, nos hemos sentido sorprendidos de que la primera parte sea lo que es? Examinémosla de nuevo en el marco general en que se encuentra: 'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra' —un nivel maravilloso, sublime, espiritual. Hubiéramos esperado que inmediatamente después de esto vinieran las necesidades espirituales del hombre seguidas, en orden descendente, de las necesidades de su alma y al final de las del cuerpo. Pero nuestro Señor no lo ordena así. Inmediatamente después de esas peticiones sublimes de Dios y de su gloria, dice: 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy'. Comienza con el cuerpo. Resulta realmente algo sorprendente, a primera vista, pero en cuanto nos detenemos a pensar en torno a ello nos damos cuenta de que el orden es absolutamente justo. Nuestro Señor habla ahora de nuestras necesidades, y es evidente que lo primero es que podamos continuar existiendo en este mundo. Estamos vivos y debemos seguir vivos. El hecho mismo de mi existencia y ser va implicado en ello, de modo que la primera petición se ocupa de las necesidades físicas, y por ahí comienza nuestro Señor. Luego pasa a ocuparse de la necesidad de purificación de la mancha y culpa del pecado, y por último, de la necesidad de ser resguardado en contra del pecado y de su poder. Ésta es la forma genuina de considerar la vida del hombre. Estoy vivo y debo seguir vivo. Pero además soy consciente de mi culpa e indignidad, y siento la necesidad de ser purificado. Entonces pienso en el futuro y me doy cuenta de que necesito ser librado de ciertas cosas que me amenazan.

Otra forma de decirlo es ésta. La vida en un sentido físico, o en sentido biológico, es la base de la que todo depende, y en consecuencia debo orar por mi existencia. Pero en cuanto lo hago, comprendo que lo físico es sólo un aspecto de mi vida. Hay otro aspecto. Recuerdo que nuestro Señor dijo, "Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado". También dijo que había venido "para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Habiéndome preocupado antes sólo de mi existencia física, ahora comienzo a aprender que lo que realmente hace que la vida sea vida es andar en intimidad y comunión con Dios.

Esto, según Juan, en su primera Carta, es la forma auténtica de enfrentarse con la vida en un mundo como el nuestro. Hay contradicciones y dificultades; se presentan toda clase de obstáculos. Pero Juan dijo que escribía esa carta "para que vuestro gozo sea cumplido", a pesar de todo. ¿Cómo se va a cumplir mi gozo en un mundo así? Teniendo intimidad con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Esto es verdadera vida. Pero en cuanto lo comprendo, sé que hay ciertas

cosas que tienden a interrumpir esa intimidad. Soy pecador, por consiguiente necesito perdón de los pecados a fin de poder disfrutar de esa vida de Dios. Y cuando mi comunión con Él ha sido restaurada, la única otra cosa que necesito es seguir disfrutando de esa intimidad sin interrupción, sin que nada se interponga entre mí mismo y la faz de Dios que es ahora mi Padre, por medio del Señor Jesucristo.

Éste es pues el orden: pan cotidiano, perdón de pecados, ser guardado de todo lo que me puede hacer caer en pecado, ser librado de todo lo que se opone a mis intereses más elevados y a mi verdadera vida. En resumen, no hay nada en toda la Biblia que nos muestre con tanta claridad nuestra dependencia total de Dios como esta oración, y en especial estas tres peticiones. Lo único que realmente nos debe importar es conocer a Dios como Padre nuestro. Si conociéramos a Dios así, nuestros problemas ya estarían resueltos; pero al descubrir nuestra dependencia total de Él, iríamos a Él diariamente, como hijos a su Padre.

Éstas, son pues, nuestras observaciones generales. Pasemos ahora a examinar brevemente las peticiones por separado en el orden en que aparecen. Si estuviéramos interesados por la parte mecánica de la Biblia, podríamos dedicar cierto tiempo a la consideración del significado del término 'pan nuestro de cada día'. Se dice que es uno de los términos más difíciles de toda la Biblia. ¿Cuál es el significado exacto de la expresión? No voy a cansar al lector con todos los puntos de vista y teorías existentes. Debe por lo menos significar esto: 'Danos hoy lo que nos es necesario'. Alguien podría decir que significa: 'Danos hoy el pan para mañana', lo cual es exactamente lo mismo. En otras palabras, lo que se pide es lo suficiente o necesario para cada día. Se pide por lo necesario. El pan es el sostén del día, y estoy de acuerdo con los que dicen que no debería limitarse a la alimentación. Tiene como fin abarcar todas nuestras necesidades materiales, todo lo que le es necesario al hombre para vivir en este mundo.

Una vez dicho esto, hay que añadir una serie de comentarios más. En primer lugar ¿no hay acaso algo de extraordinario y maravilloso en la conexión entre esta petición y las anteriores? ¿No es ésta una de las cosas más maravillosas de toda la Biblia, que el Dios que es el Creador y Sostenedor del universo, que el Dios que está constituyendo su reino eterno para establecerlo al fin, que el Dios para quien las naciones no son sino 'menudo polvo en las balanzas' — que ese Dios esté dispuesto a pensar en nuestras pequeñas necesidades, incluso en los detalles más mínimos como en esto del pan cotidiano? Pero esa es la enseñanza de nuestro Señor siempre. Nos dice que incluso un gorrión no cae sin que nuestro Padre lo permita, y que nosotros somos de mucho más valor que los gorriones. Dice que "aun vuestros cabellos están todos contados". ¡Si pudiéramos comprender este hecho, que el Señor todopoderoso del universo se interesa por todas y cada una de sus Partes. No hay ni un cabello en mi cabeza por el que no se preocupe, y le son conocidos en su trono eterno los detalles más ínfimos y triviales de mi pequeña vida. Esto es algo que sólo se encuentra en la Biblia. Se pasa directamente del 'hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra', a 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy'. Pero esta es la manera de Dios, "el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo", quien sin embargo, como nos dice Isaías, mora también "con el quebrantado y humilde de espíritu!" Éste es el milagro de la redención; éste es el significado global de la encarnación, que nos dice que el Señor Jesucristo se posesiona de nosotros aquí en la tierra y nos vincula al Dios todopoderoso de la gloria. ¡El reino de Dios, y mi pan cotidiano!

Se debe subrayar, desde luego, que lo que debemos pedir debe ser siempre necesidades absolutas. No se nos dice que oremos para pedir lujos o sobreabundancia, ni se nos I prometen tampoco estas cosas. Pero se nos promete que] tendremos suficiente. David, al volver ya anciano la vista 1 hacia atrás pudo decir, "No he visto justo desamparado, ni su descendencia que

mendigue pan". Las promesas del Dios nunca fallan. Pero se refieren sólo a cosas necesarias, y la idea que nosotros tenemos de la necesidad no! es siempre la que Dios tiene. Pero sí nos dice que pidamos lo necesario.

Pasemos a otro asunto que quizá es más difícil. Hay quienes ven en todo esto una contradicción evidente. Nuestro! Señor nos dice que pidamos; pero acaba de decir también que no tenemos que ser como los paganos que piensan que se les oirá porque hablan mucho, porque "vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros pidáis". "Muy bien —dice alguien—; si Dios lo sabe antes de que le pidamos, ¿por qué deberíamos presentarle nuestras necesidades? ¿Por qué hablarle de cosas que ya sabe?" Esto nos conduce a la entraña misma del significado de la oración. No le decimos a Dios estas cosas porque no las conozca. No, debemos pensar en la oración más como relación entre Padre e hijo; y el valor de la oración es que nos mantiene en contacto con Dios.

Una ilustración que en cierta ocasión utilizó el Dr. Simpson, me ayudó mucho cuando la leí por primera vez, y sigue ayudándome en relación con esto. Dijo que muchos de nosotros tendemos a pensar que Dios, en cuanto Padre nuestro, nos da todo el gran don de la gracia de una sola vez, y que, habiéndolo recibido, vamos viviendo de él. "Pero __dijo—, no es así. Esto resultaría muy peligroso para nosotros. Si Dios nos diera todos sus gloriosos dones de gracia de una sola vez, correríamos el peligro de disfrutar del don y de olvidarnos por completo de Dios!" Porque aunque no podemos entenderlo, Dios desea que le hablemos y, como Padre nuestro, le gusta que lo hagamos. Es como un padre terrenal en ese sentido. El padre terrenal se siente hondamente herido ante el hijo que se contenta con disfrutar de lo que el padre le ha dado, pero que nunca vuelve a buscar su compañía hasta que ha agotado los recursos y necesita más. No, al padre le gusta que el hijo venga a hablarle; y ésta es la forma en que Dios actúa. Es, dice el Dr. Simpson, exactamente como un padre que ha puesto a nombre del hijo un gran depósito en el Banco, y el hijo puede solamente retirar cada vez una cantidad con un cheque. Cada vez que necesita más tiene que librar otro cheque. Y así es como Dios actúa con nosotros. No nos lo ha dado todo de una vez. Nos lo da por partes. Dios está ahí con la gracia ofreciendo su garantía, y todo lo que nosotros tenemos que hacer es firmar nuestros cheques y presentarlos. Esto es la oración, presentar nuestro cheque, acudir a Dios y pedirle que lo pague.

Sin duda es algo maravilloso que a Dios le guste que acudamos a Él. El Dios que existe por sí mismo, el gran Jehová, el Dios que no depende de nadie, que existe de eternidad a eternidad, que existe en sí mismo y aparte de todo, porque somos sus hijos —esto es lo asombroso—, se agrada de que vayamos a Él para complacerse en oírnos.

Al Dios que hizo el cielo y la tierra, y que señala el curso de las estrellas, le gusta oír nuestras alabanzas balbucientes, le gusta oír nuestras peticiones. Es así, porque Dios es amor, y ésta es la razón de que, aunque conoce todas nuestras necesidades, le dé gran placer, por así decirlo, cuando nos ve acudir a Él para pedirle nuestro pan cotidiano.

Pero todavía debemos subrayar otro aspecto: todos debemos recordar nuestra dependencia total de Dios, incluso para nuestro pan cotidiano. Si Dios lo quisiera, no tendríamos pan cotidiano. Podría ocultar el sol; podría detener la lluvia; podría hacer que la tierra fuera tan estéril que el labrador incluso con todos sus implementos modernos y abonos químicos, no pudiera conseguir la cosecha. Podría hacer que se perdiera la cosecha si lo quisiera. Estamos absolutamente en las manos de Dios, y la necedad suprema de este siglo XX es pensar que, porque hemos adquirido cierta cantidad de conocimientos de las leyes de Dios, somos independientes de Él. No podemos vivir ni un solo día sin Él. Nada seguiría existiendo si Dios no lo sostuviera e impulsara. 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy! Es bueno que por lo menos

una vez al día aunque cuanto más mejor, recordemos que nuestra existencia misma está en sus manos. Nuestro alimento y todas las cosas necesarias provienen de Él, y dependemos para su consecución de su gracia y misericordia.

Llegamos ahora a la segunda división, que suele ser fuente de grandes dificultades. 'Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Las dificultades principales en cuanto a esto son dos. Hay quienes piensan que el cristiano no necesita pedir perdón, y entre éstos se forman dos grupos. Unos dicen que los cristianos no necesitan pedir perdón, porque son justificados por fe, con lo cual quieren decir, desde luego, que estamos justificados por fe en la presencia de Dios. ¿Qué significa 'justificados por fe'? Quiere decir que Dios declara que ha perdonado todos nuestros pecados en la Persona del Señor Jesucristo, los pecados que hemos cometido y los que cometeremos; que ha considerado como nuestra la rectitud de Jesucristo, y nos considera y declara justos en Él. Esto es justificación por fe. En este caso, argumentan, si todos mis pecados han sido ya perdonados, ¿qué necesidad tengo de pedir perdón?

Otros, debido a la idea que tienen de la santificación dicen que no se necesita pedir perdón. Su posición es que ya no pecan más; son perfectos. Sostienen la teoría de la santidad que enseña que el pecado ha sido extirpado, y que son perfectos e impecables. Resultaría, pues, erróneo orar para pedir el perdón de pecados; no necesitan hacerlo, porque no hacen nada malo. Pero la respuesta a este error es que nuestro Señor nos manda que pidamos el perdón de nuestros pecados y transgresiones (o cualquier otra palabra que prefieran). No habla acerca de la justificación; no se ocupa en este caso del pecador que acaba de comprender el hecho de que necesita que se le perdonen los pecados y por ello acude a Dios, recibe el don de salvación y toma conciencia de su justificación en Cristo — no es esto lo que tenemos aquí. Se trata más bien de lo que nuestro Señor habla en Juan 13. Al lavar los pies de los discípulos, Pedro le dijo, "Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza". "No —dijo Cristo—, el que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio." Sólo hay un lavamiento de la totalidad de la persona —esa es nuestra justificación. Pero una vez justificados, al andar por el mundo nos contaminamos y manchamos con el pecado. Y así le sucede a todo cristiano. Aunque sabemos que hemos sido perdonados, necesitamos todavía perdón para pecados y faltas específicas. Así se dice brevemente en el capítulo 1 de la primera Carta de Juan, donde vemos que el cristiano, aunque vive una vida de fe, puede caer en el pecado. ¿Qué hemos de hacer en cuanto a esto? Juan nos dice que confesemos nuestros pecados. Y "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» Juan no escribe a no creyentes; dirige la carta a creyentes. Escribe a cristianos; y nuestro Señor en el Padrenuestro habla a los cristianos.

¿Quién puede orar, 'perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores'? Es el hombre que ya tiene el derecho de decir, 'Padre nuestro'. Y el único hombre que tiene el derecho de decir 'Padre nuestro' es el que está en Cristo Jesús. Es 'la oración de los hijos'. No es una oración para cualquiera, sino sólo para aquellos que han llegado a ser hijos de Dios en el Señor Jesucristo. Es la relación del hijo con el padre, y en el momento en que somos conscientes de haber ofendido, agraviado o pecado contra el Padre, lo confesamos, pedimos perdón, y estamos seguros de que somos perdonados.

Respecto a los que afirman que como ya han sido santificados no necesitan perdón, la carta de Juan nos dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". El hombre que no conoce las tinieblas de su corazón, sino que

se preocupa sólo de sus propias teorías, es un hombre que no se está examinando de verdad. Cuanto mayor es un santo, mayor es el sentido y la conciencia de pecado que hay en él.

Examinemos la segunda gran dificultad referente a esta petición. 'Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Hay quienes dicen que los cristianos nunca deberían usar esta oración, porque al hacerlo, dicen, es como volver a la ley. Estas palabras se aplican, según ellos, sólo a aquellos a quienes nuestro Señor estaba hablando de hecho, y se aplicarán de nuevo sólo a aquellos que vivirán en el futuro reino. Sólo estos son los que orarán diciendo: "perdóname porque he perdonado a otros". Volverán a vivir en terreno legal. No dice "por Jesucristo", dicen estos intérpretes; y agregan, no se menciona la expiación; y por consiguiente no se aplica a los cristianos. ¿Qué respondemos a esto?

El primer comentario es que el texto no dice, "Perdónanos nuestras deudas porque nosotros perdonamos a nuestros deudores", no dice, "Perdónanos ya que nosotros también perdonamos". Dice más bien "como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". O veámoslo así: Tomemos esa argumentación que afirma que, como el Padre nuestro no dice "por Jesucristo", y porque la expiación no se menciona de forma específica, esta oración no es evangelio. Si fueran consecuentes no deberían usar nunca más la parábola del Hijo Pródigo porque tampoco menciona la expiación. No dice nada acerca de "por Jesucristo". Sólo presenta un cuadro extraordinario de Dios como Padre. Simplemente dice que el hijo regresó y que el padre lo perdonó generosamente y derramó su amor sobre él. Pero una actitud así hacia la parábola y hacia esta petición resulta ridícula y patética. Del mismo modo que la parábola sólo quiere señalar una gran verdad básica, así también nuestro Señor en este caso está simplemente interesado por recordarnos la necesidad del perdón y garantizarnos el hecho del perdón. No se fija en el mecanismo o la forma del perdón en este caso, como tampoco lo hace en la parábola del Hijo Pródigo. Debemos siempre tomar la Biblia como un todo y comparar unos pasajes con otros.

Ahora veamos esta idea de que hubo un tiempo en que los hombres recibían perdón en términos puramente legales, o que habrá un tiempo en el futuro cuando los hombres se hallarán en terreno puramente legal frente a Dios, y serán perdonados si ellos han perdonado. ¿Nos damos cuenta de lo que esto significa? Significa, desde luego, que esas personas nunca recibirán perdón. Pablo dice que la ley condena a todo el mundo. "No hay justo, ni aun uno" "Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios: El mundo entero es culpable delante de Dios, y ha sido condenado. Les puedo asegurar que nunca habrá nadie en ninguna Era venidera que pueda recibir el perdón de Dios sin relación a la muerte del Señor Jesucristo en la cruz.

¡Que absurda es esta teoría de que en un reino venidero el perdón se basará estrictamente en fundamentos legales o que en cualquier tiempo se haya conseguido de esta forma! La única manera de conseguir perdón antes de Cristo, después de Cristo y siempre, es por medio de Cristo y de Cristo crucificado. El camino de la salvación por medio de Él fue determinado "antes de la fundación del mundo", y este hecho se halla implícito en esa afirmación y en todas las afirmaciones parecidas en toda la Biblia. Debemos aprender a considerar la Biblia en conjunto, y a comparar unos pasajes con otros, y comprender que aquí nuestro Señor simplemente hablaba de la relación de Padre e hijo. No podía, en ese contexto, explicar la doctrina de la expiación. Incluso dijo al final de su vida que había ciertas verdades que tenía que enseñar pero que ellos no podían entender entonces. Aquí se halla implícita la verdad referente a la forma del perdón. Pero la gran realización está por venir.

No debemos permitir que se nos engañe de esta forma. Lo que aquí tenemos es lo que encontramos enseñado con tanta claridad en Mateo 18, en la parábola del siervo que no quería

perdonar a su subordinado, aunque su amo le había perdonado a él. Significa que la prueba de que usted y yo hemos recibido perdón es que perdonamos a otros. Si pensamos que Dios ha perdonado nuestros pecados y nos negamos a perdonar a alguien, cometemos un error; nunca hemos sido perdonados. La persona que sabe que ha sido perdonada exclusivamente por la sangre derramada por Cristo y gracias a esa sangre, es alguien que debe perdonar a los demás. No puede evitarlo. Si realmente reconocemos a Cristo como Salvador, nuestro corazón no puede permanecer endurecido, no podemos negar el perdón. Si negamos el perdón a alguien, diría que nunca hemos sido perdonados. 'Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Digo para la gloria de Dios y en humildad completa, que cuantas veces me veo delante de Dios y recuerdo lo que mi bendito Señor ha hecho por mí, estoy dispuesto a perdonar cualquier cosa a cualquiera. No puedo impedirlo, ni siquiera quiero impedirlo. Esto es lo que dice nuestro Señor aquí. Tenemos por tanto derecho a orar así) Oremos a Dios y digamos, "perdónanos, Oh Dios, como nosotros perdonamos a otros debido a lo que tú has hecho por nosotros. Lo único que pido es que tú me perdones de la misma manera; no hasta el mismo extremo, porque todo lo que yo hago es imperfecto. De la misma manera, por así decirlo, como tú me has perdonado, yo perdono a los otros. Perdóname como yo los perdono debido a lo que la cruz del Señor Jesucristo ha hecho en mi corazón!"

Esta petición está llena de la doctrina de la expiación, está llena de la gracia de Dios. Vemos lo importante que es, por el hecho de que nuestro Señor en realidad la repite. Habiendo concluido la oración repite (en los versículos 14 y 15), "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas!" Es algo absoluto e inevitable. El verdadero perdón conmueve al hombre, y se siente llevado a perdonar, de modo que cuando ofrecemos esta oración para pedir perdón nos sometemos a prueba. Nuestra oración no es genuina, no es auténtica, de nada sirve, a no ser que hallemos que hay perdón en nuestro corazón. Dios nos da la gracia para ser sinceros con nosotros mismos, y para nunca repetir de una forma mecánica estas peticiones del Padre nuestro.

Añadamos un breve comentario acerca de la última petición, 'Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal'. Esta es la última petición y significa lo siguiente. Pedimos que nunca nos encontremos en una situación en la que nos veamos expuestos a la tentación de Satanás. No quiere decir que le estamos imponiendo a Dios lo que él tiene que hacer. Dios pone a prueba a sus hijos, y nunca debemos tener la osadía de decirle a Dios lo que ha de hacer o lo que no ha de hacer. Él sabe que necesitamos mucha preparación para ir a la gloria. Pero aunque no quiere decir que le estamos ordenando algo a Dios, sí quiere decir que podemos pedirle que, si está de acuerdo con su santa voluntad, no permita que nos hallemos en situaciones en las que podamos ser tentados fácilmente, y en las que podamos caer. Significa que deberíamos pedirle que nos guarde de todo esto y que no nos deje llegar hasta ahí. Esto es lo que nuestro Señor quiso decir cuando afirmó a sus discípulos hacia el final, "Velad y orad, para que no entréis en tentación!" Hay situaciones que nos pueden resultar peligrosas; vigilemos y oremos, estemos siempre sobre aviso para no caer en la tentación. Y junto con esto hay otro aspecto de la petición, a saber, que oramos para ser librados del mal. Otros traducirían 'del malo', pero creo que esto limita el significado, porque 'mal' aquí incluye no sólo a Satanás sino al mal en todas sus formas. Ciertamente que incluye a Satanás; necesitamos ser librados de él y de sus asechanzas. Pero también hay mal en nuestro corazón, de modo que necesitamos ser librados del mismo, y también del mal en este mundo. Necesitamos ser librados de todo esto. Es una gran petición, una petición comprensiva.

¿Por qué debemos pedir que nos libre del mal? Por la razón grande y maravillosa de que nuestra intimidad con Dios nunca se rompa. Si el hombre simplemente desea ser santo por serlo, hay algo equivocado en él. Nuestro deseo supremo debería ser poseer una relación recta con Dios, conocerlo, tener una intimidad y comunión ininterrumpida con Él. Por esto decimos esta oración, que nada se interponga entre nosotros y el resplandor, brillo y gloria de nuestro Padre que está en los cielos. 'No nos metas en tentación, más líbranos del mal!'

Recordemos también que hay una apostilla: 'Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos! Se encuentra en algunas versiones antiguas, no en todas. No sabemos con exactitud si nuestro Señor en realidad lo dijo en este contexto o no; pero tanto si lo dijo como si no, es muy apropiado. ¿Qué puede uno decir, después de hallarse frente a semejante oración, a palabras tales? Tiene que haber una especie de acción de gracias final, debe haber una especie de doxología. Al ver nuestras necesidades, nuestra dependencia de Él, nuestra relación con Él, no podemos detenernos con las palabras 'y líbranos del mal! Debemos terminar como comenzamos, alabando. La medida de nuestra espiritualidad es la cantidad de alabanza y de acción de gracias en nuestras oraciones. 'Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria! Nuestro pan cotidiano está asegurado, tenemos como Padre a alguien que nos puede guardar del infierno, de Satanás, de nosotros mismos, de todo. 'Tuyo es el reino, y el poder', —y tuya ha de ser también la gloria por siempre. Amén.

CAPITULO XXXVII

Tesoros en la Tierra y en el Cielo

El tema de esta sección del Sermón del Monte es, como se recordará, la relación del cristiano con Dios en cuanto Padre suyo. Nada hay más importante que esto. El gran secreto de la vida, según nuestro Señor, es vernos a nosotros mismos y considerarnos siempre como hijos de nuestro Padre celestial. Si lo hacemos, nos veremos librados de inmediato de dos de las tentaciones principales que nos asedian a todos en la vida.

Estas tentaciones nos las presenta así. La primera es la tentación muy sutil que asedia a todo cristiano en el asunto de su piedad personal. Como cristiano tengo una vida privada, personal, de devoción. A este respecto nuestro Señor dice que lo único que importa, y lo único que he de considerar, es que los ojos de Dios están puestos en mí. No me debe importar lo que la gente diga, ni me debo interesar por mí mismo. Si doy limosna, no debo darla para que los otros me alaben. Lo mismo se aplica a la oración. No debo querer dar la impresión de que soy un gran hombre de oración. Si lo hago, de nada sirve. No me debo interesar por lo que la gente piense de mí como hombre de oración. El Señor nos llama la atención sobre todo esto. Debo orar como quien está en la presencia de Dios. Los mismos principios se aplican a la cuestión del ayuno; y se recordará como los examinamos en detalle en el capítulo tercero. Estas consideraciones nos han conducido al final del versículo 18 de Mateo 6.

Ahora llegamos al versículo 19 en el que nuestro Señor inicia el segundo aspecto de este gran tema, a saber, el cristiano que vive su vida en este mundo en relación con Dios como Padre suyo, envuelto en sus problemas, lleno de preocupaciones, tensiones y presiones. Es, de hecho, todo el problema de lo que tan a menudo en la Biblia se ha llamado 'el mundo'. Frecuentemente decimos que el cristiano en esta vida tiene que enfrentarse con el mundo, la carne y el demonio; y nuestro Señor utiliza esta descripción triple de nuestro problema y conflicto. Al tratar de esta cuestión de la piedad personal, se ocupa primero de las tentaciones que provienen de la carne y

del demonio. El demonio vigila mucho cuando alguien es piadoso, cuando alguien se ocupa en manifestar su piedad. Una vez tratado esto, nuestro Señor pasa a mostrar que hay otro problema, el problema del mundo mismo.

Ahora bien, ¿qué quiere decir la Biblia con la expresión 'el mundo'? No quiere decir el universo físico, o simplemente todo el conjunto de personas; significa una perspectiva y una mentalidad, significa una forma de ver las cosas, una forma de ver la vida toda. Uno de los problemas más delicados de los que tiene que ocuparse el cristiano es este de su relación con el mundo. Nuestro Señor subraya a menudo que no es fácil ser cristiano. Él mismo durante su visita terrenal se vio tentado por el diablo. También tuvo que hacer frente al poder y sutileza del mundo. El cristiano se encuentra en la misma posición. Hay ataques que le llegan cuando está solo, en privado; hay otros que le llegan cuando está en el mundo. Obsérvese el orden que utiliza nuestro Señor. Es muy significativo. Uno se prepara a sí mismo en el secreto de su propia habitación. Uno ora y hace otras cosas —ayunar, dar limosna, obras buenas que se hacen sin que nadie se entere—. Pero también hay que vivir la vida en el mundo. El mundo hará todo lo que pueda para derrotarlo, hará todo lo que pueda para echar a perder su vida espiritual. Por esto hay que estar muy atentos. Es una lucha de fe, y se necesita toda la armadura de Dios, porque si uno no la tiene, quedará derrotado. "No tenemos lucha contra carne y sangre!" Es una lucha seria, es un conflicto violento.

Nuestro Señor enseña que este ataque del mundo, o esta tentación de la mundanalidad, generalmente asume dos formas principales. En primer término, puede haber un amor declarado por el mundo. En segundo lugar, puede haber ansiedad, un espíritu de preocupación ansiosa respecto al mismo. Veremos que nuestro Señor muestra que ambos son igualmente peligrosos. Se ocupa del amor por el mundo desde el versículo 19 al 24, y del problema de verse dominado por la ansiedad y preocupación por las cosas del mundo, a su vida y a todos sus asuntos, desde el versículo 29 hasta el final del capítulo.

Debemos recordar, sin embargo, que sigue ocupándose de ambos aspectos del problema en función de nuestra relación hacia nuestro Padre celestial. Así pues, al adentrarnos en los detalles de su enseñanza, nunca debemos olvidar los grandes principios de lo gobiernan todo. Debemos tener sumo cuidado de no reducir esta enseñanza a una serie de reglas y normas. Si lo hiciéramos, caeríamos de inmediato en el error del monasticismo. Hay algunas personas tan preocupadas por los cuidados y asuntos de esta vida, que sólo pueden hacer una cosa: apartarse de todo. Por esta razón se encierran en monasterios y se hacen monjes, o viven como eremitas en sus solitarias celdas. Por eso es una idea falsa que no se encuentra en ningún lugar de la Biblia; en ella se nos muestra cómo vencer al mundo permaneciendo en medio de él.

Nuestro Señor presenta primero su enseñanza a modo de afirmación radical, que es también un mandato. Establece una ley, un gran principio. Y una vez dado el principio, en su infinita bondad y condescendencia, nos ofrece varias razones y consideraciones que nos ayudarán a poner en práctica el mandato. Al leer palabras como éstas, no cabe duda de que debemos sentirnos sorprendidos ante tanta condescendencia. Tiene derecho a establecer leyes sin más; pero nunca lo hace así. Establece la ley, nos da el principio, y luego en su bondad nos da las razones, nos ofrece los argumentos que nos pueden ayudar y fortalecernos.

No hay que depender de ellos, pero son de gran ayuda y, a veces, si nuestra fe es débil, son de valor inestimable. Ante todo, pues, he aquí el mandato: "No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo". Este es el mandato, esta es la exhortación. El resto, como veremos, pertenece al campo de las razones y explicaciones. "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el

cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan! Pero veamos ante todo la exhortación misma. Es doble: negativa y positiva. Nuestro Señor presenta la verdad de tal forma que no nos queda excusa alguna. Si cualquiera de nosotros, cristianos, al llegar al gran juicio de la recompensa, nos encontramos con que la nuestra es muy pobre, no tendremos excusa alguna.

En forma negativa, pues, dice, "No os hagáis tesoros en la tierra". ¿Qué quiere decir con esto? Ante todo debemos evitar interpretarlo sólo respecto al dinero. Ha muchos que lo han hecho, y han considerado que tal afirmación se dirige sólo a los ricos. Me parece que esto es necio. Va dirigida a todos. No dice, "No os hagáis de dinero", sino, "No os hagáis tesoros". 'Tesoros' es un término muy amplio y comprensivo. Incluye el dinero, pero no sólo el dinero. Significa algo mucho más importante. Nuestro Señor se ocupa aquí no tanto de nuestras posesiones, como de nuestra actitud hacia esas posesiones. No importa lo que el hombre pueda tener, sino lo que piensa de su riqueza, la actitud que tiene hacia ella. En sí mismo no hay nada malo en poseer riqueza; lo que puede andar mal es la relación del hombre con su riqueza. Y lo mismo se puede decir de cualquier cosa que el dinero pueda comprar.

De hecho, vamos más allá. El problema es la actitud de uno hacia la vida en este mundo. Nuestro Señor se ocupa aquí de las personas que procuran, en esta vida, su satisfacción principal, o incluso total, por medio de las cosas que pertenecen al mundo solamente. Lo que le preocupa y advierte, en otras palabras, es que el hombre no debería limitar su ambición, sus intereses y esperanzas a esta vida. Visto de esta forma, pasa a ser un tema mucho más importante que la simple posesión de dinero. Los pobres necesitan tanto como los ricos esta exhortación acerca de no hacerse tesoros en la tierra. Todos tenemos tesoros en alguna forma o manera. Quizá no sea dinero. Quizá sea el esposo, la esposa o los hijos; quizá sea algún regalo que tenemos y que tiene un valor monetario limitado. Para algunos su tesoro es la casa. También aquí se ocupa de este peligro de estar apegados a la casa, de vivir por la casa y el hogar. No importa lo que sea, o lo pequeño que sea, si lo es todo para ti, es tu tesoro, es aquello para lo cual tú vives. Ese es el peligro en contra del cual nuestro Señor nos pone sobre aviso en este pasaje.

Esto nos da una idea de lo que quiere decir con 'tesoros en la tierra', y vemos cómo es algo que casi no tiene límite. No sólo amor por el dinero, sino amor por el honor, por la posición, por la situación económica, por el trabajo en un sentido ilegítimo; sea lo que fuere, todo lo que se limita a esta vida y a este mundo. Esas son las cosas acerca de las cuales debemos tener cuidado para que no se conviertan en nuestro tesoro.

Así, llegamos a un punto muy práctico. ¿Cómo hace uno, de estas cosas, tesoros en la tierra? De nuevo, no podemos más que dar algunas indicaciones generales en cuanto a su significado. Puede querer decir vivir para atesorar y acumular la riqueza en cuanto riqueza. Muchas lo hacen así, y nuestro Señor quizá tuvo a estas personas en mente. Pero no cabe duda de que se refiriera a algo más amplio. El mandato de nuestro Señor significa evitar todo lo que se centra solamente en este mundo. Como hemos visto, lo abarca todo. Se aplica a las personas que, aunque no estén interesadas para nada en la riqueza o el dinero, están interesadas en otras cosas que, en último término son completamente mundanas. Hay personas que a menudo han sido culpables de caídas tristes y graves en su vida espiritual debido a esto que estamos considerando. El dinero no las tienta, pero las puede tentar la posición social. Sí el demonio se les acerca para ofrecerles algún soborno material, se sonreirán. Pero si les llega con engaño, y, en conexión con su servicio cristiano les ofrece alguna posición elevada, les persuade de que su único interés es el trabajo, lo aceptan, y pronto se comienza a observar un descenso gradual en su autoridad y poder espiritual. La promoción ha causado daños sin fin en la iglesia de Dios a hombres que han sido

muy honestos y sinceros, pero que no han estado vigilantes en contra de este peligro. Han estado haciéndose tesoros en la tierra sin saberlo. Su interés ha pasado, de repente, de estar centrado en agradar a Dios y en trabajar por su honor y su gloria, a estar, casi sin notarlo, centrados en sí mismos y en su dedicación al trabajo. De esta manera, puede alguien estar haciéndose tesoros en la tierra, y es algo tan sutil que incluso personas buenas pueden ser el mayor enemigo del hombre. Más de un predicador ha sido perjudicado por su propia congregación. Las alabanzas, los estímulos que le han ofrecido como hombre, casi lo han echado a perder como mensajero de Dios, y se ha vuelto culpable de hacerse tesoros en la tierra. Tiende casi inconscientemente a verse controlado por el deseo de conseguir la alabanza de su gente, y en cuanto esto sucede, ese hombre está haciéndose tesoros en la tierra. Los ejemplos son casi inagotables. Estoy tratando simplemente de ofrecer alguna indicación del ámbito de este mandato sorprendente. "No os hagáis tesoros en la tierra!" Cualquiera que sea la forma que adopte, lo que importa es el principio.

Examinemos ahora el aspecto positivo del mandato, "Haced tesoros en el cielo". Es muy importante que seamos muy claros en cuanto a esto. Algunos lo han interpretado en el sentido de que nuestro Señor enseña que el hombre puede alcanzar su propia salvación. "Tesoros en el cielo", dicen, "significa la salvación del hombre y su destino eterno. Por consiguiente, ¿acaso nuestro Señor no está exhortando al hombre a que dedique toda su vida a asegurarse el destino eterno?" Es evidente que están equivocados. Esto sería negar la gran doctrina del Nuevo Testamento de la justificación por la fe solamente. Nuestro Señor no puede querer decir esto, porque se está dirigiendo a personas en quienes se cumplen las Bienaventuranzas. Es el hombre pobre de espíritu, el que no tiene nada, el que es bienaventurado. Es el que llora debido a su pecado el que sabe que, al final, a pesar de lo que puede haber hecho o dejado de hacer, nunca puede alcanzar su propia salvación. Esta interpretación, por consiguiente, es abiertamente errónea. ¿Qué significa, pues? Su significado se reitera en muchos otros lugares de la Biblia; nos ayudarán a entender esta enseñanza dos pasajes de la misma. El primero se encuentra en Lucas 16 donde nuestro Señor cita el caso del administrador injusto, el hombre que utilizó en forma hábil su posición. Recordarán que lo resume así. "Ganad amigos", dice, "por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas!" Nuestro Señor enseña que los hijos de este mundo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Se aseguran sus propios fines. Ahora bien, dice nuestro Señor, voy a tomar esto como principio y aplicároslo a vosotros. Si tenéis dinero, usadlo mientras estáis en este mundo para que cuando lleguéis a la gloria, las personas que se beneficiaron del mismo estén allí para recibirlos.

El apóstol Pablo lo explica en 1 Timoteo 6:17-19; "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna!" En otras palabras, si uno ha recibido la bendición de las riquezas, que las utilice de tal forma en este mundo que vaya edificándose un balance favorable para el venidero. Nuestro Señor dice exactamente lo mismo al final de Mateo 25, donde habla acerca de las personas que le dieron de comer cuando tuvo hambre y que lo visitaron en la cárcel. Estos preguntan, "¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos?... ¿o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?" Y dice el Señor, "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." No caéis en la cuenta de ello, pero al hacer buenas obras en favor de estas personas, habéis estado edificando para el cielo, donde recibiréis la recompensa y entraréis en el gozo de su Señor.

Este es el principio que Él subraya constantemente. Dijo a sus discípulos, después de su encuentro con el joven rico, "¡Cuan difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!". Es este confiar en las riquezas, es esta fatal auto confianza, que le hace imposible a uno ser pobre de espíritu. O también, como lo dijo a la gente una tarde cuando afirmó, "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". Esta es la idea que quiso decir con "haced tesoros en el cielo".

¿Cómo podemos hacerlo en la práctica? Lo primero es tener una perspectiva justa de la vida, y sobre todo una perspectiva adecuada de 'la gloria'. Tal es el principio con el cual comenzamos. El gran hecho que nunca debemos perder de vista es que en esta vida somos solamente peregrinos. Andamos en este mundo bajo la vigilancia de Dios, en dirección hacia Dios y hacia nuestra esperanza eterna.

Ese es el principio. Si siempre pensamos acerca de nosotros mismos de esta forma, ¿cómo podemos desviarnos? Entonces todo encajará bien. Este es el gran principio que se enseña en Hebreos 11. Los hombres poderosos, los grandes héroes de la fe tenían un sólo propósito. Andaban "como viendo al Invisible". Decían que eran "extranjeros y peregrinos en la tierra", se dirigían hacia la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por eso cuando Dios llamó a Abraham, éste respondió. Dios se volvió a un hombre como Moisés que tenía grandes posibilidades en la corte egipcia, y le mandó que lo abandonara todo para convertirse en miserable pastor durante cuarenta años, y Moisés obedeció, "porque tenía puesta la mirada en el galardón". Y así todos los demás. ¿Qué hizo que Abraham estuviera dispuesto a sacrificar a su amado hijo Isaac? ¿Qué hizo a todos los otros héroes de la fe estar dispuestos a hacer las cosas que hicieron? Fue que deseaban una patria "mejor, esto es, celestial".

Siempre hay que comenzar con ese gran principio. Si tenemos una idea adecuada de nosotros mismos en este mundo como peregrinos, como hijos de Dios que van hacia su Padre, todas las cosas se ven en la perspectiva adecuada. De inmediato tendremos una idea adecuada de nuestros dones y de nuestras posesiones. Comenzamos a pensar en nosotros mismos como administradores que deben dar cuenta de todo. No somos los poseedores permanentes de estas cosas. No importa que sea dinero o inteligencia o nosotros mismos o nuestra personalidad o cualquier don que podamos poseer. El hombre mundano piensa que es él quien lo posee todo. Pero el cristiano comienza diciendo, "no soy el poseedor de estas cosas, las tengo solamente en depósito, y en realidad no me pertenecen. No puedo llevar las riquezas conmigo, no puedo llevar mis dones conmigo. No soy sino el guarda de estas cosas". Y de inmediato se plantea la gran pregunta: "¿Cómo puedo utilizar estas cosas para la gloria de Dios? Es a Dios a quien tengo que dar cuenta, es Dios ante quien tengo que presentarme, es Él quien es mi juez eterno y mi Padre. A Él tendré que dar cuenta de la administración de todas las cosas con que me ha bendecido!" "Por consiguiente", se dice el cristiano a sí mismo, "debo tener cuidado de cómo uso estas cosas, y mi actitud hacia ellas. Debo hacer todas las cosas que me dice que haga a fin de agradarle!"

He ahí pues la forma en que podemos hacernos tesoros en el cielo. Todo se reduce a la pregunta de cómo me veo a mí mismo y de cómo veo mi vida en este mundo. ¿Me digo todos los días de la vida que este día no es sino un hito más que paso, y que nunca volverá a presentármelo? Ese es el gran principio del que siempre debo acordarme —que soy hijo del Padre, colocado aquí para Él, no para mí mismo. No escogí venir; no me he puesto yo mismo aquí; en todo ello hay un propósito. Dios me ha dado el gran privilegio de vivir en este mundo, y si me ha dotado de bienes, tengo que darme cuenta de que, si bien en un cierto sentido todas estas cosas son mías, en último término, como Pablo muestra al final de 1 Corintios 3, son de Dios. Por consiguiente, al verme a mí mismo como alguien que tiene este gran privilegio de ser

administrador de Dios, su custodio y guarda, no me apego a estas cosas. No se convierten en el centro de mi vida y existencia. No vivo para ellas ni me ocupo de ellas constantemente; no absorben mi vida. Por el contrario, las tengo como quien no las tiene; vivo en un estado de desapego de las mismas. No me dominan ellas, sino que yo las domino; y al hacer esto voy asegurándome, voy haciéndome "tesoros en el cielo".

"¡Pero qué perspectiva tan egoísta!", dice alguien. Mi respuesta es que no estoy sino obedeciendo la exhortación del Señor Jesucristo. Él nos dice que nos hagamos tesoros en el cielo, y los santos siempre lo han hecho así. Creían en la realidad de la gloria que les esperaba. Esperaban alcanzarla y su único deseo era disfrutarla en toda su perfección y plenitud. Si deseamos seguir sus pasos y disfrutar de la misma gloria, es mejor que escuchemos la exhortación de nuestro Señor, "No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo"

CAPITULO XXXVIII **Dios o las Riquezas**

En nuestros análisis de los versículos 19-24 hemos visto que nuestro Señor ante todo establece un mandamiento, «No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo.» En otras palabras, nos dice que hemos de vivir de tal forma en este mundo, y utilizar de tal manera todo lo que tenemos, ya sean posesiones, dones, talentos, o inclinaciones, que vayamos haciéndonos tesoros en el cielo.

Luego una vez dado el mandamiento, nuestro Señor pasa a ofrecernos razones para cumplirlo. Quisiera recordarles de nuevo que aquí tenemos una ilustración de la maravillosa condescendencia y comprensión de nuestro bendito Señor. No necesita darnos razones. Lo propio de Él es mandar. Pero se inclina ante nuestra debilidad, poderoso como es, y viene en nuestra ayuda dándonos estas razones para cumplir su mandamiento. Lo hace de una forma muy especial. Detalla las razones y nos las somete a consideración. No nos da simplemente una, nos da una serie. Lo elabora en una serie de proposiciones lógicas, y, desde luego, no puede haber ninguna duda de que lo hace así, no sólo porque ansia ayudarnos, sino también, y quizá todavía más, debido a la gravedad trascendental del tema del cual se ocupa. De hecho, veremos que este es uno de los asuntos más serios que se puedan examinar.

También debemos recordar que estas palabras fueron dirigidas a personas cristianas. Lo que aquí dice nuestro Señor no es para el incrédulo en el mundo; la advertencia que da es para el cristiano. Nos hallamos aquí ante el tema de la mundanalidad, o mentalidad mundana, y todo el problema del mundo; pero debemos dejar de pensar en él en función de las personas que están en el mundo. Este es el peligro específico de los cristianos. En estos momentos nuestro Señor se ocupa de ellos y de nadie más. Podría alguien argüir, si quisiera, que si todo esto se aplica al cristiano, entonces es mucho más aplicable al no cristiano. La deducción anterior es perfectamente admisible. Pero no hay nada tan fatal y trágico como pensar que palabras como éstas no se nos aplican a nosotros porque somos cristianos. De hecho, esas palabras son quizá las más apremiantes que los cristianos de esta época necesitan. El mundo es tan sutil, la mundanalidad es algo tan penetrante, que todos somos culpables de ella, y a menudo, sin darnos cuenta de que así sucede. Tendemos a dar el nombre de mundanalidad sólo a algunas cosas, y siempre a cosas de las que no somos culpables. En consecuencia, argumentamos que esto no se

refiere a nosotros. Pero la mundanalidad lo penetra todo, y no se limita a ciertas cosas. No significa simplemente el ir a teatros o cines, o hacer algunas pocas cosas de esta clase. No, la mundanalidad es una actividad hacia la vida. Es una perspectiva general, y es tan sutil que puede incluso afectar a las cosas más santas, como vimos antes.

Podríamos hacer una breve digresión y examinar el tema desde el punto de vista del gran interés político de este país, sobre todo, por ejemplo, en tiempos de elecciones generales. ¿Cuál es, en último término, el verdadero interés? ¿Cuál es la cosa verdadera por la que están preocupadas las personas de ambos bandos y de todos los grupos? Están interesados por 'tesoros en la tierra', ya sean las que poseen tesoros o los que les gustaría tenerlos. Todos están interesados en los tesoros, y es sumamente instructivo escuchar lo que dice la gente, y observar como se traicionan a sí mismos y ponen de manifiesto la mundanalidad de la que son culpables y la forma en que se hacen tesoros en la tierra. Para ser prácticos (y si la predicación del evangelio no es práctica, no es verdadera predicación), hay una prueba muy sencilla que nos podemos hacer a nosotros mismos para ver si estas cosas se nos aplican o no. Cuando en la época de elecciones generales se espera de nosotros que decidamos entre los candidatos, ¿pensamos que un punto de vista político es completamente acertado y el otro completamente equivocado? Si es así, sugeriría que en una forma u otra nos estamos haciendo tesoros en la tierra. Si decimos que la verdad está completamente de un lado o de otro, es porque, o bien protegemos algo, o deseamos tener algo. Otra forma buena de probarnos a nosotros mismos es preguntarnos simple y honestamente por qué sostenemos los puntos de vista que tenemos. ¿Cuál es nuestro verdadero interés? ¿Cuál es nuestro motivo? Si somos completamente honestos y sinceros con nosotros mismos, ¿qué hay realmente detrás de esos puntos de vista específicos que sostenemos? Es una pregunta muy iluminadora, si somos realmente honestos. Diría que la mayor parte descubrirán, si tratan de responder a la pregunta con honestidad, que hay algunos tesoros en la tierra que les preocupan y por los cuales están interesados.

Otra prueba es ésta. ¿Hasta qué punto nuestros sentimientos se hallan envueltos en ello? ¿Cuánta amargura, cuanta violencia, cuánta ira, burla y pasión? Apliquemos esa prueba, y encontraremos también que los sentimientos se excitan casi invariablemente debido a la preocupación acerca de hacerse tesoros en la tierra. Una última prueba. ¿Vemos estas cosas con una especie de despego y objetividad, o no? ¿Cuál es nuestra actitud hacia ellas? ¿Pensamos instintivamente acerca de nosotros mismos como peregrinos o simples pasajeros en este mundo quienes, desde luego, tienen que interesarse por semejantes cosas mientras están aquí? Ese interés es desde luego justo, es nuestro deber. ¿Pero cuál es en última instancia nuestra actitud? ¿Nos dominan estas cosas? ¿O nos mantenemos despegados y las examinamos objetivamente, como algo efímero, algo que no pertenece en realidad a la esencia de nuestra vida y nuestro ser, algo por lo que nos preocupamos sólo de momento, mientras pasamos por esta vida? Deberíamos hacernos esas preguntas a fin de asegurarnos si cumplimos o no este mandato de nuestro Señor. Tales son algunas de las formas en que podemos averiguar simplemente si somos o no culpables de hacernos tesoros en la tierra y de no hacérmolos en el cielo.

Cuando pasamos a considerar los argumentos de nuestro Señor en contra de hacerse tesoros en la tierra, encontramos que el primero es un argumento que se puede muy bien describir como el argumento del sentido común, o de la observación obvia. «No os hagáis tesoros en la tierra.» ¿Por qué? Porque aquí es 'donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan'. ¿Pero por qué debería hacerme tesoros en el cielo? Porque allí es «donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones ni minan ni hurtan». Nuestro Señor

dice que los tesoros mundanos no duran; que son transitorios, pasajeros, efímeros. «Donde la polilla y el orín corrompen.»

Cuan cierto es esto. Hay un elemento de descomposición en todas estas cosas, tanto si nos gusta como si no. Nuestro Señor lo dice en función de la polilla y el orín que tienden a penetrarlas y destruirlas. Espiritualmente. esas cosas nunca satisfacen en forma plena. Hay siempre algo que anda mal en ellas; siempre les falta algo. No hay nadie en la tierra que esté completamente satisfecho; aunque en cierto sentido unos parezcan que tienen todo lo que desean, sin embargo, desean algo más. La felicidad no se puede comprar.

Hay, sin embargo, otra forma de examinar el efecto de la polilla y el orín en lo espiritual. No sólo hay un elemento de deterioro en estas cosas; también es cierto que siempre tendemos a cansarnos de ellas. Las podemos disfrutar por un tiempo, pero de una forma u otra, pronto comienzan a perder el sabor o perdemos interés en ellas. Esta es la razón por la que siempre estamos hablando de cosas nuevas y buscándolas. Las modas cambian; y aunque nos mostramos muy entusiasmados acerca de algunas cosas durante un tiempo, muy pronto ya no nos interesan como antes. ¿No es cierto que a medida que pasan los años estas cosas dejan de satisfacernos? A las personas de edad avanzada no les suele gustar las mismas cosas que a los jóvenes, o a los jóvenes las mismas que a los ancianos. Al ir envejeciéndonos, las cosas parecen volverse diferentes, hay un elemento de polilla y orín. Podríamos incluso ir más allá y plantearlo en forma más vigorosa diciendo que hay en ellas una cierta impureza. Incluso cuando mejores son, están infectadas. Y haga uno lo que haga, no se puede librar de esta impureza; la polilla y el orín están ahí y todos los productos químicos que utilicemos no pueden detener estos procesos. Pedro dice algo magnífico a este respecto: "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 P. 1:4). Hay corrupción en todas estas cosas terrenales: todas ellas son impuras.

Y hay algo más: todas ellas son inevitablemente perecederas. La flor más hermosa comienza a morir en cuanto uno la corta y muy pronto habrá que arrojarla. Así es en todo lo que hay en esta vida y en este mundo. No importa lo que sea, es pasajero, es perecedero. Todo lo que tiene la vida está, como resultado del pecado, sujeto a este proceso —"polilla y orín corrompen"—. Aparecen agujeros en las cosas, se vuelven inútiles, y al final se corrompen completamente. El cuerpo más perfecto llegará un momento en que ceda, muera y se descomponga, la apariencia más hermosa en cierto sentido se volverá fea cuando el proceso de corrupción se inicie; los dones más brillantes tienden a atenuarse. Aquella gran inteligencia quizá un día se tambalee en el delirio como resultado de una enfermedad. Por maravillosas y hermosas que sean las cosas, todas perecen. Por esto quizá el más triste de todos los errores en la vida es el error del filósofo, que cree en adorar la bondad, la belleza y la verdad; porque no hay tal cosa, no hay bondad perfecta ni belleza sin mezcla; hay un elemento de error, de pecado y de mentira en las verdades más elevadas. "Polilla y orín corrompen"!

"Sí" dice nuestro Señor, "y ladrones minan y hurtan!" No hay que detenerse en estas cosas porque son muy obvias aunque nos cueste tanto reconocerlas. Hay muchos ladrones en esta vida y están constantemente amenazándonos. Creemos que estamos a salvo en nuestra casa; pero descubrimos que los ladrones han entrado y se lo han llevado todo. Otros merodeadores nos están amenazando siempre —enfermedad, pérdida en negocios, colapso industrial, guerras y por fin la muerte misma—. No importa la naturaleza de aquello a lo cual estamos apegados en este mundo; uno u otro de estos ladrones están siempre amenazándonos y llegará el momento en que nos lo arrebatará. No sólo es el dinero. Puede ser alguna persona para la cual esté uno realmente

viviendo, en la que uno encuentra placer. Tengamos cuidado, amigos míos; hay ladrones y asaltantes que sin duda vendrán a despojarnos de estas posesiones. Tomemos nuestras posesiones por lo que son; todas están expuestas a estos ladrones, a estos ataques. Los "ladrones minan y hurtan", y no podemos impedirselo. Por ello el Señor recurre a nuestro sentido común y nos recuerda que estos tesoros mundanos nunca perduran.

Pero veamos el otro lado, el positivo. "Haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan!" Esto es maravilloso. Pedro lo expresa en una sola frase. Dice "para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 P. 1:4). "Las cosas que no se ven son eternas", dice San Pablo; son las que se ven las que son temporales (2Cor. 4:18). Estas cosas celestiales son imperecederas y los ladrones no pueden entrar a robarlas. ¿Por qué? Porque Dios mismo las está cuidando para nosotros. No hay enemigo que pueda jamás robárnoslas, o que pueda entrar. Es imposible, porque Dios mismo es el custodio. Los placeres espirituales son invulnerables, están en un lugar que es inexpugnable. "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38, 39). Además, no hay nada impuro allí, nada puede entrar que corrompa. No hay pecado allí, no hay elementos de descomposición. Es el reino de la vida eterna y de la luz eterna. "Habita en luz inaccesible", como dice el apóstol Pablo (1 Ti. 6:16). El cielo es el reino de la luz, de la vida y de la pureza, y nada que pertenezca a la muerte, nada contaminado o manchado puede entrar en él. Es perfecto; y los tesoros del alma y del espíritu pertenecen a ese reino. Hagámonoslos allí, dice nuestro Señor, porque no hay polilla ni orín, y ningún ladrón puede jamás entrar a robar.

Es un llamamiento al sentido común. ¿No sabemos acaso que estas cosas son verdad? ¿No son necesariamente verdad? ¿No lo vemos todos al vivir en este mundo? Tomemos el periódico de la mañana, examinemos las páginas mortuorias y veamos lo que sucede. Todos nosotros conocemos estas cosas. ¿Por qué en consecuencia no las practicamos y vivimos? ¿Por que nos hacemos tesoros en la tierra cuando sabemos lo que les va a suceder? ¿Y por qué no nos hacemos tesoros en los cielos donde sabemos que hay pureza y gozo, santidad y felicidad eterna? Este, sin embargo, no es más que el primer argumento, e' argumento del sentido común. Pero nuestro Señor no se detiene ahí. Su segundo argumento se basa en el terrible peligro espiritual implicado en el hacerse tesoros en la tierra y no en los cielos. Ese es un encabezamiento general, pero nuestro Señor lo divide en ciertas subsecciones. Lo primero que nos advierte, en este sentido espiritual, es el terrible poder de las cosas terrestres en nosotros. Adviértanse los términos que emplea. Dice, "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón!" ¡El corazón! Luego en el versículo 24 habla acerca de la mente. "Ninguno puede servir a dos señores" —y deberíamos advertir la palabra 'servir'—. Estos son los términos expresivos que emplea a fin de inculcarnos la idea del control terrible que estas cosas tienden a ejercer sobre nosotros. ¿Acaso no somos conscientes de ello en el momento en que nos detenemos a pensar? ¿La tiranía de las personas, la tiranía de mundo? Esto es algo acerca de lo cual no podemos pensar a distancia, por así decirlo. Todos estamos envueltos en ello; todos estamos bajo la garra de este poder terrible del mundo que realmente nos dominará, a no ser que estemos al tanto de ello.

Pero no solamente es poderoso; es muy sutil. Es lo que realmente ejerce el control en la mayor parte de las vidas de los hombres. ¿Nos hemos fijado en el cambio, el imperceptible cambio, que tiende a ocurrir en las vidas de los hombres a medida que triunfan y prosperan en

este mundo? Esto no sucede a los que son hombres verdaderamente espirituales; pero si no lo son, sucede de forma invariable. ¿Por qué el idealismo se asocia generalmente con la juventud y no con la edad adulta y anciana? ¿Por qué los hombres tienden a hacerse más cínicos a medida que envejecen? ¿Por qué tiende a desaparecer la visión noble de la vida? Es porque todos nos convertimos en víctimas de los 'tesoros de la tierra', y si abrimos los ojos, lo podemos ver en la vida de los hombres. Lean biografías. Muchos jóvenes comienzan con una visión brillante; pero de una forma casi imperceptible —no que caiga en pecados brutales— se deja influir, quizá cuando está en la universidad, por una perspectiva que es esencialmente mundana. Aunque pueda ser muy intelectual, sin embargo pierde algo que era vital en su alma y espíritu. Sigue siendo una persona buena y, además, justa y sabia; pero no es el hombre que era cuando comenzó. Algo se ha perdido. Sí; este fenómeno es muy conocido: "Las sombras del mundo comienzan a cernirse cada vez más sobre el muchacho que crece". ¿Acaso no lo sabemos nosotros? Ahí está; es como una cárcel que nos encierra a menos que reaccionemos a tiempo. Este poder, esta tenaza, nos domina y nos convierte en esclavos.

Sin embargo, nuestro Señor no se detiene en lo general. Está tan deseoso de mostrarnos este terrible peligro que elabora su explicación en detalle. Nos dice que esta cosa tremenda que nos atenaza, tiende a afectar la personalidad entera; no sólo una parte de nosotros, sino al hombre entero. Y lo primero que menciona es el 'corazón'. Una vez establecido el mandamiento dice, "Porque donde este vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón!" Esos tesoros terrenales atenazan y dominan nuestros sentimientos, nuestros afectos y toda nuestra sensibilidad. Toda esa parte de nuestra naturaleza se ve atenazada por ellos y los amamos. Leamos Juan 3;19. "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas." Amamos estas cosas. Pretendemos que sólo nos gustan, pero en realidad las amamos. Nos mueven profundamente. Lo siguiente que dice acerca de ellas es un poco más delicado. No sólo atenazan el corazón, sino también la mente. Nuestro señor lo expresa así: "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" (versículos 22-23). Esta ilustración del ojo es el ejemplo del cual se vale para explicarnos la manera en que miramos las cosas. Y según nuestro Señor, no hay sino dos maneras de mirar todas las cosas del mundo. Hay lo que Él llama ojo 'bueno', el ojo del hombre espiritual que ve las cosas realmente como son, verdaderamente y sin dobleces. Sus ojos son claros y ve todo normalmente. Pero hay el otro ojo que llama el ojo 'maligno', que es una especie de visión doble, o, si se prefiere, es el ojo en el cual la lente no está clara. Hay sombras y opacidades, y se ven las cosas de una manera confusa. Éste es el ojo maligno. Está coloreado por ciertos prejuicios, por ciertos placeres y deseos. No es una visión clara; todo está nublado, coloreado por estos varios tintes y matices variados. Éste es el significado de la afirmación que tan a menudo ha confundido a la gente, porque no la toma en su contexto. Nuestro Señor en ese cuadro sigue tratando acerca del tema de hacerse tesoros. Habiendo mostrado que el corazón está donde está el tesoro, dice que no toca solamente al corazón, sino también a la mente. Esto es lo que domina al hombre.

Elaboremos el principio. ¿No es sorprendente advertir cuántos pensamientos nuestros se basan en estos tesoros terrenales? Los pensamientos divididos, en casi todos los ámbitos, se deben casi completamente al prejuicio, no al pensamiento puro. Cuan poco se piensa en este país con ocasión de las elecciones generales, por ejemplo. Ninguno de los protagonistas razona; simplemente presentan prejuicios. Cuan poco pensamiento hay en ambos lados. Esto es muy obvio en el ámbito político. Pero por desgracia no se limita a la política. Esta visión confusa

debida al amor de los tesoros terrenales, tiende a afectarnos también moralmente. ¡Somos muy inteligentes para explicar que algo que estamos haciendo no es realmente deshonesto! ¡Claro que si un hombre rompe una ventana y roba joyas es un ladrón; pero si yo me limito a manipular la declaración de impuestos... claro que esto no es robar, decimos, y nos persuadimos a nosotros mismos de que está bien. En último término, no hay sino una razón por la cual hacemos estas cosas, y esto es nuestro amor por los tesoros terrenales. Semejantes cosas controlan la mente tanto como el corazón. Nuestros puntos de vista y toda nuestra perspectiva ética se ven dominadas por ellas.

Incluso, peor que eso, nuestra perspectiva religiosa también se ve dominada. "Demás me ha desamparado" — escribe Pablo—. ¿Por qué? "Amando este mundo." Cuan a menudo se ve esto en asuntos de servicio cristiano. Esas son las cosas que determinan nuestra acción, aunque no lo reconozcamos. Nuestro Señor dice en otro lugar: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar de pie delante del Hijo del Hombre" (Le. 21: 34-36). No son solamente las acciones malas las que abotargan la mente y nos hacen incapaces de pensar con claridad. Los cuidados de este mundo, el establecerse en la vida, el disfrutar de nuestra vida y nuestra familia, nuestra posición en el mundo o nuestras comodidades —todas estas cosas son tan peligrosas como el comer excesivamente o la borrachera. No cabe duda de la llamada sabiduría que los hombres se atribuyen en este mundo, en último análisis, no es más que la preocupación por las cosas terrenales.

Pero finalmente, esas cosas no sólo se apoderan del corazón y la mente, también afectan la voluntad. Dice nuestro Señor, "Ninguno puede servir a dos señores"; y en cuanto mencionamos la palabra 'servir' entramos en el ámbito de la voluntad, en el ámbito de la acción. Fijémonos en 'o lógico que es esto. Lo que hacemos es el resultado de lo que pensamos; de manera que lo que va a determinar nuestra vida y el ejercicio de nuestra voluntad es lo que Pensamos, y esto a su vez depende de dónde está nuestro tesoro —nuestro corazón. Podemos pues resumirlo así: Esos tesoros terrenales son tan poderosos que dominan la personalidad entera. Se apoderan del corazón del hombre, de su mente y de su voluntad; tienden a afectar a su espíritu, a su alma y a todo su ser. Cualquiera que sea el ámbito de la vida que examinemos, o acerca del cual pensemos, encontraremos estas cosas. Afectan a todo el mundo; son un peligro terrible.

Pero el último paso es el más solemne y grave de todos. Debemos recordar que la forma de considerarlas determina en último término nuestra relación con Dios. "Ninguno puede servir a dos señores; porque, o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas!" Esto es realmente algo muy solemne, y por eso la Biblia se ocupa de ello tan a menudo. La verdad de esta proposición es obvia. Ambos quieren un dominio total sobre nosotros. Las cosas del mundo en realidad tratan de dominarnos en forma totalitaria, como hemos visto. ¡Cómo tienden a apoderarse de toda la personalidad y a afectarnos en todo! Exigen nuestra devoción total; desean que vivamos para ellos en forma absoluta. Sí, pero también lo hace Dios. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente!" No en el sentido material necesariamente, pero en un sentido u otro nos dice: "Ve, vende todo cuanto tienes, y ven y sígueme". "El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí: y el que ama a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí!" Es una exigencia totalitaria. Adviértase de nuevo en el versículo 24: "O aborrecerá al uno y amará al

otro, o estimará al uno y menospreciará al otro!' Es una disyuntiva; los términos medios son completamente imposibles. "No podéis servir a Dios y a las riquezas!"

Esto es algo tan sutil que muchos de nosotros en estos tiempos ni lo percibimos. Algunos nos oponemos violentamente a lo que se llama 'materialismo ateo'. Pero para evitar sentirnos demasiado satisfechos de nosotros mismos por oponernos a eso, fijémonos en que la Biblia nos dice que todo materialismo es ateo. No se puede servir a Dios y a las riquezas; es imposible. De modo que si una perspectiva materialista nos está dominando, somos impíos, sea lo que fuere lo que digamos. Hay muchos ateos que hablan de forma religiosa; pero nuestro Señor nos dice aquí que peor que el materialismo ateo es el materialismo que piensa que es religioso —"si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" El hombre que piensa que es religioso porque habla acerca de Dios, y dice que cree en Dios, y va a un lugar de culto de vez en cuando, pero en realidad vive para ciertas cosas terrenales —¿qué grandes son las tinieblas de ese hombre! Hay una ilustración perfecta de esto en el Antiguo Testamento. Estudiemos cuidadosamente 2 Reyes 17: 24-41. Esto es lo que se nos dice: Los asirios conquistaron una zona; luego tomaron a su propia gente e hicieron que se estableciera en ella. Estos asirios, desde luego, no adoraban a Dios. Entonces algunas fieras vinieron y destruyeron sus propiedades. "Esto —dijeron— nos ha sucedido porque no adoramos al Dios de esta tierra. Consigamos a algún sacerdote que nos instruya!" Encontraron, pues, a un sacerdote que los instruyó acerca de la religión de Israel. Y entonces pensaron que todo iría bien. Pero dice la Biblia acerca de ellos que: "temieron a Jehová aquellas gentes, y al mismo tiempo sirvieron a sus ídolos!"

Qué terrible es esto. Me alarma de verdad. Lo que importa no es lo que decimos. En el último día muchos dirán, "Señor, Señor, ¿acaso no hemos hecho esto y aquello y lo de más allá?" Pero Él les dirá, "no os conozco". "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." ¿A quién servimos? Ésta es la pregunta» y es o a Dios o a las riquezas. No hay nada que ofenda tanto a Dios como tomar su nombre y sin embargo mostrar claramente que estamos sirviendo a las riquezas en alguna forma. Esto es lo más terrible de todo. Es la ofensa más grave a Dios; y cuán fácil es que inconscientemente todos nosotros nos podamos hacer culpables de esto.

Recuerdo en cierta ocasión haber oído a un predicador que contó un relato, que según él era verdadero. Ese relato ilustra perfectamente el punto que estamos examinando. Es la historia de un campesino que un día se fue con mucho gozo y alegría de corazón a informar a su esposa y familia que su mejor vaca había parido dos terneros, uno rojo y otro blanco. Y dijo, "saben que de repente he sentido el impulso de que debemos dedicar uno de estos terneros al Señor. Los criaremos juntos, y cuando llegue el momento, venderemos uno y nos guardaremos el dinero, y el otro también lo venderemos pero daremos lo que saquemos de él para la obra del Señor!" Su esposa le preguntó cuál de los dos iba a dedicar al Señor. "No hay por qué preocuparse de esto ahora", replicó, "los trataremos igual a los dos, y cuando llegue el momento haremos lo que dije!" Y se fue. Al cabo de unos meses el hombre entró en la cocina con aspecto deprimido e infeliz. Cuando su esposa preguntó qué le sucedía, contestó, "tengo malas noticias. El ternero del Señor se murió". "Pero —dijo ella— no habías decidido cuál era el ternero del Señor". "Oh sí —respondió— había decidido que era el blanco, y es el blanco el que ha muerto. El ternero del Señor ha muerto!" Quizá nos haga reír la historia, pero Dios no quiera que nos estemos riendo de nosotros mismos. Siempre es el ternero del Señor el que muere. Cuando el dinero escasea, lo primero que economizamos es nuestra contribución para la obra del Señor. Es siempre lo primero que falta. Quizá no deberíamos decir 'siempre', porque esto no sería justo; pero en muchos casos sí es lo primero, y las cosas que nos gustan son las últimas en sufrir. "No podéis servir a Dios y a

las riquezas!' Estas cosas tienden a interponerse entre nosotros y Dios, y nuestra actitud hacia ellas en último término determina nuestra relación con Dios. El simple hecho de que creemos en Dios y lo llamemos Señor, Señor, y lo mismo en el caso de Cristo, no es prueba en sí misma y por sí misma de que lo estamos sirviendo, de que reconocemos sus exigencias totalitarias, y de que nos hemos rendido alegre y totalmente a Él. "Pruébese cada uno a sí mismo."

CAPITULO XXXIX

La Detestable Esclavitud del Pecado

En el examen de este pasaje, hasta ahora nos hemos ocupado de lo que podríamos llamar la enseñanza directa y explícita de nuestro Señor sobre los tesoros en la tierra y los tesoros en el cielo. Pero no podemos detenernos ahí, porque no cabe duda de que hay algo más en el pasaje. En estos versículos 19-24, hay una enseñanza indirecta, implícita; y el no prestar atención a esta enseñanza de la Biblia siempre es en detrimento nuestro. Nuestro Señor se interesa por el aspecto práctico del tema, pero obviamente hay algo más implicado en ello. Al ponernos sobre aviso acerca de este asunto tan práctico, también trata de forma incidental sobre doctrinas más importantes, si bien éste no es el propósito principal que le guía. Podríamos decirlo así: ¿Por qué son necesarias estas instrucciones? ¿Por qué está la Biblia llena de esta clase de advertencias? Se encuentran en todas partes, en este caso no tenemos más que un ejemplo, pero podríamos tomar muchos más. ¿Qué hace necesario que nuestro Señor, y después los apóstoles, nos pongan sobre aviso a los cristianos acerca de estas cosas? Hay una sola respuesta para esta pregunta. Todo esto se debe simplemente al pecado y a sus efectos. En un sentido uno queda sorprendido al leer un pasaje como este. Uno tiende a decir, "soy cristiano; tengo una nueva visión de las cosas, y no necesito esto". Y sin embargo vemos que es necesario, que todos lo necesitamos. Todos nosotros, de varias formas, no sólo somos atacados sino vencidos por ello. Sólo una cosa lo explica, y es el pecado, el poder y efecto terribles del pecado en el género humano. Por eso podemos ver que, al exponer nuestro Señor su enseñanza y al dar sus mandamientos y presentar sus razones, de forma indirecta nos dice mucho acerca del pecado y de lo que el pecado produce en el hombre.

I

Lo primero que hay que advertir es que el pecado es obviamente algo que tiene un efecto totalmente perturbador en el equilibrio normal del hombre, y en el funcionamiento normal de sus facultades. En el hombre hay tres partes. Dios lo hizo cuerpo, mente y espíritu, o, si se prefiere, cuerpo, alma y espíritu; y lo más elevado es el espíritu. Luego viene el alma, y luego viene el cuerpo. No es que haya algo malo en el cuerpo, sino que éste es el orden relativo. El efecto del pecado es que las funciones normales del hombre quedan totalmente perturbadas. No cabe duda de que, en un sentido, el don más elevado que Dios ha otorgado al hombre es el don de la inteligencia. Según la Biblia, el hombre fue hecho a imagen de Dios; y una parte de la imagen de Dios en el hombre es indudablemente la inteligencia, la capacidad de pensar y razonar, sobre todo en el sentido más elevado y en un sentido espiritual. El hombre, en consecuencia, fue creado para funcionar en la forma siguiente. Su inteligencia, que es la facultad más elevada que

posee, siempre debería ocupar el primer lugar. Las cosas las percibe y las analiza la mente. Luego vienen los afectos, el corazón, el sentimiento, la sensibilidad que Dios le ha dado al hombre. Después, en tercer lugar, hay esa otra cualidad, esa otra facultad, llamada voluntad, poder por el cual ponemos a operar las cosas que hemos entendido, las cosas que hemos deseado como consecuencia de la comprensión.

Así hizo Dios al hombre, y así debe funcionar. Debe comprender y esta comprensión debe dirigirlo y controlarlo.

Tenía que amar aquello que comprendía ser lo mejor para él y para todos; y luego tenía que poner todo esto en práctica, en operación. Pero el efecto de la Caída y del pecado en el hombre ha sido el alterar ese orden y equilibrio. Advirtamos cómo lo expresa nuestro Señor en este pasaje. Presenta su instrucción: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón!". Primero viene el corazón. Luego pasa a la mente y dice, "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" El corazón es primero, la mente segundo, y la voluntad tercero; porque "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas!"

Ya hemos examinado la forma en que estos tesoros y posesiones terrenales tienden a apoderarse y dominar la personalidad toda —corazón, mente y voluntad. Entonces no nos preocupamos del orden; pero ahora sí nos preocupa mucho el orden en el que nuestro Señor presentó estas cosas. Porque lo que dice aquí no es sino la simple verdad acerca de lo que somos por naturaleza. El hombre, como resultado del pecado y de la Caída, ya no se gobierna por la mente y la comprensión; se gobierna por sus deseos, sus afectos y placeres. Ésta es la enseñanza de la Biblia. Por ello vemos que el hombre está en una situación terrible de no regirse ya por su facultad más elevada, sino por algo distinto, por algo secundario.

Hay muchos pasajes de la Biblia que demuestran esto. Tomemos esa gran afirmación de Juan 3:19: 'Ésta es la condenación (ésta es la condenación final del género humano): que la luz vino al mundo!' ¿Cuál es, pues, el problema del hombre? ¿No la cree? ¿No la acepta? No, "Ésta es la condenación: que la luz no vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas!" El hombre, en otras palabras, en lugar de ver la vida con la mente, la ve con sus deseos y afectos. Prefiere las tinieblas; le domina, no la cabeza, sino el corazón. Aclaremos. No queremos decir que el hombre tal como Dios lo hizo no debería tener corazón, o no debería sentir las cosas. Lo importante es que el hombre no debería regirse por sus emociones y deseos. Este es el efecto del pecado. El hombre debería regirse por la mente, por la comprensión.

Estamos ante la respuesta definitiva para todos lo que no son cristianos, y que dicen que no lo son porque piensan y razonan. La verdad es que se rigen, no por la mente, sino por el corazón y los prejuicios. Sus intentos esmerados por justificarse intelectualmente no son más que el esfuerzo de disfrazar la irreligiosidad de sus corazones. Tratan de justificar la clase de vida que viven adoptando una posición intelectual; pero el problema verdadero es que se rigen por los deseos y placeres. No se acercan a la verdad con la mente, se acercan a ella con todos los prejuicios que nacen del corazón. Como lo dice tan perfectamente el salmista: "Dice el necio en

su corazón: no hay Dios!' Esto es siempre lo que dice el incrédulo y luego trata de encontrar una razón intelectual que justifique lo que su corazón desea decir.

Nuestro Señor en este pasaje nos recuerda eso con toda claridad. Es el corazón el que codicia las cosas mundanas, y el corazón del hombre pecador es tan poderoso que rige su mente, su comprensión, su inteligencia. Los científicos se enorgullecen de ello; pero les puedo asegurar que los científicos a veces son los hombres con más prejuicios que uno puede encontrar. Algunos están dispuestos a manipular los hechos con tal de reforzar su teoría. A menudo comienzan un libro diciendo que una idea determinada no es sino teoría, pero unas páginas más adelante encuentra uno que se refieren a ella como a un hecho. Éste es el corazón que actúa y no la mente. Ésta es una de las grandes tragedias del pecado y sus efectos. En primer lugar altera el orden y el equilibrio; y el don mayor y supremo pasa a someterse al menor. "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."

II

Lo segundo que hace el pecado es cegar al hombre en ciertos aspectos vitales. Claro que esto se sigue por una especie de lógica inevitable. Si la mente no es siempre la que domina, por necesidad tendrá que haber una especie de ceguera. El apóstol Pablo lo dice de esta forma: "Si nuestro evangelio está aun encubierto, para los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (2Cor. 4: 3 y 4). Esto es precisamente lo que el pecado hace y lo hace a través del corazón. Se puede ver cómo nuestro Señor ilustra este principio en el breve pasaje que estamos examinando. El pecado ciega la mente del hombre para cosas que son perfectamente obvias; y por ello, si bien son tan obvias, el hombre en pecado no las ve.

Tomemos este aspecto de los tesoros terrenales. Es muy evidente que ninguno de ellos perdura. No hace falta argüir sobre esto; es la verdad clara. Examinamos algunos de estos tesoros en el capítulo anterior. La gente se enorgullece de su aspecto personal. Se deteriorará. Un día van a estar realmente enfermos y morir, y la descomposición se apoderará de todo. Tiene que suceder; y sin embargo las personas se enorgullecen de esto, y quizá incluso sacrifiquen su creencia en Dios por ello. Lo mismo ocurre con el dinero. No lo podemos llevar con nosotros al morir, y siempre estamos expuestos a perderlo. Todas estas cosas pasan; todas ellas por necesidad desaparecerán. Si el hombre se sienta a enfrentarse con todo eso, debe admitir que es la simple verdad; sin embargo, todos los que no son cristianos tienden a vivir basados en el presupuesto contrario. Se tienen celos y envidias unos de otros, lo sacrificarían todo por estas cosas —cosas que por necesidad terminarán y que tendremos que dejar. La situación verdadera es tan obvia, y sin embargo parece que no ven lo obvio. Si alguien se sienta y dice, "bien; aquí estoy hoy viviendo en este mundo. ¿Pero qué me va a suceder? ¿Cuál es mi futuro?"; lo más probable es que responda así: "Seguiré viviendo así probablemente unos años más, o quizá no; no lo sé. Quizá mañana ya no esté vivo, quizá no esté vivo dentro de una semana; no lo sé. Pero lo que sí sé con certeza es que todo terminará. Mi vida en este mundo concluirá. Tengo que morir; y al morir tengo que dejar todas estas cosas. Tendré que dejar mi casa, mis seres amados, mis bienes. Lo tengo que dejar todo y proseguir sin ello!" Sabemos que ésta es la simple realidad. ¿Pero con qué frecuencia nos enfrentamos con ella? ¿Con qué frecuencia vivimos dándonos cuenta de esto? ¿Se rige toda nuestra vida por la conciencia de esta verdad clara? La respuesta es que no; y la razón de ello es que el pecado cierra la mente del hombre a lo que es absolutamente

obvio. Vemos a nuestro alrededor cambio y deterioro, y sin embargo parece que no lo percibimos.

El pecado también nos ciega al valor relativo de las cosas. Tomemos el tiempo y la eternidad. Somos criaturas temporales y vamos a pasar a la eternidad. No hay comparación entre la importancia relativa de lo temporal y lo eterno. Lo temporal es limitado y lo eterno es absoluto y sin fin. Sin embargo ¿vivimos conscientes de estos valores relativos? ¿No es también un hecho evidente que nos entregamos a cosas que son temporales y. prescindimos por completo de las que son eternas? ¿Acaso no es cierto que todas las cosas por las que nos preocupamos tanto no durarán mucho, y que si bien sabemos que hay otras cosas que son eternas y perennes, muy pocas veces nos detenemos a pensar en ellas? Éste es el efecto del pecado —los valores relativos no se perciben.

O consideremos las tinieblas y la luz. No hay comparación entre ellas. No hay nada más maravilloso que la luz. Es una de las cosas más sorprendentes del universo. Dios mismo es luz y 'no hay ningunas tinieblas en él! Sabemos qué clase de obras pertenecen a las tinieblas, las cosas que suceden en la oscuridad y bajo el manto de la noche. Pero en el cielo no habrá ni tiniebla ni noche. Allá todo es luz y gloria. ¡Pero qué lentos somos en percibir el valor relativo de la luz y las tinieblas! "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas!"

Pensemos también en el valor del hombre y de Dios. La vida toda, fuera del cristianismo, se valora en función del hombre. El hombre es a quien hay que tener en cuenta, hay que considerar su ser y su bienestar. Todos los que no son cristianos viven para el hombre, para sí mismos y otros como ellos. Y mientras tanto Dios queda en el olvido, se prescinde de Él. Se le dice que espere hasta que tengamos un poco más de tiempo. Ésta es, sin duda, una característica de todo el género humano afectado por el pecado. No vacilamos en volverle la espalda a Dios y decir, de hecho, "Cuando me encuentre enfermo o esté en el lecho de muerte, ya acudiré a Dios; pero ahora vivo para mí!" Colocamos nuestra vida mundana antes que a Dios. Esto es ceguera. La mente está ciega a los valores relativos. Pensemos en los hombres que ansían la riqueza terrenal, la posición y rango, y que colocan todo esto antes que el ser 'herederos de Dios, y coherederos con Cristo', antes que ser herederos del mundo entero. "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad!" Pero los hombres no piensan en esto, no lo desean, tan ocupados están en las cosas inmediatas.

Pensemos todavía en otro aspecto acerca del cual el pecado y el mal ciegan la mente del hombre. Lo ciegan a la imposibilidad de mezclar extremos opuestos. Ahí está la raíz de todo. El hombre siempre está tratando de mezclar cosas que no se pueden mezclar. Peor todavía es el hecho de estar convencido de que lo puede conseguirlo. Esta completamente seguro de que este compromiso es posible, y sin embargo nuestro Señor nos dice que no lo es. Si uno quisiera formularlo en forma filosófica, no tendría sino que acudir a Aristóteles y a su axioma de 'no hay término medio entre dos términos contradictorios! Los términos contradictorios son contradictorios y nunca se consigue un término medio entre ellos. Ahí lo tenemos. No hay mezcla posible entre luz y tinieblas. Si uno trata de hacerlo ya no es luz y ya no es tinieblas. Tampoco se puede mezclar a Dios y a las riquezas, porque nadie puede servir a dos señores. Es el uno, o es el otro, 'porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro.' Estos son absolutos, y si pudiéramos pensar con claridad, veríamos que es así. Ambos son totalitarios. Ambos exigen nuestra dedicación total, y por consiguiente no se pueden mezclar. Pero el hombre, por el pecado, y creyéndose inteligente, ve dos cosas al mismo tiempo; y se vanagloria de esta visión doble. Nuestro Señor, sin embargo, nos dice que no se puede hacer. No se puede amar al mismo tiempo dos cosas opuestas. El amor es excluyente, es exigente, y

siempre insiste en lo absoluto. Es lo uno o lo otro; debe ser luz u oscuridad. Es Dios o las riquezas.

¿No es acaso el no reconocer esto la raíz de todos los problemas del mundo de hoy? Me temo que no es sólo el problema del mundo de hoy. ¿No es también el problema de la iglesia? La iglesia de Dios ya lleva tiempo tratando de mezclar cosas incompatibles. Si es una sociedad espiritual, entonces no podemos mezclar al mundo con ella de ninguna manera. No importa cuál sea la forma. 'El mundo' no significa sólo los pecados grandes; significa también cosas que son en si mismas legítimas. Estas componendas constantes en la vida de la iglesia son lo que la han echado a perder desde el tiempo de Constantino. Una vez que se pierde la división entre el mundo y la iglesia, la iglesia deja de ser verdaderamente cristiana. Pero, gracias a Dios, ha habido avivamientos, ha habido personas que han visto esta verdad y que se han negado a los compromisos, como la única esperanza de la iglesia. Hemos tratado de sostenerla con métodos mundanos, por ello no sorprende que este como esta. Y seguirá estando así mientras sigamos intentando lo imposible. Sólo cuando nos demos cuenta de que somos el pueblo de Dios, un pueblo espiritual, y que vivimos en el reino del Espíritu, seremos bendecidos y comenzaremos a ver un avivamiento espiritual. Podemos introducir nuestros métodos mundanos, y puede parecer que tengamos éxito, pero la iglesia no mejorará. ¡No! La iglesia es espiritual, y su vida espiritual debe alimentarse y sostenerse de una manera puramente espiritual.

III

Otro efecto del pecado en el hombre es esclavizarlo a cosas que más bien estaban para servirlo. Esto es algo terrible y trágico. Según nuestro Señor, en este pasaje, las cosas terrenales, mundanas, tienden a convertirse en nuestro dios. Las servimos, las amamos. Nuestro corazón se siente cautivado por ellas; estamos al servicio de ellas. ¿Cuales son? Son las mismas cosas que Dios en su bondad ha dado al hombre para que le sirvan, y para que pueda disfrutar de la vida mientras viva en este mundo. Todas estas cosas que pueden ser tan peligrosas para el alma debido al pecado, nos las dio Dios, y nos las dio para que disfrutáramos —alimento, vestido, familia, amigos y todo lo demás. Todas estas cosas no son sino una manifestación de la bondad de Dios. Nos las ha dado para que vivamos una vida feliz y placentera en este mundo: pero debido al pecado, nos hemos convertido en esclavos de ellas. Nos dominan los apetitos. Dios nos ha dado los apetitos del hambre, la sed y el sexo; todo lo ha creado Dios. Pero en cuanto estas cosas dominan al hombre, se convierte en esclavo de las mismas. Qué tragedia; se inclina delante de cosas y adora cosas que tenían que servirle. Cosas que tenían que estar a su servicio se han enseñoreado de él. ¡Qué terrible y espantoso es el pecado!

El último punto, sin embargo, es el más grave, el más solemne de todos. El efecto final del pecado en el género humano es que echa completamente a perder al hombre. Ésta es la enseñanza de la Biblia desde el principio hasta el fin. Esto que comenzó a existir por medio de la serpiente en el huerto del Edén, no tiene otra intención que nuestra ruina final. El demonio odia a Dios con lodo su ser, y no tiene sino un objetivo y ambición: echar a perder y arruinar todo lo que Dios ha hecho, y en lo cual Él se deleita. En otras palabras, persigue sobre todo la ruina del hombre y del mundo.

¿Cómo arruina el pecado al hombre? La respuesta la encontraremos en estos versículos. Arruina al hombre en el sentido de que, habiendo pasado la vida en atesorar ciertas cosas en la tierra, al final se encuentra que no tiene nada. Después de atesorar para sí tesoros en la tierra donde la polilla y el orín corrompen, y hay ladrones que minan y hurtan, se encuentra frente a

frente con la muerte, el adversario más poderoso de todos. Entonces este pobre hombre destrozado, que ha vivido para todas esas cosas, ve de repente que no tiene nada; está despojado de todo y sin nada más que su alma desnuda. Es la ruina completa. "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?"

A esto conduce en último término el pecado, y hay muchos pasajes bíblicos que lo demuestran. Veamos Lucas 16:19-31. Ahí lo encontramos en forma perfecta; no hace falta ir más allá. Es un asunto de sentido común y entendimiento, y basta examinarlo. Pensemos en todas las cosas por las cuales vivimos en este momento, las cosas que realmente importan, las cosas que tienen realmente peso en nuestra vida. Luego hagámonos esta simple pregunta: "¿Cuántas de ellas estarán conmigo después de morir? El pecado es la ruina definitiva que al final deja al hombre sin nada.

Y lo peor de todo es que, al final, el hombre también descubre que durante toda su vida ha estado enteramente equivocado. Nuestro Señor lo expresa así: "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" Lo que esto significa es lo siguiente. Como hemos visto, la luz del cuerpo es, en un sentido, la mente, el entendimiento, esta facultad extraordinaria que Dios dio al hombre. Si, como consecuencia del pecado y del mal, y debido al control que ejercen el corazón, el placer, la pasión y el deseo, esa facultad suprema se ha pervertido, ¡que grande son esas tinieblas! ¿Hay algo peor o más terrible que esto?

Podríamos también verlo así: El hombre hoy día, como hemos venido diciendo, y como sabemos muy bien, no solo cree que se guía por la inteligencia; repudia a Dios debido a su mente y facultades. Se ríe de la religión, se ríe de los que se oponen a esta visión mundana de la vida. Vive para el presente; esto es lo único que cuenta. Y cree que ese es un punto de vista racional. Lo demuestra hasta satisfacerse y se convence de que se rige por la inteligencia. No se da cuenta de que la luz que posee se ha entenebrecido. No ve que sus facultades han quedado alteradas debido al pecado. No ve las distintas fuerzas que controlan y entorpecen su mente la cual, en consecuencia, ya no opera en forma libre y racional. Pero al final llegará a verlo; y al final se verá a sí mismo como el Hijo Pródigo de antes. De repente verá que las cosas en que confiaba eran tinieblas, que lo han desorientado, y que lo ha perdido todo — que la luz que posee es tinieblas y que estas tinieblas son muy grandes. No hay nada peor que descubrir al final, que aquello en lo que uno había puesto la fe, es lo que lo ha echado a perder a uno.

Todo lo anterior también se puede ver en ese cuadro del rico y de Lázaro en Lucas 16. Yo estoy seguro de que el rico se justificaba día tras día diciendo, 'es justo lo que hago'. Pero después de morir se encontró en el infierno y de repente lo comprendió todo. Comprendió que durante toda su vida había sido un necio. Lo había hecho todo creyendo que hacía bien, y por fin había llegado a esto. Vio lo necio que había sido, y suplicó a Abraham que enviara a alguien a sus hermanos, quienes vivían de la misma forma que él. Descubrió que la luz que había en él era tinieblas y que esas tinieblas eran muy grandes. Esta es una de las actuaciones más sutiles de Satán. Persuade al hombre de que es racional al negar a Dios; pero, como va hemos visto muchas veces, lo que en realidad sucede es que hace al hombre criatura de placer y deseos, cuya mente está cegada y cuyos ojos ya no son limpios. La facultad más elevada de todas se ha pervertido.

Si alguno de los lectores no es cristiano, que no confíe en su inteligencia; es lo más peligroso que se puede hacer. Pero al hacerse cristiano, la inteligencia vuelve a ocupar una posición central y vuelve uno de nuevo a ser una criatura racional!. No hay engaño más patético para el hombre que pensar en que la fe cristiana es algo emotivo, el opio del pueblo, algo

puramente emocional e irracional. El apóstol Pablo en Romanos 6:17 expone esta visión verdadera: "Habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados!" Se les predicó la doctrina, y cuando llegaron a verla les gustó, creyeron en ella, y la pusieron en práctica. Recibieron la verdad de Dios ante todo con la inteligencia. La verdad se debe recibir con la inteligencia, y el Espíritu Santo capacita a la inteligencia para ver con claridad. Esto es la conversión, esto es lo que sucede como resultado de la regeneración. La mente se ve libre de la desorientación del mal y de las tinieblas; ve la verdad, y la ama y la desea por encima de todo. Así es. No hay nada más trágico para el hombre que descubrir al final de su vida, que ha estado siempre equivocado. Unas palabras finales. Este hombre infeliz al que el pecado ha echado a perder, no sólo descubre que no tiene nada, no sólo descubre que se ha engañado a sí mismo y ha sido desviado por la luz que se supone que tenía; descubre también que se halla fuera de la vida de Dios y bajo su ira. "No podéis servir a Dios y a las riquezas!" De modo que si alguien ha servido a las riquezas toda la vida hasta la muerte, se encontrará más allá de la muerte sin Dios. No ha servido a Dios, de modo que sólo una cosa se puede decir de él, según la Biblia, y esto es, que 'la ira de Dios está sobre él' (Jn. 3:36). Todo aquello por lo cual vivió ha desaparecido; ahí en la eternidad no es más que un alma desnuda que tiene que enfrentarse con Dios, al Dios que es amor y que está lleno de bondad. Aquel Padre que cuenta hasta los cabellos de la cabeza del cristiano, le resulta extraño. Está sin Dios, y no sólo sin Dios en el mundo, sino sin Dios en la eternidad, sin esperanza, frente a una eternidad infeliz y llena de remordimientos, de miseria y de lamentaciones. El pecado es una pérdida total. Si uno no vive para servir a Dios, entonces ese será su destino. No tendrá nada, y morará en esa negación, esa negación sin esperanza, durante toda la eternidad. Dios no quiera que sea éste el fin de ninguno de los que están escuchando estas palabras. Si deseamos evitarlo, acudamos a Dios, y confesémosle que hemos estado sirviendo a cosas terrenales, acumulando tesoros terrenales. Confesémoslo, entreguémonos a Él, pongámonos sin reservas en sus manos y sobre todo pidámosle que nos llene con su Santo Espíritu, el único que puede iluminar la inteligencia, aclarar la comprensión, limpiar los ojos y capacitarnos para ver la verdad —la verdad acerca del pecado, y el único camino de salvación para la sangre de Cristo—, el Espíritu Santo que nos puede mostrar cómo librarnos de la perversión y de la contaminación del pecado, y llegar a ser hombres y mujeres nuevos, creados según la imagen del Hijo de Dios mismo, para amar las cosas de Dios y servirle, servirle a Él sólo.

CAPITULO XL **No Afanarse**

Con el versículo 25 comienza un nuevo aparte en esta exposición del Sermón del Monte. En realidad, es una sub-sección del tema mayor de este capítulo sexto, a saber, la vida del cristiano en este mundo, en su relación con el Padre.

Hay que considerar dos aspectos principales — lo que el cristiano hace en privado, y lo que hace en público. Esto demuestra lo práctico que es este Sermón. Está muy lejos de ser algo apartado y teórico. Se ocupa de los detalles prácticos de la vida personal, privada — todo lo que hago, mi vida de oración, mi vida de tratar de hacer el bien, mi vida de ayuno, mi devoción personal, el fomento y cultivo de mi propia vida espiritual.

Pero yo no dedico todo el tiempo a estas ocupaciones. Eso sería convertirse en monje o eremita. No me segrego. No; vivo en el mundo, y me dedico a los negocios y asuntos comerciales, y hay multitud de problemas que me atañen. Encima de todo lo demás nuestro Señor nos recuerda en la segunda sección, a partir del versículo 19, que el gran problema con el que nos enfrentamos es el de la mundanalidad que está siempre atacándonos. Éste es el tema desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. Pero hemos visto que se divide en secciones subalternas. Ante todo está la sección que ya hemos examinado, consiste en los versículos 19 al 24. Ahora, desde el versículo 25 hasta el final del capítulo, pasamos a la segunda sección. Sigue siendo el mismo tema: el peligro de la mundanalidad, el peligro de las riquezas, el peligro de que la mente, la visión y la vida de este mundo actual nos derroten.

Hay quizá dos formas principales de considerar la diferencia entre los versículos 19-24 y esta sección. Una forma sería decir que en la subdivisión previa, nuestro Señor hizo énfasis principalmente en el peligro de acumular tesoros terrenales, cuidarlos, aumentarlos, vivir para eso. Aquí, no se trata tanto del acumular tesoros, sino del preocuparse por ello, del afanarse por ellos. Y desde luego, las dos cosas son diferentes. Hay muchos que quizá no sean culpables de hacerse tesoros en la tierra, aunque pueden serlo de mundanalidad, porque siempre están pensando en estas cosas, siempre están afanándose acerca de ellas y ocupándose de ellas constantemente. Ésta es la diferencia principal entre las dos sub-secciones. Pero se puede proponer de otra forma. Algunos dicen que en los versículos 19-24 nuestro Señor se dirigía principalmente a personas ricas, a personas que disponen de bienes abundantes, y quienes por consiguiente están en la posición de hacerse de más bienes, de aumentarlos. Pero sugieren que a partir del versículo 25 hasta el final del capítulo, piensa más en las personas que, o son en realidad pobres, o no se pueden considerar como ricas; aquellas que apenas se las arreglan para hacerle frente a los gastos, aquellas que se enfrentan con el problema de ir viviendo en el sentido material. Para estas personas el peligro principal no es el de hacerse tesoros, de adorar a los tesoros en la forma que sea, sino el peligro de verse agobiados por estas cosas, de afanarse por ellas. No importa la interpretación que se asuma. Ambas son ciertas porque es posible que el hombre realmente rico esté preocupado y agobiado por estas cosas mundanas; y en consecuencia no conviene insistir demasiado en la antítesis entre ricos y pobres. Lo importante es centrarse en este peligro de verse oprimido y obsesionado por las cosas que se ven, las cosas que pertenecen al tiempo y a este mundo solamente.

En cuanto a esto, se nos recuerda una vez más la sutileza terrible de Satanás y del pecado. A Satanás no le importa mucho qué forma asuma el pecado con tal de triunfar en su objetivo final. Le es indiferente si uno está acumulando tesoros en la tierra o preocupándose por las cosas terrenales; lo que él quiere es que nuestra mente esté puesta en ellas y no en Dios. Y nos acosará y atacará desde todos los ángulos. Uno quizá crea que ha ganado esta gran batalla contra Satanás porque lo ha derrotado cuando entró por la puerta principal para hablarnos de hacernos tesoros en la tierra. Pero antes de que uno se dé cuenta de ello, advertirá que ha entrado por la puerta trasera y que lo está haciendo a uno afanarse por estas cosas. Sigue haciendo que uno centre la atención en ellas, y con ello está perfectamente contento. Se puede transformar en 'ángel de luz'. La variedad de sus métodos es infinita, su única preocupación es que mantengamos la mente

centrada en estas cosas, en lugar de colocarlas en las manos de Dios y mantenerlas ahí. Pero por suerte para nosotros, nos guía Alguien que lo conoce y conoce sus métodos, y si podemos decir con San Pablo que 'no ignoramos sus maquinaciones', es porque nuestro Señor Jesucristo mismo nos ha enseñado e instruido. ¡Qué sutil fue la tentación triple del diablo en el desierto! "Si eres Hijo de Dios!" Nosotros estamos sometidos a ataques parecidos, pero, gracias a Dios, nuestro Señor nos ha instruido respecto a ello en este pasaje, y su enseñanza nos llega en una forma muy clara y explícita.

Nuestro Señor continúa su advertencia, no da nada por sentado. Sabe lo frágiles que somos; conoce el poder de Satanás y toda su horrible habilidad; por eso entra en detalles. Otra vez/ veremos aquí, como vimos en la sección anterior, que no se contenta simplemente con dejar establecidos principios o con darnos mandamientos. Nos ofrece argumentos y nos da razones, plantea el problema ante nuestro sentido común. Presenta la verdad a nuestra mente. No quiere producir una cierta atmósfera emotiva solamente, sino que razona con nosotros. Esto es lo que necesitamos captar. Por ello comienza de nuevo con un 'por tanto' —"Por tanto os digo".

Prosigue con el argumento principal, pero lo va a plantear en una forma ligeramente diferente. El tema sigue siendo, desde luego, éste, la necesidad de la mirada simple, la necesidad de mirar básicamente una cosa. Lo vemos repetirlo, "Buscad primeramente". Ésta es otra forma de decir que uno debe tener la mirada limpia, y servir a Dios y no a las riquezas. Debemos hacer esto a toda costa. Por ello lo afirma tres veces, introduciéndolo por medio de la palabra 'por tanto'. "Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, que habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" Luego en el versículo 31, vuelve a decir: "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?" Luego en el versículo 34, vuelve a decir por fin: "Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal" ¡Nunca hubo en este mundo un Maestro como el Señor Jesucristo! El gran arte de enseñar es el arte de la repetición; el verdadero maestro siempre sabe que no es suficiente decir algo una vez, sino que hay que repetirlo. Por ello lo dice tres veces, pero cada vez de una forma ligeramente diferente. Éste método es particularmente interesante y fascinador, y en el curso de la presente consideración, veremos exactamente en qué consiste.

Lo primero que debemos hacer es examinar las palabras que usa, y sobre todo esta expresión 'no os afanéis', que la gente a menudo ha entendido mal, y con la cual muchos han tropezado. Si se consultan los expertos, se verá que por las citas que emplean otros autores, 'no afanarse' se usaba entonces en el sentido de 'estar ansioso', o tender a preocuparse. La verdadera traducción debería ser pues, 'No estéis ansiosos', o 'No tengáis ansiedad', o si lo prefieren, 'No os angustiéis', acerca de vuestra vida, acerca de lo que comeréis o beberéis. Éste es el verdadero significado de la palabra. En realidad, la palabra misma que empleó nuestro Señor es muy interesante; es la palabra que se emplea para indicar algo que divide, separa o distrae, palabra usada muy a menudo en el Nuevo Testamento. Si se lee Lucas 12:29, que es el pasaje paralelo a éste, se encontrará que la expresión que se emplea es 'ni estéis en ansiosa inquietud'. Es la situación de la mente dividida en secciones o compartimentos, y que no funciona como un todo. Se puede decir de mejor forma, que esa mente no tiene 'ojo bueno'. Hay una especie de visión doble, un mirar en dos direcciones al mismo tiempo, y en consecuencia no ver realmente nada. Esto es lo que, en este sentido, significa estar ansioso, estar angustiado, estar preocupado.

Una ilustración todavía mejor del significado del término, se encuentra en la historia de Marta y María cuando nuestro Señor estuvo en su casa (Le. 10:38-42). Nuestro Señor se volvió a Marta para reprenderla. Le dijo: 'afanada y turbada estás con muchas cosas! La pobre Marta

estaba 'distráida' —éste es el significado real de la expresión; no sabía dónde estaba ni qué deseaba realmente. María, por otro lado, tenía un solo propósito, un solo objetivo, no estaba distraída con muchas cosas. Por consiguiente, aquello acerca de lo que nuestro Señor nos amonesta es el peligro de estar tan distraídos con los cuidados y ansiedades, por las cosas terrenales, mirándolas demasiado, que no miremos a Dios y nos alejemos del objetivo principal de la vida. Este peligro de vivir una vida doble, esta visión falsa, este dualismo, es lo que le preocupa.

Quizá a estas alturas es importante expresar la idea en forma negativa. Nuestro Señor no nos enseña aquí que nunca debemos pensar en estas cosas. 'No os afanéis' no significa eso. En muchas épocas de la historia de la iglesia, ha habido personas celosas y desorientadas que han tomado en forma literal este consejo, y han creído que vivir la vida de fe implica no pensar en ningún modo acerca del futuro, no tomar ninguna precaución. Simplemente 'viven por fe', le 'piden a Dios' y no hacen nada en cuanto a ello. Éste no es el significado de 'no os afanéis'. Dejando aparte el significado exacto de estas palabras, el solo contexto y la clara enseñanza del Nuevo Testamento en otros pasajes hubiera debido haberles evitado ese error. El conocimiento del significado exacto de las palabras en griego no es lo único esencial para una interpretación genuina; si uno lee la Biblia, y si se está pendiente del contexto, uno está a salvo de estos errores. No cabe duda de que el contexto en este caso, la ilustración misma que nuestro Señor emplea, prueba que estas personas deben estar equivocadas. Arguye a base de las aves del cielo. No es cierto decir que han de limitarse a estar posadas en los árboles o en palos, y esperar hasta que se les traiga comida mecánicamente. No es así. Buscan la comida activamente. Las aves del cielo desarrollan una verdadera actividad. De modo que el argumento mismo que emplea nuestro Señor a este respecto excluye por completo la posibilidad de interpretarlo como una especie de espera pasiva en Dios, sin hacer nada. Nuestro Señor nunca condena al campesino por arar, sembrar, cosechar y acumular en graneros. Nunca lo condena, porque Dios mandó que el hombre viviera de esta forma, con el sudor de la frente. De modo que estos argumentos planteados en forma de ilustraciones y que incluyen también los lirios del campo cómo extraen el sustento de la tierra en la cual están plantados —tomados sobre todo a la luz de la enseñanza de la Biblia en otros pasajes, hubieran debido ahorrarse a esos hombres, tan ridículas y malas interpretaciones. El apóstol Pablo lo dice explícitamente en su segunda carta a los Tesalonicenses cuando afirma "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma". Entonces había personas, desorientadas y algo fanáticas, que decían, "El Señor regresará en cualquier momento; por tanto no hay que trabajar, debemos estar a la espera de su retorno!" En consecuencia, dejaron de trabajar e imaginaban que eran excepcionalmente espirituales. Y ésta es la observación lacónica de Pablo respecto a ellos: "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma!" Hay algunos principios fundamentales que rigen la vida, y éste es uno de ellos.

Encontramos una exposición de este mandamiento en esas palabras del apóstol Pablo en Filipenses 4:6, 7, cuando dice, "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús!" O, si lo prefieren, "No os afanéis por nada!" Tampoco aquí se trata de las preocupaciones y ansiedades, contra esa tendencia a angustiarse que tan a menudo aflige nuestra vida.

No hay duda en cuanto al peligro verdadero de todo esto. En cuanto nos detenemos a examinarnos a nosotros mismos, nos encontramos que no sólo estamos expuestos a este peligro, sino que a menudo hemos sucumbido ante el mismo. Nada parece ser más natural para el género humano en este mundo que vivir con ansia, que sentirse abrumado y preocupado. Es la tentación

típica de las mujeres, algunos dirán, especialmente de las que son responsables del cuidado de la casa; eso de ningún modo se limita a ellas. El peligro que amenaza al marido o padre, o a cualquiera que tiene responsabilidad hacia personas amadas y hacia otra gente, en un mundo como éste, es pasar toda la vida angustiado por estas cosas, agobiado por ellas. Tienen a dominarnos y controlarnos, y pasamos por la vida, esclavizados por ellas. Esto es lo que preocupa a nuestro Señor, y le preocupa tanto que repite la advertencia tres veces seguidas.

Primero examinaremos su argumento en una forma muy general. Parafraseemos lo que de hecho dice: "No os preocupéis por vuestra vida, por lo que tendréis para comer o para beber; ni tampoco por vuestro cuerpo, por cómo lo vestiréis!" También aquí comienza con una afirmación y un mandato general, como lo hizo en la sección anterior. En ella comenzó presentando una ley y luego pasó a darnos las razones para observarla. Lo mismo sucede en este caso. Hay una afirmación general; no tenemos que estar angustiados o preocupados por la comida o la bebida, ni tampoco por cómo vestiremos nuestro cuerpo. Nada puede ser más completo que esto. Trata de nuestra vida, de nuestra existencia en este cuerpo en el cual vivimos. Aquí estamos, con personalidades distintas; tenemos este don de la vida, y la vivimos en este mundo y por medio de nuestro cuerpo. En consecuencia, cuando nuestro Señor considera nuestra vida y nuestros cuerpos, está, por así decirlo, considerando nuestra personalidad esencial y nuestra vida en el mundo. Lo plantea en forma amplia; es comprensivo e incluye a todo el hombre. Afirma que nunca debemos estar ansiosos ni por nuestra vida como tal, ni por cubrir nuestro cuerpo. Es totalmente comprensivo y por tanto, es un mandato profundo y general. No sólo se aplica a ciertos aspectos de nuestra vida; abarca toda la vida, la salud, la fortaleza, el éxito, lo que nos va a suceder, lo que es nuestra vida en cualquiera de sus formas y moldes. También toma el cuerpo como un todo, y nos dice que no debemos estar preocupados por el vestir, ni por ninguna de estas cosas que son parte de nuestra vida en el mundo.

Una vez citado el mandamiento, ofrece una razón general para observarlo y, como veremos, una vez hecho esto, pasa a subdividirlo y a dar razones específicas bajo dos encabezamientos. Pero comienza la razón general con estas palabras: "¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?" Esto incluye la vida y el cuerpo. Luego lo subdivide y toma la vida y ofrece la razón; luego toma el cuerpo y da la razón. Pero primero examinemos la forma del argumento general, el cual es muy importante y sorprendente. Los lógicos nos dirían que el argumento que emplea se basa en una deducción de mayor a menor. Dice en efecto, "Un momento; pensad en esto antes de angustiarnos. ¿Acaso vuestra vida no es más que la comida, el sostén, el alimento? ¿Acaso el cuerno mismo no es más importante que la vestimenta?"

¿Qué quiere decir nuestro Señor con esto? El argumento es profundo y poderoso; ¡y qué inclinados estamos a olvidarlo! Dice en efecto, "Tomad esta vida de la cual os preocupáis y angustiáis. ¿De dónde la obtuvisteis? ¿De dónde viene?" La respuesta, desde luego, es que es un don de Dios. El hombre no crea la vida; el hombre no se da el ser a sí mismo. Ninguno de nosotros decidió venir a este mundo. Y el hecho mismo de que estemos vivos en este momento, se debe enteramente a que Dios lo decretó y decidió así. La vida misma es un don, un don de Dios. De modo que el argumento que nuestro Señor emplea es éste: Si Dios le ha dado el don de la vida —el don mayor— ¿creéis que ahora de repente va a negarse a sí mismo y a sus propios métodos, y a no procurar que la vida se sostenga y pueda continuar? Dios tiene sus formas propias de hacer esto, pero el punto es que no tengo por qué sentirme ansioso acerca de ello. Claro que tengo que arar, sembrar, cosechar y guardar en graneros. Tengo que hacer las cosas que Dios ha prescrito para el hombre y para la vida en este mundo. Tengo que ir a trabajar, a ganar dinero, y así sucesivamente. Pero todo lo que Él dice es que nunca debo preocuparme ni

angustiarme ni sentirme ansioso de que de repente no vaya a tener lo suficiente para mantenerme en vida. Nunca me sucederá tal cosa; es imposible. Si Dios me ha otorgado el don de la vida, procurará que esa vida prosiga. Pero aquí está la cuestión: No habla acerca de cómo lo hará. Dice simplemente que así será.

Recomiendo estudiar, como asunto de gran interés y de importancia vital, la frecuencia con que se emplea esa argumentación en la Biblia. Una ilustración perfecta de ello la tenemos en Romanos 8:32, "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Es un argumento bíblico muy común, el de mayor a menor, y debemos siempre estar pendientes de encontrarlo y aplicarlo. El Dador del don de la vida procurará que se proporcione el sostenimiento y sustento de esa vida. No debemos demorarnos ahora en el examen del argumento basado en las aves del cielo, pero esto es exactamente lo que Dios hace. Tienen que hallar su alimento, pero Él es quien lo provee y hace que esté disponible.

Exactamente lo mismo, claro está, se aplica al cuerpo. El cuerpo es un don de Dios, y en consecuencia podemos estar bien seguros de que Él, de una manera u otra, proporcionará los medios para que esos cuerpos nuestros puedan cubrirse y vestirse. Nos hallamos ante uno de sus grandes principios, uno de los principios fundamentales de la Biblia. La generación actual necesita que le recuerde esto mucho más que ninguna otra cosa. El problema principal de muchos de nosotros es que hemos olvidado los principios básicos, en especial este principio vital de que las cosas de que disfrutamos en esta vida son don de Dios. Por ejemplo, ¿con qué frecuencia damos gracias a Dios por el don de la vida misma? Tendemos a pensar que con nuestros conocimientos científicos podemos entender el origen y esencia de la vida. Por ello pensamos en estas cosas en función de causas naturales y procesos inevitables. Dejando aparte, sin embargo, el hecho de que todas estas teorías no son sino eso, teorías que no se pueden demostrar, y que carecen de algo en el aspecto más vital, son muy trágicas en cuanto que no comprenden la enseñanza bíblica que revelan. ¿De dónde viene la vida? Lean lo que dicen los científicos modernos acerca de ello, y verán que no lo pueden explicar. No pueden salvar el abismo que separa lo inorgánico de lo orgánico. Tienen sus teorías; pero no son más que esto, e incluso están en desacuerdo entre sí. Este, sin embargo, es el problema fundamental. ¿De dónde viene ese principio llamado vida? ¿Qué origen tiene? Si dicen que comenzó con lo inorgánico transformándose de algún modo en orgánico, pregunto ¿de dónde viene lo inorgánico? No les quedará más remedio que remontarse al principio de la vida. Y existe una sola respuesta satisfactoria —Dios es el Dador de la vida—.

Pero no debemos tomar esto sólo de una forma general. Nuestro Señor se interesaba específicamente por nuestro caso y condición individuales, y lo que en realidad nos enseña es que es Dios quien nos ha dado el don de la vida, del ser, de la existencia. Es una concepción tremenda. No somos simplemente individuos producidos por un proceso evolutivo. Dios se preocupa por nosotros uno por uno. Nunca hubiéramos venido a este mundo, si Dios no lo hubiera querido. Debemos asimilar bien este principio. No debería pasar ni un solo día de nuestras vidas sin que dejáramos de dar gracias a Dios por el don de la vida, del alimento, de la existencia, y por la maravilla del cuerpo que nos ha dado. Todo esto no es sino don suyo. Y, claro está, si no somos conscientes de ello, fracasaremos en todo.

Convendría a estas alturas detenerse a meditar en semejante principio, antes de pasar al argumento subsidiario de nuestro Señor. Sintetiza su enseñanza principal con estas palabras: 'hombres de poca fe'. Fe aquí, como veremos, no significa algún principio vago; tiene en mente nuestro fracaso en entender, nuestra falta de comprensión de la visión bíblica del hombre y de la

vida como hay que vivirla en este mundo. Este es nuestro verdadero problema, y el propósito de nuestro Señor al presentar las ilustraciones que examinaremos más adelante, es mostrarnos cómo nosotros no pensamos, como deberíamos pensar. Pregunta: "¿Cómo es posible que no veáis inevitablemente que esto debe ser así?" Y de todo lo que he mencionado que no captamos ni entendemos bien, es de suma importancia este punto preliminar, fundamental, acerca de la naturaleza y del ser del hombre. Helo aquí en toda su sencillez.

Es Dios mismo quien nos da la vida y el cuerpo en el que vivimos; y si ha hecho esto podemos sacar esta conclusión, que el propósito que tiene respecto a nosotros se cumplirá. Dios nunca deja incompleto lo que comienza; sea lo que fuere lo que comience, sea lo que fuere lo que se proponga, con toda seguridad lo cumple. Y en consecuencia volvemos al hecho de que en la mente de Dios hay un plan para cada vida. Nunca debemos considerar nuestra vida en este mundo como accidental. No. "¿No tiene el día doce horas?" dijo Cristo un día a sus timoratos y asustados discípulos. Y nosotros necesitamos decirnoslo a nosotros mismos. Podemos tener la seguridad de que Dios tiene un plan y propósito para nuestras vidas, y que este plan se cumplirá. En consecuencia, nunca debemos estar ansiosos por nuestra vida ni por cómo la sostendremos. No debemos angustiarnos si nos encontramos en medio de una tempestad en el mar, o en un avión, y parece que las cosas se ponen mal, o si estando en el ferrocarril de repente recordamos que en esa misma línea ocurrió un accidente la semana anterior. Esta clase de cosas desaparece si llegamos a tener una visión adecuada acerca de la vida misma y del cuerpo como dones de Dios. De Él proceden y Él nos los da. Y Él no comienza un proceso como éste y luego deja que se desarrolle de cualquier manera. No; una vez que lo comienza, lo continúa. Dios, quien decretó todas las cosas en el principio, las lleva a cabo; y el propósito de Dios para la humanidad y el propósito para cada individuo es cierto y siempre seguro.

Esta es la fe y enseñanza que se encuentran, por ejemplo, en los himnos de Philip Doddridge. Un ejemplo típico lo tenemos en su gran himno:

"Oh Dios de Betel, de cuya mano siguen alimentándose los hombres; Quien a lo largo de este agotador peregrinar has guiado a nuestros padres."

Esta es su gran argumentación, basada en último término en la soberanía de Dios, pues ese Dios es el regidor del Universo y nos conoce uno a uno y estamos en relación personal con Él. Así era la fe de los grandes héroes descritos en Hebreos 11. Esto es lo que mantuvo a aquellos hombres en pie. Aunque con frecuencia no comprendían las causas, no obstante decían: "Dios lo sabe todo, Él se cuidará!" Todos ellos tenían una confianza completa en que Aquel que les había dado el ser y tenía un propósito para ellos no les dejaría ni abandonaría. Él los sostendría y conduciría a lo largo del camino, hasta que se cumpliera el propósito por el cual estaban en este mundo, y los recibiera en las moradas celestiales donde pasarían la eternidad en su gloriosa presencia. "No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" Elaboremos esto, comencemos por los principios básicos y saquemos las conclusiones inevitables. En cuanto uno lo hace, desaparecerán la angustia y la ansiedad, y como hijos de nuestro Padre celestial, andaremos en paz y serenidad en dirección a nuestra morada eterna.
